



Universidad Nacional Autónoma de México
Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

*Populismo y democracia.
Un esclarecimiento conceptual
y el caso de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia*

Tesis que para optar por el grado de
Doctor en Ciencias Políticas y Sociales

Presenta: Gibrán Ramírez Reyes

Tutor principal: Fernando Escalante Gonzalbo
(El Colegio de México)

Miembros del Comité Tutor:

Martha Singer Sochet (Facultad de Ciencias Políticas y
Sociales de la UNAM) y Claudio Lomnitz Adler
(Universidad de Columbia en la Ciudad de Nueva York)

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., septiembre de 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatorias

A la memoria de Jorge Eliécer Gaitán.

A los movimientos por la dignidad y la igualdad de las personas y a los dirigentes que entregan su vida y su felicidad por la vida y felicidad de los otros.

A mis maestros, que han sido pocos en la vida. Especialmente a Fernando Escalante Gonzalbo y a Octavio Rodríguez Araujo.

Agradecimiento

A Fernando Escalante Gonzalbo, por todo, que es demasiado como para escribirlo aquí. A Germán Martínez, por invitarme a hacer política y convencerme de tomar así responsabilidad de mis palabras; por los aprendizajes, la confianza y la amistad. A Claudio Lomnitz por la atenta lectura, las ideas, los nuevos autores y las conversaciones. A Mauricio Tenorio, por las ideas, las referencias y, en general, por su generosa erudición. A Hugo Garciamarín por la conversación cotidiana, infinita. A Fernanda Carbajal, por procurarme orden. A José Luis Méndez, por su esmero en el trabajo del seminario, por su apertura a mi heterodoxia politológica, por su lectura y por su rigor y orden habituales. A Adriana Rodríguez Franco, por su trabajo, por su generosidad para compartir conmigo sus fuentes, y por la conversación. A Héctor Zamitiz, Martha Singer y Antonio Álvarez, por su lectura atenta y sus observaciones. A la escuela pública, particularmente a la Universidad Nacional, por la oportunidad. A Gauri, por la conversación, por el honor, por la mirada, por el amor y por la compañía de estos años. Todos están en esta tesis. Gracias, muchas gracias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
1. El arco histórico del populismo es el de la democracia de los modernos, su historia conceptual es posible y entrego un bosquejo, 19	
2. El populismo no puede estudiarse a partir de la categoría de demanda, 25	
3. El populismo genera e introduce demandas populares en los regímenes por las vías de la conquista del poder y la revolución pasiva, 27	
4. El populismo puede romper el ciclo de la llamada “Ley de hierro de la oligarquía”, 27	
5. En Colombia sí hubo populismo y tuvo consecuencias democratizadoras, 32	
PRIMERA PARTE	33
I. ACERCAMIENTO A UNA HISTORIA CONCEPTUAL DEL POPULISMO	35
1. Primer movimiento: los populismos originarios: Rusia y Estados Unidos, 39	
2. Segundo movimiento: la entrada a las ciencias sociales, 58	
3. Tercer movimiento, 64	
4. Cuarto movimiento: populismo económico, 71	
5. Quinto movimiento: neopopulistas, 73	

6. Sexto movimiento: de la ambivalencia al radix malorum est populismus, 78		6. El reclamo a la democracia, 225	
II. HACIA LA ESCULTURA DE UN CONCEPTO MÁS ÚTIL	85	7. Llamado a enarbolar el reclamo en términos morales, 229	
1. Sobre la utilidad de un concepto, 87		8. Representación de una mayoría popular, 232	
2. ¿Cómo es el populismo?, 90		9. En contra de una élite que agravia y se opone a la voluntad popular, 233	
3. ¿Qué es el populismo?, 128		10. Trascender los límites de la institucionalidad vigente, 236	
SEGUNDA PARTE	137	11. Gaitán pierde, y después gana, 238	
III. REPRESENTANTE Y DIGNATARIO: GAITÁN EN EL DEBATE DE LAS BANANERAS	143	VI. CONCLUSIÓN. VIOLENCIA: REFLEXIONES SOBRE EL ANTISUJETO	241
1. El creciente limbo dentro del orden, 143		1. El sujeto flotante, 242	
2. La masacre de las bananeras, 148		2. El anti sujeto y la violación, 243	
3. La masacre en los discursos de Gaitán, 155		3. El anti sujeto y el don de alcohol, 253	
4. El sujeto en ciernes, 167		4. Qué se disolvió? Subjetivación y desubjetivación: una interpretación general, 257	
IV. GENERADOR DE DEMANDAS DEMOCRÁTICAS: LA REVOLUCIÓN MEXICANA DE JORGE ELIÉCER GAITÁN	173	BIBLIOGRAFÍA	263
V. LA BÚSQUEDA DEL VOTO Y LA HEGEMONÍA LIBERAL	209		
1. La semana de la pasión democrática: inclusión simbólica del pueblo, 212			
2. Jornada: el gaitanismo de la voz a la palabra, 214			
3. JEGA: la palabra para la acción, 218			
4. La subjetivación en escena, 221			
5. Los discursos de la campaña, 224			

INTRODUCCIÓN

Nunca es la misma tesis la que uno empieza a escribir y la que termina escribiendo. Debe ser de las frases más repetidas en las introducciones de tesis doctorales, porque es una obviedad y, además, como lo entiendo, ese es el corazón de la labor de dirección de las mismas. La que yo empecé trabajaba de manera superficial y con método comparado tradicional todos los casos de populismo en el siglo XXI y algunos de los populismos clásicos; los pasaba a todos por el tamiz de una mínima historia conceptual y daba como resultado una serie de variables que, combinadas, explicaban la importancia de los liderazgos populistas en nuestro siglo, su surgimiento y su relación ambivalente con la democracia, destacando su potencial democratizador y unificador allí donde la norma era la fragmentación política y la disolución del pueblo como sujeto privilegiado de la democracia.

El argumento era igual de polémico que ahora, pero los casos de estudio que lo motivaban eran distintos. Más que los gobiernos del giro a la izquierda latinoamericano que provocaron una oleada de estudios sobre el populismo, observaba la emergencia promisorio de Podemos, de Syriza, de France Insoumise, de los demócratas de Bernie Sanders y los avances para mí preocupantes de la Unión Cívica Húngara, del Frente Nacional, de Donald Trump, y me parecía importante teorizar su significado en conjunto, ligado casi obviamente a la crisis de 2008. El triple objetivo de la investigación, desde entonces, se enunciaba del siguiente modo: el primero, conceptual: formular una definición de populismo útil para estudiar el fenómeno

en sus variantes antiguas y modernas, en diferentes latitudes y sin un carácter peyorativo *a priori*. El segundo, histórico y teórico: aportar elementos adicionales al argumento de que el populismo entraña un carácter transformador de los regímenes, derivado de que renueva la vitalidad de la idea democrática de la política allí donde surge —la fe en la democracia, su legitimidad como régimen de la soberanía del pueblo—. Tercero, exponer elementos que contribuyan a comprender cómo es que esto sucedió en algunos fenómenos populistas en particular.

El realismo en los plazos de la investigación me hizo abandonar la desmesura inicial, como sucede a casi todos quienes emprenden una investigación doctoral. Con la paciente orientación de Fernando Escalante, conservé intactos los objetivos de la investigación, subrayé sus motivaciones, comencé a trabajar sobre los primeros dos y reformulé el calendario de trabajo.

Del mundo, pasé a seis casos; de seis, a tres; de tres, que revisé a conciencia, pasé al de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia y decidí concentrarme en él. Lo seleccioné por muchos motivos, y quizá exagero ahora que lo conozco más o menos bien, pero me pareció especialmente sugerente que tuviera todos los rasgos que los politólogos, en general detractores del populismo, encuentran en este fenómeno. Su discurso, la conciencia de la importancia de la puesta en escena, la circunstancias del surgimiento de su liderazgo (modernización, crisis de representación del sistema bipartidista), su cercanía con el fenómeno fascista por haber estudiado en Italia, su amenaza explícita de abandonar los cauces institucionales, su carácter híbrido entre político del sistema y externo a él, su identificación plebeya y su carácter disruptivo, lo hacían un caso típico ideal de liderazgo populista que, sin embargo, no suele figurar entre los llamados populismos clásicos porque no llegó a ser gobernante, como Vargas o Perón. Me pareció que el caso de Gaitán tenía muchas cosas que decir y que, sin embargo, se habían quedado fuera de la discusión politológica —no así de la historiográfica— por el concepto

de “populismo” que se había utilizado para seleccionar los casos. Gaitán tenía, además, la ventaja adicional de ser un político que teorizó su acción.

Desde 2016 no cambió sólo la investigación y la selección del caso, sino el mundo y las discusiones pública y académica sobre el populismo y su relación con la democracia (doy breve cuenta de ello en el primer capítulo), de modo que la justificación inicial y la inserción de mi trabajo en la conversación cambiaron también. Para esta tesis, lo más importante es que ganaron Donald Trump en Estados Unidos y Andrés Manuel López Obrador en México. La victoria de Trump hizo que se inflamara el nervio ideológico de la ciencia política estadounidense y la discusión cambiara los términos más serenos que iba adquiriendo, así como la pluralidad de voces, porque la discusión volvió a centrarse en Estados Unidos y a leerse con las claves de la subdisciplina académica de *american politics*. La producción editorial sobre la victoria de Trump, asimismo, sirvió para configurar las anteojeras con que se leería el triunfo de López Obrador y su gobierno. Así, de manera involuntaria, este trabajo quedó más justificado en su pertinencia, pero también más contra la corriente de ver al populismo como una patología o desfiguración de la democracia.

Cambió también, no podía ser de otra manera, lo que pienso del populismo. Llegué a esta tesis muy influido por *La razón populista*, el libro de Ernesto Laclau, convencido de que la ciencia política no había sabido traducirlo a su lenguaje más convencional, en parte porque los politólogos carecemos de formación en lingüística y psicoanálisis, y me proponía aportar elementos a dicha traducción, en el entendido de que así podría dialogarse más fácilmente con otros conocimientos asentados en la disciplina. Pero me encontré en el camino con más de una dificultad. La primera de ellas es que ambos vocabularios, el de Laclau y el de la ciencia política dominante, son abstractos y favorecen el estudio despojado de las circunstancias históricas del populismo; en ambos, en consecuencia, prevalece la impor-

tancia del esquema sobre la historia, y con ello se pierde buena parte de la riqueza del estudio. La segunda dificultad, derivada de la primera, es que en ambos puntos de vista la racionalidad es muy importante: en el caso de la ciencia política más tradicional por su falta, porque suele concebirse el populismo como un fenómeno principalmente afectivo, quizá a la usanza de la teoría política clásica, aristotélica, de denigrar la democracia; para Laclau, en cambio, se trata de un fenómeno racional (su libro se llama *La razón populista*), que puede explicarse también desde ese punto de vista. Laclau reacciona, desde luego, a los que tienen la primera de estas posturas, y no sólo subraya las operaciones intelectuales que deben tener lugar en la formación de subjetividades populistas, sino que su propuesta teórica termina por agotarse también en ese punto.

En ambos casos, la centralidad de la razón es causa y consecuencia de definiciones erróneas, pero sobre todo del uso de métodos homogéneos y formalizados para el estudio de los casos, métodos que parten del mismo supuesto erróneo, lo que limita el conocimiento posible del fenómeno. Ya se verá en su momento —el capítulo II—, pero creo que es el supuesto de falta de racionalidad lo que subyace a la concepción del populismo como ideología, como estrategia o como tipo de liderazgo, nociones que son bastante comunes y que parten de un uso instrumental de la demagogia. Es el mismo rasgo el que explica que se hurgue en el resentimiento como clave explicativa, o se intente encontrar las claves del enojo en las variables estructurales. Y ni qué decir del efecto de “deslumbramiento” que en la teoría de la modernización es tan importante para pensar al populismo, o bien, de la noción de “masas disponibles”. En sentido contrario, es la apelación a la existencia de “la razón populista” lo que lleva a Laclau a definir al populismo como una “lógica” que tiene que ver básicamente con la articulación de demandas. Después de estudiar algunos de los casos con que Laclau ejemplifica su lógica y encontrar su inconsistencia histórica (particularmente en el

caso del *People's Party*), llegué a una conclusión que a cualquiera podría parecer intuitiva.

Ninguna de ambas nociones es correcta, porque casi todos los fenómenos políticos conjugan dimensiones afectivas y racionales, pero en este caso, si se atiende a la de subjetivación política de que parte Laclau, la entreveración es todavía más intensa aun si se piensa en la política liberal. La labor de desmitificación, además de subrayar la dimensión racional de la subjetivación populista, debería subrayar la afectiva de sujetos o identidades partidistas, o de las organizaciones de la sociedad civil. No hay pueblo únicamente afectivo, ni partido únicamente racional y programático, por decirlo brevemente. No hay razón sin emociones, administración pública sin redentores, ni historia sin sus mitos, santos y demonios. Lo que hay, en ambos casos, son sujetos construidos heterogéneamente (y esa heterogeneidad tiene que estudiarse en cada caso, con todas las herramientas posibles; es decir, debe historiarse, por lo que el esquema debe reducir su peso y aumentar su flexibilidad). Si no hay equivalencias funcionales generalizables para métodos homogéneos, la opción de estudio que queda es la que Bataille llamaba *heterología*, o sea partir de ambos extremos y reparar en sus entreveraciones, que es lo que intento hacer en esta tesis.

Cuando menos, por estas circunstancias, mi trabajo es huérfano de tradición y de uniformidad metodológica. Se estructura de la forma en que detallo a continuación. Mi exposición está dividida en dos partes: la primera integrada por dos capítulos; la segunda, por cuatro. La primera parte podría considerarse teórica; la segunda, histórica. En la primera, utilizo fuentes bibliográficas para hacer, en lugar de un estado de la cuestión, una historia conceptual del populismo y un esclarecimiento de su utilidad según los criterios del pragmatismo filosófico de James. En la segunda parte utilizo fuentes de diverso tipo, aunque dominan las secundarias. El tercer capítulo se trata de Gaitán y la masacre de las bananeras, y utilizo para documentarlo sus discursos, la bibliografía histórica, pero tam-

bién su correspondencia. En el cuarto capítulo, la Revolución Mexicana de Gaitán, utilizo asimismo fuentes secundarias, pero también hemerografía sobre la visita de Gaitán a México que no había sido utilizada en los estudios sobre el líder colombiano y sus influencias intelectuales. En el quinto capítulo, además de estudiar sus discursos y fuentes secundarias, se explora el significado de *Jornada*, el periódico gaitanista, para establecer contornos del sujeto político que ha de devenir hegemónico. En el último capítulo, una exploración de la subjetivación mediante su reverso (la des-subjetivación violenta), utilizo elementos del análisis sociológico, antropológico y la detallada descripción, fundamental, del *Mataron a Gaitán* de Herbert Braun.

En todo este andar y sus cambios encontré útil mi definición,¹ cierta mi intuición sobre el potencial democratizador del populismo, pero también tropecé con otros hallazgos que acaso vale la pena glosar. Son cinco. Los enumero a continuación y advierto que los desarrollo heterogéneamente.

¹ El populismo es una forma de subjetivación política a) fundada en un reclamo a la democracia realmente existente, que b) enarbolado en términos morales por uno o más líderes con quienes las bases tienen interacción directa o cuasi directa, c) se caracteriza por la afirmación de la representación de una mayoría popular d) agraviada en su dignidad por una élite a la que se contraponen y que obstaculiza la realización de la voluntad general; una mayoría popular que además está e) dispuesta a trascender los límites que la institucionalidad vigente ha establecido para dirimir los conflictos.

1. EL ARCO HISTÓRICO DEL POPULISMO ES EL DE LA DEMOCRACIA DE LOS MODERNOS, SU HISTORIA CONCEPTUAL ES POSIBLE Y ENTREGO UN BOSQUEJO

Si partiéramos de la pura abstracción, de mirar al populismo como una lógica política que tiene rasgos que pueden encontrarse en toda la historia, o que tiene en común ciertas conductas que podrían conjuntarse hipotéticamente en la mayor diversidad de circunstancias, entonces seríamos capaces de encontrarlo en buena parte de la historia, por lo menos de occidente. Se encontraría, por lo menos, desde la sucesión de movimientos de ida y vuelta entre el surgimiento de reivindicaciones de cónsules populares y las correspondientes reacciones aristocráticas que tuvieron lugar en Roma en el siglo I a.d.C., empezando por los intentos de repartir tierra de Tiberio y Cayo Graco desde su papel de tribunos del pueblo. Se encontraría, más precisamente, en los discursos de la conspiración de Lucio Sergio Catilina contra el patriciado. En uno de ellos diría:

Se me enciende cada día más el ánimo cuando considero cuál va a ser nuestro género de vida si nosotros mismos no reivindicamos nuestra libertad. Pues desde que la república cayó bajo la jurisdicción y el dominio de unos pocos poderosos, los reyes y los tetrarcas se han convertido en sus eternos tributarios y a ellos les pagan los impuestos los pueblos y las naciones. Todos los demás, hombres valerosos, honrados, nobles o de humilde origen, hemos sido una masa sin crédito, sin autoridad, sometidos a aquellos a los que infundiríamos miedo si la república valiera algo. Por tanto, todo el crédito, el poder, el honor y las riquezas son para ellos o para quienes ellos quieren. Para nosotros han dejado peligros, fracasos, procesos y miserias. ¿Hasta cuándo vais a soportar todo eso vosotros, que sois hombres tan valientes? ¿No es preferible morir dignamente que perder en la ignominia una vida mísera y deshono-

rada convertida en juguete de la arrogancia ajena? Pero, ¡por los dioses y los hombres! La victoria está en nuestras manos. Está lleno de vigor nuestro cuerpo y lleno de valor nuestro espíritu. Por el contrario, para ellos todo se ha aniquilado con los años y las riquezas. No hay más que empezar; lo demás se resolverá por sí solo. Pues ¿qué mortal, que sea un hombre de verdad, puede tolerar que a ellos les sobren el mar y allanando montañas y que a nosotros nos falten medios incluso para lo indispensable? ¿Qué ellos edifiquen dos o más casas y que para nosotros no haya un hogar en parte alguna?

[...] Aquí tenéis ante los ojos la libertad, esa libertad que tantas veces habéis deseado y además riquezas, honor y gloria. Todo eso lo ha reservado la fortuna como premio a los vencedores.²

Contar la conjuración de Catilina como populismo es tentador. Tendría sentido hacerlo, y seríamos capaces de encontrar muchos ejemplos similares, surgidos del mesianismo, que es antes político que religioso. Eso nos daría diferentes momentos en un arco histórico casi infinito, porque el populismo sería un fenómeno concerniente a la naturaleza misma de la política. Tomar esa decisión para realizar la investigación resultaría, sin embargo, impropio por dos razones. La primera de ellas es que el género de cosas que actualmente conocemos con el nombre de populismo se llamaba de otras formas antes (democracia, por ejemplo), o sea que es anacrónico decirle así. La segunda es que hay una diferencia fundamental con esos fenómenos. Los populistas se presentan como promotores de una causa legítima y siempre reclaman una promesa incumplida del régimen político vigente, que es la de la soberanía del pueblo. Catilina, al contrario, promete libertad, riquezas, honor y glo-

² Salustio, *Conjuración de Catilina*, Parágrafo 20 (edición electrónica), Gredos, Madrid, 2013.

ria, no soberanía del pueblo o democracia. Ofrece la libertad que da estar en el bando ganador, pero no la redención que da estar en el lado correcto de la historia. En realidad, el pueblo no aparece como elemento legitimador, y sin eso no hay populismo posible; y eso no sucede, de hecho, sino hasta el siglo XIX.

En cambio, allí donde se reivindica y se acepta como legítimo un régimen no democrático, los reclamos, incluso mayoritarios y populares, se harán sobre la base del principio de legitimidad de dicho régimen. Catilina, en el caso que mencioné, habla de libertad y honor porque esa es la base de legitimidad del elemento republicano propio del régimen mixto de la Roma antigua. Los monarcómacos del siglo XVI, por poner otro ejemplo, tampoco serían propiamente populistas, porque su principio de legitimidad era la virtud del príncipe, aunque reivindicaran al pueblo y dijeran que era este el que creaba la soberanía —sin duda rondaba ahí una idea muy parecida a la soberanía popular, pero no todavía esa. Más abajo volveré sobre el punto. La legitimidad de la idea de soberanía del pueblo es más bien reciente.

De hecho, antes del siglo XIX la democracia concitaba consenso, pero en su contra. La palabra se usaba de forma peyorativa, de manera muy cercana a lo que hoy se hace con la palabra populismo. “Democracia” evocaba caos, anarquía, muchedumbre, disolución del orden político, de manera que nadie que fuera tomado en consideración la reivindicaba como una forma de gobierno deseable. Son bien conocidas las invectivas de los padres fundadores de Estados Unidos y de los revolucionarios franceses de 1789 contra la democracia porque estaba claro qué era: una forma de gobierno por completo, con un principio de legitimidad y técnicas propias. Las técnicas eran el sorteo para elegir gobernantes, la participación de todos los miembros de la comunidad política para tomar decisiones o por lo menos de la mayor parte de ellos. El principio de legitimidad era el de la soberanía del pueblo, siendo “pueblo” un vocablo que quería decir, desde entonces, dos cosas: a) los pobres, opri-

midos, excluidos; y b) la comunidad política en su conjunto. Pero esto tendió a cambiar en el siglo XIX, alrededor de 1830 y con certeza en 1848 en Francia. Lo expondré a partir de tres momentos.

Primero. La democracia sólo ingresó al lenguaje políticamente correcto a partir de la década de 1830 en Francia. Fue en esa década que el concepto dejó de ser pensado como una forma de gobierno intrínsecamente desastrosa para convertirse en algo deseable. Incluso, según cita Rosanvallon, en las traducciones de la *Política* de Aristóteles, *democracia* pasó a formar parte de las formas virtuosas de gobierno a partir de 1837, cuando estaba originalmente en las perversas, y su sitio fue tomado, dependiendo del traductor, por demagogia u olocracia, como sigue sucediendo en las malas traducciones del texto del Estagirita. Era ya casi impensable que democracia quisiera decir algo malo. No se trató de un proceso repentino, ni siquiera inesperado, sino de un tránsito lingüístico que adaptó a las élites políticas a los nuevos tiempos, que sirvió para dotar de legitimidad al poder del estado y que hizo posible una política que respondiera a la masificación, industrialización y modernización en general de las sociedades europeas y americanas.

El tránsito puede narrarse brevemente: en el principio, Rousseau dijo que la democracia sería apta para un gobierno entre dioses, pero que sus técnicas eran inviables para sociedades humanas, máxime siendo grandes y complejas, y sugirió que lo viable sería alguna mezcla de las técnicas del gobierno representativo con el principio de soberanía del pueblo. Después, cada vez más, se mezclaron ambas cosas: el principio de legitimidad con las técnicas del gobierno representativo; es decir, la forma de escenificar la soberanía del pueblo coincidió cada vez más con las elecciones y las fórmulas representativas, para, al final, terminar prevaleciendo. Antes de eso, la democracia estaba en las antípodas del gobierno representativo.

Si para los revolucionarios de 1789 “democracia” era una palabra más bien mala, para la década de 1830 hablar de re-

pública democrática era más que aceptable. Se habían atrevido ya a llamarse demócratas algunos, como Robespierre en alguna ocasión, pero el cambio principal vendría de la teoría política. En 1835, Tocqueville asentó, con *La democracia en América*, una nueva noción para la cual lo definitivo de la democracia era la igualdad. Y, después, fue Guizot quien hizo explícito el trazo de las nuevas líneas en un artículo llamado “De la démocratie dans les sociétés modernes”, donde piensa a la democracia de los modernos como la “limitación de todos los poderes por el régimen representativo, la igualdad civil, la igual admisibilidad de todos a los cargos públicos y la extensión de las libertades individuales”, lo que es ya la base del sufragio universal masculino que surgirá en 1848.³ Este tránsito sucede por necesidad: la sociedad francesa se estaba masificando y las ciudades habían ya dejado de ser lo que eran. Se necesitaba una legitimidad renovada para incluir en el orden a sectores que habían estado hasta entonces resignadamente excluidos. La inclusión se daría por la vía del principio de legitimidad, la soberanía del pueblo, que comportaba un supuesto de igualdad de dignidades.

Segunda. La palabra “populismo” aparece temprano en español. Antes, incluso, que el *People's Party* de Estados Unidos, usualmente conocido como el primer caso en que se encuentra el fenómeno con la palabra. Francisco Bilbao la dice en 1855, reflexionando sobre qué camino debería tomar la revolución peruana de ese mismo año: “hoy los sistemas ambiguos se disipan y no veo sino dos ideas posibles para el gobierno del mundo: o el zarismo, o el populismo: la autocracia absoluta, es decir, la creación de un monstruo, o el gobierno directo del pueblo, es decir, el populismo”.⁴ Bilbao observa un momento

³ Pierre Rosanvallon, “La historia de la palabra ‘democracia’ en la época moderna”, *Estudios políticos*, núm. 28, Medellín, enero-junio de 2006, p. 24.

⁴ Francisco Bilbao, “El gobierno de la libertad a los electores”, *Obras completas de Francisco Bilbao*, vol. 1, Imprenta de Buenos Aires, Buenos Aires, 1866, p. 234.

de transición, entre “las transacciones y contemporizaciones [con los malvados] que pierden a los pueblos” y que son “el pasado, el mal, la falsa tradición, los hábitos de una corte servil” y “las costumbres del hombre libre que nada debe temer cuando se siente en su derecho”, un momento en que la idea de la libertad tendrá que tomar forma “en el gobierno directo del pueblo”,⁵ para lo que evoca la falla de la Revolución Francesa en cumplir con el espíritu republicano para todos. Late en su pensamiento la fallida mixtura del régimen republicano con la legitimidad democrática, y populismo es una manera de llamarle a su concreción virtuosa.

La falla era evidente para Bilbao, conocedor de la tradición americana, que descubrió la soberanía del pueblo antes que la república, particularmente cuando Napoleón invadió España en 1808 y Primo de Verdad reflexionó en el Ayuntamiento de México que la soberanía debía volver a su fuente original, que era el pueblo. Primo de Verdad abrevaba de la fuente de monarcómacos como Francisco Suárez, que pensaba que cuando desaparecía el monarca legítimo, el poder retornaba no a Dios sino al pueblo. El argumento de Bilbao es mucho más sofisticado, e intenta conjugar la legitimidad divina y popular del poder político, pero no es este el lugar para detallarla. Importa, más bien, dar cuenta del momento del pensamiento político que vivía, y de por qué es sorprendente que hablara de populismo en 1855 y lo hiciera, además, como sinónimo de democracia. Importaba, y esto es pura interpretación, deslindar el intento de un nuevo régimen de su deriva francesa.

Tercero. Entre ambos momentos estuvo, en 1848, el sufragio universal masculino, que es el momento de entronización de la legitimidad democrática y su asociación definitiva con el gobierno representativo. Para lograr dicho engarce, importaba también esconder los filos más agudos de la soberanía

⁵ *Ídem.*

del pueblo, o sea la muchedumbre, el desorden, la voz colectiva que abuchea o aprueba, y sobre todo cualquier tentativa de gobierno directo de quien se ostente como el pueblo. En ese momento, quedó establecida una brecha entre la legitimidad democrática y su concreción representativa. Esa brecha siempre está. Siempre está y siempre puede reclamarse de algún modo: la representación del pueblo es siempre infiel, es siempre inferior al pueblo mismo, siempre menos potente. Por eso, no es raro que el primer fenómeno populista, a menudo teorizado con otras categorías, surgiera en 1851, con Luis Napoleón Bonaparte, apenas tres años después. Es la democracia de los antiguos volviendo por sus fueros desde el principio, la constatación de que no puede tomarse la legitimidad de un régimen para otro sin tener consecuencias. El arco histórico del populismo es, entonces, el de la democracia de los modernos y su principio de legitimidad, que es la soberanía del pueblo. Por eso mi historia conceptual se limita a ese período. Mientras haya democracia entendida en ese sentido, habrá populismo. Como fenómeno histórico que es, puede contarse incluso en sus detalles, aunque no exista, por lo menos en español, una historia conceptual como la que entrego en esta tesis. Es, eso sí y como todo, provisional, pero también puede funcionar como un buen esqueleto para quien quiera construir una mucho más robusta.

2. EL POPULISMO NO PUEDE ESTUDIARSE A PARTIR DE LA CATEGORÍA DE DEMANDA

La demanda es el dato fundamental del populismo para Laclau, el objeto de articulación que ha de investirse afectivamente. Pero no es eso: no es un dato. Al contrario, perdemos mucho de vista si la consideramos como tal. La aportación a la teoría política no es mía sino de Gaitán, sólo que yo la repito numerosas veces en el texto: una de las operaciones fundamentales de la

política populista, de sus formas de construir sujeto colectivo, es la conversión de dolores en agravios, y de agravios en demandas. Suena fácil pero no es una operación retórica, aun en el sentido más amplio de la palabra “retórica”. Antes de Gaitán, el dolor de la masacre de las bananeras no era concebido como agravio nacional; antes de él, la reforma agraria no era una demanda liberal; antes de él, la democratización del liberalismo no estaba en la agenda de nadie. Pero que no estuvieran en la agenda no quiere decir que no vibraran en otros sitios, por ejemplo, en el agitado subfondo del alma colectiva:

Yo no creo en el destino mesiánico o providencial de los hombres. No creo que por grandes que sean las cualidades individuales, haya nadie capaz de lograr que sus pasiones, sus pensamientos o sus determinaciones sean la pasión, la determinación y el pensamiento del alma colectiva. No creo que exista en el pretérito ni el presente un hombre capaz de actuar sobre las masas como el cincel del artista que confiere caracteres de perennidad a la materia inerte. El dirigente de los grandes movimientos populares es aquel que posee una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva; aquel que se convierte en antena hasta donde ascienden a buscar expresión, para luego volver metodizadas al seno de donde han salido, las demandas de lo moral, de lo justo y de lo bello.⁶

No se trata de algo menor, y en ese proceso pueden pasar cosas definitivas. Por ejemplo: un mismo dolor puede politizarse, codificarse, racionalizarse, en demandas sumamente diferentes. No es raro, por eso, que surjan en un mismo sitio lide-

⁶ Jorge Eliécer Gaitán, “Discurso programa” [23 de septiembre de 1945], en Jorge Villaveces (ed.), *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán. 1919-1948*, Jorvi, Bogotá, 1958, p. 393.

razgos populistas en competencia, como en su momento fueron los de Bernie Sanders y Trump. Es lo mismo que observaba Gramsci cuando juzgaba que la emergencia del fascismo era una constatación de una oportunidad revolucionaria perdida.

3. EL POPULISMO GENERA E INTRODUCE DEMANDAS POPULARES EN LOS REGÍMENES POR LAS VÍAS DE LA CONQUISTA DEL PODER Y LA REVOLUCIÓN PASIVA

Hay, hasta donde se ve, dos formas en que Gaitán democratiza los espacios en que actúa. En el caso de los primeros capítulos de la segunda parte se trata del congreso y del gobierno. En ambos casos, bajo el cobijo de la legitimidad de la soberanía del pueblo, generó demandas que luego introdujo al *sistema* (estoy hablando como politólogo, lo que no me hace gracia, pero es lo que hay), y que generaron ciertas alteraciones en el *ambiente*. Dichas demandas, ya en manos de políticos normales, adquirieron formas asimilables para el sistema político, que las satisfizo para desmovilizar el alboroto demandante (eso es lo que se llama revolución pasiva). De nuevo: sin Gaitán no hay desagravio por la masacre de las bananeras, ni hay tampoco reforma agraria y quizá no hay Revolución en Marcha de López Pumarejo. Pero perder no es la única forma de ganar para los populistas. El mejor ejemplo es la toma del Partido Liberal, al que Gaitán acecha y desborda desde 1944.

4. EL POPULISMO PUEDE ROMPER EL CICLO DE LA LLAMADA “LEY DE HIERRO DE LA OLIGARQUÍA”

Tengo que explicarlo circunstanciadamente, aunque es un proceso del que se da cuenta en el capítulo V. Gaitán quedó en tercer lugar de las elecciones del 5 de mayo de 1946, rompiendo el bipartidismo con su candidatura liberal independiente y

ganando a golpe de votos el derecho a voz que el liberalismo le había negado incluso explícitamente.

Los números quedaron así, según los reporta Sharpless: Mariano Ospina Pérez, el conservador que ganó la elección, obtuvo 565 260 votos; Gabriel Turbay, el candidato de la burocracia liberal, 440 000; Jorge Eliécer Gaitán, 358 000.⁷ Con el voto liberal urbano fuera de las filas de la candidatura oficial, la negociación con Gaitán se hacía obvia si el Partido Liberal quería seguir siendo viable hacia el futuro más cercano. Lo entendieron así los jefes liberales, Eduardo Santos y el periódico *La Razón*, y no quedó a todos otra opción que reconocer el peso que hasta entonces habían negado al liderazgo de Gaitán dentro del liberalismo, aunque siguiera resultando una particularidad extraña, una especie de protuberancia ajena al desarrollo histórico del partido. Turbay, entretanto, se exiliaría en Europa. Fue así que, tras la movilización popular, seguiría dentro del Partido Liberal un proceso de democratización.

Quiero aquí hacer un breve aparte, expresamente especulativo, y espero que mi lector tenga la suficiente paciencia para andarlo, porque es pertinente para los asuntos de la ciencia política y las repercusiones democráticas del populismo. Aunado a las razones contingentes ya explicadas que posibilitaron el desarrollo de este fenómeno —sin precedentes en la historia política colombiana—, podría ser que Gaitán, tanto en el uso del lenguaje como en las tácticas empleadas para la movilización, tuviera presente los planteamientos generales de la teoría de las élites —muy popular en el seno de la academia italiana de los años veinte—, específicamente, a Robert Michels y su muy conocida *ley de hierro de la oligarquía*. No es casual que nociones como la “apropiación de la representación política” o la identidad entre país político y oligarquía, sean recurrentes en

⁷ Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia. A political biography*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1978, p. 129.

las intervenciones públicas de Gaitán. Existe un antecedente en su formación académica que puede revelar las bases teóricas de su concepción política sobre la organización partidista, el liderazgo y las masas.

Durante su estancia en Italia, concretamente en la facultad de jurisprudencia de la Universidad de Roma, la producción intelectual en el ámbito de las ciencias sociales estaba adquiriendo relevancia internacional, y la teoría de las élites era la principal aportación a la tradición de los estudios políticos. Para autores que posteriormente estudiaron el desarrollo de la ciencia social en Italia, la disciplina contaba con investigadores como Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, quienes serían conocidos no sólo como los “padres fundadores” de teorías sustantivas, sino como los creadores de un fundamento teórico-metodológico más general.⁸ El diálogo entre la facultad de ciencia política y la facultad de jurisprudencia era nutrido. Mosca, durante su exclusión temporal de la primera a finales de 1923, fue llamado por la facultad de jurisprudencia a impartir la cátedra de derecho público, tres años antes de la llegada de Gaitán a la universidad.

El desempeño de Gaitán en el doctorado es por demás reconocido y destacado. En ese momento, la facultad de jurisprudencia era la más prestigiosa del país. Su tesis fue objeto de la calificación *Magna Cum Laude* y el premio Enrico Ferri —aclamado teórico penalista que en aquel momento dirigía la universidad y fue su profesor, a quien cita en numerosas ocasiones a lo largo de su trabajo—. La obra llevaba como título “El criterio positivo de la premeditación”. Lo anterior, sumado al activismo juvenil de Gaitán, su interés por la política y al hecho de que los principales teóricos de las élites se encontraban en el ámbito de intereses y conocimiento del profesorado de su facultad (y viceversa, pues, por ejemplo, el mismo Robert

⁸ Véase Filippo Barbano y Giorgio Sola, *Sociologia e scienze sociali in Italia dal 1861 al 1890*, Franco Angeli Edizioni, Milán, 1985, p. 155.

Michels hace referencia a Enrico Ferri en un pasaje de su obra principal⁹), hace posible pensar en un acercamiento directo de Gaitán con sus principales precursores y postulados.

La teoría de las élites, elaborada entre otros por los ya mencionados Mosca y Pareto, afirma que la creación de un orden social desarrollado implica necesariamente la existencia de una clase políticamente dominante; una minoría que se transforma continuamente en un proceso de atracción y exclusión de líderes. Esto se ve reflejado en un grupo social, una clase política, un gremio, o una comisión ejecutiva que absorbe el poder del Estado y lo ejerce a cabalidad. Robert Michels adoptaría esta perspectiva para reflexionar acerca de las tendencias oligárquicas de las organizaciones políticas. Mediante el estudio específico de los partidos socialistas en la Europa del siglo xx, elaboró una teoría que puso de manifiesto la naturaleza antidemocrática de los partidos, la llamada *ley de hierro de la oligarquía*.

En primer lugar, Michels afirma que los partidos políticos tienen un carácter profundamente conservador. En la existencia de luchas ideológicas en el interior o en los límites de la organización, en su aspiración por conseguir el mayor número de votos posibles, así como en la necesidad de organizar metódicamente a las masas electorales, está implícita la creación de liderazgos que centralizan el poder de forma antidemocrática. A medida que la estructura de la organización crece y las doctrinas partidarias son atenuadas y reformadas, el partido pasa a formar parte de un sistema político de mayor escala, y la orga-

⁹ En su libro *Los partidos políticos*, publicado originalmente en 1911, Robert Michels menciona a Enrico Ferri al referirse a la necesidad de las masas de posternarse ante individuos que personifiquen sus ideales. “En el sur de Italia, la fe en el milagro anual de la licuefacción de la sangre de san Genaro, ha declinado ante una fe en el milagro del poder sobrehumano de Enrico Ferri, ‘el azote de la camorra’. Entre las ruinas del viejo mundo moral de las masas queda intacta la columna triunfal de la necesidad religiosa”. Robert Michels, *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969, p. 109.

nización, en lugar de ser un medio, se convierte en un fin en sí mismo. En resumen, la *ley de hierro de la oligarquía* explica que toda organización partidaria genere y reproduzca un poder oligárquico fundado sobre una base democrática, en la que el liderazgo es una condición necesaria y un supuesto técnico para su constitución y desarrollo.

El argumento de Michels pudo cobrar sentido para Gaitán en el tratamiento del periodo antes descrito: la consolidación de una élite en el seno del Partido Liberal, su alejamiento de las masas sociales, su falta de representatividad, eclecticismo, etc. Green, al describir los elementos característicos del sistema político colombiano en el que Gaitán había irrumpido, afirma que este era un sistema oligárquico sostenido por una élite política con gran fuerza hegemónica, propenso al predominio autoritario por parte de poderosos grupos e individuos. Sobre las cabecillas de dicho sistema, asegura que, si bien no constituían un bloque monolítico, los *jefes naturales* del Partido Liberal se inclinaban hacia decisiones arbitrarias y no del todo democráticas, ejecutadas gracias a las tácticas de manipulación electoral por parte de los caciquismos locales, conducidos por sus propios intereses personales (ni siquiera por los de la organización).¹⁰ Ése era el contexto en que Gaitán identificaba a la oligarquía que se había perpetuado en el Partido Liberal, y por lo tanto, en la estructura del Estado colombiano mismo.

En el desarrollo del argumento de Michels sobre la *ley de hierro* y su atinada descripción de la formación de élites internas a partir de tendencias oligárquicas propias de los partidos, puede encontrarse también un desprecio profundo por la masa y su “necesidad de liderazgo”. Además, parecería que Michels condena a la democracia a un ciclo interminable de sustitución de élites políticas en las organizaciones que su-

¹⁰ W. John Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Banco de la República, Medellín, 2013, p. 256.

puestamente estaban llamadas a representar y encargar el ideal democrático por antonomasia, la voluntad popular. Ni el pesimismo implícito en las conclusiones, ni la caracterización de la masa, parecían valer para las convicciones políticas de Gaitán.

Michels, en el mismo apartado donde menciona a Ferri, el maestro de Gaitán, da cuenta del poco o nulo interés vital de los ciudadanos por las cuestiones públicas, de su debilidad orgánica y su “inutilidad” ante la ausencia de un líder, e incluso de una “necesidad religiosa” de la masa por venerarles. Este elemento es compatible con el estilo y las expectativas de Gaitán, quien se asumiría posteriormente como la encarnación misma del pueblo (“yo no soy un hombre, soy un pueblo”), pero no si consideramos su negación de la inevitabilidad de la *ley de hierro* y su apuesta por un proceso de democratización. Aprovechando el conocimiento de las organizaciones políticas y sus tendencias oligárquicas —que bien pudo haber adquirido a luz de estas premisas—, decidió negar sus conclusiones y, en el futuro, obrar políticamente para sostener una alternativa democratizadora, como una asignatura pendiente que trasladó del ámbito intelectual a la arena pública.

No es cosa sólo de Gaitán, desde luego, porque algo muy similar logró López Obrador con el PRD o, de otro modo, Trump con el partido republicano, pero éste no es el espacio para escribir de eso

5. EN COLOMBIA SÍ HUBO POPULISMO Y TUVO CONSECUENCIAS DEMOCRATIZADORAS

Lateralmente: si el populismo se considera como una forma de subjetivación política, no hay entonces forma de negar que hubo en Colombia un proceso populista de grandes magnitudes, si bien no hubo gobierno populista. El matiz importa y creo que en el texto se acreditan las consecuencias democratizadoras del gaitanismo.

PRIMERA PARTE

I. ACERCAMIENTO A LA HISTORIA CONCEPTUAL DEL POPULISMO

Este capítulo tiene la doble función de dar cuenta de la historia del concepto “populismo”, mientras intenta encuadrar los debates acerca de lo que el populismo es y cómo se relaciona con la democracia —lo que suele llamarse “estado de la cuestión”. Desde luego, mi acercamiento a dicha historia conceptual no es el primero. Mudde y Rovira, por ejemplo, lo tratan de manera mínima, epidérmica, casi sólo mencionando los casos que les interesan y cómo se concibieron, pero proponen un esbozo de historia conceptual. Encuentran, principalmente, el surgimiento del fenómeno y el vocablo en Estados Unidos y Europa, su ascenso en América Latina y una última etapa de difusión en que convergirían los neopopulistas de Latinoamérica —y algunos de Europa— con la extrema derecha europea.

Habría, adicionalmente, tres formas de concebir el populismo: como un tipo de movimiento, como un estilo político fundado en el vínculo entre líder y electorado o, finalmente, como una lógica política.¹¹ En los estados de la cuestión de Weyland, Jansen, Taguieff, Prud’homme y muchos otros, se

¹¹ Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012, pp. 3-7. Y de los mismos autores, la entrada “Populism”, en Michael Freeden y Marc Stears (eds.), *The Oxford Handbook of Political Ideologies*, Oxford University Press, Oxford, 2013, pp. 495-499. Merece mencionarse también el texto de J. B. Allcock, “Populism, a brief biography”, *Sociology*, vol. 5, septiembre de 1971, pp. 371-387, que hace un recorrido detallado por lo que se dijo en la academia sobre el fenómeno entre 1954 y 1969.

hacen recorridos históricos que destacan las mismas teorías y episodios, con mayor o menor detalle.¹² Quien hace un ejercicio más minucioso es Tim Houwen, que lo trata de forma puntillosa —incluyendo la descripción de los hechos y la explicación del concepto en cada etapa—, sobre todo en sus orígenes.¹³ Este trabajo aporta una lectura más, montada sobre las pistas que dan estos autores y añadiendo procesos e ideas que escaparon a su observación.

Identifico en el itinerario del concepto seis movimientos, que son a la vez piezas de discusión, discernibles una de la otra, en que diversos hechos históricos lo afectan de manera ostensible. Es necesario aclarar que no se trata de un desarrollo lineal, y que muchas de las concepciones surgidas de cada movimiento siguen vigentes, a pesar del paso del tiempo; podría decirse que se trata de un árbol, con el tronco en común pero múltiples ramificaciones que, aunque surgieran en diferentes etapas, han llegado hasta el mismo punto. Así, en el primer movimiento, el concepto se origina, apenas se utiliza y se relaciona con un estilo de hacer política (*populistic style*, que no era otra cosa que actuar como los populistas, nombre de unos actores políticos muy concretos). En el segundo, nutriéndose de las experiencias históricas, el populismo se integra como categoría a las ciencias sociales. Lo hace, sin que suela advertirse mucho, de la mano de un economista en los años 30 —David Sapos—, de quien toman nota dos sociólogos (Edward Shi-

¹²Ver Robert S. Jansen, “Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism”, en Carlos de la Torre (ed.), *The promise and perils of populism: global perspectives*, The University Press of Kentucky, Lexington, 2015, pp. 162-166; Kurt Weyland, “Aclarando un concepto controvertido. El populismo en el estudio de la política latinoamericana”, en Virgilio Álvarez Aragón y Edmundo Urrutia (eds.), *Sobre populismo y democracia en América Latina*, FLACSO, Guatemala, 2010, pp. 26-49. Pierre-André Taguieff, *L'illusion populiste*, Berg International Éditeurs, Paris, 2002, pp. 41-76.

¹³ Tim Houwen, *The Non-European Roots of the Concept of Populism*, Sussex European Institute Working Paper núm. 120, junio de 2011.

ls y Seymour Lipset, o por lo menos este último, quien sí lo cita) para explicar fenómenos estadounidenses del medio siglo como el macartismo, pero también otras formas políticas ajenas a la democracia liberal en diversos países. En este segundo momento, la carga positiva, que asociaba al populismo con la democracia y la democratización, se revirtió.

Es desde ahí donde, en un tercer movimiento, Gino Germani toma el concepto para hablar de Perón sin la necesidad de decirle nazi o fascista, como había hecho antes, incluyendo en su reflexión un género más amplio que aludiría también a Getulio Vargas. Y como la de Germani —y quienes le seguirían— fue la caracterización más amplia y cuidadosa hasta ese momento, además de que el término encontró fortuna en la realidad latinoamericana, su aportación sirvió como punto de partida de muchos, en tal medida que los fenómenos estudiados por él, más una adición propuesta por los desarrollistas, se conocerán como populismos clásicos: el peronismo, el varguismo y el cardenismo. A partir de ahí, la conversación se llena de voces y es muy difícil de seguir, porque desde entonces se produce una multiplicidad de estudios de diferentes opiniones sobre lo que caracteriza al populismo y cómo se desarrolla en relación con la democracia, varias de las cuales siguen vigentes hasta hoy en el debate público a pesar de las críticas.

Un cuarto movimiento, de poca consistencia, pero mucha potencia mediática, es el del llamado populismo económico, en el que a todo lo que no sea neoliberal se le llama de ese modo sin mucho pudor ni base histórica. Después —quinto movimiento— se habla de neopopulismo, en América y Europa, despojando al concepto del contenido económico que se le había asignado para utilizarlo en estudios que hablaran de telepopulistas, populistas neoliberales y otros difícilmente clasificables, para pasar —finalmente— a un sexto movimiento, de gran amplitud del concepto, con dos debates principales en los que ésta tesis quiere insertarse: qué es el populismo (lógica, estrategia, estilo, experimento, forma de representación, tenue

ideología, están entre las definiciones más recientes) y cómo se relaciona con la democracia. Entre los fenómenos que inspiran este último movimiento del concepto, destacan el giro a la izquierda en América Latina y la persistencia de la ultraderecha populista europea, además de fenómenos en Asia y Oceanía, cuando menos.

Si se advierte un desequilibrio entre la extensión del texto sobre el primer movimiento y los concernientes a los demás, esto tiene dos causas. La primera es que he decidido enfocarme en el surgimiento del concepto, debido a que la mayoría de los recorridos que se hacen por su trayecto tratan, casi exclusivamente, de cómo es que éste se concibió en América Latina, de manera tal que parece que el referente inicial de la categoría es Juan Domingo Perón, y no es así. Cuando mucho, se suele mencionar como antecedentes remotos los casos estadounidense y ruso. Aquí los trato con cierto cuidado, dado que su entendimiento inicial puede arrojar luces sobre los alcances del concepto, la medida en que podríamos generalizar al utilizarlo y sobre el fenómeno mismo al que hace referencia: hay ciertas marcas de nacimiento que difícilmente pueden borrarse, pero que pese a su visibilidad hay que empeñarse en comprender si no se quiere terminar asignando arbitrariamente atributos a un concepto, dejando de lado su utilidad y sucumbiendo a las disputas por hacer que signifique alguna cosa en particular, de forma que no puedan reconocerse en él los casos que lo hayan originado. La segunda causa es que, para hablar de ese primer movimiento, todo lo que tenemos es historiografía, por lo que recuperar lo dicho al respecto sólo puede hacerse, sobre todo, recuperando la historia.

Encuentro que hay dos extremos entre los que el concepto oscila: uno que lo reduce a una serie de características presentes en el fenómeno histórico, pero referido a los llamados populismos clásicos, y otro más bien centrado en la retórica, y que ambos limitan el potencial del concepto para aprehender las realidades actuales. Después del recorrido encuentro tam-

bién algunas marcas de nacimiento del concepto, ya en su adultez, en las que resuenan ecos de los populismos originarios que bien pueden afinarse en la teoría.

PRIMER MOVIMIENTO: LOS POPULISMOS ORIGINARIOS: RUSIA Y ESTADOS UNIDOS

La condición de posibilidad del populismo como categoría —o como concepto de teoría política— fue el uso de una misma palabra para referirse a dos fenómenos históricos distintos, surgidos por separado y que tardarían tiempo en encontrarse en el mundo de las ideas. El concepto no surgiría inmediatamente, pero tardaría pocas décadas en hacerlo. Tim Houwen apunta que una de las primeras veces que este uso compartido tuvo lugar fue cuando el historiador ruso Paul Milyoukov tradujo *narodnichestvo* por *populism* en la revista *Athenaeum*, en julio de 1895.¹⁴ Su artículo, referente a la realidad intelectual rusa, trataba de recrear la polémica entre marxistas y populistas acerca de las opciones de desarrollo económico y sobre cuál tendría que triunfar en la Rusia futura.

No se hizo entonces, y no se haría hasta algunos años después, una comparación ni una reflexión teórica sobre el populismo como fenómeno en Estados Unidos y Rusia, sino que se utilizó la misma palabra para hablar de ambos casos, nada más. El vocablo tuvo, a partir de entonces, la suficiente flexibilidad para comprender dos fenómenos diferentes que se estudiaban como singularidades históricas. En el artículo de Milyoukov, “populista” es simplemente el nombre de una tendencia —o partido— inserta en la disputa suscitada por el cambio de régimen de 1894, precipitado a su vez por la muerte de Alejandro III. En el mismo tiempo, “populista” era ya un

¹⁴ Tim Houwen, *op. cit.*, p. 15.

nombre de uso común en la política estadounidense, con una carga que probablemente Milyoukov buscaba comunicar a los lectores de *The Athenaeum*, para que así comprendieran mejor el fenómeno del que hablaba.¹⁵ En español, como dije en la introducción, hay rastros de la palabra y del concepto desde 1855, y puede inferirse en lo dicho entonces por Francisco Bilbao una cierta relación con Rusia (como se recordará, habla de que hay dos opciones para los gobiernos del mundo, el zarismo o el populismo). No deja de ser inquietante y cabe apuntarlo, si bien su elaboración no parece haber trascendido.

Rusia

Narodnichestvo —lo que Milyoukov tradujo por *populism*—, fue un conjunto de movimientos rusos de rebeldía agraria, surgidos a partir del año de 1861, que aspiraba a guiar al pueblo no en el nombre de abstracciones ajenas, sino en el de sus necesidades cotidianas. Sus principales expresiones organizativas fueron *Zemlyá i Volya* (Tierra y libertad) y sus sucedáneas *Cherny Peredel*¹⁶ (Redistribución Negra) y *Naródnaya Volya* (“La Voluntad del Pueblo” o “de la Nación”).¹⁷ Aunque hay diversas clasificaciones de las organizaciones y tendencias que podrían englobarse bajo ese nombre, el fenómeno es mucho más fácil de comprender si se toman en cuenta dos tipos de actividades, que en la realidad estuvieron entreveradas: hubo, por un lado, una serie de pensadores que alentaron debates sobre

¹⁵ Paul Milyoukov, “Russia”, *The Athenaeum Journal of Literature, Science, the Fine Arts, Music and the Drama*, núm 3532, 6 de julio de 1895, pp. 24 y 25.

¹⁶ Encontré referencias que escriben el primer término como Chorny, Chornyi, Chornyy, Cherni y Cherny, de modo que no sé cuál es la correcta.

¹⁷ El trabajo más completo que hay sobre el tema es el de Franco Venturi, *El populismo ruso*, Alianza, Madrid, 1981.

la crisis rusa; y por el otro, movimientos revolucionarios que aspiraban a generar un pronto cambio de régimen.

Todos estos movimientos tuvieron en común lo que sus críticos llamaron subjetivismo sociológico;¹⁸ es decir, cierta confianza en el papel de los actores más allá de las determinaciones estructurales postuladas por el marxismo, la convicción de la peculiaridad rusa y, en consecuencia, el sitio de privilegio al campesinado como factor de cambio. Y esto tenía sus razones históricas.

Durante el siglo XIX, Rusia vivió un período de atraso que distanció su ritmo de desarrollo del de Europa, puesto que invertía mucho en un ejército de grandes proporciones y que tecnológicamente iba cada vez más a la zaga de Europa occidental. En casi todos los sentidos, se trataba de una sociedad premoderna, que preservaba muy viejas instituciones sociales con un funcionamiento cuestionable, entre las cuales destacaba la servidumbre, que era cada vez más difícil de soportar para quienes la vivían. El atraso tecnológico y la improductividad de tierras hacían cada vez más difícil encontrar campos fértiles que mantuvieran el ritmo de la producción y del trabajo, lo que incrementó la movilidad de siervos y trajo consecuentes restricciones —al final del siglo XVI— para que éstos cambiaran de señor en el día de San Miguel, como era costumbre. Crecieron, naturalmente, las fugas y el encono.¹⁹

Estos cambios normativos, que funcionaban sólo por la vía de los hechos, se formalizaron en el draconiano Código de 1649, que prácticamente dejaba a los siervos sin derechos

¹⁸ Ver Vladimir Acosta, *La teoría del desarrollo capitalista en Lenin, la problemática del desarrollo capitalista ruso a fines del pasado siglo y la polémica entre marxismo y populismo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977, p. 23.

¹⁹ Roberto García Jurado, “Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y en Estados Unidos”, *Argumentos*, UAM-X, vol. 23, núm. 63, mayo-agosto de 2010, p. 270.

respecto a sus señores, de forma que el espacio del poder de éstos se amplió hasta el derecho de autorizar matrimonios o castigar penalmente, incluso con la muerte, a los siervos. La situación se mantuvo hasta el siglo XIX —en que era natural, parece, que algunos intelectuales desconfiaran de una revolución proletaria. Rusia vivía, de esa forma, un equilibrio inestable en su orden social, al que quiso ponerse fin en el zarato de Alejandro II, que ideó reformas al respecto. Después de un proceso de *adopción* de servidumbre por parte del estado, en que les concedía condiciones menos opresivas, y de la puesta en marcha de comités de emancipación, la servidumbre se eliminó formalmente en 1861.

El decreto de emancipación fue, sin embargo, decepcionante para muchos de sus beneficiarios —era un documento de 360 páginas, naturalmente incomprensible para la mayoría de la población analfabeta y con pocas cosas en claro, que además de todo resultaban agraviantes: la primera de ellas, que los campesinos no serían ahora esclavos de la tierra que trabajarán, sino del crédito que contraerían por la adjudicación de la misma: un enganche de 20% y un 80% a pagar en 49 años con interés anual del 6 por ciento.

Estas condiciones, aunadas a un sentimiento de haber sido engañados, provocaron que se dieran cerca de 300 revueltas campesinas durante ese mismo año, y siguieran dándose, aunque menos, los años subsiguientes. Como consecuencia no deseada de la ley, surgirían los *kulaks*, una élite de campesinos que se hicieron prósperos adquiriendo tierras cada vez en mayor proporción, de manera que el sentimiento de despojo pudo multiplicarse en lugar de morigerarse.²⁰ Es en esos años de descontento que surge la primera *Tierra y libertad* (*Zemlyá i Volya*),²¹ inspirada en ideas de intelectuales tanto occidentalistas

²⁰ *Ibid.*, p. 271.

²¹ Todo indica que el conocido lema, atribuido al zapatismo, provino en última instancia de este movimiento ruso, de donde lo habría tomado Ricardo

tas —Alexander Herzen, que apostaba por ideales reformistas, liberales y en cierta medida socialistas, de un socialismo agrario que tuviera como base la vieja comuna campesina— como eslavófilos, pero que tenían en común su confianza en el papel transformador del campesinado.

Entre otras cosas, algunos de los impulsores de *Tierra y Libertad*, tras un acucioso estudio, creían que las reformas sustanciales que proponían, para la estructura económica y la tenencia social de la tierra, por ejemplo, serían imposibles de implementar de no estar antecedidas por una auténtica reforma del régimen político. Serno, por ejemplo, apostaba por una vía constitucional para generar una federación de tierras autónomas. Esta primera versión organizativa se extendió, en calidad de sociedad secreta, en ciudades como San Petersburgo, Moscú, Saratov y Kazán.

La primera *Tierra y Libertad* era demasiado intelectual, aunque sus miembros enaltecieran los principios populares, de manera que terminaban por empeñarse más en el asunto programático que en la pericia revolucionaria. En su programa proponían una Asamblea Nacional que se organizara por casta —grupo de interés—, respetar la libertad de prensa y de religión, pero sus afanes revolucionarios fueron frenados muy pronto merced a la intercepción de la correspondencia que mantenían hacia afuera del imperio, de modo que los detuvieron en julio de 1862.²²

La segunda *Tierra y Libertad* (fundada en 1874), por su parte, “estaba constituida por un círculo de agitadores revolucionarios —muchos de ellos profesores y estudiantes universitarios— que trataban de fundirse con la que consideraban la veta más auténtica del pueblo, el campesinado, con el fin de detonar una gran revolución social que creara una sociedad li-

Flores Magón, aunque no es algo que tenga mucho que ver.

²² Franco Venturi, *op. cit.*

bre e igualitaria”.²³ Se inscribió en un momento de organización de sociedades secretas revolucionarias en las principales ciudades rusas. *Tierra y libertad* luchaba, sobre todo, contra la pobreza campesina, pero hubo también en su surgimiento una crítica a quienes intentaban entender al pueblo ruso con base en teorías formuladas muy lejanamente. Se referían, dentro del movimiento revolucionario, a los marxistas, que serían sus principales enemigos ideológicos —y los de sus sucedáneos.

El esfuerzo organizativo apenas duró cinco años y tuvo las siguientes fases: una primera llamada “ida al pueblo”, en que predicaron el socialismo directamente, en trabajo a ras de tierra, pues no había funcionado la propaganda de otro tipo. Consideraban pertinente agitar con base en las ideas populares sobre la tierra y la existencia comunitaria, utilizando medios que iban de la protesta legal a la intervención armada. Este período, sin embargo, fue más bien de organización, y de una que no resultaría muy exitosa. Los *Zemlevoltsy* —como se llamaban— consideraban que no era viable la búsqueda de un ideal doctrinario como el anarquismo o el socialismo sin considerar las peculiaridades rusas. El movimiento revolucionario sólo podría ser circunstancial y, para concitar el apoyo social, anclado en aspectos tradicionales.

Sin embargo, después de arduo trabajo y convivencia, los intelectuales toparon con esa condición: eran intelectuales y los campesinos no les hacían mucho caso y, por si eso no fuera suficiente para disuadirlos, una feroz represión se lanzó encima de ellos,²⁴ de modo que se pasó a una etapa transicional, de discusión sobre la estrategia (pues estaba claro que no podían seguir igual), a la que seguiría la división.

En el seno de *Tierra y Libertad*, en sus múltiples etapas, convivieron —por un lado— una organización centralizada y

²³ Roberto García Jurado, “Sobre el concepto de populismo”, *Estudios*, núm. 103, vol. 10, invierno 2012, p. 12.

²⁴ Tim Houwen, *op. cit.*, p. 14.

más o menos rígida que se había montado en un ánimo social agitado sin mucho éxito, con —por otro lado— un sentido común anarquista que seguía a Bakunin y enarbolaba, en consecuencia, un ánimo antipolítico. Desde luego, el vanguardismo en los hechos y las tesis antipolíticas hicieron corto circuito. Otro tanto puede decirse de la primacía teórica que se otorgaba a lo rural sobre lo urbano, contrastante con algunas acciones y con el área de conocimiento de los líderes.²⁵ Si bien hubo acercamientos al campo e incluso la formación de colonias, estos dieron nulos resultados. La agitación de esos tiempos tuvo lugar en ciudades, donde se movilizaron tumultos, por ejemplo, en las universidades, “que se convirtieron por fin en punto focal de la acción populista”.²⁶ A partir de ello y aunque se siguiera sosteniendo que el campo era el espacio prioritario, cada vez más las ciudades, y particularmente los obreros, ocuparon espacio en la reflexión de los populistas. En el número 4 de su publicación, por ejemplo, Plejanov hablaba de organizar a los obreros y volverlos revolucionarios, pues eran “parte de los mismos campesinos”.²⁷

Estas contradicciones generaron una crisis en la organización. Quizá la principal era la que contraponía el carácter anarquista y antipolítico con las acciones cada vez más politizadas. Los debates oscilaban entre “llamados anarquistas a ac-

²⁵ Valentina Aleksandrovna Tvardovskaia, *El populismo ruso*, Siglo XXI Editores, México, 1978, pp. 35 y ss.

²⁶ *Ibid.*, p. 20.

²⁷ Quiero aquí dar un pequeño rodeo. Para Ernesto Laclau, muchos años después, el desarrollo teórico de Plejanov sobre la hegemonía sería uno de los eslabones primarios del pensamiento esencialista que atribuía a la clase burguesa ciertas tareas que habrían de realizar los obreros a falta de una burguesía consolidada. Hegemonía sería entonces —y siempre según Laclau— un espacio dominado por la tensión entre la tarea, la clase que es su agente natural y la clase que la realiza, sin que ello modifique la naturaleza de la tarea. Hablamos de dos momentos muy diferentes de Plejanov, pero creo que lo citado por Aleksandrovna puede ayudar a relativizar. *Op. cit.*, p. 39.

tuar no sólo contra el Estado, sino también ‘fuera del Estado’, es decir ignorando las formas políticas existentes”, y artículos que reivindicaban “‘un modo más justo y directo’ de conquistar los derechos políticos”, que los más anarquistas juzgaban inútil y hasta perjudicial.²⁸ Estos últimos tuvieron una deriva terrorista, mientras los otros, los *politiki*, optaron por una estrategia más bien reformista. Lo irreconciliable de ambas formas derivó en que se hicieran, finalmente, dos organizaciones a partir del congreso de San Petersburgo del 25 de agosto de 1879.

Las organizaciones surgidas —*Cherny Peredel* y *Narodnaya Volia*— tuvieron vocaciones claramente diferentes. *Cherny Peredel* se abocó a la agitación y la organización, mientras que *Narodnaya Volia* apostó por la doble vía de la organización clandestina —directamente terrorista— y la agitación política. Decían conservar los ideales de *Tierra y Libertad*, y ciertamente conservaban el lema, y un programa que reivindicaba la libertad de conciencia, expresión, prensa, organización y la agitación electoral y estableció la libertad política como su principal objetivo. Si antes ésta se había considerado como un objetivo necesario para conseguir la demanda de *Tierra y Libertad*, ahora era una demanda por sí misma. Offord sostiene que los “*Narodovoltsy* affirmed that they wished by attacking the government to win political freedom and a constitution which would guarantee it”.²⁹ El medio para lograrlo sería el terrorismo y, más directamente, el magnicidio; sin él, ninguna mejora podría esperarse.

Cherny Peredel, por otra parte, reunía a los bakuninistas más tradicionales, menos tendientes al terrorismo, y tuvo peor suerte, entre otras cosas porque arrestaron a algunos de sus líderes y otros tuvieron que exiliarse.³⁰ De ambas agrupaciones,

²⁸ *Ibid.*, p. 36.

²⁹ Derek Offord, *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 29.

³⁰ Derek Offord, *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s*, Cam-

bridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 26 y 27.

la más exitosa fue por mucho *Naródnaya Volya*, e incluso muchos simpatizantes de *Cherny Peredel* se terminarían decantando por *Narodnaya Volya* ante sus muertos, su determinación y, sobre todo, su programa.

En su variante organizativa, el populismo terminó con el asesinato del Alejandro II, el zar reformador, el 1 de marzo de 1881. No se acabaron en ese momento, pero sí entraron en una profunda crisis. Ese fin fue también el mayor éxito del populismo ruso. Le sobrevivirían dos manifestaciones primordialmente intelectuales, con las que los marxistas polemizaron: el populismo liberal y el populismo radical tardío.³¹ Lenin incorporaría a áreas económicas y a la Asamblea Constituyente a representantes del populismo, pero ésa es una historia que no concierne ya al concepto y su tránsito, sino más bien a las derivas del debate económico ruso.

Estados Unidos

Por otra parte, se dio el surgimiento de una diversidad de movimientos que comenzaron a llamarse populistas (*populists*) en 1891 en Kansas —donde se registró uno de los primeros usos de la palabra en inglés—y más claramente en 1892, cuando se sugirió amigablemente desde el Partido Demócrata que se adoptara el epíteto de populistas (*populists*) en el recientemente formado *American People's Party*.³²

bridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 26 y 27.

³¹ S.V. Utechin, *Russian Political Thought. A Concise History*, Frederick A. Praeger Publisher, Nueva York, 1964, pp. 128-147.

³² La anécdota documentada por Hicks, y recuperada por Tim Houwen, es la siguiente: en una reunión de líderes de los partidos Demócrata y del Pueblo en octubre de 1892, el juez Rightmare se quejó de lo difícil de asumirse como partidario del *People's Party* en la conversación corriente —pues era necesaria una oración muy larga para presentarse como miembro suyo. Overmyer, uno de los líderes demócratas, le habría sugerido adoptar “populista”.

Decir “populismo” o “populista”, evocaba en los Estados Unidos a una serie de movimientos, agrupaciones y líderes políticos, de dimensión local y luego nacional, que actuaron alrededor de los años de 1890 y que terminaron por congregarse en un partido, el *People's Party* (Partido del Pueblo). Estos actores significaron la irrupción en la disputa por el poder de sujetos sociales organizados previamente —el *Granger movement* o el *Farmers' Alliance*, por ejemplo—³³ que denunciaron la igualación de los dos partidos tradicionales y su elitismo, al tiempo en que abogaron a favor de la intervención del estado en la vida social.

El origen preciso de la palabra no es fácil de determinar, pero todo indica que surgió alrededor de esa época. Tim Houwen apunta que después del 90 era una manera bastante pública de referirse al ya mencionado partido: se decía “los populistas” para referirse a los miembros del Partido del Pueblo igual que se decía *demócratas* a los partidarios del Partido Demócrata. En su indagatoria, Houwen descubre que *The Nation* —el semanario más viejo de los Estados Unidos— registra por primera vez la palabra “populista” en un artículo de noviembre de 1892, para referirse justamente a los miembros del *People's Party*, pero ya era usada en ese mismo sentido desde antes —al menos el *Daily Graz* y el *New York Times* se habían referido a los populistas en diciembre de 1891 y junio de 1892, respectivamente.

“Populista”, entonces, era en ese tiempo un nombre, más que un adjetivo, que designaba a los miembros del Partido cuya historia es sucintamente la que sigue.³⁴ Entre 1870 y 1890, el cam-

po estadounidense estuvo sumido en una gran crisis económica, que se agudizó a causa del desarrollo tecnológico, la aceleración de los procesos productivos que éste comportó y la consecuente crisis de los métodos tradicionales de producción y comercialización —el ferrocarril y los barcos de vapor dieron como resultado sobreproducción y más competencia en el mercado internacional, lo que alteró igualmente los mercados internos y castigó a quienes tenían menores oportunidades de actualización.

De estos últimos elementos, el ferrocarril fue de particular importancia en la transformación de la vida social; primero, porque provocó una rápida generación de asentamientos en el oeste, y segundo, porque fue promovido ex profeso como instrumento para detonar el desarrollo económico, esto es, el avance de las compañías más eficientes y más grandes. Muchos agricultores no tuvieron opciones, sino que fueron orillados al crédito para sobrevivir económicamente: hipotecaron sus ranchos para obtener los recursos que los hicieran viables; con más apremio, hipotecaron también los cultivos o los cedieron a cambio de bienes a comerciantes. Difícilmente era metafórico que su futuro tenía ya un dueño. En general, el país tenía malas condiciones económicas, pero en el campo éstas se acentuaron quizá a causa de estos mismos créditos, de modo que los agricultores añadieron la división campo-ciudad a las divisiones que ya existían en el país, por la raza, las oleadas migratorias y el incremento de la diversidad religiosa.

Como las deudas, con comerciantes o banqueros, asfixiaban a agricultores y granjeros, uno de los puntos estelares del diagnóstico que éstos hicieron avanzar era la crisis del

Houwen, sin embargo, desestima esta hipótesis a raíz de su revisión hemerográfica. *Op. cit.*, p. 9.

³³ Wayne Flynt, “Populist Era”, en Donald T. Critchlow y Philip R. Vander Meer (eds.), *The Oxford Encyclopedia of American Political and Legal History*, Oxford University Press, Oxford, 2013, vol. 2, p. 117.

³⁴ El adjetivo utilizado en la campaña de 1896 fue *populistic*, y utilizado tanto positiva como negativamente, se refería al tono de la campaña presidencial.

Esa palabra sigue utilizándose y se ha utilizado a lo largo del tiempo. Robert Dahl, en su *Preface to Democratic Theory*, habla, con base en Shils, que veremos más adelante, de “populistic democracy” como del régimen en que la voluntad de la mayoría debe imponerse sobre cualquier consideración. Ver Robert A. Dahl, *A preface to Democratic Theory*, The University of Chicago Press, Chicago, 2006 [1956], pp. 34 y ss.

patrón oro en la acuñación de la moneda: se necesitaba más dinero y no lo había, porque no había oro. Habiendo aumentado la población rápidamente, mucho más rápidamente que la disponibilidad de oro, éste se hacía cada vez más escaso. Para 1878, por ejemplo, había la mitad de circulante *per cápita* que 14 años atrás. La moneda, escasa, era cada vez más cara y, por lo tanto, resultaba más difícil también cubrir los pagos requeridos.

Como resultado de la crisis se crearon organizaciones como Patrons of Husbandry —que derivaría en el Grangers movement—, diversos partidos locales denominados Antimonopoly Party, The Farmers Alliance, National Farmers' Alliance, Industrial Union for White Members, Colored Farmers Alliance, Farmers' Mutual Benefit Association, Patrons of Industry, Farmers' League, Knights of Labor, etcétera.³⁵ Estas organizaciones se vincularon unas con otras y derivaron en algunas organizaciones electorales,³⁶ entre las cuales varias tuvieron pretensiones nacionales, por ejemplo, el Greenback Party y el Antimonopoly Party. Pero, sin duda alguna, el más icónico de estos partidos fue el *People's Party*, cuyo inicio data de 1889, en el condado de Cowley en Kansas, donde una conjunción del Union Labor Party y la Farmers' Alliance derivó en una convención para formarlo, en el nivel local, en septiembre de 1889. El camino de ahí a la formación de un partido nacional se dio más o menos fluidamente, con una serie de convenciones entre diciembre de 1889 —convención en San Luis— a 1892, en que se fue nutriendo un programa con demandas como la libre acuñación de plata, la abolición de los bancos y la propie-

³⁵ Wallace Ward Reichelt, *The Populist Challenge, 1889-1892* (tesis de maestría), Loyola University, Chicago, 1949, p. 5.

³⁶ John Donald Hicks, *The Populist Revolt. A History of the Farmer's Alliance and the People's Party*, The University of Minnesota Press, Minneapolis, 1931, p. 96.

dad estatal de ferrocarril,³⁷ y que terminarían por plasmarse en la muy conocida plataforma de Omaha —el documento programático más importante del recién nacido partido.

En las convenciones —particularmente en la de Ocala, Florida, en diciembre de 1890— los aliancistas de Kansas presionaron para la formación de un partido nacional. Fueron ellos los que llamaron a una convención en Cincinnati, para mayo de 1891, con el objetivo de formar un partido amplio, que fuera más allá de las organizaciones de agricultores.³⁸ Ésta se llevó a cabo y levantó polémica, particularmente en lo concerniente a la formación inmediata o no del partido.

La verdad es que los diferendos tenían más que ver con el plazo requerido para organizar el partido, y menos con la decisión de hacerlo o no. Finalmente encontraron una solución en los plazos y cierta unidad programática, que implicaba retomar las plataformas de San Luis y Ocala. Para entonces, ya había tenido lugar —El 27 de enero de 1891— una reunión amplia de los aliancistas (de la Farmer's Alliance) del Norte en Omaha, en la cual trazaron su propia ruta y plataforma para conseguir el mismo objetivo. Apostaban, también, por una convención en Cincinnati en 1892, en que delegados de todo el país hicieran sus nominaciones presidenciales para ese año.

Prevaleció, en el plano organizativo, el plan de los aliancistas de Kansas, y, en el programático, el de los del norte. Un mes después, en San Luis, los populistas discutían tácticas de campaña y elecciones locales y, aunque se atravesó por otras reuniones de los organismos más importantes para construir el partido, el rumbo trazado llegó sin dificultades a

³⁷ *Ibid.*, p. 124.

³⁸ Convocó al Independent Party, al *People's Party*, a las Northern and Southern Alliances, a la Farmer's Mutual Benefit Association, a la Colored Farmers' Alliance, al Union Labor Party, a las Union and Confederate Soldier Organizations, a la Citizens' Alliance, Knights of Labor, etc. Wallace Ward Reichelt, *op. cit.*, p. 26.

la conferencia de San Luis el 22 de febrero de 1892. Aunque formalmente no se había decidido impulsar el programa por la vía de un tercer partido —situación que se dejó hasta el último momento— en el preámbulo de la plataforma programática prácticamente se comprometía su existencia.³⁹ La causa de la ambigüedad era que unos estaban por esperar a que se rechazaran sus demandas por parte de los dos partidos principales, mientras los demás estaban pensando ya en la táctica electoral. Según James Weaver, el líder más prestigiado del partido, el rechazo de los partidos tradicionales —y particularmente del Demócrata— a su plataforma, lograría minar la identidad partidista demócrata de muchos de quienes respaldaban al *People's Party*, haciendo así más sólida la construcción que vendría.⁴⁰ El cálculo de todos ya era, sin embargo, que acabarían por formar el partido, e incluso se había definido el 4 de julio para la convención en que nominarían a su candidato presidencial.

Ése fue el día que se promulgó la plataforma de Omaha, que llevarían James Weaver y James Field a las elecciones —otro notable líder, Leónidas Polk (conocido como Colonel Polk), había muerto poco antes—, en que obtendrían cerca del 9%. Es importante anotar que Weaver ya había competido, en 1880, por parte del Greenback Party, y otro dato relevante es que, mientras él había sido un general de los unionistas, Field lo había sido de los confederados, lo que sugería un ánimo de unidad nacional. En la mencionada plataforma, los populistas demandaban y proponían propiedad gubernamental del transporte y el sistema de comunicaciones, impuesto al ingreso, restricciones laborales a los migrantes, elección directa de los senadores y otras reformas electorales —además de reivindicaciones laborales, como una semana más corta de trabajo en la industria.

³⁹ *Chicago Daily Tribune*, 23 de febrero de 1892. Citado en Wallace Ward Reichelt, *op. cit.*, p. 39.

⁴⁰ *Idem.*

Para las elecciones de 1896, se celebró una convención hasta el día 22 de julio. La táctica era la siguiente: dado que los abogados del oro como moneda dominaban en los dos partidos grandes, era menester esperar a que definieran sus candidatos para poder unir a sus disidentes a la causa populista mediante la comunión en el asunto de la acuñación de plata. Pero esto no sucedió y la nominación demócrata estropeó los planes.

El Demócrata nominó a “Bryan, of Nebraska, an out-and-out Democrat, but one who had long flirted with Populistic doctrines”.⁴¹ Bryan fue quizá el primer populista que estuvo en otro partido y sin duda el primer líder carismático que sintetizó en una voz los agravios y demandas populistas. Donnelly lo resumió de la siguiente forma: *we put him to school and he wound up by stealing the school books*.⁴² Su plataforma, su argumentario, su estilo, eran plenamente populistas (*populistic*), lo que metió al Partido del Pueblo en un brete —pues, se sumaran a Bryan o no, sus votos irían a parar allí, siendo el suyo un perfil más bien magnético. El liderazgo de Bryan, sin siquiera intentarlo, dividió al partido de forma fulminante entre los fusionistas y los que querían conservar su propia organización, pues veían con desconfianza al bipartidismo. En primera instancia, en la mencionada convención del año 96, las dos alas del partido fueron incapaces de generar un acuerdo respecto al candidato presidencial, por lo que procedieron a nominar, primero, al integrante de la fórmula destinado a la vicepresidencia. Sólo después, tras un jaloneo, nominaron a Bryan como candidato a la presidencia. El Partido Demócrata, por su parte, desairó a los populistas, mientras colocó una buena parte de su agenda —la acuñación en plata, principalmente— como un tema en la discusión pública en una intensa campaña de la que lo más recordado es el discurso de Bryan “Cross of Gold”.

⁴¹ John Donald Hicks, *op. cit.*, p. 354.

⁴² H.W. Brands, *The Reckless Decade. America in the 1890s*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995, p. 270.

Este discurso se distinguió por su exaltación de la gente común (*the plain people*), con fórmulas que cualquiera reconocería como populistas en el sentido que se dé al término. En él, por ejemplo, un ciudadano común defendiendo una causa justa sería más fuerte que masas que persistieran en el error. Tuvo una impronta principista sin ser ideológica: por ejemplo, defendió el estatus de los trabajadores y los profesionistas de clase media como “hombres de negocios” para legitimar sus intereses al mismo nivel de los de sus patrones.⁴³ Con un tono romántico, asimismo, defendió los intereses del campo. Su tema principal fue, desde luego, el libre cuño de plata —pidió no crucificar a la humanidad en una cruz de oro—, pero habló también contra las plazas de por vida en el servicio público, por mencionar un tema.

El pueblo, en voz de Bryan, no estaba dispuesto a rogar ni a pedir; venía a desafiar, y ese desafío era principalmente atacar el estándar oro, así como defender un impuesto al ingreso. Llama la atención que, quizá previniendo las críticas que se harían a su estilo, reivindicó a Andrew Jackson y lo comparó

⁴³ “When you come before us and tell us that we shall disturb your business interests, we reply that you have disturbed our business interests by your action. We say to you that you have made too limited in its application the definition of a businessman. The man who is employed for wages is as much a businessman as his employer. The attorney in a country town is as much a businessman as the corporation counsel in a great metropolis. The merchant at the crossroads store is as much a businessman as the merchant of New York. The farmer who goes forth in the morning and toils all day, begins in the spring and toils all summer, and by the application of brain and muscle to the natural resources of this country creates wealth, is as much a businessman as the man who goes upon the Board of Trade and bets upon the price of grain. The miners who go 1000 feet into the earth or climb 2000 feet upon the cliffs and bring forth from their hiding places the precious metals to be poured in the channels of trade are as much businessmen as the few financial magnates who in a backroom corner the money of the world.” Ver William Jennings Bryan, “Cross of Gold”, 8 de enero de 2009, *Academic Search Complete*, EBSCO host.

con Cicerón, mientras a Catilina, el conspirador de estilo popular que aspiraba a tomar el poder en la Roma del siglo I antes de Cristo, lo equiparó con los grandes bancos —aludiendo así a una conspiración, pero elitista, lo que es un dispositivo retórico común en los populistas. Así, los primeros populistas estadounidenses triunfaron para disolverse amargamente en el liderazgo y el discurso de uno de los viejos partidos. Y hasta aquí el asunto de los fenómenos que dieron origen al concepto.

Un mismo nombre para dos hechos históricos

En este movimiento, el populismo fue concebido por algunos historiadores —principalmente John D. Hicks, que publicó *The Populist Revolt* en 1931— como un movimiento agrario radicalmente democrático que reivindicaba a la gente común (gente del campo) en contra de la entronización de los intereses del bipartidismo político y los comerciantes. Juicios equivalentes se hicieron del *Narodnichestvo*, pero su lectura estuvo determinada por el futuro revolucionario de Rusia y la polémica con el marxismo —quienes más escribieron de los *Narodniki* fueron sin duda alguna los marxistas.

En el caso del populismo estadounidense, fue concebido como una serie de movimientos y organizaciones agrarias que fueron complejizando su agenda y su programa. Primero, escribió al respecto Frank McVeys, una obra publicada en 1896, y veinte años después lo hizo Fred E. Haynes, con su *Third Party Movements Since the Civil War*. Se trata de obras contrastantes, que describen el ascenso del movimiento rural estadounidense, desde el Granger’s movement hasta el *People’s Party*, pasando por el Greenback party y la Farmer’s Alliance. Mientras el trabajo de McVeys no era particularmente proclive a la defensa de los populistas (los consideraba socialistas — mala cosa— y partidarios de la regresión), el de Haynes tuvo

una visión optimista de su legado.⁴⁴ Otros autores como Solon Buck y Venon Louis Parrington fueron defensores del populismo, al que consideraron pionero de la política popular (*social politics*), precursor del progresismo, igualitario, democrático y proclive a poner los derechos humanos por encima del derecho a la propiedad.

Sin duda alguna, el libro más influyente fue el de Hicks, que al final de su obra ofrece un balance de la contribución populista. Su conclusión es que sus reclamos tuvieron eco y fueron precursores de soluciones que vendrían, en general, años después y se harían de sentido común. Dice también, como para que no quede duda, que “gracias a este triunfo de los principios populistas, puede decirse que en la medida en la que los dispositivos políticos lo permiten, el pueblo ahora manda”.⁴⁵ Y esa interpretación es la que prevaleció respecto a la relación de este particular fenómeno con la democracia hasta que hicieran su aparición Shils y Lipset.

Un año después de la publicación del libro de Hicks, James C. Malin, al reseñarlo, reflexionaba sobre el populismo como un fenómeno en que la modernización —un factor común no sólo a todo Estados Unidos sino también a Europa— interactuaba con factores locales como la desmoralización, la pobreza y la falta de educación.⁴⁶

En lo que concierne a los populistas rusos, el suyo se concibió también como un movimiento particular y, posteriormente, como un estilo voluntarista —que quería saltar etapas en la historia—, inmediatista e ingenuo de hacer política, y que

⁴⁴ Worth Robert Miller, “A Centennial Historiography of American Populism”, *Kansas History* núm. 16, primavera de 1993, pp. 54-69.

⁴⁵ John Donald Hicks, *op. cit.*, p. 422.

⁴⁶ James C. Malin, “Notes on the Literature of Populism”, *Kansas History: A Journal of the Central Plains*, núm. 2, vol. 1, febrero de 1932, pp. 160-164. Disponible en <https://www.kshs.org/p/notes-on-the-literature-of-populism/12539>

aspiraba a una democracia burguesa —es decir, que no estaba con los marxistas, aunque tampoco estuviera de acuerdo con el capitalismo. Los textos que más destacan son los de Lenin y Plejanov, donde refutan a los intelectuales populistas principalmente en sus suposiciones en materia económica y en cómo éstas condicionarían las perspectivas revolucionarias. Esa polémica es de poco interés para este trabajo y basta decir que se centraba en la viabilidad del modelo agrario propuesto por los populistas, no tanto en sus propuestas políticas. Debe hacerse notar, no obstante, que Marx coincidió con los populistas en que la comuna podría ser la base de la regeneración rusa o, por lo menos, que no era el camino lineal y ascendente de ciertos marxistas el que habría de seguirse. “If Russia continues to pursue the path she has followed since 1861, she will lose the finest chance ever offered by history to a nation, in order to undergo all the fatal vicissitudes of the capitalist regime”.⁴⁷

Lo que tenemos en este primer movimiento es el surgimiento de un nombre que comparten dos hechos históricos con similitudes y diferencias notables, ambos dados en un período de grandes cambios sociales y aspirantes, a su modo, a una política democrática. Pero mientras los estadounidenses clamaban por representación efectiva y se organizaron a tal efecto, los rusos se proponían lograr, en primer lugar, un cambio de régimen que permitiera, en su caso, hacer algo similar. En ambos casos, hubo una concepción de movimientos auténticamente democráticos, en busca de la conquista de derechos políticos y de un ordenamiento más democrático o democrático a secas.⁴⁸

⁴⁷ “Letter from Marx to Editor of the Otecestvenniye Zapisky”, *Marx and Engels Correspondence*, International Publishers, Nueva York, 1968.

⁴⁸ Valentina Aleksandrovna Tvardovskaia, *op. cit.*, p. 15.

SEGUNDO MOVIMIENTO: LA ENTRADA A LAS CIENCIAS SOCIALES

Después de una ausencia breve en el debate, el término populismo comenzó a ser útil para explicar algunas realidades en ascenso, marcadamente el fascismo. En 1935 se publicó un influyente artículo que daba cuenta del populismo como un tercero en discordia con el socialismo y el capitalismo, rastreando sus orígenes en el paso del feudalismo al industrialismo y explicando de esa manera movimientos agrarios, anti corporaciones, que reivindicaban la pequeña propiedad y que eran principalmente clasemedios.⁴⁹ Había, en ello, sin duda, la huella de los dos movimientos descritos. En la dimensión ideológica, articulada como la concibió el autor, se atisba la opción rusa de desarrollo propuesta por los populistas.

El populismo sería, de esa manera, “the basic ideology of middle class”. En sólo un par de páginas, el argumento pasa de la edad media a los autodenominados populistas para terminar en Bryan, La Follette y Wilson, los típicos populistas estadounidenses una vez que el populismo se concibió como género de fenómenos políticos y no como hecho histórico singular. El artículo de David J. Saposs fue fundamental para la discusión académica del populismo, pues precede a los más comentados. Su autor era un economista, lo que puede explicar en cierta medida el enfoque del artículo, que en cierta otra, puede explicarse también por la situación del mundo: la disyuntiva entre el industrialismo y otras formas de desarrollo era real.

El impacto del discurso de Bryan que antes mencioné es patente en su uso para la caracterización del fenómeno: se caracterizaría por promover legislación que beneficiara a los

⁴⁹ David J. Saposs, “The Role of the Middle Class in Social Development. Fascism, Populism, Communism, Socialism”, *Economic Essays in Honor of Wesley Clair Mitchell*, Columbia University Press, Nueva York, 1935, pp. 395-424.

pequeños hombres de negocio contra los grandes. Serían, entonces, anticapitalistas en cierta medida. Encuentro aquí un eco con lo que otros populistas promovían en ese mismo tiempo: Gaitán, por ejemplo, aspiraba a un modelo socialista de pequeños propietarios, mientras Saposs pensaba que “los populistas creen en un sistema regulado de propiedad privada, basado en la iniciativa individual”. Algo similar podría decirse de Cárdenas, aunque fuera conceptualizado hasta años después por Tannemaum.

Lo que observa Saposs tras la Primera Guerra Mundial es un ascenso de clasemedios radical-socialistas, nacional-socialistas, o análogos, cuya especificidad se pierde porque algunos capitalistas los han reivindicado, ignorando su impronta clasista —de clases medias, repito— y que, posiblemente, ahora están furiosos y radicalizan su populismo de una manera novedosa: se hacen fascistas, como sucede en ese momento en Italia, Polonia, Alemania, Austria, Japón. El autor dice que los principales programas populistas son los de Hitler, Starhemberg y Mussolini. Lo que vincula a los viejos populistas estadounidenses con los fascistas es su pertenencia a la clase media: sus integrantes y sus programas son clasemedios. En este momento, la ambigüedad del término está sembrada de una vez y para siempre.

Saposs repasa, después, la situación de Estados Unidos, la caída y el nuevo levantamiento de los populistas, si bien ahora son un género y no un movimiento. Pronostica que, en Estados Unidos, el populismo se orientará por un sendero democrático y no fascista y, de hecho, diría que en esos tiempos se vive un sentimiento populista, desde la presidencia hasta la cámara de representantes, lo que no juzga particularmente peligroso. Termina por hacer una tipología —aunque exclusivamente para Estados Unidos. Populismo lo habría de tres tipos: uno de académicos como John Dewey, demócratas de izquierda; otro de clases medias agricultoras del oeste —como La Follette—, asociado a intereses sindicales (organized labor)

y con una impronta anticapitalista, que sería progresista y patriota sin ser chauvinista, sino más bien reacio al fascismo. El tercer tipo sería formado por los populistas del sur y del sureste. Oradores como Huey Long y Murray. Estarían más definidos por su tipo de liderazgo, histriónico, sus bases sociales de blancos pobres, su influencia religiosa y moral. Para el autor, Hitler estaría “psicológicamente” en el mismo grupo, que incluiría también, en el inicio, a Bryan, pero después a personajes tan disímiles como los agrupados en el KKK, al padre Cox y al padre Coughlin. Este grupo sería el más susceptible de devenir fascista. Se aclara, a su vez, que no todo fascismo es populista, sino que lo hay capitalista. Como se ve, Saposs es, en realidad, el precursor del término como hoy se utiliza, y quizás todas las ambigüedades del concepto estaban ya presentes en su artículo.

La entrada definitiva del término a las ciencias sociales, sucederá, no obstante, con Edward Shils, en *The Torment of Secrecy*, más de 20 años después de la publicación del texto de Saposs. A diferencia de él, que veía en cierto populismo democrático una alternativa tanto al socialismo como al capitalismo de grandes corporaciones, Shils lo contrapone directamente a la democracia liberal. De hecho, lo hace su gran exterior constitutivo.⁵⁰ En esto se oponen del todo. Por lo demás, no hay gran diferencia y hasta podría decirse que en gran parte Shils repite el argumento del economista. De tal manera, para Shils el populismo sería una ideología que proclama la supremacía del pueblo sobre cualquier consideración legal o institucional y la identifica con la justicia y la moralidad. Aunque evoca el populismo rural y sus “grandes humanitarios”, reformistas y democráticos representantes, advierte de las múltiples caras que tendría el populismo y vuelve a traer a la mesa a los nazis, los fascistas e incluso los bolcheviques.

⁵⁰ Edward Shils, *The Torment of Secrecy. The Background and Consequences of American Security Policies*, Elephant Paperbacks, Chicago, 1996 [1956], pp. 98-104.

La intención de Shils, que en ese libro intenta rastrear los orígenes de los excesos de los servicios de inteligencia estadounidense, es clara: ha de mostrarse la cara iliberal, o antiliberal, de esos movimientos. Lo que tienen en común ya no es una clase social, sino su carácter antiliberal y antiinstitucional. De lo que quiere hablar Shils, primordialmente, es del macartismo. Y entonces glosa elementos discursivos comunes, que coinciden en la conspiración —*interests which held people in chains*— y en el antielitismo —*the overeducated*—. De modo que, para Shils, el populismo es un estilo antiliberal y además es fuente discursiva del macartismo. Lo dice así:

Populism, although it is known historically as a primarily Middle Western and Southern phenomenon, is a much more widespread phenomenon. It exists wherever there is an ideology of popular resentment against the order imposed on society by a long-established, differentiated ruling class.

Para Shils, el populismo no supondría la igualdad del pueblo con los gobernantes, sino su superioridad ante éstos.

Por momentos, lo de Shils se convierte en una diatriba franca —y en esos momentos los ejemplos desaparecen—: así el populismo abjura de la división de poderes, los *checks and balances*, odia el servicio civil, es ciego ante la posibilidad del ejercicio imparcial y desinteresado del deber, polemiza todo. Politiza todo. Por eso concibe a los bancos y el sistema monetario como una gran trampa. El populismo (y aquí Shils se cuida de decir que no se trata del populismo histórico) desprecia a los políticos y a los funcionarios, es antipolítico *en todos los países*, lo que no implica que sea reacio al liderazgo, sino que de hecho le viene bien. Y por eso han funcionado los líderes, de Bryan a Macarthy, pasando por Huey Long y muchos otros. El populismo aclama al demagogo.

Y por si no estuviera claro todo eso, después de Shils vendrá Lipset a especificar más el concepto. Su ingreso a las

ciencias sociales fue ideológico, un extraño eco de la Guerra Fría en sentidos contrapuestos —en tanto que fustiga igual al anticomunismo que al comunismo—. Al darle un tono científico, se le hizo renunciar a los contornos, perder los matices. Las ciencias sociales lo consolidaron como insulto —lo que, sin embargo, no triunfará en Estados Unidos nunca, donde después Carter y Obama se identificarán como populistas, por mencionar dos ejemplos distantes en el tiempo.

El argumento de Lipset es como sigue: el populismo se enmarcaría en el estudio predominante de los extremismos políticos. Habría extremismos de izquierda, como el comunismo o el peronismo; pero también los habría de centro —como el fascismo, forma radical del populismo— y a la derecha estarían autoritarismos tradicionales. Sobre los fascismos, diría Lipset

The classic fascist movements have represented the extremism of the center. Fascist ideology, though antiliberal in its glorification of the state, has been similar to liberalism in its opposition to big business, trade unions, and the socialist state. It has also resembled liberalism in its distaste for religion and other forms of traditionalism. And, as we shall see later, the social characteristics of Nazi voters in pre Hitler Germany and Austria resembled those of the liberals much more than they did those of the conservatives.

Un tipo extraño de extremismo sería el peronismo: “usually been the creation of nationalist army officers seeking to create a more vital society by destroying the corrupt privileged strata, which they believe have kept the masses in poverty, the economy underdeveloped, and the army demoralized and underpaid”.⁵¹

Véase que, aunque el autor no atina a separar analítica-

mente ambas categorías, sí considera que peronismo y fascismo son cosas diferentes, pero las mezcla sin definir de antemano un criterio. Para fundamentar el aserto de que el fascismo es el extremismo de centro, Lipset recupera un razonamiento de Lasswell que puede ser de utilidad. El extremismo nazi surgió de tendencias contenidas en la sociedad capitalista industrial, filtradas por la desesperación y la irracionalidad. Sucede, entonces, que las clases medias —los *small businessmen*— podrían volcarse al fascismo o al populismo antiparlamentario por las tendencias del mundo moderno a la concentración y centralización —sobre todo económica, se entiende. El populismo y el fascismo aspirarían a restaurar la seguridad económica de las clases medias. Lipset intenta probar algo de su hipótesis de que los populistas representan el centro extremo mediante el rastreo del flujo de votos hacia los nazis y las pérdidas relativas del centro liberal —misma cosa que, dice, pasó con el poujadismo.

Ya una vez estableciendo la caracterización, Lipset va de los fascistas italianos al macartismo y al peronismo, que en vez de ser un fascismo de las clases medias sería para él un “fascismo” de los pobres, así, entre comillas. Para entonces, los populistas de fines del siglo XIX han quedado convertidos sólo en un vago antecedente de fenómenos mucho más recientes como el longuismo —de Huey Long— y el macartismo. Las reivindicaciones democráticas han quedado en el olvido.

Lo que dice de Perón es muy importante, porque ésa será la vía por la que el concepto entrará al pensamiento latinoamericano, donde habrá un largo debate acerca del fenómeno y del término.

⁵¹ Seymour Martin Lipset, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Doubleday and Company, Garden City, 1960, p. 134.

TERCER MOVIMIENTO

La reflexión sobre el populismo en América latina ha sido tan fecunda que, con frecuencia, se considera un fenómeno propio de la región, en lo que no debe olvidarse que hay un importante sesgo inducido por los estudios latinoamericanos promovidos desde Estados Unidos.

La puerta de entrada fue la obra de Gino Germani, que viajó a finales del año de 1956 a Estados Unidos, donde estuvo en contacto con Lipset y sus ideas.⁵² Hay varios rastros de los intercambios entre Germani y Lipset, particularmente sobre la relación entre las estructuras económicas, las clases sociales y las preferencias políticas —ambos se citan en sus trabajos de esa época. Pero en lo que nos interesa, lo único claro es que la concepción de Lipset fue fundamental para que Germani dejara de llamar fascista a Perón y optara por clasificar al peronismo, primero, como un movimiento nacional-popular y, después, como populista. Para Lipset, Perón era un populista radical, antiparlamentario, personalista y estatista, y en ese sentido, se asemejaba a los fascistas —aunque tiene el cuidado de colocar el adjetivo entre paréntesis—, pero con la peculiaridad de que no se apoyaba en las clases medias sino en las bajas, particularmente en los trabajadores urbanos. De esa manera, el orden y la jerarquía no eran valores rectores de su proyecto, como sucedía en el fascismo, mientras sí lo era la justicia social —artefacto discursivo que tuvo su correlato práctico en la puesta en marcha de programas sociales para los trabajadores.⁵³

Este fue el inicio de uno de los momentos más feraces en la discusión sobre el tema, que al alejarse de Estados Unidos, de Rusia y de la historiografía, se alejaría también de los referentes

⁵² Samuel Amaral, “Del fascismo al movimiento nacional-popular: el peronismo y el intercambio Germani-Lipset” (1956-1961), Documentos de Trabajo, núm. 402, Universidad del CEMA, Buenos Aires, agosto de 2009.

⁵³ Seymour Martin Lipset, *op. cit.*, pp. 170-173.

clásicos para dar paso a discusiones con una base muy diferente. Originalmente, Germani había llamado a Perón nazi o fascista, pero a partir de la obra de Lipset adoptó una categoría diferente que servía para explicar sus coincidencias y divergencias.

Lo que Germani dijo de los movimientos nacional-populares, a los que llamaría hasta 1973 “populistas”, es bien conocido y está inspirado principalmente en el peronismo. Su argumento partía de la base de que, en momentos de transición hacia una sociedad moderna, surgía una serie de factores novedosos como a) industrialización incipiente, b) sectores recientemente incorporados a los circuitos urbanos, c) desplazamiento de élites tradicionales por otras, asociadas a diferentes mercados. Esto derivaría en asincronías geográficas, institucionales y motivacionales que generan un reajuste de diversos órdenes sociales y generan, en consecuencia, una masa disponible para la movilización que rebasa, con mucho, la capacidad que ofrecen los canales de participación típicos. Dicha masa disponible sería manipulada por líderes y élites en competencia, movilizadas mediante un discurso nacionalista y reivindicativo, ofreciendo algún grado de participación que no amenazara a los sectores dominantes.⁵⁴ Ese tipo de participación era, según Germani, un fenómeno original en América Latina, y tenía el siguiente efecto paradójico: había un incremento de la libertad concreta y de la participación, aunque el mismo movimiento era causante de que se despreciara, en cierta medida, la democracia representativa como un instrumento elitista. En esto último residiría el inescapable carácter autoritario del populismo.

Torcuato di Tella siguió la caracterización de Germani y la complementó.⁵⁵ A las asincronías añadió un efecto de des-

⁵⁴ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962. Moscoso hace un resumen de las formulaciones de esa obra y otras posteriores en Carlos Moscoso Perea, *El populismo en América Latina*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, pp. 69-83.

⁵⁵ En la misma obra citada arriba (la de Moscoso), en las páginas posteriores a la 83 se ve un resumen. Roger Bartra hizo una caracterización contempo-

lumbramiento por los flujos de modernización, lo que generaría una revolución de expectativas y se acompañaría del surgimiento de grupos incongruentes que generan élites potenciales. Cuando el populismo surge, entonces, no depende solamente de la aparición de masas disponibles, sino de su encuentro con élites dispuestas a soportar y respaldar el proceso de movilización y la aparición de un líder. Aunque contrario a la democracia liberal, para Di Tella el populismo sería una de las vías para lograr la reforma en América Latina.

Del mismo modo que Germani y Di Tella, los llamados desarrollistas intentaron dilucidar la relación entre las estructuras, los cambios sociales y el populismo y, para ello, echaron mano de una vieja noción del marxismo, conocida a veces como cesarismo y a veces como bonapartismo. Trasluce en todo su desarrollo conceptual y responde a un ajuste de la realidad con el esencialismo de clase. En teoría, los regímenes políticos responden en última instancia a alguna de las llamadas clases fundamentales, pero en ocasiones, ninguna de estas está suficientemente formada o tiene las capacidades necesarias para encabezar el poder del estado, lo que hace que se genere un empate que acaba de resolverse por la presencia de un liderazgo creíblemente supraclasista que habrá de consolidar a la burguesía como clase —y entonces al proletariado, normalizando la situación. Ésa es más o menos la idea.

En los desarrollistas, esta concepción teórica apareció junto con la de la teoría de la dependencia. El modo de modernización de América Latina —esto es, de desarrollo capitalista— y su naturaleza dependiente, generaron esa especie de empate premoderno, de forma que el tránsito al desarrollo se daría por la quiebra del sector oligárquico tradicional y la

ránea del populismo atendiendo a esos conceptos: “Populismo y democracia en América Latina”, *Letras Libres*, mayo de 2008. Disponible en <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/populismo-y-democracia-en-america-latina>

emergencia de una nueva élite industrial. En este período habría una crisis de legitimidad ocasionada por

el afán de industrialización en la fase de consolidación del mercado interno y la incorporación de las masas al sistema de producción y al sistema político. Esto supone: 1) la constitución de una alianza política entre fuerzas contradictorias, reservándose el papel de grupo dominante de esta alianza al sector empresarial o burguesía naciente; 2) el pacto será, sobre todo, económico, basado en un programa de apoyo a la industrialización y de distribución equitativa de las ganancias; 3) la incorporación de las masas a la vida política deberá ser gradual.

Habría tres grandes ejemplos, o subtipos, de este populismo, que bien podrían representarse con los casos de Perón, Vargas y Cárdenas. Pero los empates no sobreviven, y la formación de oligarquías capitalistas terminará por poner al populismo desarrollista en crisis, pues sólo el equilibrio de fuerzas era capaz de imponer la cohabitación de sectores contradictorios como los sectores agrarios y los urbanos industriales. Octavio Ianni profundizará la caracterización de lo que él llama el estado populista, en que destacará el intervencionismo y el corporativismo. Podría, nos dice, tener dos derivas: democrática o dictatorial.

Desde luego, no sólo en América Latina se hablaba del populismo, pero sí se hacía más que en otros sitios. Paralelamente, en Reino Unido se escribió un libro muy diferente, con base en una conferencia: rico en casos y en reflexión histórica, con una diversidad de concepciones teóricas y con un notable capítulo de conceptualización. Se trata del trabajo coordinado por Ghita Ionescu y Ernest Gellner, un libro extraordinario en el detalle de las descripciones y la variación de los casos que es, no obstante, difícilmente clasificable en una corriente teórica.

El libro reúne una serie de definiciones que varían de acuerdo con el fenómeno que concentra la atención del autor

en cuestión —lo que significa una variación grande, pues igual se habla de los movimientos de liberación africanos que de Europa del Este. Dado que es un trabajo coordinado desde Europa, tiene la virtud involuntaria de no perder de vista la dimensión histórica del concepto. De esa manera, el populismo no es tratado como una enfermedad del subdesarrollo ni como un exotismo latinoamericano. Para Donad McRae, por ejemplo, el populismo es un primitivismo nostálgico, agrario, fundado, a decir de otro de los trabajos, en la premisa de que la gente simple —que es la aplastante mayoría— y sus tradiciones colectivas son las depositarias de la virtud.

De los capítulos de que se compone el volumen, vale la pena detenerse en el último, titulado “El populismo como concepto”, de Peter Worsley, acaso el más original entre todos. En éste, después de glosar algunos de los casos históricos y dar cuenta de la caracterización que Shils hiciera del fenómeno, Worsley da un paso fundamental para lo que aquí interesa. Pone en claro que no puede cargarse al populismo con algunos de los rasgos que han caracterizado a alguna de sus apariciones históricas y que, del mismo modo, debe distinguirse del fascismo, pues puede también presentarse abstrayéndose de muchos otros de sus rasgos. Para él, el fascismo contiene un ingrediente populista, no es su radicalización. Worsley diría que

es preferible considerar al populismo como una suerte de énfasis, una dimensión de la cultura política en general, y no meramente como una especie particular de sistema ideológico o tipo de organización generales. Por supuesto, como ocurre en todos los tipos ideales, ciertas culturas y estructuras políticas semejantes a las que hasta el presente se conocen como “populistas” pueden aproximarse mucho a dicha dimensión. [...]. Parecería deseable, pues, modificar en parte la definición que da Shils del populismo, de manera tal que sin eliminar la “pseudoparticipación” (demagogia, “gobierno por televisión”, etcétera) pudiéramos incluir, asimismo, en forma discernible,

la participación popular genuina y efectiva. [...]. Y sin embargo, la “dimensión” populista no es democrática ni antidemocrática: es un proceso de una gama de culturas y estructuras políticas. Aunque a menudo se le niegue, el populismo es compatible a todas luces con la democracia. [...] En la medida en que el populismo defiende intensamente el derecho de las mayorías a asegurarse —mediante su “intervención”— de que no son ignoradas (como suelen serlo), exhibe una compatibilidad profunda con la democracia.⁵⁶

La caracterización de Worsley es el contrapunto más notable, y menos centrado en América Latina, a la teoría más estructuralista —en sus vertientes modernizadora y desarrollista— del populismo, dominante entonces. Sin embargo, pensando en América Latina —aunque ya estuviera radicado en Inglaterra—, y antes de que asomara el más fuerte descrédito del desarrollismo, la crítica de Laclau fue, como una anticipación del posmarxismo, la que la cuestionó más fuertemente. Laclau desestima, por ejemplo, la adscripción del populismo a clases o sectores económicos específicos, y hace notar que en Estados Unidos fueron campesinos, es cierto, pero en América Latina hubo pequeña burguesía y burguesía nacional populista, además de los muy mencionados trabajadores urbanos. Esta sería la semilla de varias vertientes, y por ello vale la pena detenerse en ella brevemente.

Primordialmente, Laclau la emprende contra Germani y Di Tella, reconocimiento mediante. Tiene dos objeciones a sus trabajos, una histórica y otra teórica. La histórica es la siguiente: no puede considerarse al populismo como un fenómeno propio de una época transicional, pues esto supondría que los países modernos no presentan este tipo de fenómenos, y sí que los tienen: el *qualunquismo* y el fascismo se dieron en una Italia que

⁵⁶ Peter Worsley, “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970, p. 303.

no estaba particularmente infradesarrollada para el momento en que surgieron, lo mismo que el nazismo en Alemania y el poujadismo en Francia. Que hubiera crisis económicas no contradice, en modo alguno, que estos países ya hubieran atravesado un proceso de industrialización y modernización. La segunda objeción es teórica, y consiste en establecer que la historia no es lineal y ascendente, por lo que las categorías de partida —sociedad tradicional— y de llegada —sociedad moderna— comparten un ostensible grado de arbitrariedad.⁵⁷ No puede, además, considerarse que habrá un desarrollo social plenamente funcional una vez que todos los factores sociales se modernicen y sincronicen, pues esto implica dejar de lado la dimensión histórica de las sociedades. Y no sólo eso: Laclau critica, igualmente, los sustantivos utilizados para hablar del fenómeno. No podría decirse en sentido estricto que se trate de una ideología o de un movimiento, como hasta entonces se había dicho.

Se trata, sí, de un fenómeno ideológico, pero al cual es imposible adjudicar una pertenencia de clase —aunque comporte un proyecto de clase—. Se situaría, más bien, en el dominio de las formaciones sociales, en las que se daría una contradicción específica, antagónica, entre el pueblo y el bloque en el poder. Surgiría, así, en ese dominio —de lo político y lo ideológico—, la lucha popular-democrática. De tal modo “el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante”. Dicha articulación puede ser bien diferente, y es eso lo que explica que puedan ser populistas el fascismo, el nazismo, el maoísmo, el titoísmo, el Partido Comunista Italiano o Juan Domingo Perón. Es así como para Laclau el populismo socialista —Tito o el PCI—, más que atrasado, sería la forma más avanzada de la ideología obrera.⁵⁸

⁵⁷ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1978, p. 179.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 114.

CUARTO MOVIMIENTO: POPULISMO ECONÓMICO

La impronta económica de los enfoques estructuralistas no desapareció con el descrédito de sus teorías, sino que se resignificó y se aprovechó ideológicamente. Mientras para muchos politólogos el populismo, como movimiento político, estaba adjetivado por sus prácticas reformistas en el ámbito económico —como en la expresión del populismo desarrollista—, algunos especialistas pasaron a hacer de dichas prácticas económicas lo sustancial. Este momento coincide con el ascenso del neoliberalismo, y entonces hay condiciones favorables para que se tienda a descalificar “el activismo estatal”, particularmente en una hipotética intención redistributiva. Uno de los descalificativos favoritos es “populista”.

En uno de los pocos volúmenes que se dedican a esta vertiente, Dornsbuch y Edwards conciben al populismo económico como “un enfoque de economía que destaca el crecimiento y la redistribución del ingreso y menosprecia los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas agresivas ajenas al mercado”. Se cuidan de apuntar que “el propósito de la descripción de este paradigma no es una afirmación moralista de la economía conservadora, sino una advertencia de que las políticas populistas fracasan en última instancia, y su fracaso tiene siempre un costo terrible para los mismos grupos que supuestamente se quiere favorecer”.⁵⁹

En un contexto de insatisfacción con las políticas económicas y de malestar con las recetas del Fondo Monetario Internacional, el populismo se convierte en todo lo contrario a lo que establece el *díctum* neoliberal. El enemigo principal es

⁵⁹ Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comp.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, FCE, México, 1992, p. 17.

la política fiscal expansiva y, en particular, el gasto público. Y se utilizan los siguientes ejemplos: Chile con Salvador Allende, Perú con Alan García.⁶⁰ En nuestro país no hay otros que José López Portillo y Luis Echeverría. Sin duda, se trata de la elaboración más rudimentaria y pedestre que hay sobre el populismo, pero también de una de las más exitosas. El fantasma del populismo, cuando se utiliza para asustar, es sobre todo el del populismo económico.

“Populismo” se convierte en sinónimo de irresponsabilidad económica; “populista” pasa a ser una expresión derogatoria, la expresión derogatoria por excelencia para quienes reivindican el programa neoliberal. Siendo arma arrojadiza, pierde casi todo potencial analítico. Alan Greenspan sostuvo hace unos diez años esta versión: dijo, por ejemplo, que el populismo económico se caracteriza por ser poco cerebral, fracasado —ciego ante su fracaso— y opuesto al libre mercado, como si todo eso fuera equivalente.⁶¹ Desde luego, es una enfermedad que sería propia de los países poco desarrollados, y Estados Unidos tendría cierta inmunidad ante él.

Un ejemplo nítido de este movimiento sería la definición ofrecida por John Seahan “Populismo es no sólo el nombre de un desorden [sino del rechazo a] la dominación de la élite tradicional, de la inversión y la influencia extranjeras, de los precios de los bienes básicos determinados por el mercado, erráticos e injustos, y de toda afirmación de la necesidad de restricciones globales al gasto en programas sociales”.

Bazdresch y Levy la retoman para referirse a México en 1992. Ahí detallan el argumento de que “los episodios populistas son, en el fondo, el resultado de circunstancias en que los gobernantes creen que sus metas políticas sólo pueden alcanzarse

⁶⁰ Jeffrey Sachs, *Social Conflict and Populist Policies in Latin America*, NBER Working Paper Series, núm. 2897, Cambridge MA, 1989.

⁶¹ Alan Greenspan, *La era de las turbulencias. Aventuras en un nuevo mundo*, Ediciones B, Barcelona, 2008, pp. 378-385.

mediante intervenciones que restrinjan la operación de los mercados e incrementen el grado de la intervención estatal”. Si con Shils el populismo fue el exterior constitutivo de la democracia liberal en los tiempos de la Guerra Fría, después de la caída del muro y del triunfo ideológico sin cortapisas de la democracia liberal, tendió a hacerse el exterior constitutivo de la política económica neoliberal, que se elevaba casi al estatus de ley natural, mientras el dominio de la política se reducía a las elecciones.⁶²

Desde un examen sereno, las afirmaciones del populismo económico, por lo menos las que se refieren a México, podrían relativizarse. Atendiendo al producto nacional y al ingreso por persona, los saldos de los sexenios más atacados son positivos, además de que se trató de años en que mejoró la distribución del ingreso e incrementó el bienestar general.⁶³ Es un debate entre economistas que no acabará pronto, pero —y eso es lo que me interesa hacer notar en este punto— que se oculta por completo cuando el epíteto se lanza a su destinatario. Un populista es alguien que propone una conducción no neoliberal de la economía y se acabó.

QUINTO MOVIMIENTO: NEOPOPULISTAS

En la academia, por lo menos, la hipótesis del populismo económico no tenía mucho futuro. Y menos aún porque ya estaban desacreditadas las teorías estructuralistas que ataban irremediablemente la política a la economía. Sin embargo, se hizo

⁶² Carlos Bazdresch y Santiago Levy, “El populismo y la política económica de México, 1970-1982”, en Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards, *op. cit.*, p. 290.

⁶³ Ariel Rodríguez Kuri y Renato González Mello, “El fracaso del éxito, 1970-1985”, *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, México, 2010, p. 707.

tan popular la idea de que eran populistas los opuestos al neoliberalismo que, cuando aparecieron políticos neoliberales que reunieron muchas de las características usualmente atribuidas a los populistas, tuvo que llamárseles “neopopulistas”, aunque, como dijo Benjamín Arditi, no es muy claro lo que el prefijo “neo” añade en el caso.⁶⁴ Como quiera que sea, a partir de los llamados neopopulismos, el concepto tuvo que pensarse otra vez, ahora con decenas de estudiosos.

Primero estuvo la verificación de que los llamados populistas clásicos no eran ejemplos a los que pudieran aplicarse las definiciones que hacían hincapié en los atributos económicos:

Durante el gobierno de José Battle Ordóñez en Uruguay —apunta Kurt Weyland— se extendió la participación masiva, poniendo en marcha generosos programas de bienestar en un contexto preindustrial; de manera similar, José María Velasco Ibarra en Ecuador, utilizó tácticas políticas populistas en una nación pobre y agrícola que no tenía suficientes recursos para generosos programas distributivos. [...] Por otro lado, Lázaro Cárdenas en México, se centró no solamente en grupos urbanos [...] sino que también extendió la movilización masiva al campo.

También, entre los llamados populistas clásicos, Juan Domingo Perón tuvo momentos expansionistas y otros ortodoxos, de manera que ese vínculo no se verifica.⁶⁵

Pero esta reflexión no se impuso por sí misma ni por un ímpetu revisionista derivado del relevo generacional entre investigadores e intelectuales. Más bien, la persistencia popu-

⁶⁴ Benjamín Arditi, *La política en los bordes del liberalismo: diferencia, populismo, revolución, emancipación*, Gedisa, Barcelona, 2010, p. 121.

⁶⁵ Kurt Weyland, “Clarificando un concepto cuestionado: ‘El populismo’ en el estudio de la política latinoamericana”, en Kurt Weyland *et. al.*, *Releer los populismos*, Centro Andino de Acción Popular, Quito, 2004, p. 27.

lista de los años 80 y 90 llevó a replantearse el tema. En Brasil resurgieron Leonel Brizola —en la gubernatura de Rio— y Miguel Arraes —en la de Pernambuco—; en Perú emergió con fuerza Alan García. En México algunos quisieron ver populismo en Carlos Salinas de Gortari, pero, sobre todo, generó curiosidad que algunos líderes personalistas como Carlos Saúl Menem, Hugo Banzer, Abdalá Bucaram y Fernando Collor de Mello, compartieran una serie de características con liderazgos populistas del pasado, pero que tuvieran, asimismo, diferencias de bastante bulto. La principal similitud fue la construcción discursiva, mientras las diferencias eran predominantemente económicas: no buscaron políticas igualitarias e incluyentes que por ello resultaran en decisiones fiscales expansivas, sino que siguieron el canon neoliberal a pie juntillas.

Se dieron casos análogos en Europa del este, como Boris Yeltsin, Lech Walesa y —en alguna medida— Leonid Kuchma. En los años ochenta —y sin que esto fuera de especial relevancia para quienes estudiaron los neopopulismos— se llamó populistas a Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Jörg Haider y Jean Marie Le Pen, además de toda la oleada de ultraderecha que llegaría en los años noventa, con otros perfiles que serían claramente neopopulistas como el de Silvio Berlusconi, a quien incluso se ha llegado a llamar peronista.⁶⁶

Si se les pueda considerar populistas o no, dadas sus diferentes características y contextos, podría saldarse con el texto de Ernesto Laclau ya citado. Pero hubo un debate al respecto. Una serie de académicos⁶⁷ defendió el uso particu-

⁶⁶ Tim Houwen, *op. cit.*, pp. 27 y 28. También se menciona a Vladimír Mečiar, de Eslovaquia, en Raimundo Frei y Cristóbal Rovira Kaltwasser, “El populismo como experimento político: historia y teoría política de una ambivalencia”, *Revista de Sociología*, núm. 22, Universidad de Chile, Santiago, p. 125.

⁶⁷ Weyland registra a Nicolás Lynch, José Nun, Aníbal Quijano, Carlos Vilas, Paul Drake, entre otros. Ver Kurt Weyland, “Clarifying a Contested Concept:

larista del concepto con el argumento de que hacerlo de otro modo oscurecía y distorsionaba la realidad, más que aclararla —además de que se alejaba de los referentes clásicos. Así, por ejemplo, los neopopulistas no podían ser populistas porque no eran antipolíticos, no fustigaban a la democracia representativa y reivindicaban la ética de la responsabilidad, según escribieron.⁶⁸ Ya para entonces, el concepto estaba muy desnaturalizado respecto a su surgimiento, y su calidad de insulto estaba bastante consolidada.

Otros defendieron la idea de llamarles populistas, y favorecieron definiciones más flexibles. Algunos ejemplos de estas definiciones, que necesariamente tendieron a hacerse menos extensas, fueron los de estilo político o estrategia y, aunque es un rasgo repetido en la mayoría de los desarrollos latinoamericanos, hicieron especial énfasis en el personalismo o el estilo personal de gobernar. Kurt Weyland, por ejemplo, dice que el populismo emerge cuando un líder individual busca o ejerce el poder gubernamental basándose en el apoyo de un gran número de seguidores fundado en una conexión directa, casi personal, y no en mediaciones organizativas.⁶⁹ Para Weyland, esta conexión implicaría la capacidad de representar y gobernar al pueblo —a menudo extraordinaria, es decir carismática—, prometiendo la inclusión de los rechazados y su protección de fuerzas contrarias a su interés.

Siguiendo al mismo autor, el populismo tendrá un ámbito de aplicación primordialmente latinoamericano, como si sólo hubieran existido episodios populistas en América Latina

Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics*, núm. 1, vol. 34, octubre de 2001, pp. 1-22, en especial la página 9.

⁶⁸ Guy Hermet, “Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos”, en Guy Hermet, Soledad Loeza y Jean François Prud’homme (comp.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, El Colegio de México, México, 2001, p. 19.

⁶⁹ Kurt Weyland, *op. cit.*, pp. 13-14.

entre los 30 y los 60 y, después, entre los 80 y 90. La variante clásica correspondería a un bajo nivel de institucionalización que derivaría en la posibilidad de incorporar inicialmente a esta gente, creando organizaciones, mientras por el contrario, “en sistemas políticos organizativamente saturados, los líderes populistas surgen adoptando tácticas anti-organizacionales”, o bien tomando partidos de origen populista.

Y aquí Weyland trata uno de los aspectos que podrían resultar más polémicos en su caracterización. Los líderes neopopulistas no sacan a su pueblo a la calle, a diferencia de los populistas clásicos. Ello se debería a que los instrumentos demoscópicos y la televisión permiten una comunicación directa que eclipsa el interés de los populistas en la mediación organizativa. “El neopopulismo es por lo tanto menos movilizacional, transformador y redentor que el populismo clásico y su carácter incluyente es más simbólico que efectivo”.⁷⁰

La multiplicidad de voces y cabezas pensando el populismo se ha hecho más amplia cada vez, pero sin duda los teóricos del neopopulismo, aun si no establecieron un consenso,⁷¹ fueron un aliciente fundamental para repensar el término, lo que además resultó de una pertinencia particular si se atiende a que, con el llamado giro a la izquierda en América Latina y con la persistencia de la ultraderecha europea, la categoría volvió a ser muy utilizada. Algunos autores siguieron viendo estos casos a la luz de los neopopulismos.⁷²

⁷⁰ *Ibid.*, p. 16.

⁷¹ El regreso del tema trajo de vuelta a definiciones acumulativas e hizo vigentes muchas de las caracterizaciones que podían considerarse superadas. Por ejemplo, en Flavia Freidenberg, “¡En tierra de caciques! Liderazgos populistas y democracia en Ecuador”, *OPERA*, núm. 16, enero-junio de 2015, pp. 99-130.

⁷² Luis Guillermo Patiño Aristizábal, “El neopopulismo en el contexto de la democracia latinoamericana”, *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, vol. 37, núm. 106, enero-junio de 2007, p. 241.

SEXTO MOVIMIENTO: DE LA AMBIVALENCIA *AL RADIX MALORUM EST POPULISMUS*

Además del giro a la izquierda en América Latina —y del hecho de que la discusión estaba ya abierta a causa de los neopopulismos—, la difusión del vocablo y de su uso se debió a la emergencia de fenómenos similares alrededor del mundo, en Canadá, Australia, Asia y Europa. Y aunque el interés por el tema creció marcadamente a partir de 2008, fueron el llamado *Brexit* y la elección de Donald Trump los eventos que lo colocaron en el centro de las reflexiones —y en las estanterías de novedades de la librerías de todo el mundo. En la actualidad, el estudio del populismo se da primordialmente alrededor de su relación con la democracia, una vez que está más o menos claro que se trata de un fenómeno primordialmente político y que puede presentarse en diversas partes del mundo.⁷³ Reducido a la política, se plantearían principalmente dos debates conceptuales —los que he elegido para el desarrollo de este trabajo—: uno sobre *qué es* (si bien está más o menos claro cómo es) y otro sobre cómo se relaciona con la democracia.

Frei y Rovira comprimen estos debates en un acomodo consensual. No estaría por verse sólo si el populismo es estilo, lógica política, tipo de liderazgo o estrategia, sino que lo sería todo al mismo tiempo:

El populismo empieza a ser considerado como una lógica de acción política aplicable a diversos modelos ideológicos y que se caracterizan por tres rasgos fundamentales: primero, un estilo político basado en un estrecho vínculo entre los líderes políticos y sus seguidores (Knight, 1998, p. 226; Canovan, 1999, p. 5).

⁷³ Raimundo Frei y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *op. cit.*, p. 126. Los autores citan a Margaret Canovan, Ernesto Laclau, Kenneth Roberts, Franco Savarino, Kurt Weyland y Perre-André Taguieff, a los que podrían sumarse otros autores como Ludolfo Paramio y Benjamín Arditi.

Segundo: una temporalidad donde se proclama la utopía de las soluciones instantáneas a los problemas de larga data (Hermet, 2003, p. 12). Y tercero: el desarrollo de una estrategia de obtención y ejercicio del poder a través de la cual un líder carismático gobierna sin contra-balance de las instituciones propias del Estado de Derecho.⁷⁴

Bien podría incluirse también su forma de representación mixta, con la que también se le ha definido.

Una vez caracterizado, la definición acumulativa obvia —a la vez que minimalista— iría más o menos por estos rumbos: populismo sería una lógica que tiende a formar coaliciones heterogéneas mediante un liderazgo carismático y paternalista, el cual no sólo recurre a métodos redistributivos o clientelares para mantener el vínculo con el electorado, sino que también actúa dentro de los marcos generales de la democracia liberal y al mismo tiempo tiende a presentar rasgos autoritarios que se desacoplan de los sistemas de control institucionales.⁷⁵ Estamos, ahora, en la ampliación radical del terreno: algunos podrían decir incluso que —salvo el carisma y el paternalismo—, así se hace la política en general. Y quizá eso no está lejos de lo planteado por la famosa obra de Ernesto Laclau. Si bien se aleja del tono típico de las ciencias sociales, y en particular de la ciencia política dominante, *La razón populista* ha influido bastante en que se piense el populismo de esa manera.

Arditi resume el argumento en una nuez:

1) Cuando demandas sociales no pueden ser absorbidas diferenciadamente por los canales institucionales, éstas 2) se convierten en demandas insatisfechas que entran en una relación de solidaridad o equivalencia entre sí y 3) cristalizan alrededor

⁷⁴ *Ibid.*, p. 126.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 127.

de símbolos comunes que 4) pueden ser capitalizados por líderes que interpelen a las masas frustradas y por lo tanto comienzan a encarnar un proceso de identificación popular que 5) construye al “pueblo” como un actor colectivo para confrontar el régimen existente con el propósito de 6) demandar el cambio de éste. [...] La política-como-populismo divide el escenario social en dos campos y produce una frontera o relación antagónica entre ambos.⁷⁶

El populismo para Laclau, entonces, implica el surgimiento de una identidad compartida que adopta y resignifica demandas y las transforma en un reclamo más general, a partir del cual se construye el “pueblo” que confronta al *statu quo*. Se caracterizará, además, casi como consecuencia lógica, por la presencia de un líder, dado que “un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, necesariamente una singularidad [...]. La lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder”.⁷⁷ Debe hacerse notar que el parecido de la formulación de populismo de Laclau con la que hiciera con Mouffe sobre hegemonía en *Hegemonía y estrategia socialista* sugiere —aunque por momentos acepte variantes divergentes— la restricción de las formas de la política a la política hegemónica, y de la política hegemónica a la política populista, de manera que prácticamente toda política que quisiera rebasar las barreras de la marginalidad (es decir, casi toda la política) sería populista. La mejor muestra está en la afirmación de Laclau de que “la razón populista, en la medida en que es la lógica misma de la construcción del ‘pueblo’, equivale [...] a la razón política *tout court*”.⁷⁸

⁷⁶ Benjamín Arditi, “Populism is hegemony is politics? On Ernesto Laclau’s *On Populist Reason*”, *Constellations*, vol. 17, 2010, p. 489.

⁷⁷ Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, México, 2005, p. 130.

⁷⁸ Benjamín Arditi, *op. cit.*, p. 492.

El concepto adoptó así una amplitud patente —derivada, a su vez, de la diversidad misma de fenómenos populistas ocurridos a partir de los años 90—, que estuvo en el mismo tono de la mayoría de las aportaciones contemporáneas; así, sus contornos tienden a perderse. Se trata de una tendencia que se radicaliza si se agrega otra: la de concebir al populismo no como directamente antidemocrático o democrático, sino como ambivalente respecto a la democracia —como Canovan y después Arditi asentaron en dos reflexiones notables.⁷⁹

Las aportaciones mencionadas, entre otras, contribuyeron a que en los años previos al triunfo de Donald Trump hubiera esfuerzos por mirar la realidad de forma menos apasionada y más mesurada. Por un lado, serios intentos de precisar un concepto y, por el otro, de establecer empíricamente la relación del populismo con la democracia. Hay, por lo menos, dos trabajos que son dignos de mencionarse al respecto. El primero concierne a la relación empírica entre populismo y democracia. Cas Mudde y Cristóbal Rovira hicieron una comparación entre los populismos de América Latina y Europa, en la que encontraron que el populismo es más identitario en Europa y más económico en América Latina, lugar en que además tiende a ser incluyente y de izquierda, también a diferencia de los casos europeos. En la cuestión de la democracia, el estudio parece confirmar lo antes dicho: que el populismo puede bien ser un correctivo —dado su impulso a métodos democráticos como las elecciones libres y justas— o una amenaza a la democracia —dada su desconfianza hacia las instituciones.⁸⁰

⁷⁹ Margaret Canovan, “Trust de People! Populism and Two Faces of Democracy”, *Political Studies*, núm. 1, vol. 47, 1999. Disponible en <https://doi.org/10.1111/1467-9248.00184>; y Arditi, “El populismo como espectro de la democracia: una respuesta a Canovan”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 191, vol. 47, 2004. Disponible en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpsys/article/view/42453>

⁸⁰ Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *op. cit.*

El segundo trata, otra vez, de conceptualizar el género del fenómeno, y es bastante sugerente, pues aunque incorpora la dimensión discursiva en que se inscribe el trabajo de Laclau, retoma los desarrollos acerca de la acción colectiva para pensar al populismo en el terreno. Se trata del trabajo de Robert S. Jansen, que ha dicho que el populismo es una forma de práctica política —es decir, una serie de cosas que se hacen— que involucra prácticas discursivas y de movilización. De tal manera, la movilización populista correspondería a proyectos políticos que se mantienen en el tiempo, que se dan a gran escala, y que se abocan a movilizar a sectores sociales comúnmente marginados en acción pública visible y en la contienda política, al mismo tiempo que se articula una retórica anti-élite y nacionalista que valora a la gente común.

La medida en el juicio sobre el populismo duró, sin embargo, hasta que el fenómeno se instaló (con el triunfo de Trump) decididamente en el corazón geográfico de la ciencia política como disciplina, o sea en los Estados Unidos, donde se estimaba que se trataba de un fenómeno superado y del pasado. A partir de entonces, un discurso que había caminado desde los años posteriores a la crisis de 2008 (cuando quedó claro que la democracia liberal era más liberal que democracia, y eso generó tantos malestares) tomó fuerza: un discurso de un aura fúnebre que advierte sobre el riesgo de que la democracia sucumba a manos del populismo. El más sólido de los trabajos al respecto es el *Vida y muerte de la democracia*, publicado en 2009, de John Keane, que después de describir tres etapas históricas de la democracia (gobierno asambleario, representativo y monitorizado) encuentra retos importantes para su supervivencia, que van desde la “videocracia” hasta el “telepopulismo”, o el debilitamiento de sus fundamentos multiculturales. “Sea en los Estados Unidos o Gran Bretaña, Uruguay o Japón, las democracias enfrentan problemas sin precedentes históricos ni soluciones conocidas”.⁸¹ A

⁸¹ John Keane, *Vida y muerte de la democracia*, FCE, México, 2018, p. 35.

estos problemas, Keane ofrece una solución poco imaginativa, que es más y mejor democracia monitorizada; una democracia que deje de ser “del pueblo” para convertirse en el gobierno “de los humildes”, pero entendiendo como humilde a quien “trata de vivir sin ilusiones; le disgustan la vanidad y la deshonestidad; el sinsentido descarado y el predominio de las mentiras”⁸² y que, por tanto, promueve la división del poder. Cabría criticar a Keane porque termina por promover algo así como una democracia de los virtuosos (aunque les llame humildes), desvirtuando de esa manera la naturaleza misma de dicho régimen político, pero éste no es el lugar para hacerlo.

Debe anotarse, en cambio, que la retórica épica, de riesgo de muerte de la democracia a manos del populismo y su defensa a manos del liberalismo, tomó cada vez más fuerza: inspirados —más bien asustados— por la victoria de Trump, Federico Finchelstein habló *Del fascismo al populismo en la historia*,⁸³ Steven Levitsky y Daniel Ziblatt explicaron *How Democracies Die*,⁸⁴ David Runciman reflexionó sobre *How Democracy Ends*,⁸⁵ y Yascha Mounk advirtió sobre la militancia de *The People vs. Democracy*.⁸⁶ Con gravedad, varios de ellos advierten que la era democrática podría estar llegando a su fin por diversas razones. Por el predominio de los afectos, por la priorización del reclamo igualitario sobre el pluralista, por el debilitamiento de las instituciones que dividían el poder (lo que Fukuyama llamó vetocracia, por ejemplo). El tono pasó a ser el de una teoría política de combate, de defensa de la

⁸² *Ibid.*, p. 833.

⁸³ Federico Finchelstein, *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, México, 2018.

⁸⁴ Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die*, Crown, Nueva York, 2018.

⁸⁵ David Runciman, *How Democracy Ends*, Profile Books, Londres, 2018.

⁸⁶ Yascha Mounk, *The People vs. Democracy*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2018.

democracia liberal y no tanto de entendimiento del populismo. Este tremendismo no es algo nuevo. Como ya dije antes, sucedió con Edward Shils en el posmacartismo. Pero lo dice mejor Mauricio Tenorio:

Durante la posguerra, los marxistas desencantados y los liberales conservadores buscaron explicaciones a las irracionalidades del macartismo y al horror a las masas que explícitamente la guerra y el holocausto habían acentuado. Así hicieron de la tradición populista un útil chivo expiatorio. A ella culparon de las manías racistas, del antisemitismo, del antiintelectualismo y del espíritu de linchamiento.⁸⁷

Es decir, lo hicieron la raíz de todo mal en democracia, como habría dicho C. Vann Woodward. Estamos en un sitio similar.

⁸⁷ Mauricio Tenorio-Trillo, “Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años 30 y su visión de México”, *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 105.

II. HACIA LA ESCULTURA DE UN CONCEPTO MÁS ÚTIL

En el capítulo que sigue se va a dar cuenta de la conveniencia de definir al populismo como una forma de subjetivación política delineada por algunos rasgos distintivos: a) fundada en un reclamo a la democracia realmente existente que, b) enarbola-do en términos morales por uno o más líderes con quienes las bases tienen interacción directa o cuasi directa, c) se caracteriza por la afirmación de la representación de una mayoría popular d) agraviada en su dignidad por una élite a la que se contraponen y que sirve de obstáculo para la realización de la voluntad general; una mayoría popular que además está e) dispuesta a trascender los límites que la institucionalidad vigente ha establecido para dirimir los conflictos. Defiendo que al hacerlo encontramos un concepto más útil que los que actualmente se utilizan en la conversación sobre el tema, aunque al mismo tiempo es compatible la gran mayoría de ellos. Para hacerlo argumentaré, primero, qué es lo que entiendo por la utilidad de un concepto, tomando a *grosso modo* las reflexiones de William James sobre la lógica del significado; después, y con base en ese criterio, analizaré qué es (el *genus*) y qué características tiene (la *differentia*).

Más que generar una definición totalmente nueva, quiero armonizar las existentes hasta donde sea posible en una labor de desbroce: pretendo esclarecer, confeccionando sobre los contornos de lo que ya han encontrado otros. Tampoco busco *la* definición correcta, o develar una cierta esencia del populismo (un contenido óntico), sólo me planteo llegar a una forma útil de mirar a un rango de prácticas y dinámicas políticas que, para

dotarse de sentido, suelen envolverse en un nombre. No se trata sólo de exquisitez en el uso de las palabras: ajustar la definición y caracterización de un concepto es fundamental para determinar un campo de estudio alrededor suyo y establecer formas y métodos a partir de los cuales puede estudiarse.

Así, al lector le sonarán familiares muchos de los elementos que presentaré en mi definición, y es así: estaban desperdigados en una serie de definiciones previas. De hecho, este trabajo parte de la discusión de dichas definiciones para hacerse una idea sobre *cómo es el populismo*, porque son sus características en lo que hay un mayor grado de acuerdo, además de que son lo más inmediato a la discusión. Tanto es así, que para muchos estudiosos basta con cubrir esa serie de características con sustantivos vagos como “fenómeno” para dar cuenta de ellas, obteniendo así una definición extensional válida pero frecuentemente inaprehensible —y a veces eso es razón de que la conversación respectiva no trascienda el margen de una caracterización que implique solamente un cierto listado de rasgos. Y, sin embargo, las caracterizaciones tienen una implicación empírica fundamental: el cotejo de la presencia o falta de ciertos rasgos suele utilizarse para encuadrar a un cierto fenómeno en un marco conceptual y para seleccionar casos de estudio. Para desarrollar esta parte del trabajo recurriré a la contrastación de casos paradigmáticos con algunas de las claves explicativas de las caracterizaciones. Suele decirse, por ejemplo, que el populismo es un fenómeno propio de la modernización, un tipo de liderazgo caudillista, una forma de nacionalismo, o la degeneración de la democracia. Yo argumentaré, por otro lado, que no puede sostenerse ninguna de esas aseveraciones porque hay casos que demuestran no ajustarse a ello. Casos, por otro lado, reconocidos ampliamente como populismos.

De cualquier manera, es necesario ir más allá en la labor de esclarecimiento. No basta dar cuenta de cómo es el populismo, sino que hace falta igualmente hacer una propuesta

sobre *qué es*, también en los términos de utilidad que describo unas cuantas líneas abajo. No es irrelevante que el populismo se conciba y estudie como un proyecto político, un movimiento, un estilo, una ideología, una lógica, un experimento o una forma de representación, aun si se le reviste de las mismas características. Si es ideología, por ejemplo, habrá una tendencia a buscar sus premisas básicas, su coherencia interna, etcétera; si es un movimiento, entonces habrá que estar pendiente de sus repertorios, las redes y actores organizacionales implicados en su surgimiento y de la estructura de oportunidades políticas, por ejemplo, y así, aunque sea menos claro qué se busca en un “experimento” o una “lógica política”. De tal modo, el *genus* no es una cuestión inocente y también se discutirá, para hacer, finalmente, una propuesta.

1. SOBRE LA UTILIDAD DE UN CONCEPTO

He dicho anteriormente que lo que quiero es dar lugar a un concepto más útil de populismo, y quiero explicar brevemente qué es lo que entiendo por eso. El ejemplo típico del pragmatismo filosófico, al que para estos efectos me adscribo, es el de la ardilla de William James. Heme aquí, delante de un árbol detrás del cual está una ardilla a la que no alcanzo a ver, pero de la cual sé que ahí está. Si camino hacia uno u otro lado sobre la circunferencia imaginaria que rodea la base del tronco, pero ella lo hace también, a la misma velocidad y en el mismo sentido, de manera tal que nunca alcanzo a verla, ¿al cabo de una vuelta al árbol, habré rodeado también a la ardilla? La respuesta dependerá, nos dice James, de qué entiendo yo por rodear. Si rodear implica estar al norte, sur, este y oeste del objeto, indudablemente lo habré hecho, pero si —alternativamente— implica estar frente a cada uno de los lados de la ardilla sucesivamente, no habré sucedido. Es decir, más allá de disputar significados esenciales,

es importante dar cuenta de cómo una u otra definición de una palabra nos muestra u oculta algo, cómo incluye o excluye una serie de acciones dentro de su dominio.

Desde luego, las definiciones y los nombres no pueden —no deben— establecerse con total arbitrariedad, aun si originalmente la relación entre significantes y significados es más o menos arbitraria.⁸⁸ Siguiendo a James, por lo menos debe procurarse que un concepto, para ser útil —que para él es lo mismo que verdadero— a) incorpore la experiencia previa y la armonice con la actual, es decir, dar cuenta de ambas a la vez; b) tenga la capacidad de interpretar lo inobservado con lo observado, o sea, refiriéndose a un género de fenómenos, establecer contornos que además de estables sean precisos, de forma que contribuyan a establecer inferencias correctas, lo que despojaría al criterio de utilidad del viso de subjetividad que podría atribuírsele en primera instancia; c) sea verificable —no verificado, necesariamente, pero sí presentarse de modo tal que dicha verificación pueda emprenderse. La verdad no sería, de esa manera, algo inherente a una idea sino algo que le sucede por los acontecimientos. Ésos son, en una nuez, los criterios con los que argumentaré mi labor de esclarecimiento conceptual, que no implica tanto proponer un concepto totalmente nuevo como adecuar algunas de las aproximaciones recientes más precisas.

Antes de proceder al examen de los desarrollos teóricos debo hacer una anotación. Es también aquí que la historia conceptual del capítulo pasado toma sentido. Para decirlo otra vez en palabras de James:

⁸⁸ James lo apunta del siguiente modo: los nombres son arbitrarios, pero una vez entendidos se deben mantener. No debemos llamar Abel a Caín o Caín a Abel, pues si lo hacemos así nos desligaríamos de todo el libro del *Génesis* y de todas sus conexiones con el universo del lenguaje y los hechos hasta la actualidad. Nos apartaríamos de cualquier verdad que pudiera contener ese entero sistema de lenguaje y hechos. William James, *Pragmatism in Focus*, Routledge, Londres y Nueva York, 1992, p. 106.

La verdad está hecha en gran parte de otras verdades previas. Las creencias de los hombres en cualquier tiempo constituyen una experiencia *fundada*. Pues las creencias son, en sí mismas, partes de la suma total de la experiencia del mundo y llegan a ser, por lo tanto, la materia sobre la que se asientan o fundan para las operaciones del día siguiente. En cuanto la realidad significa realidad experimentable, tanto ella como las verdades que el hombre obtiene acerca de ella están continuamente en proceso de mutación, mutación acaso hacia una meta definitiva, pero mutación, al fin y al cabo.⁸⁹

Los dos primeros criterios establecidos (*a* y *b*) pueden satisfacerse en la discusión acerca de cómo es el populismo. Eso implicará, necesariamente, (*a*) el examen de las características que se le han atribuido y de las que ya hemos dado cuenta, pero también (*b*) su reformulación, a fin de adaptarla a experiencias nuevas y mejorar su capacidad de interpretar lo inobservado —ya sea porque no se ha estudiado en particular o porque no ha sucedido— con lo observado. (*c*) La verificabilidad, que ha de mostrarse sobre todo en la forma de plantear lo que se diga, será nuestra vigilante sobre todo en la última parte del análisis —la que trata sobre *qué* es el populismo—, en la que se discutirá la inadecuación de unas y otras definiciones. Estos criterios serán suficientes para incrementar la capacidad del concepto de dar cuenta de una gran amplitud de casos (extensión) y de entender las diferencias entre ellos (intensión).

⁸⁹ *Ibid.*, p. 110.

2. ¿CÓMO ES EL POPULISMO?

Las características del populismo como fenómeno político suelen entenderse a partir de ciertos procesos que lo dominan y condicionan. Entre éstos, los más persistentes han sido la modernización, el nacionalismo, el caudillismo y la degeneración democrática. No es tan claro que ninguno de esos procesos esté presente en todos los casos, ni siquiera en los más paradigmáticos. No obstante, todos ellos dicen algo, explican partes de fenómenos concretos que pueden decirnos mucho sobre lo a que llamamos populismo en general.

Quiero descartar, de entrada, la existencia de un “populismo económico” por razones que pueden inferirse fácilmente del capítulo anterior: se trata de una anomalía en la historia del concepto, desarrollado por pocos autores, con insuficiente evidencia empírica (acaso una cita donde Perón habla de darle al pueblo lo que pida que se repite hasta el cansancio) y que fuerza a incluir casos de irresponsabilidad fiscal que difícilmente se consideran populistas por la opinión pública, los politólogos y sociólogos (Salvador Allende, por ejemplo), y a excluir a todos los llamados neopopulistas, caracterizados por hacer uno de los ejes de su convocatoria el rechazo a las políticas que se consideran populistas económicamente.

Voy a hablar, entonces, de los casos cuya existencia y adscripción al concepto de populismo está claramente asentada y contradice éste o aquel nudo de la teoría. Y habrá una objeción segura: puede ser que haya escogido los casos que hagan viable la definición que ofreceré al final. He procurado, no obstante, dos criterios para registrar y discutir las variedades históricas de populismo que presento. El primero es que se trate de casos convencionalmente admitidos como populismos. El segundo, que puedan encuadrarse en alguna de las definiciones minimalistas. Para que no se pierda el hilo: se trata de atender a la adecuación de los conceptos con la experiencia previa y la actual.

2.1. *No es sólo la modernización, sino la inestabilidad del orden social*

La modernización es, seguramente, la clave explicativa más socorrida, y la que articula mejor muchos de los atributos del populismo, particularmente los negativos. Esto está, en cierta medida, ligado al surgimiento de la sociología científica en Argentina, que tuvo como uno de sus motores el objetivo de orientar al país en una época de cambios acelerados.⁹⁰ Se trató, en el caso del peronismo, de ilustrar los principales riesgos que entrañaba para el desarrollo de la democracia representativa —eso es lo que preocupaba a Gino Germani, quien había vivido la represión en la Italia fascista. Sin embargo, la densidad histórica y sociológica de la explicación son de gran mérito, pues se dejó paulatinamente una inicial construcción conceptual derogatoria que, medítadamente, fue cambiando y reelaborándose hasta abandonar las generalizaciones más burdas o los paralelismos más inmediatos, como llamar nazi a Perón o hacer de la demagogia uno de los rasgos característicos, inescapables, del populismo.

En realidad, podría decirse que la teoría de la modernización fue principalmente cierta (adecuada a la experiencia de la cual pretendía dar cuenta), y que explicó convincentemente los casos que pretendía explicar, aunque tuviera un claro pronunciamiento ideológico y una idea bastante cerrada de lo que el desarrollo democrático debía ser. Otra cosa es lo que esa aproximación desató: desarrollos teóricos que privilegiaron la función de la palabra como insulto, de lo cual ya he hablado en el capítulo anterior. Desarrollaré brevemente ambos momentos.

La noción de que parte Germani para dar cuenta de las circunstancias propicias a la emergencia populista es la “si-

⁹⁰ Nicolás Azzolini, “Diacronía, sincronía y disputa semántica: notas sobre el concepto de democracia durante el primer peronismo (1945-1955)”, *Conceptos históricos* núm. 2, vol. 3, pp. 152-176.

multaneidad de lo no contemporáneo”,⁹¹ o sea, la presencia de actitudes, instituciones y valores premodernos y modernos en una misma sociedad.⁹² Esta simultaneidad se caracterizaría por una asincronía geográfica y una técnica, es decir, por la convivencia en el mismo tiempo de regiones y técnicas atrasadas y avanzadas. Desde luego, y esto no hay que obtenerlo de inferencia alguna, se trata de una concepción lineal de la historia, justificada por el mismo Germani mediante los propósitos de los habitantes: si alguien concibe un estadio diferente como deseable, y entre el actual y aquél median una serie de circunstancias y prácticas que deben eliminarse, entonces esas prácticas dejarían de ser sólo tradicionales y se convertirían en atrasadas.⁹³

Y en esta concepción lineal y progresiva, América Latina tendría en su camino seis estadios: primero, guerras de liberación y proclamaciones formales de independencia; segundo, guerras civiles, caudillismo y anarquía; tercero, autocracias unificantes; cuarto, democracias representativas de participación “limitada”; quinto, democracias representativas de participación “extensa”; sexto, democracias representativas de participación “total”. Entonces, los tres últimos estadios serían democráticos, cada vez más democráticos, cada vez más incluyentes. Los regímenes nacional-populares serían, entonces, una desviación, algo que surgiría como una alternativa de cualquiera de las formas de democracia implicadas en esos tres estadios: un camino desviado respecto a los referentes funda-

⁹¹ La noción viene de Ernst Bloch, *La herencia de nuestros tiempos* (1935). Ver Ivan Boldyrev, *Ernst Bloch and his Contemporaries: Locatin Utopian Messianism*, Bloomsbury, Nueva York y Londres, p. 27.

⁹² Ver Gino Germani, “Democracia representativa y clases populares”, en Gino Germani et al., *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, ERA, México, 1972, p. 12; y Roger Bartra, *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana*, FCE, México, 2012, pp. 20 y ss.

⁹³ Gino Germani, *op. cit.*, p. 13.

mentales de modernizaciones económicas y políticas complejas, es decir las democracias europeas occidentales.

Más interesante es saber de qué formas y por qué causas las desviaciones mencionadas ocurren, y por qué toman la forma de movimientos nacional-populares. Hago aquí una síntesis de lo expuesto por el sociólogo. Los procesos de modernización son en realidad megaprosesos que comportan cambios con diferentes ritmos y pautas en diferentes aspectos, trastocando órdenes dinámicos asentados con anterioridad. Estos cambios provocarían, por un lado, asimetrías nuevas, entre regiones y en el interior de las mismas. La modernización de carácter político que integra esta madeja estaría marcada sobre todo por: a) el surgimiento de nuevas normas, en contradicción con el orden social establecido; b) la formación de grupos deformados con respecto a sus equivalentes tradicionales, y c) una revolución de aspiraciones o expectativas, por los cambios subjetivos y objetivos. Se viviría, entonces, en tiempos diferenciados: por un lado, clases y regiones modernizadas (participativas, adecuadas en ello a las nuevas reglas); por otro, masas premodernas pasivas; en el intermedio —quizá entre la deformación de los grupos tradicionales y el “avance” hacia un nuevo estadio— estarían sectores sociales marginales en las regiones modernas.

Es en este entorno cambiante en el que hay que transitar. El paso obvio —pues Germani piensa en Europa, y particularmente en Inglaterra— a una democracia limitada implicaría la incorporación de los sectores marginales de los entornos modernizados. Estar en el margen es en cierto sentido tocar a la puerta, por lo que correspondería hacerlos pasar, aunque haya un potencial conflictivo más o menos obvio que hay que asumir y orientar. El tránsito tendría dos momentos: uno, de movilización, que implica dejar la pasividad y transitar a la capacidad deliberativa; el otro, de integración, que consistiría en orientar la participación a través de los medios institucionales dentro del marco del régimen político dominante.

No obstante, en diversos países de América Latina este paso no habría ocurrido. Los factores que complicaron el tránsito fueron ciertos supuestos que no se verificaron. Si lo vemos en comparación con Europa, otra vez, saltarían a la vista —y seguimos en el argumento de Germani—: a) las diferencias en la cultura y la estructura social; b) las diferencias de la vida social, incluyendo la rapidez de los cambios; c) el espíritu de la época. O sea que casi todo. Son estos, por separado o combinados, los factores que explican que la movilización política haya precedido en esta región al despegue económico (lo que es un modo muy optimista de plantearlo), o que los mecanismos de integración no se hubieran desarrollado con tanta celeridad como requería el proceso de movilización.

No es que los actores no tengan peso, sino que éstos, y en particular los populistas (más bien Perón, quien sigue siendo su referente) eligieron una ruta política que, combinada con los factores estructurales, dio lugar a un cierto tipo aberrante de integración: masas movilizadas sin capacidad deliberativa, a las cuales, en lugar de educar políticamente, se les aprovechó para conseguir objetivos de corto plazo con la recompensa de una participación efectiva que, por otra parte, no abonaba mucho al desarrollo de la democracia representativa.

Una diferencia fundamental para Germani entre los caminos demócratas y los populistas de resolución de los dilemas de la modernización es que la extensión de la participación en Europa se derivó, más o menos naturalmente, de la ampliación de las premisas democráticas, es decir, de llevarlas a sus últimas consecuencias, mientras en América Latina —y aquí de nuevo habrá que hacer matices según cada país— la democracia fue siempre sospechosa; para el siglo XIX, casi un asunto exclusivo de oligarcas y criollos. Así, los mecanismos de integración a los cuales eran más proclives quienes ya se encontraban movilizadas serían primordialmente autoritarios. Sus

características principales parecen ser el autoritarismo, el na-

cionalismo y alguna forma de socialismo, del colectivismo o del capitalismo del Estado: es decir, movimientos que, de diversas maneras, han combinado contenidos ideológicos opuestos. Autoritarismo de izquierdas, socialismo de derechas y un montón de fórmulas híbridas y hasta paradójicas desde el punto de vista de la dicotomía derecha-izquierda.⁹⁴

Hay, desde entonces, cierta angustia por encuadrar ideológicamente al populismo —que no se deja.

Esta serie de elementos variantes y aparentemente contradictorios, además de explicarse en función de las condiciones anteriormente glosadas se explicaría, también, por la naturaleza de las élites —su origen social— y sus verdaderos fines políticos. No por ello Germani pierde de vista, por otro lado, que hay una influencia recíproca, de modo que las élites también tienen que cambiar según las condiciones de la política y las demandas de los sectores movilizadas. Es de esperarse, sobre todo si se piensa que las masas tienen como principal incentivo para su movilización un aumento en el grado de participación efectiva —no promesas demagógicas, enfatiza el autor. En el caso de Perón, lo explica del siguiente modo, que por otro lado resulta muy ilustrativo:

El peronismo argentino representa un interés teórico extraordinario, por haber sido creado y dirigido por un grupo cuya tendencia fue claramente fascista y nazi. Sin embargo, como la situación del país no le podía proporcionar los estratos de la pequeña burguesía que constituyeran la base del modelo europeo, tuvo que recurrir a las clases populares formadas a consecuencia de las grandes migraciones internas. Pero esto significaba más que un simple cambio de terminología, de mi-

⁹⁴ *Ibid.*, p. 29. Aquí es evidente el intercambio con Lipset, del cual hablé en el capítulo anterior.

tos y de ideologías. No se limitó a sustituir las palabras “Orden, Disciplina, Jerarquía”, por “Justicia Social” o “Régimen de los descamisados”. Lo ocurrido demuestra que el manejo, en cierto modo, tuvo efectos recíprocos. El peronismo fue distinto del fascismo, precisamente en el hecho esencial de que se vio obligado a tolerar cierta participación efectiva, aunque limitada, en justicia, para obtener el apoyo de la base popular.

Quiero anotar aquí una breve observación. La estrategia narrativa del autor no deja lugar a dudas. El peronismo no le gusta, y si tuvo que ser más incluyente y menos fascista, fue porque “se vio obligado” a hacerlo; si recurrió más a la “justicia social” que al “orden” para apelar a sectores populares fue porque no contó con la pequeña burguesía que el manual dictaba que era necesaria para hacer un fascismo en forma. Del mismo modo, Germani se resiste a aceptar que el voto haya tenido valor en la incorporación de las masas a la política, aunque acepte que se utilizó, y auténticamente, en el peronismo y el varguismo. La participación efectiva sería una experiencia constituida más con actos como votar a la representación sindical que al gobierno, conflictuarse con instancias patronales en concreto, o sea entrar en huelga, etcétera, de manera que “a pesar de la opinión general de que la adhesión de las clases populares se obtiene gracias a promesas económicas demagógicas, el fundamento real del apoyo popular es la ‘experiencia de participación’”.⁹⁵

Y aunque votar a la representación sindical, conflictuarse con el patrón o entrar en huelga no sean acciones antidemocráticas por sí mismas, para Germani los movimientos nacional-populares que incorporan masas a la política en ámbitos como éstos son autoritarios por “la situación actual” y “el estilo de vida de las clases recién movilizadas” que los predispone —

⁹⁵ *Ibid.*, p. 35.

una especie, supongo, de personalidad autoritaria. Son, sin embargo, “formas autoritarias que no han alcanzado la perfección técnica del totalitarismo”.⁹⁶ Aquí hay una primera disonancia que ya habrá que explorar, pues, hasta donde la evidencia alcanza, hay una experiencia de participación inmediata que es potencialmente autoritaria, nada más.

Es claro que Germani considera al populismo como un enemigo del desarrollo de la democracia, pero ello no impide que, con esmero y puntualmente, incluya matices y observaciones. Como ha quedado claro, en el fenómeno no puede acusarse tan a la ligera una preminencia de la demagogia o la manipulación, ni siquiera del predominio de algún valor en especial. En la densidad de la explicación y los matices hay importantes elementos para actualizar el concepto, pero ya volveré sobre ellos.

Quizá por los matices que abundan en Germani, la diatriba del populismo puede encontrarse más bien en quienes toman la misma clave explicativa que él, pero haciendo una explicación más enjuta, menos compleja. Tomemos como ejemplo a Roger Bartra, uno de los sociólogos que ha pretendido actualizar la noción de populismo a partir de elementos provenientes de Germani —y otros tantos de Torcuato Di Tella. De este último, Bartra agrega a lo ya dicho un efecto de deslumbramiento que eleva las aspiraciones, de modo que las masas generan nuevas demandas, excesivas, las cuales “no cristalizan en movimientos políticos liberales u obreros, como en Europa, sino que son atraídas por liderazgos carismáticos y demagógicos de corte populista”, lo que se suma al surgimiento de grupos incongruentes, es decir

⁹⁶ *Ídem.*

Segmento[s] de la sociedad conformado[s] por una mezcla heterogénea de residuos de formas tradicionales, grupos excluidos por la modernización, estructuras aberrantes de proyectos económicos frustrados, burocracias agraviadas, grupos étnicos en descomposición, comerciantes ambulantes, emigrantes desocupados, marginales hiperactivos, trabajadores precarios y mil formas más. Se trata de una masa de población que vive la singularidad incongruente de su no contemporaneidad y su asincronía, para usar los términos de Germani y Di Tella. Esta es la masa heterogénea llamada “pueblo” por los dirigentes populistas, un verdadero popurrí cuya dimensión y composición varía mucho en cada país y época, y que no solamente es una característica de la América Latina de los años treinta, cuarenta y cincuenta, sino que podemos reconocer su existencia hasta nuestros días. No es, pues, un fenómeno ligado exclusivamente a la transición, sino que es una situación duradera.⁹⁷

En segundo lugar y como causa de esta duración, Bartra destacaría la modernización acelerada, agresiva y continua en América Latina, sin que las sociedades estén preparadas para los cambios, de manera que se garantiza “la presencia continuada de masas incongruentes abigarradas y de flujos deslumbrantes vertiginosos”. En tercer lugar, Bartra caracteriza al populismo latinoamericano —ahora lo destaca— como personalista y, en consecuencia, autoritario, además de clientelar. Finalmente, en la conclusión bartriana, tendremos que el populismo es “una cultura política alimentada por la ebullición de masas sociales caracterizadas por su abigarrado asincronismo y su reacción contra los rápidos flujos de deslumbrante modernización; una cultura que en momentos de crisis tiñe a los movimientos populares, a sus líderes y a los gobiernos que eventualmente forman”,⁹⁸ y cuyas

⁹⁷ Roger Bartra, “Populismo y democracia en América latina”, *op. cit.*

⁹⁸ *Idem.*

características más notables en América Latina serían hábitos autoritarios, mediaciones clientelares, valores anticapitalistas, símbolos nacionalistas, personajes carismáticos y actitudes que exaltan a los de abajo. Una tintura, propia de nuestro atraso, que mancha lo que toca. Fin.

A simple vista, hay algo disonante con que Bartra piense en el autoritarismo, el nacionalismo y la exaltación de los de abajo como signos del populismo latinoamericano —cuando obviamente no son exclusivos de él—, pero ello se debe a que se rehúsa a apuntar bien a bien cuáles entre los rasgos enumerados serían los que comparte con los populismos europeos y estadounidenses, que también menciona. Adscribir estos rasgos a América Latina implica, por otra parte, declarar que el populismo contemporáneo es sobre todo de aquí, o eso parece si se miran sus referencias europeas más actuales: el squadristismo, el poujadismo y el populismo poscomunista de derecha. Por otra parte, el autor se niega a considerar a los fascismos —que Lipset y Germani sí consideraron— como fenómenos propiamente populistas, por ser “bloques de monolítica coherencia”, si bien tienen “expresiones de cultura populista”. Queda, al final, que los populismos suelen inclinarse a la izquierda, y el abigarrado asincronismo se ofrece como fracaso del proyecto neoliberal, mientras los flujos de deslumbrante modernización son interpretados como efectos de la globalización de estilo estadounidense.

Podría ser —además de cualquier intención política— que Bartra descarte los fascismos en bloque porque podrían hacer colapsar su construcción conceptual. De cualquier forma, éstos y los populismos de derecha más cercanos a nuestros días ponen en problemas la hipótesis de la democratización desviada en un proceso de modernización política como la concibió Germani y la actualizó Bartra. Quiero explorar aquí varios ejemplos.

Primero, el caso del nazismo, de la mano del clásico *The Nazi Seizure of Power*. Como se sabe, este libro cuenta detalladamente el ascenso del nazismo en Northeim, un pueblo alemán entonces mediano, comunicado —por un ferrocarril que empleaba a buena parte del pueblo—, escasamente industrializado y con un orden social bastante asentado y rígido, integrado por divisiones políticas entre izquierda y derecha, divisiones de clase entre burgueses y trabajadores, los cuales a su vez podría dividirse entre precarios y estables. A ello se sumaba una división geográfica entre los habitantes recientes y los antiguos, además de las típicas divisiones religiosas. El estático orden hacía, por ejemplo, muy difícil que un foráneo fuera aceptado. Para 1930 el pueblo tenía 10 000 habitantes, 7 000 adultos, un tercio de ellos empleados públicos, con una intensa vida social, arreglada alrededor de clubes de diversa naturaleza —y, en el caso de los trabajadores, del Partido Socialdemócrata. Cada cosa tenía su lugar, cada persona su papel.

La crisis económica no fue particularmente intensa en Northeim. De hecho, el ahorro incrementó en los años posteriores al 29. Al contrario de lo dicho por Germani, no fueron quienes tenían expectativas elevadas o los marginados de la participación efectiva quienes se rebelaron contra el orden en un sentido populista. Antes bien, los trabajadores permanecieron como partidarios del *statu quo* mientras las clases medias se agitaron después de ser sólo levemente afectadas. “Only the workers were directly hurt, but the rest of the townspeople, haunted by the tense faces of unemployed, asked themselves ‘Am I next? ‘When will it end’”.⁹⁹ Al respecto llama la atención, por ejemplo, que el partido Nacional Socialista sólo creciera cuando cambió su foco de atención de los obreros y los pobres a los clasemedieros asustados, en 1929, y es más llama-

⁹⁹ William Sheridan Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, Franklin Watts, Nueva York, 1984, p. 25.

tivo todavía lo fortuito de ese giro en la estrategia, consistente, en alguna medida, en la necesidad de los comités partidistas de financiar los actos y pagar a los oradores. Dicho crecimiento se debió a la mezcla de un anticomunismo feroz, más provocado por los símbolos del SPD que por su práctica política, un nacionalismo exacerbado por la posguerra y el temor a los desempleados, lo que generó una forma de participación mixta entre los votos y la movilización efectiva con escasa deliberación, con su dosis de autoritarismo, socialismo, nacionalismo y colectivismo, que Germani observó en la Argentina peronista. Fue ese ánimo inyectado por la crisis lo que movió las barreras de lo aceptable y lo inaceptable, e hizo que la violencia se colocara del lado de lo primero. Después del éxito electoral, los nazis procedieron a borrar la estructura formal de clubes y partidos, aprovechando la dependencia del estado de muchos trabajadores. Y entonces su triunfo fue total, al menos en dicho pueblo.

Aquí, es evidente, no hay la masa incongruente de Bartra, formada por “residuos de formas tradicionales, grupos excluidos por la modernización, estructuras aberrantes de proyectos económicos frustrados, burocracias agraviadas, grupos étnicos en descomposición, comerciantes ambulantes, emigrantes desocupados, marginales hiperactivos y trabajadores precarios”. Tampoco se observa “la ebullición de masas sociales caracterizadas por su abigarrado asincronismo y su reacción contra los rápidos flujos de deslumbrante modernización”. Hay, eso sí, clasemedieros asustados que impulsan la constitución de un actor político diferente a los que las identidades previas emplazaban como obvios. Un impulso conservador, que, por empeñarse con denuedo —y violencia— en dicha conservación, termina agitando el orden social del que se beneficiaba claramente.

Podrá decirse que no es un ejemplo válido para refutar el texto de Bartra, porque el autor excluye explícitamente al nazismo de su caracterización, pero eso importa poco si se con-

sidera que se trata de un ejemplo paradigmático de los populismos de derecha, incluyendo el poujadismo, mencionado por Bartra, el squadristo y otros más actuales. En *Political man*, como menciono en la página 22 del capítulo anterior, Lipset rastrea los flujos de votos para los nazis y para otros partidos y movimientos similares, como el ya mencionado poujadismo, y afirma que su crecimiento se debió a pérdidas relativas del centro liberal, en general ocupado por quienes surfeaban en la cresta de la ola del impulso modernizador.

Es dable pensar que lo mismo ha sucedido con otros partidos o movimientos populistas de extrema derecha, si bien hay casos en que los trabajadores tuvieron un papel relevante —el de Die Republikaner en Alemania o el Vlaams Blok en Bélgica. Véanse algunos ejemplos. En el caso del ascenso de Jean-Marie Le Pen en 1988, la mayor parte de quienes lo propiciaron fueron hombres educados, con un ingreso alto (superior a 7500 francos) y propiedades.¹⁰⁰ En el crecimiento de la italiana Lega Nord hubo una mayoría de jóvenes educados con alto status ocupacional y en el ascenso de partidos como el Noruego del Progreso o el de la Libertad en Austria, la clase media jugó un papel fundamental. Todos estos ejemplos, que muestran que “la derecha populista radical apela tanto a los ganadores de la modernización en las democracias occidentales avanzadas como a los segmentos amenazados por la modernización”; del mismo modo, no parece haber actitudes y valores compartidos en todos los casos.¹⁰¹

Y esta dualidad característica tiende a extenderse en el presente, si bien a partir de la crisis económica de 2008 incrementó el electorado de la extrema derecha populista entre los

¹⁰⁰ Nonna Mayer y Pascal Perrineau, “Why do They Vote for Le Pen?”, *European Journal of Political Research*, núm. 22, p. 135.

¹⁰¹ Hans-George Betz, “The New Politics of Resentment. Radical Right-Wing Populist Parties in Western Europe”, *Comparative Politics*, núm. 4, vol. 25, julio de 1993, p. 423.

segmentos excluidos, de modo que ha habido cierta proletarianización de las bases electorales del Frente Nacional, el Partido del Pueblo Danés (DF), el Partido del Pueblo Suizo (SVP), o el partido Noruego del Progreso (FrP).¹⁰² Creo que ya es bastante claro que no es la modernización, sino que se trata de procesos subjetivos que pueden desencadenarse a partir de inestabilidades en el orden social y de procesos objetivos de diversa raigambre, los cuales, en general, propician crisis de representación política.

Y aunque descartemos la modernización como circunstancia única, puede tomarse de la adaptación de los procesos observados por Germani una serie de elementos que resultará común a unos y otros populismos, relacionados con lo ya dicho —una inestabilidad del orden social, es decir, en los papeles asignados, la legitimación de las prácticas, las identidades primordiales, los modos de socialización.

El primero sería la asincronía, o la simultaneidad de lo no contemporáneo, para utilizar el término acuñado por Bloch al hablar del nazismo. Hay sectores que, al mismo tiempo en que unifican o mantienen unificado su horizonte de expectativas, separan sus posibilidades de realizarlas y sus campos de experiencia. Es decir, puede haber una revolución de expectativas (entendida como el cambio en las aspiraciones de sectores recientemente movilizados), pero también puede ser que se identifique en el otro una amenaza para continuar gozando la satisfacción presente de las expectativas (el caso del nazismo, donde percibieron a los trabajadores precarios como anuncio del empobrecimiento futuro, o bien, como heraldos de la amenaza comunista), o del mismo modo, que la crisis de expectativas se deba a la imposibilidad efectiva de conservar un cierto estatus.

¹⁰² Nonna Mayer, “From Jean-Marie to Marine Le Pen: Electoral Change on the Far Right”, *Parliamentary Affairs*, núm. 66, 2013, p. 171; y Oesch, D., “Explaining Workers’s Support for Right-Wing Populist Parties in Western Europe: Evidence from Austria, Belgium, France, Norway, and Switzerland”, *International Political Science Review*, núm. 29, pp. 349-373.

Una alternativa de alteración del orden social, que corre por otra vía, es la de entrada en vigor de nuevos sistemas normativos, que inevitablemente alteran las vías de distribución de riqueza, prestigio y poder y dan lugar a nuevas subjetividades (y quiero enfatizar que no es que las generen, sino que apenas dan lugar a que aparezcan, en lo que habrán de mediar o no actores concretos). No es un aspecto que haya desarrollado —y menos que haya podido escindir analíticamente del proceso de modernización—, pero provisionalmente podría pensar como parte de estas dinámicas algunos liderazgos post coloniales populistas que no se explican tanto por la dinámica de la modernización en la variante de Germani sino por las posibilidades abiertas por la independencia. Lumumba, por ejemplo, y su forja instantánea por medios simbólicos de un pueblo congolés en el espacio abierto por un nuevo régimen legal. Pero esta es una idea que habré de desarrollar con más detenimiento en otro momento.

2.2. *No es el caudillismo*

Otra de las claves explicativas contemporáneas del populismo ha sido el caudillismo o, si se quiere así, el liderazgo carismático. Es natural, sobre todo si estamos en América Latina, que la figura del hombre fuerte sea la primera que venga a la mente al hablar de populismo. De hecho, frecuentemente los procesos populistas latinoamericanos (aunque no solamente éstos) derivan su nombre del nombre del líder. Sólo para empezar, se habla de peronismo, varguismo o getulismo, cardenismo, gaitanismo; es decir, de movimientos forjados por auténticos caudillos. Si no vemos más allá de esa experiencia —y sumamos a la misma mirada el emblema del giro a la izquierda, es decir el chavismo, o el caso de Bolivia—, es muy probable que nos dejemos llevar por la impresión de que se trata del principal rasgo a considerar. Y, en efecto, hay quien así lo sostiene.

Para Susanne Gratius, por ejemplo, “el principal rasgo del populismo es la personalización del poder a costa de las instituciones democráticas”. De ese modo, aunque por un lado “los populistas incluyen a los excluidos”, “celebran elecciones y consultas”, por el otro “la omnipresencia del líder populista debilita las instituciones y acaba con la separación de poderes”.¹⁰³ Flavia Freidenberg camina en el mismo sentido. Sin que medie una reflexión sobre el concepto, decide, casi sólo porque sí, que “el populismo debe entenderse como un estilo de liderazgo que se da entre líder-seguidor [porque habrá otros que se den en otro espacio], el cual tiene una serie de características específicas que se mantienen en el tiempo más allá de las diferencias contextuales y sistémicas”.

Freidenberg procede, lo dice, “analizando las semejanzas y diferencias entre diversos líderes políticos a los que se denomina populistas” y, erróneamente, cree que de ello puede obtener una definición del populismo. O sea: toma casos de populismo que pueden distinguirse por su liderazgo para después concluir que es este rasgo el definitorio. Habrá quien crea que esto es suficiente para desestimar la definición, pero vale la pena asomarse a los rasgos compartidos: a) el modo directo y personalista de relación con los seguidores; b) la tendencia a carecer de mecanismos de intermediación, de minimizar su existencia cuando están estructurados o de anteponer el vínculo directo por encima de las organizaciones que han creado; c) la interpelación discursiva del individuo como parte de un colectivo “perdiendo su condición de individuo” y “en oposición al enemigo de turno del líder, junto a d) la exaltación del discurso antipartidista y e) al uso de estrategias de movilización de tipo clientelar”.¹⁰⁴ Discutiremos en breve esos aspectos.

¹⁰³ Susanne Gratius, “Reflexiones sobre izquierda y populismo en América Latina”, *Colección de Estudios Internacionales*, núm. 6, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2009, pp. 15-16.

¹⁰⁴ Flavia Freidenberg, *op. cit.*, pp. 99-130. En su trabajo teórico previo añade

Como en el caso de la modernización, no se trata de descartar que populismo y caudillismo se encuentren muchas veces y se potencien mutuamente, sino de dejar claro que pueden discernirse empírica y conceptualmente. De la enorme compatibilidad que guardan hay prueba sobrada, no sólo en América Latina sino en casos como el nasserismo, que también se entienden con particular claridad a partir del líder. Entre otros, estarían el Frente Nacional de Le Pen, la Unión Cívica Húngara con Viktor Orbán, el Partido de la Libertad con Jorg Haider. Quizá por eso, cesarismo y bonapartismo podrían considerarse como antecedentes conceptuales del populismo de tipo caudillista —de ése y nada más. Esta concomitancia y compatibilidad se explican muy bien desde la teoría de Ernesto Laclau. Para él, el populismo construiría la unidad de cierto grupo por medio de, al menos, los siguientes procedimientos: 1) la formación de fronteras antagónicas que separen al pueblo del poder; 2) una articulación equivalencial de demandas que haga posible el surgimiento del pueblo y dé lugar a 3) la unificación de diversas demandas en un sistema estable de significación. La unidad que formará el populismo es posible porque estas demandas susceptibles de articulación están insatisfechas, lo que contribuye a la desintegración del marco simbólico social, de forma que las demandas populares deben construir un nuevo marco diferencial (y aquí serán obvias para el lector las resonancias con el orden social inestable y particularmente con las crisis de expectativas que ya mencionamos).¹⁰⁵ Para entrar en una relación de solidaridad, en tanto están insatisfechas, las

el paternalismo y el ánimo de refundación.

¹⁰⁵ Quiero hacer énfasis en esto: “una forma de constituir la unidad del grupo”. Se trata de una apreciación fundamental para la aproximación que ofreceré al final. Laclau elabora sobre esta línea con particular lucidez, pero privilegia después la definición del populismo como una lógica política. El argumento se presenta en Ernesto Laclau, *On populist reason*, Verso, Londres y Nueva York, 2005, pp. 72-73.

demandas se forjan en la expresión y constitución de sujetos e identidades populares expresados en símbolos. Es así como el símbolo se convierte en el fundamento de la cosa (recuérdese que es esto lo que le ha dado unidad y significado), y así:

Un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, una singularidad. Una sociedad, cuanto menos unida por mecanismos diferenciales inmanentes, más depende, para su coherencia, de este momento trascendente, singular. Pero la forma extrema de singularidad es una individualidad. De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder [...]. La unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad —y aquí estamos de acuerdo con Freud— es inherente a la formación de un pueblo.¹⁰⁶

Es clarísimo que para Laclau el caudillismo sí es un elemento consustancial al populismo. Pero no es tan claro, a la luz de los criterios de utilidad del concepto que mencioné al principio de este texto y de ciertos ejemplos históricos, que se trate de algo más que de una tendencia de la lógica interna del populismo que puede o no realizarse —como pasa con muchas otras en diversos fenómenos sociales: por ejemplo, podemos aceptar que a veces la política se funda en la división amigo-enemigo, y sin embargo pocas veces ésta acaba en la aniquilación del otro aunque hipotéticamente esa oposición tienda a ello.

En realidad, hay populismos sin caudillo y caudillos sin populismo, de modo que el populismo no se caracteriza suficientemente por

¹⁰⁶ Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, México, 2005, pp. 130-131.

el ascendente carismático de un líder providencial, como para que esta característica pudiese distinguirlo de otros fenómenos políticos. El hechizo ejercido por el jefe ha tenido particularmente en el fascismo y en el nazismo una intensidad mucho más grande, marcada por una connotación mística y un culto de la personalidad sin relación con el magnetismo ejercido por los agitadores populistas (se atribuyó al Duce, como al Führer, cualidades de precognición casi adivinatorias y sobrehumanas, sin común medida con la popularidad de un Le Pen o incluso de un Chávez; sólo Nasser, Vargas y Perón constituyen quizás una excepción entre los populistas).¹⁰⁷

Ya he hablado en el capítulo previo de populismos sin caudillo, aunque no enfatice este rasgo. Para empezar, podemos recordar los populismos fundadores, como les dice Guy Hermet, es decir el *Narodnichestvo* ruso y el *People's Party*

¹⁰⁷ Guy Hermet, “El populismo como concepto”, *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, núm. 1, 2003, p. 8. Sólo añadiría a Gaitán, y a guisa de ejemplo la narración de Eccehomo Cetina en su novela histórica *El hombre que fue un pueblo*. “Para entonces, Cupertino, logra conquistar un espacio abierto en el que agita un banderín negro que alguien le había amarrado a su silla de ruedas. Extasiado con la voz de Gaitán y con cada uno de sus gestos que lo atraviesan como dardos, Cupertino le pide a alguien que lo ayude a poner sus pies sobre los adoquines de la plaza. Luego se balancea e intenta levantarse de la silla. Vuelve a agarrarse del espaldar y de otra persona que le ofrece su ayuda. Pero solo cuando Gaitán lanza su amenaza abierta y definitiva, Cupertino logra quedar de pie por primera vez después de su accidente de infancia: —¡No creáis que nuestra serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía! ¡Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado! ¡Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia! Todo depende ahora de vos...”

Instigado por los últimos destellos de aquella oración, Cupertino Manrique da los primeros pasos sin ayuda de nadie. Quienes lo rodean y advierten su proeza le abren espacio. No se oye un solo aplauso ni murmullo. Alguien, entre los miles que permanecen inmóviles, susurra: —Este hombre pone a caminar a los tullidos.”

estadunidense, precisamente los fenómenos causantes de la nominación del fenómeno. Si bien ambos tuvieron liderazgos importantes, ninguno se estructuró y ni siquiera surgió al calor de un liderazgo carismático, mucho menos personalista. En el caso estadounidense, ni James B. Weaver ni Thomas E. Watson fueron líderes especialmente potentes y, paradójicamente, su ocaso llegó porque se presentó una de esas combinaciones de bases populistas —precisamente las suyas, además de otras— y liderazgo carismático (el de William Jennings Bryan). El anonimato en el liderazgo es todavía más radical en el caso del *Narodnichestvo*. Como en todo movimiento, había líderes, pero a diferencia de los movimientos caudillistas no fueron éstos ni sus cualidades las que trascendieron históricamente.

A lo largo del siglo xx pueden encontrarse otros ejemplos, como el Partido Comunista Italiano, particularmente bajo el proyecto togliattiano de los años 40, que intentaba que el partido interviniera en los más diversos ámbitos y frentes democráticos para construirse una identidad auténticamente nacional.¹⁰⁸ El ejemplo más reciente es Podemos, en España. Se trata de un movimiento político populista de manual, casi literalmente, a juzgar por los referentes teóricos de sus principales líderes y la explicitud con que manejan en su discurso público las tesis de *La razón populista*.

Era normal, en consecuencia, que intentaran generar una centralidad en el liderazgo que resultó sólo parcialmente. La principal evidencia del planteamiento caudillista premeditado es la siguiente: el rostro de Pablo Iglesias apareció en la boleta electoral de la primera elección a la que Podemos se presentó, y en efecto, la hipótesis pareció funcionar.¹⁰⁹ Tiempo después —poco para ser un partido— y tras su fracaso en “tomar el

¹⁰⁸ Marco D'Eramo, “El populismo y la nueva oligarquía”, *New Left Review*, segunda época, núm. 82, septiembre-octubre de 2013.

¹⁰⁹ Antonio Maestre, “Podemos opta por la iconografía de Pablo Iglesias como estrategia electoral”, *La marea*, 24 de abril de 2014.

cielo por asalto” electoral, se demostraría que el caudillo no lo era, aunque su liderazgo fuera fuerte. Esto es lo que sugiere el hecho de que en las elecciones internas de febrero de 2017 Iglesias se haya repartido la dirección colectiva del partido con Íñigo Errejón, que era su segundo de abordo antes de ser su adversario interno. El primero obtuvo 60 por ciento de los votos para sus compañeros, mientras los partidarios del segundo obtuvieron 40 por ciento, algo muy diferente a lo que sucedería en un partido caudillista típico, hecho a la medida de un líder. No es imaginable, por ejemplo, que un aspirante a ideólogo (o incluso un ideólogo consumado como Álvaro García Linera) le ganara 40 por ciento de las posiciones partidistas a Evo Morales en el MAS, a López Obrador en Morena o a Chávez en el PSUV, por mencionar algunos de los referentes latinoamericanos que han servido de modelo a Podemos. Y, sin embargo, casi nadie en la prensa o en la academia, entre partidarios o críticos, le negaría el carácter populista a todo Podemos, incluyendo el ala errejonista. En ese sentido, se trata de un partido que, sin saberlo, tiene más similitudes en su forma de hacer política con los *narodniki* que con el chavismo.

Está muy claro que el caudillismo fue un fenómeno ausente en el surgimiento de la palabra populismo y del concepto como tal —ya se vio en el capítulo anterior. No tengo tan claro que lo contrario haya sido también cierto, dado que por lo menos el referente principal de Weber al hablar de caudillismo —esto es, Bismarck—, aludía todo el tiempo a la potencia colectiva del pueblo germano. Pero parece también claro que las características de un liderazgo carismático en el sentido de cualidades excepcionales pueden presentarse sin, por ejemplo, antagonizar con una élite o con un otro constitutivo. Los órdenes políticos pueden generar liderazgos fuertes sin la necesidad de ser retados o siquiera reconfigurados, y hay también transformaciones que pueden plantearse sin parecer populistas.

Desde luego, no es de descartarse completamente la caracterización de Freidenberg que glosé al principio de esta

reflexión. Entre sus rasgos, los dos primeros son de particular peso —los que pueden resumirse en la relación inmediata del líder con los seguidores. Sin ésta, por poner un ejemplo, la mayoría de caudillos militares, dictadores y no, populistas y no, entrarían en la caracterización. Pinochet y De Gaulle, para empezar, pero podría hacerse una larga lista que llegaría a Vladimir Putin.¹¹⁰ Sin embargo, creo que hay un caso que puede derruir el intento teórico, es decir, uno que presenta todos los rasgos planteados por Freidenberg y que no puede considerarse propiamente populista. Me refiero a Mustafá Kemal Atatürk. En opinión de Ernesto Laclau, podría bien considerarse que el kemalismo fue un discurso radical y rupturista, pero no populista. No sólo había un liderazgo directo y personalista, la interpelación colectiva y la condena a enemigos de turno (como la política islámica), sino que también se exaltó el anti-partidismo y floreció el clientelismo. El kemalismo, es cierto, reivindicaba el populismo (*halkçılık*), pero sin aludir en primer lugar a una noción antagónica, sino más bien a la unidad de lo diverso, donde cada sector ocupacional se complementaba con los otros. Se trataba de postular un orden diferencial que más que la desigualdad postulaba la interdependencia de los sectores sociales en una totalidad que, si bien no era armónica, era armonizable.¹¹¹ Es decir, la idea del nuevo orden político y la nación no se tejió en negociaciones hegemónicas que establecieran equivalencias entre demandas y grupos para enfrentar a un representante del anti pueblo, sino que se instaló por imposición y siguiendo un modelo de institucionalización en el que cada quién tenía su lugar y sus asuntos se gestionaban de forma distinta, siempre privilegiando la unidad de la nación. No se construyó un pueblo, en el sentido en que lo hacen los populistas.

¹¹⁰ Ver también Cas Mudde, “The populist zeitgeist”, *Government and Opposition*, núm. 39, vol. 4, 2004, p. 544.

¹¹¹ Ernesto Laclau, *On populist reason*, op. cit., p. 209.

Antes de concluir con este particular, me gustaría hacer una anotación sobre la apelación colectiva que disuelve al individuo en opinión de Freidenberg. No es una apreciación exacta. De hecho, la mayoría de los populismos de derecha europeos postulan una solidaridad entre individuos que reemplace la dependencia colectiva del estado. No se trata necesariamente de un individualismo brutal, al estilo neoliberal, sino de una noción de responsabilidad y honor personales que se encuentra subsumida en instituciones como la familia o el trabajo, pero que está muy claramente asentada. Para Chantal Delsol, “la demanda de una solidaridad de persona a persona, o de grupo a grupo, corresponde al rechazo de la excesiva amplitud del Estado-providencia” y,¹¹² por ello, en algunos casos, el populismo de derecha resultó altamente compatible con el neoliberalismo —el caso de Forza Italia y Berlusconi.

Regresemos ahora al punto. Si no es el caudillismo, es decir, el liderazgo unipersonal carismático, ¿entonces qué combinación de características más general podrá extraerse después de examinar esta clave explicativa e interpretativa del fenómeno? Me parecen claras, por lo menos, dos: hay, en efecto, una interacción directa entre los líderes y a quienes interpellan cuando se refieren al pueblo. En el caso de los *narodniki*, es un movimiento promovido desde arriba —una élite intelectual—, en el caso del *People's Party*, desde abajo, y en los casos del PCI y Podemos, desde sectores medios intelectuales, también. Pero es fundamental, por otro lado, que estos liderazgos tengan un fuerte contenido moral que haga creíble el reto a una otredad que se plantea como inmoral. (No tiene que ser un reto sincero ni el líder ser una autoridad moral incuestionable, desde luego. Guy Hermet lo plantea así en el caso del boulangismo: “le boulangisme n’en a pas moins incontestablement répondu

¹¹² Chantal Delsol, *Populismos. Una defensa de lo indefendible*, Planeta, Madrid, 2015, p. 59.

à la réceptivité d’un immense public scandalisé par l’exercice quotidien du pouvoir établi et tout disposé à acclamer un redresseur de torts. Cela étant, il convient de répéter qu’il n’a été qu’un mouvement manipulé”).¹¹³ Ése es el gran asunto, por ejemplo, con Ataturk: sus enemigos típicos, por ejemplo el integrismo islámico, no eran susceptibles de convertirse en una otredad moral, a diferencia de los enemigos del pueblo de los otros actores mencionados.

2.3. No es el nacionalismo

Las condenas al populismo y el nacionalismo tienden a confundirse. Dice Guy Hermet: “Son el producto de las mismas desventuras del lenguaje y de las pasiones humanas, los mismos vergonzosos derivados de términos nobles —el pueblo y la nación— revestidos de un valor todavía positivo en lo que concierne al primero, y apenas manchado ahora de alguna sospecha en lo que se refiere al segundo.” Siendo nación y pueblo sinónimos en cierto contexto, se ha querido que lo sean también nacionalismo y populismo.¹¹⁴ En el clásico texto de Ghita Inonescu y Ernst Gellner, Stewart llama al populismo una forma de nacionalismo. Se trata de una confusión que se repite hasta nuestros días, quizá derivada de que muchos movimientos populistas son también nacionalistas. Benjamin de Cleen identifica varios autores que recientemente han dicho que el pueblo del populismo se refiere más al *ethnos* que al *demos*.¹¹⁵

¹¹³ Guy Hermet, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique XIX-XX siècle*, Fayard, 2001, p. 183.

¹¹⁴ Guy Hermet, “Nacionalismo y populismo”, *Araucaria*, núm. 1 vol. 2, 1999, p. 39.

¹¹⁵ Benjamin de Cleen, “Populism and nationalism”, en Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul A. Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy, *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford University Press, Oxford, 2017 (ver-

Tjitske Akkerman, por ejemplo, al evaluar si el populismo es un riesgo para la democracia, presenta como una de sus características principales a la voluntad popular construida alrededor de una noción cultural preexistente de pueblo. Es decir, que el pueblo soberano es principalmente una construcción étnica que aspira a una armonía previa.¹¹⁶ Se trata de una construcción limitada —y cuyos límites están fijados con anterioridad—, que reivindica la soberanía nacional, haciendo de la nación el pueblo legítimo. Desde los finales del siglo pasado, por ejemplo, este nacionalismo, de corte excluyente, se ha combinado con el populismo en tanto se pide confrontar a una élite que no sólo es multicultural, sino también multiculturalista, lo que podría amenazar el *carácter* de los pueblos. En todo caso, y como apuntó Cas Mudde, no es el populismo el proceso que puede explicar enteramente (y a veces ni siquiera principalmente) a estos proyectos políticos, sino su sino ideológico nacionalista y su adscripción a la extrema derecha.

No obstante, más de uno ha apuntado que se trata de fenómenos escindibles.¹¹⁷ Siguiendo la estrategia narrativa que hemos tomado hasta ahora podemos citar cuando menos dos casos que permiten relativizar la identificación de populismo y nacionalismo. Y los dos son paradigmáticos, si los hay en el caso de los populismos del siglo XX y XXI. Me refiero a Gamal Abdel Nasser y Hugo Chávez Frías, quienes articularon movimientos populistas a partir de un intenso activismo internacionalista abocado a diluir las particularidades en identidades más potentes en vez de enfatizarlas para diferenciarse. No importa si se considera al nacionalismo desde un punto de vista étnico o como un discurso estructurado alrededor de una comunidad soberana existente en un espacio a través del tiempo, los

sión electrónica).

¹¹⁶ Tjitske Akkerman, “Populism and Democracy: Challenge or Pathology”, *Acta política*, 2003, núm. 38, p. 151.

¹¹⁷ Benjamin de Cleen, *op. cit.*

movimientos populistas que estos líderes construyeron no se apoyaron sobre el nacionalismo entendido de esa manera, sino al contrario. Esto se explica, en parte, porque encontraron una “élite inmoral” que les permitió prolongar su discurso populista más allá de sus fronteras una vez que tomaron el poder. Se trató de Occidente, para Nasser; del Imperio, para Chávez, y ambos supieron hacer avanzar esta retórica y todo un juego simbólico que les permitió generar subjetividades mucho más incluyentes que las de los populismos de extrema derecha europeos.

Nasser, por su parte, hizo del esfuerzo y la influencia egipcias en el mundo árabe —ganados sobre todo a partir de la recuperación del canal de Suez— uno de los instrumentos privilegiados para acrecentar su prestigio. Su estrategia fue la promoción de la solidaridad *panarabista*, en oposición a la falsedad occidental. Siendo la relación con occidente y los modos de ser de la política occidental una fuente de conflictos constantes para la zona de influencia de Egipto, Gamal Abdel Nasser generó un discurso que tenía como uno de sus ejes estructurantes la oposición fundamental a dichos modos y sobre todo a las perversas ambiciones del capital occidental —aunque no fuera un enemigo de la inversión extranjera. Después de hacer fuertes estas ideas en el escenario simbólico, Nasser tuvo que escuchar los ecos de su voz, que potenció doctrinas afines al panarabismo, tales como el baazismo, una construcción ideológica que reivindicaba los logros de las civilizaciones árabes, pero hacía una crítica a rasgos que fomentaban el atraso, como el papel de las mujeres, el tribalismo y el sectarismo, mientras hacía responsable a la colonización de imponer barreras “antinaturales” entre árabes. De tal modo, y pese a resistencias derivadas de su realismo y astucia políticos, Nasser aceptó las peticiones de unificación que le hicieron militares baazistas sirios —abriendo paso a la República Árabe Unida el 1 de febrero de 1958. Debe decirse que Nasser fue primero reacio a la idea de unirse con Siria, pues acarrearía problemas en la solidez política del régimen para esos años. Y, de todos modos, la República Árabe avanzó.

Aunque el panarabismo se concibe usualmente como una estrategia orientada a generar un gran estado árabe para una gran nación, es evidente que el sentido de nacionalismo incluyente abre paso más a la ampliación de un *demós*, fundado sobre todo en una comunidad lingüística, que a un *ethnos*. No se agota en ello esa política: el gobierno de Nasser convirtió a Egipto —a El Cairo, particularmente— en una especie de fuente de irradiación de arabismo, más influyente que Bagdad. Según Steven A. Cook, siguieron el ejemplo de Nasser en Túnez, Argelia, Líbano e Iraq; un ejemplo que destacaba aquello que se tenía en común, no la comunión en el objetivo de defender lo que se tenía de exclusivo como nación.¹¹⁸ Tratándose de un movimiento republicano, socialista en alguna medida y más solidario que hostil con sus vecinos, difícilmente podría decirse que el nasserismo tuvo el componente nacionalista que a veces se hace indisociable del populismo.

Pasemos ahora al segundo ejemplo. Hugo Chávez, desde su origen político más remoto —el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, fundado en 1983— tuvo como uno de sus ejes ideológicos estructurantes el internacionalismo bolivariano, pues el pensamiento de Simón Bolívar estuvo en su currículo de estudiantes en la academia militar de Venezuela, relativamente nueva para el momento en que Chávez y sus compañeros estudiaron. Aunque la noción de Patria Grande acompañó su andar ideológico, no fue, naturalmente, sino hasta que el chavismo estuvo en el poder que ese rasgo adquirió mayor centralidad. Ya he mencionado antes una cierta operación de desplazamiento que tiene lugar al tomar el poder: una vez que se ha derrotado en las urnas a esa otredad elitista que impide la soberanía del pueblo (tal y como sostienen los populistas), hace falta elevar la mira si se quiere mantener una

¹¹⁸ Steven A. Cook, *The Struggle for Egypt. From Nasser to Tahrir Square*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 72.

estrategia similar, pues la épica de de la victoria no dura para siempre si no se alimenta con constancia.

La importancia de la solidaridad internacional anti imperialista se impuso con más claridad a partir de septiembre de 2001, con el Plan de Desarrollo Económico y Social, un plan sexenal. Sobre todo a partir de entonces, la política internacional del chavismo estuvo orientada a retomar la función solidaria del internacionalismo anticapitalista de Fidel Castro, de capa caída para esos momentos. En gran medida por ello, sus esfuerzos de integración latinoamericana fueron acompañados de ayuda material —principalmente petróleo, para lo que se creó en 2005 la alianza Petrocaribe, que permitía la compra de 185 000 barriles de petróleo en condiciones ventajosas para diversas naciones del caribe— y una retórica contra el imperialismo —que no impidió que le vendiera petróleo a los estadounidenses también, desde luego.¹¹⁹ No sólo campeó en el discurso chavista la alusión a la Patria Grande, donde se reconocía la amplificación del concepto bolivariano de la gran Colombia, sino que hubo esfuerzos concretos de integración regional. Pueden contarse la Comunidad de Naciones Latinoamericanas y del Caribe, creada en 2010, la Unión de Naciones Suramericanas en mayo de 2008 y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) a partir de 2001.¹²⁰ Estos elementos se convirtieron en parte de la retórica habitual en el interior del país, de una retórica politizadora.

El lector podrá preguntarse, con cierta razón, si no es que todos los países, independientemente de la vocación de sus liderazgos, recurren a alianzas para lograr sus objetivos. Y es cierto, pero en los casos presentados hay por lo menos una

¹¹⁹ Kirk A. Hawkins, *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, p. 25.

¹²⁰ Andrés Serbin y Andrei Serbin Pont, “Quince años de política exterior bolivariana. ¿Entre el *soft-balancing* y la militarización?”, *Pensamiento Propio*, núm 39, enero-junio 2014, pp. 288 y ss.

diferencia sustancial que ya mencioné: consiste en que tanto Chávez como Nasser fueron amistosos con países vecinos, destacando lo común (incluso cuando el antagonismo con la élite era patente, como en el caso de Colombia), al contrario de las alianzas entre populistas nacionalistas típicos, como la que se hubo planteado Marine Le Pen con Donald Trump para el caso de ganar las elecciones de Francia.

Hay por lo menos dos cosas que distinguen a los populismos nacionalistas. Por un lado, su antagonismo entre una identidad y una otredad polarizante se plantea entre un adentro y un afuera (y tiene por ello una dimensión territorial importante), mientras que en populismos más cercanos a la izquierda se concibe como una diferencia entre los de arriba y los de abajo, sin que estos dos tipos de división identificados por De Cleen sean más que aproximaciones ideales (de hecho, en Chávez y Nasser puede verse una mezcla de ambas formas, que no se plantea en términos nacionales). Y, por otro lado, hay un gran peso de la representación simbólica, que hará falta desarrollar.

2.4. No es la impugnación de la democracia, sino de las promesas incumplidas por la democracia realmente existente

Quizá el debate más encendido y apasionado en la teoría política acerca del populismo es su relación con la democracia. El estilo político de muchos líderes populistas, su elección y la relación que guardan con los medios de comunicación, ha derivado en que, en la propaganda y en diversas instancias del sentido común, se presenten como peligrosos para el orden democrático. En cierta medida, esta condena condensa las implicadas en los rasgos que se han querido hacer esenciales para el fenómeno y de los que ya hemos hablado: el populismo como ruta desviada —es decir, no democrática— de una moderniza-

ción política que sigue a una modernización económica; el populismo como mandato vertical de un caudillo que asume que representa a todo el pueblo por sus cualidades morales, o bien, de quien se ostenta como un representante popular plenipotenciario, en tanto ha sido investido por la soberanía popular. O el populismo como nacionalismo intolerante a lo impuro, como quiera que esto último se defina. Ya he relativizado de alguna manera todas esas opiniones.

Intentaré ahora tomar el toro por los cuernos. Entre las formulaciones más recientes y exhaustivas que hacen al populismo incompatible con la democracia están las de Pierre Rosanvallon y Nadia Urbinati —y varios artículos académicos que no elaboran al respecto pero que dan por hecho el carácter antidemocrático del fenómeno. Para Rosanvallon, por ejemplo, el populismo es la forma extrema de *contrademocracia* (la contrademocracia pura). Una dosis excedida de desconfianza y de soberanía popular que termina revirtiendo el alma representativa de la democracia. Así, “el populismo puede ser aprehendido en ese caso como una forma de expresión política en la cual el proyecto democrático se deja absorber y vampirizar totalmente por la contrademocracia; es la forma extrema de la antipolítica”.¹²¹ Se caracterizaría por la movilización de masas *negativas* a las cuales

ninguna energía revolucionaria las proyecta ya en la historia relacionándolas con una promesa o una ambición. Ninguna fuerza moral las constituye ya como bloque de dignidad o como posibilidad de acción. Son masas mudas, desengañadas, desconcertadas, asqueadas, cuyos problemas no son expresados por los populismos, pero con los que [el líder] sabe atizar su cólera para hacerlas gruñir cada vez más sordamente.¹²²

¹²¹ Pierre Rosanvallon, *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires, 2006, p. 264.

¹²² *Ibid.*, p. 262.

En el populismo, para este autor, confluirían la exacerbación de la idea del pueblo como juez, que deriva en un teatro de crueldad y juego de circo contra los políticos; una patología de la “soberanía de obstrucción”, que más que contrapeso se presenta como un rechazo total al mundo de la política y, también, como patología de la democracia representativa: una inversión perversa de sus ideales y procedimientos.

Lo de Rosanvallon es una sugerencia, apenas un ensayo de ocho páginas que indica una ruta de indagación teórica que Nadia Urbinati ha seguido y ampliado recientemente en su *Democracy Disfigured*. Voy a describir su argumento con algún detalle. Empieza, desde luego, por quitar ruido y enfocar el objeto del examen teórico al que se apresta. Para ello aclara que lo popular no es lo mismo que lo populista. Lo popular estaría integrado por movimientos con *retórica populista* y que, sin embargo, no intentan tomar el poder. Eso haría a los movimientos populares, más bien, alicientes para la rendición de cuentas, en el mismo sentido que una sana dosis de “contrademocracia” para Rosanvallon. El populismo surgiría, entonces, cuando movimientos populares intentan de hecho tomar el poder, usualmente con un líder a la cabeza: “no es aún populismo si carece de un líder o de un liderazgo centralizado que procure controlar a la mayoría de la población”.¹²³ El salto entre movimiento popular y populismo es más o menos grande, lo que se explica en gran medida por sus referentes: Urbinati piensa en el *Occupy Wall Street* —movimiento popular— y el *Tea Party* —que no se había visto entonces reflejado en un líder, por lo que no se había convertido en populista, dice, quizá sólo fortuitamente.

Si la búsqueda del poder determina la distinción entre un sujeto social popular y uno populista es porque, inevitable-

mente, al buscar el poder las luchas se personalizan, adquieren uno o más rostros identificables, a lo que sigue la formación del consenso desde arriba y a partir de la opinión —no de la razón, apunta Urbinati, como sucede en los enfoques de democracia epistémica. Ello, merced a que la retórica convocante invariablemente derivaría en polarización. Una polarización que tendría siempre un trasfondo ideológico que se plantea en los siguientes términos:

Simplification and polarization produce verticalization of political consent, which inaugurates a deeper unification of the masses under an organic narrative and a charismatic or Ceasarist leader personating it. The populist ideology of the people considers society to be ultimately split into two homogeneous groups —the pure many (the people in general) and the corrupt few (the elite by electoral designation or bureaucratic appointment). Polarization is what makes populism an ideology of concentration (of power and opinion) rather than an ideology of distinction and dispersion or simply antagonism.¹²⁴

De esta polarización, Urbinati deriva una exclusión constitutiva del populismo, y es desde ese punto que procede a comparar dos formas de apelación que para ella son contradictorias: la ciudadanía democrática y el pueblo populista. Si ciudadanos son todos y el pueblo es una parte mayoritaria de esa totalidad, entonces

el populismo no es una política de la inclusión, sino de la exclusión: de ahí la polarización. No es por azar que su núcleo soberano sea ‘el pueblo’ y no el ciudadano, como en una democracia. Incorporación no es lo mismo que igualdad isonómica; de modo tal que si lo que caracteriza a la democracia es

¹²³ Nadia Urbinati, *Democracy Disfigured. Opinion, Truth, and the People*, Harvard, Cambridge MA, 2014, p. 129.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 131.

‘la libertad entre iguales’, el populismo no es una versión más rica de la democracia sino más pobre.¹²⁵

Para apuntalar el planteamiento, Urbinati echa mano de otras elaboraciones conceptuales clásicas. Primero, hace análogo al populismo con la demagogia, por lo que implica que éste podría ser la antesala de un régimen tiránico. Siguiendo a Aristóteles, Urbinati parte de que debe haber un sano equilibrio entre las clases —tres para el caso: rica, pobre y media—, lo que resulta en un saludable gobierno moderado y con libertad, que podría ponerse en riesgo al alebrestar a los polos y dividir o desplazar hacia los extremos a la clase media. Se trata, dice la autora, de una intensidad impropia de la democracia. El populismo, entonces, como la demagogia, funda una mayoría más intensa, que va más allá de la superioridad de los votos: que va a la polarización. Lo que permitiría el ascenso del populismo es, por lo tanto, la rotura del equilibrio social, el incremento de los pobres, por ejemplo; eso crearía la erosión de la generalidad de la ley. Es así como el populismo, igual que la demagogia, se aprovecharía de las características asamblearias de la democracia para incubar en ella una tiranía. Los tiranos, no hay que olvidarlo, buscan su beneficio propio, aunque se llenen la boca de pueblo.

Al generar la polarización —sigo con el argumento de Urbinati—, el populismo antagoniza con la política de partido que, naturalmente, se asume como representante de un sólo sector de intereses. Y así, divide el espacio político en dos, aspirando a conquistar el poder para distribuir favores y puestos entre los suyos, que son un *populus* que no es una entidad deliberante, sino vociferante. Aquí habría una resonancia con la república romana y dos clases de espacios. En uno estaría el *populus*, una entidad que en el *forum* romano reaccionaría

¹²⁵ *Ibid.*, p 147.

ante lo dicho por los oradores. Urbinati lo plantea así: “the *populus* in the forum was made of the free crowding many who acted outside the institutions and without the regulation of procedures, people who spent some of their daily time in the forum in order to attend the show [...]. It was not the people in its decision-making capacity, but the people in the act of cheering or booing”.¹²⁶ Y en otro espacio físico, adyacente, estaría el Senado: un cuerpo visible no mezclado con el pueblo que tenía por tarea la deliberación. Se trata de dos elementos estructurantes de la República que, sin embargo, tienen que permanecer separados para que ésta funcione: el populismo intentaría cerrar así esa brecha, ese carácter diárquico que hoy puede vivirse en la democracia representativa. En resumen, para Urbinati, “if populism is a vague term, it is because it is not the name of a regime but of both a movement and a form of democracy. It is an assault on representative and parliamentary politics in the name of a unitary collective affirmation of the will of the people”.¹²⁷ Se trata de a) un estilo político, b) una forma de hacer la democracia más intensamente mayoritaria y menos liberal.

Lo primero que habría que decir sobre el argumento de Urbinati es que es cierto que hay una distinción fundamental entre un sujeto político y uno que sólo vigila o protesta. No tienen nunca, en ningún reclamo político, los mismos impactos quienes buscan el poder y quienes no. Y siempre, quienes prefieran ejercer su crítica sin intentar generalizar su visión luchando por la hegemonía, sean elitistas o populistas, liberales, nazis, católicos, integristas islámicos o multiculturalistas, podrán funcionar salvo como vigías del orden democrático, de sus excesos a favor de minorías o de la mayoría. Dado el caso, entonces las estructuras electorales son las que ocasionan una cierta perso-

¹²⁶ *Ibid.*, p. 167.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 149.

nalización que deriva en la verticalización del mando. No se trata de algo exclusivo de la política populista.

En segundo lugar, se da por sentado que un líder populista procura controlar a la mayoría de la población. Insisto en que aquí suenan los referentes que Urbinati hace explícitos, en esta ocasión principalmente el Tea Party. Pero se pasa por alto que, en múltiples populismos, la experiencia de participación efectiva descrita por Germani es fundamental: la representación es una vía de dos sentidos, en constante tensión entre el control y el actuar por otros. Por otra parte, es también dudoso que sea propio del populismo intentar generar consenso desde arriba, o hegemonía a partir de la opinión —y no de la razón deliberante. Los neoliberales, que hicieron avanzar su propia idea de democracia, también tenían claro que debían poner a circular ideas predispuestas a su favor: así, dice Fernando Escalante:

se imaginó la estrategia de la *Mont Pélerin Society*. La sociedad misma era el núcleo intelectual, donde debían generarse y discutirse las nuevas ideas, entre militantes indudables. Pero lo más importante era la formación de los centros de estudios, las fundaciones, sociedades, decenas y cientos de ellas *dedicadas a la difusión del programa*, para ponerlo al alcance de cualquiera. El objetivo era incidir sobre los “vendedores de ideas de segunda mano”: periodistas, locutores, intelectuales, políticos, porque son ellos quienes forman el sentido común.¹²⁸

Consenso desde arriba y mediante (toda una industria dedicada a) la opinión, lo que por otra parte es más la regla que la excepción en nuestros días. Pasa que Urbinati opone una noción *ideal* de democracia a una *real* de populismo.

¹²⁸ Fernando Escalante Gonzalbo, *Historia mínima del neoliberalismo*, El Colegio de México/Turner, México, 2015, p. 298.

Hablemos ahora de la apelación a un sujeto más excluyente —el pueblo— en vez de aludir a uno más incluyente —la ciudadanía. Este enfrentamiento, para empezar, debería plantearse de otro modo. Si bien es cierto que los populistas quieren hablar en el nombre del pueblo siendo sólo una parte de ellos, su reclamo está modelado precisamente porque hay una élite que habla en el nombre de toda la ciudadanía, aun si contradice sus mandatos. La ciudadanía generalizada es apenas un estatus formal que tiene que verificarse en la realización de los derechos y las obligaciones. El populismo propone realizar esa ciudadanía: puede ser de una forma rudimentaria, poco elegante, escasamente deliberativa, pero aspira a realizarla. Si anhela tomar el poder con la fuerza de los votos, el populismo no aspira a antagonizar con ese espacio, sino a hegemonizarlo.

Hay otras críticas que requerirían demasiado espacio y se alejarían del objetivo de este capítulo. Quiero sólo señalarlas. Pueden resumirse en el anacronismo en el manejo de los conceptos. Urbinati habla de demagogia y república mezclando acepciones antiguas con modernas. De hecho, su noción de equilibrio democrático es equivalente a la mixtura del régimen republicano de la Roma Antigua. Por lo mismo, se contradice al establecer al *populus* como entidad reactiva y vociferante (multitudinaria), cuando antes ha hecho uno de los rasgos distintivos del populismo la organización y verticalización orientadas a tomar el poder.

La relación del populismo con la democracia entonces es algo más matizada —y compleja. Una vez que Urbinati nos ha devuelto al mundo clásico partamos del principio: en la tipología aristotélica de regímenes no deseables figuraba la democracia, el gobierno del *demos*, o de la *plebs* que quiere funcionar como *populus* (en el sentido de totalidad y no en el que le da Urbinati) para ejercer el gobierno por su cuenta. Se trataba, para el Estagirita, de un régimen indeseable porque los pobres no se caracterizan por su virtud, su honor o su intelecto, sino

primordialmente por estar abocados a satisfacer los apetitos ventrales. A esta forma de gobierno (la desviación correspondiente de la forma llamada *politeia*, que era un gobierno de la clase media en beneficio de toda la comunidad),¹²⁹ la acompaña una indudable estética plebeya, de las muchedumbres que caminan en un mismo sentido y que toman decisiones en razón de su número más que con base en criterios válidos de autoridad.

La losa que esta estética significó pesaría largos años sobre el ánimo de los revolucionarios de las transformaciones que ahora se conciben como democráticas. Ni en la Revolución francesa ni en la estadounidense se reivindicó la tradición democrática, precisamente por los excesos que la democracia suponía, como su rechazo a la representación. Fue hasta algún punto del siglo XIX, ya lo detallé en la introducción, que la democracia fue bienvenida al vocabulario de lo políticamente deseable. Rosanvallon ubica el cambio alrededor de 1830, si bien su búsqueda más exhaustiva es en documentos franceses. Para entonces, la democracia que adjetiva al régimen republicano es ya una tendencia a la igualdad que sólo podría alcanzarse sometiendo a la aristocracia. Fue, desde luego, la obra de Tocqueville la que la consagró: la forma en que una república francesa podría obtener legitimidad era, principalmente, la de funcionar democráticamente, reivindicando en los hechos la igualdad. Así, la república terminó obteniendo legitimidad de la tradición democrática, con tal claridad e importancia que la segunda palabra terminó desplazando a la primera. Es necesario desarrollarlo con más sutileza y precisión histórica, pero desde entonces la igualdad está presente en la legitimidad del gobierno representativo porque ha recurrido, para legitimarse, a un principio de legitimidad que le es ajeno. Esta fusión democrático-republicana no podía, en consecuencia, mantener

¹²⁹ Fred Miller, “Aristotle’s Political Theory”, en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2017. Disponible en <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/aristotle-politics/>

la diarquía entre un *populus* vociferante y un senado patricio, como apunta Urbinati: la democracia moderna —de la que desaparecen las muchedumbres para permanecer los ciudadanos imaginados por la república— ya aspira a aminorar esa diarquía.¹³⁰ Ésa es, de hecho, su innovación: suponer la igualdad política de todos, en lugar de establecer un sistema diferencial de dignidades (el que da lugar a la diarquía de que habla Urbinati). Al intentar reducir la brecha, el populista reclama a la democracia que cumpla esa promesa, que restituya la igualdad de la dignidad dañada.

Esta legitimidad igualitaria, democrática, regresa siempre por sus fueros y por eso el populismo es principalmente un animal de los entornos democráticos. Los populistas dirán siempre que defienden la sustancia democrática ante la trampa elitista residente en la *mala o escasa representación* —no en la representación por sí misma—. Así, como lo observó Margaret Canovan, el populismo siempre invoca al pueblo en contra de una élite de poder y unas ideas dominantes. Por eso no hay una agenda ni una ideología populista específica, pues ésta depende de los valores contra los que el pueblo se alce en cada sitio y en cada tiempo —los de una élite que puede ser de izquierda o derecha, multicultural o nacionalista excluyente, por ejemplo. El populismo es el llamado a una autoridad legítima en todo orden democrático: su legitimidad es la legitimidad traicionada por la democracia realmente existente, la legitimidad del pueblo. Este reclamo podrá plantearse en un modo democratizador (en el objetivo de construir una verdadera democracia) o en una crítica antidemocrática de la democracia, implicando que se ha incluido en el *demos* a quienes no debían estarlo (inmigrantes, por ejemplo).

Además de la discusión teórica, es importante destacar que la política comparada ha acreditado que populismo no es

¹³⁰ Pierre Rosanvallon, “La historia de la palabra ‘democracia’ en la época moderna”, *Estudios Políticos*, núm. 28, Medellín, enero-junio de 2006, pp. 22 y 23.

sinónimo de antidemocracia ni de su desfiguración. Bastaría mirar las diferentes mediciones de calidad de la democracia en regímenes usualmente considerados populistas para constatarlo,¹³¹ pero hay esfuerzos más sistemáticos y rigurosos para evaluar lo que el populismo significa para la democracia. Entre estos, destaca el coordinado por Cas Mudde y Cristóbal Rovira.¹³² En él los autores encuentran que, en casos como la República Checa y México, el populismo opositor del SPR-RSC y López Obrador, respectivamente, ha traído reformas democratizadoras y ha hecho visibles exclusiones que de otro modo permanecerían naturalizadas. La relación, desde luego, no es del todo clara, y sobran ejemplos que permitirían ilustrar gestiones populistas problemáticas para el desarrollo de las democracias. Sólo queda aumentar la complejidad.

3. ¿QUÉ ES EL POPULISMO?

He discutido y prefigurado ya algunos de los rasgos que parecen característicos del populismo, pero ello no basta para aventurar una definición. Como lo he dicho antes, es fundamental el sustantivo que se elija, pues éste condicionará la forma de estudiar el fenómeno —y aquí sugiero tener en mente el atributo de verificabilidad que retomé de James al principio de este texto. Hay que partir de Laclau, cuya teoría ya expuse a grandes rasgos, pues es de él de donde parte la discusión más actual al respecto. Laclau concibe al populis-

¹³¹ Hice, con Hugo Garciamarín, un ejercicio en ese sentido. “Populismo no es sinónimo de antidemocracia”, *Horizontal*. Disponible en <https://horizontal.mx/populismo-no-es-sinonimo-de-antidemocracia-una-replica-a-rivera-loret-de-mola/>

¹³² Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?* Cambridge University Press, Cambridge, 2012, p. 24.

mo como una *lógica política* que entra en operación ante la debilidad del orden institucional de satisfacer demandas particulares. Su enfoque formalista ya ha sido puesto en cuestión por diversos teóricos —citó la crítica de Arditi en el capítulo I—, pero quiero aquí poner de manifiesto su limitación empírica. Por ejemplo, Laclau estima que el *People's Party* fracasó porque no logró generar una demanda capaz de articular a todas a su alrededor y, más bien, centró su acción política en la libre acuñación de plata, lo que le enajenó de muchísimos seguidores. Una revisión histórica más o menos cuidadosa arrojaría que, al contrario, el giro en el sentido común que alcanzó la agenda del *People's Party* fue potenciado por el liderazgo caudillista de William Jennings Bryan, y que esto derivó en la disolución de aquel populismo fundacional como sujeto político, para alumbrar uno nuevo. A partir de la elección de 1896, cuando Bryan tomó la agenda del *People's Party*, hubo un giro en el Partido Demócrata que hizo que dejara el liberalismo ramplón que reinaba en sus filas. El momento más emblemático de esa campaña es el discurso “Cross of gold”, donde la demanda que a Laclau le parece particularista se desplegó con una fuerza tal que hizo del candidato demócrata su más creíble defensor. No fueron pocos los que creyeron que Bryan podía ganar (votaron por él 46% de los electores, y participaron 79% de quienes tenían derecho a voto, un porcentaje mayor, en ambos casos, a las elecciones subsiguientes en que participó). El problema de pensar al populismo como lógica es que se pierden los elementos contextuales y sólo podemos evaluar si las premisas se cumplen o no, lo que de antemano sabremos más o menos por el éxito y la duración del movimiento.

Hay otro problema que destaca en la concepción laclauiana, que es la aparición de la “demanda” como un dato, como una proposición que es, a su vez, necesaria para la puesta en marcha de dicha lógica. La experiencia histórica muestra, muy al contrario, que la demanda no es un dato, sino el punto de

llegada de un proceso más complejo, que pasa por la formación de la subjetividad demandante y su indignación, es decir, el reclamo de un daño a la dignidad, que media la transformación de un dolor en un agravio moral y que a veces es fruto de la acción populista misma. Sin ese proceso previo no hay demanda y sin demanda, no hay tal lógica, de modo que tendrían que obviarse muchas cosas para tomar el sustantivo. Con el arsenal conceptual del psicoanálisis, Julio Aibar ha hecho una de las críticas más fuertes en este sentido a la obra de Laclau, quien incorpora a su teoría del populismo los registros lacanianos de lo Real y lo Simbólico, pero prescinde del de lo Imaginario, necesario para que alguien pueda representarse un dolor como falta o como daño (el paso previo a presentarlo como demanda), pues sin él no existe la noción de completitud.¹³³

Más popular que como “lógica política” es concebir al populismo como “ideología”. Nadia Urbinati, por ejemplo, no vacila en seleccionar ese término en el capítulo que he citado de su obra. Dado que es evidente que sus múltiples formatos impiden concebir al populismo como una ideología en toda la extensión de la palabra, varios teóricos y politólogos, como Ben Stanley, han optado por calificarla de ser una ideología tenue (*thin ideology*) que se encuentra, en la práctica, combinada con ideologías totales —y que no puede colocarse a sí misma de ese modo (*full ideology*) y en ese sentido.

En opinión de Stanley y los defensores de esta idea, el populismo estaría marcado por el rol ideacional que juega el antagonismo entre el pueblo y la élite y, en ese sentido, sería una ideología articulada por agentes políticos que quieren movilizar al pueblo. Las ideas tienen un rol de causación en la política con efectos materiales, es cierto, ¿pero es posible hacer que ideas e ideología sean sinónimos? Para Stanley sí,

¹³³ Julio Aibar Gaete, “La falta de Laclau: lo Imaginario”, *Identidades*, núm. 6, año 4, junio de 2014, pp. 23-37.

en el sentido de que la ideología sería un marco interpretativo más o menos estable con ciertos elementos ineliminables. Quién sabe qué es lo que pasa si no funciona, es decir, si los líderes no logran realmente movilizar al pueblo, aunque postulen esta serie de ideas. ¿Habría ahí de todos modos populismo? Me inclino a pensar que no. “Thin ideologies —apunta Stanley— are those whose morphological structure is restricted to a set of core concepts which alone are unable ‘to provide a reasonably broad, if not comprehensive, range of answers to the political questions that societies generate’”.¹³⁴ Se trataría, en fin, de una ideología dedicada a identificar al pueblo como el sujeto privilegiado de la política, y su núcleo consistiría de cuatro conceptos:

- * The existence of two homogeneous units of analysis: ‘the people’ and ‘the elite’.
- * The antagonistic relationship between the people and the elite.
- * The idea of popular sovereignty.
- * The positive valorization of ‘the people’ and denigration of ‘the elite’.¹³⁵

Si tenemos ya este núcleo ideológico, entonces la tarea empírica está en encontrar cómo se manifiesta en una circunstancia particular y en identificar cada uno de los elementos en concreto. Quiénes son parte del pueblo y quiénes de la élite, cómo se entiende la soberanía popular y ya, principalmente. Es una definición que nos permite mirar mejor las circunstancias históricas, pero es estática. Tiene, además, la desventaja de que esas premisas son compartidas por diversos actores que no ofrecen una alternativa política propiamente populista. Sugiero

¹³⁴ Ben Stanley, “The Thin Ideology of Populism”, *Journal of Political Ideologies*, núm. 13, vol. 1, p. 99.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 102.

revisar el caso de Pedro Kumamoto y la wikipolítica en México, por ejemplo.

Quizá contra este carácter estático es que Raimundo Frei y Cristóbal Rovira proponen entender al populismo como un “experimento político cuyo surgimiento está relacionado con el fracaso de las élites y que se distingue por la activación de emociones *para constituir una entidad colectiva llamada pueblo* [el subrayado es mío], intentándose así dar vida a un singular modelo de dominación social que debe ser clasificado más allá de la democracia liberal y del totalitarismo”.¹³⁶ Sin duda “experimento” subraya el carácter densamente contextual del populismo, pero no queda claro cómo se estudia un experimento. Los autores explican así la elección de la palabra: “la definición del populismo como experimento antes que como régimen político busca subrayar que se trata de un constante proceso, el cual en ninguna de sus fases de implementación puede ser considerado finalizado”.¹³⁷ Además de las críticas obvias, como que los procesos sociales no son algo que se implemente, es claro que la característica de una finalización borrosa, de límites difusos, sería propia de más de un fenómeno social. El sustantivo elegido tendría la ventaja de que incluye el aspecto agencial y no sólo el formal del populismo, pero al mismo tiempo un *experimento* es muy difícil de estudiar.

Consideremos por último dos nociones más familiares a la teoría política: la representación y la movilización. Jansen se acerca así, tomando la primera de ellas, a una perspectiva más pragmática, como la que me he planteado al inicio de este capítulo. Para ello se aparta del intento de definir al populismo en general y se centra en la movilización populista, con el objetivo de pasar del estudio de su naturaleza y su contenido, más bien

¹³⁶ Raimundo Frei y Cristóbal Rovira Kaltwasser, “El populismo como experimento político: historia y teoría política de una ambivalencia”, *Revista de Sociología*, núm. 22, Universidad de Chile, Santiago, 2008, p. 128.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 129.

al estudio de sus medios. “This requires investigating populism as a mode of political practice —a specific set of action that politicians and their supporters do— rather than as a type of movement, party, regime or ideology. My proposed revision in terminology —from populism to populist mobilization— is meant to capture this important shift from entity to practice”.¹³⁸ No se trata de atender a una *cosa*, sino a un flujo de prácticas de movilización y discurso (y muy probablemente Jansen ha llegado a este punto desde la categoría de “repertorios” propia del estudio de los movimientos sociales). La movilización populista, sigue Jansen, combinaría la movilización popular con la retórica populista para dar lugar a un “large-scale political project that mobilizes ordinarily marginalized social sectors into publicly visible and contentious political action, while articulating an antielite, nationalist rhetoric that valorizes ordinary people”.¹³⁹ Las ventajas que el autor identifica en su elección son que no ata al populismo a un estado del desarrollo o subdesarrollo, no lo vuelve una serie de políticas en concreto, no es tan expansiva que haga perder el objeto de análisis y hace que haya que especificar, en el estudio práctico a) actores y organizaciones, b) si la movilización es arriba-abajo, o abajo-arriba; c) en qué espacio y bajo qué condiciones de poder del estado se da; d) en qué tiempo se da y cómo varía en él.

Estamos, ahora, ante un concepto más adecuado para contar historias de formas en que pueden ser comparadas y anticipar juicios de inducción. Empero, objetaría al autor que se centre primordialmente en la movilización y descuide un componente asaz importante: la representación. A veces, en períodos de escasa movilización, es la representación lo que mantiene con vida al populismo y sin ésta no podría en-

¹³⁸ Robert S. Jansen, “Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism”, en Carlos de la Torre (ed.), *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, University Press of Kentucky, Kentucky, 2015, p. 167.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 167.

tenderse ningún fenómeno populista pues todos, cuando no reivindicar la presencia directa del pueblo, sí lo hacen con la lealtad de sus representantes: los liderazgos populistas siempre llaman a confiar en ellos, que comparten la desconfianza popular ante las élites tradicionales. Aunque no sea la imagen populista por excelencia, por ejemplo, nadie podría comprender el gaitanismo sin considerar los encendidos discursos del joven Jorge Eliécer en el parlamento, discursos en defensa del pueblo, particularmente en el caso de la masacre de las bananeras, pero de eso hablaré un poco más adelante. De hecho, para autores como Benjamín Arditi, la representación es un momento de fundamental importancia para la comprensión del papel del fenómeno en la política contemporánea, por ello el populismo bien podría entenderse como forma de representación: un cruce entre el actuar por otros, la autorización —representación delegativa— y la representación simbólica.¹⁴⁰

Tenemos ahora todos los elementos para una definición que ahora resultará obvia pero que quiero hacer explícita. Hay una noción que cruza todos los conceptos, pero que, inexplicablemente, pierde centralidad cuando se elige el *genus* de la definición. De hecho, Laclau reflexiona primordialmente sobre ella, y es también compatible con las otras formas de pensar al populismo que hemos glosado aquí. Me refiero a la *subjetivación política*. Wieviorka entiende a la subjetivación como “les processus par lesquels se construit et se transforme la conscience des acteurs, à partir de laquelle ils prennent des décisions. La subjectivation conduit vers le ‘sujet’ à la Touraine ou à la Joas, capable d’agir car capable de se penser comme acteur et de trouver les modalités du passage à la action”.¹⁴¹ Aña-

¹⁴⁰ Benjamín Arditi, *La política en los bordes del liberalismo*, Gedisa, Barcelona, 2017, p. 138.

¹⁴¹ Michel Wieviorka. *Du concept de sujet à celui de subjectivation/d’e-subjectivation*, Hal Archives-Ouvertes. fr, 2012, p. 6.

do el adjetivo “política” por tratarse de un asunto colectivo, cuyo resultado deseado es la toma del poder —como observó Urbinati— o la transformación en la partición de lo sensible, como la entiende Rancière. El populismo concebido como forma de subjetivación compartiría las condiciones supuestas por Laclau —la formación del demandante, la generación de las demandas insatisfechas y la forma de articularse—, subrayando el peso de los actores, su configuración, y excluyendo que sea la forma de configuración de todo el espacio político (sin dejar de tomar en cuenta que todo actor transforma hasta cierto punto el espacio en que actúa).

El populismo como forma de subjetivación política también daría lugar a las operaciones ideológicas observadas por Stanley, sin agotar ahí su estudio, sino enmarcándolo en un proceso sociológico más complejo. Del mismo modo, estaría presente el carácter contextual que subrayan Frei y Rovira con su *experimento*, las prácticas políticas movilizadoras descritas por Jansen y el particular modo de representación visto por Arditi (y aquí debo agregar una reflexión sobre el papel constitutivo de la representación sobre lo representado). Desde luego, estudiar un proceso de subjetivación es un reto metodológico, que sin embargo no es ajeno a nuestras ciencias. Muy al contrario, los procesos de subjetivación tienen también la ventaja de ser un punto de encuentro entre diferentes corrientes teóricas. Pongo dos ejemplos: la psicología de las masas se ha ocupado profusamente de distinguir entre tipos de masas y de públicos, además de haber reflexionado sobre el papel del líder —Laclau mismo retoma estas reflexiones en un capítulo extrañamente poco citado de *La razón populista* (“La denigración de las masas”). Desde la teoría marxista, por otro lado, la subjetivación ocupa un papel central en el paso de una identidad previa a un agente que busque el poder (digamos, el paso de la clase al partido, o, según la fórmula clásica, el paso de clase en sí a clase para sí). Hay, también, un inmenso terreno de investigación empírica que explorar en la sociología de las identidades.

Finalmente, la noción de subjetivación tiene la ventaja de que puede servir de punto de encuentro a varias disciplinas de las ciencias sociales y la psicología, facilitando así la construcción de una heterología del populismo, necesaria entre otras cosas porque en cada caso histórico influyen de forma distinta factores de diverso género (como se muestra, por ejemplo, en el capítulo que reflexiona la violencia como antisujeto). Basta, por ahora, de subjetivación. Es preciso ir del concepto a la realidad, para después volver a él, ampliamente, en el capítulo VI.

De tal modo, y recuperando los rasgos sobre los que he elaborado ampliamente, el populismo podría mejor entenderse como una forma de subjetivación política a) fundada en un reclamo a la democracia realmente existente que, b) enarbolado en términos morales por uno o más líderes con quienes las bases tienen interacción directa o cuasi directa, c) se caracteriza por la afirmación de la representación de una mayoría popular d) agraviada en su dignidad por una élite que constituye un obstáculo para la realización de la voluntad general, para lo cual e) está dispuesta a trascender los límites que la institucionalidad vigente ha establecido para dirimir los conflictos. Desde luego, se trata de una forma de subjetivación más susceptible de aparecer en sitios cuyo orden social sea inestable o se encuentre en transición.

SEGUNDA PARTE

JORGE ELIÉCER GAITÁN Y EL GAITANISMO COMO FORMA DE SUBJETIVACIÓN POLÍTICA

En esta segunda parte intento mostrar la utilidad de la definición que he propuesto estudiando un caso concreto a partir de ella. Recuérdese que argumento que el populismo puede entenderse mejor si se le concibe como una forma de subjetivación política a) fundada en un reclamo a la democracia realmente existente que, b) enarbolado en términos morales por uno o más líderes con quienes las bases tienen interacción directa o cuasi directa, c) se caracteriza por la afirmación de la representación de una mayoría popular d) agraviada en su dignidad por una élite que constituye un obstáculo para la realización de la voluntad general, para lo cual e) está dispuesta a trascender los límites que la institucionalidad vigente ha establecido para dirimir los conflictos.

Por supuesto, todas estas características se encuentran en el movimiento encabezado por Jorge Eliécer Gaitán en Colombia. No se trata solamente de constatarlo, sino de explicar de qué modo se dio cada elemento en ocasión de distintos episodios. He seleccionado los siguientes: la actuación de Gaitán respecto a la masacre de las bananeras en Ciénaga, en la zona de Santa Marta en 1928; la fundación y fracaso de la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), y, por último, la campaña a la elección de 1946 y su unción como jefe único del liberalismo, justo antes de su asesinato. El estudio es de episodios porque los sujetos políticos existen sólo en experiencias concretas, que configuran sus límites y características de modos contingentes. Hacer un estudio del gaitanismo como una continuidad histórica me habría llevado a insertarlo en una narrativa coherente, a tomarlo como una nueva identidad del orden político colombiano a partir de 1929, cuando su singularidad depende, precisamente, de sus ires y venires, de su aparición en distintos sitios, de no estar institucionalizado, de su capacidad de transformarse y capturar el exceso popular

inasimilable por las identidades partidistas, un exceso que está en constante cambio.

Para seguir los procesos de subjetivación he partido de la circunstancia histórica: de la forma en que el juego de las identidades políticas ocupaba el espacio y de su consistencia, constatando lo que apunta la teoría: que la subjetivación política surge allí donde hay un limbo en el que las formas previas de sujeción del orden político (identidades) entran en crisis en alguna medida, ocupando menos espacio del que estructuraban previamente. Después, doy cuenta de lo que se quiere representar; en el capítulo III, los hechos de las bananeras; en los capítulos IV y V, la crisis de representación del liberalismo tradicional. Finalmente, doy cuenta de cómo, en la voz de Gaitán y en sus interacciones con otras personas, esos hechos adquieren otro significado: cómo escenifican un disenso, una intervención que rompe la normalidad de la vida política. Cómo sucesos o dolores se convierten en agravios morales y eventualmente en demandas políticas, cómo se define a los responsables y se generaliza el significado de la situación, cómo se establecen vínculos entre todos los que forman la subjetividad en ciernes. Utilizo fuentes secundarias y a veces primarias —los discursos de Gaitán, su correspondencia— para hacerlo.

Esta segunda parte se inserta también, lateralmente, en una discusión amplia sobre el carácter populista del movimiento de Gaitán y su papel en la historia política de Colombia. Quizá, en esa discusión, los trabajos más relevantes son el de Marco Palacios y el de Daniel Pécaut, que quiero mencionar sólo brevemente. En *El populismo en Colombia*, Marco Palacios estima que el gaitanismo fue una formación populista democrática, pero fallida (representaría “una parábola trágica del movimiento populista”¹⁴²), que además de no ganar elec-

¹⁴² Marco Palacios, “El populismo en Colombia”, *Populistas: el poder de las palabras. Estudios de Política*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011, pp. 69 y ss.

toralmente y no generar una organización exitosa propia por fuera del Partido Liberal, no desarrolló las alianzas con la burguesía que se suponen en una formación policlasista y tampoco se asumió defensora de una lucha de clase. Desde luego, no formó un capitalismo autónomo, como sí sucedió en México y en Brasil, de donde Palacios obtiene que el populismo no se dio en Colombia.¹⁴³ Más de una década después, Palacios sugirió que fue merced a la carencia de Gaitán que Colombia no pudo “forjar un pacto de convivencia social, de pluralismo político, de civilismo y de integración nacional”,¹⁴⁴ a diferencia de Venezuela, sugiriendo que Gaitán habría podido ensanchar las bases de legitimidad del sistema, haciendo convivir con el desarrollo capitalista una lucha contra la desigualdad y por una democracia más participativa. Son dos tesis en algún sentido contrapuestas. Coincidiendo del todo en la apreciación sobre la carencia de Gaitán y sus consecuencias, creo que el argumento de Palacios puede entenderse mejor a la luz de los procesos efectivamente desencadenados por la acción política de Gaitán y el gaitanismo que como una especulación razonable a partir de las propuestas y programas de Gaitán (lo que hace Palacios). De ese modo, tanto el proceso de ampliación de la participación popular, cuanto el reformismo social, no se reducen a meras presunciones contrafactuales, sino a accidentados procesos cortados de tajo con el asesinato del caudillo.

Para Pécaut, complementariamente, el populismo gaitanista se funda más bien en su forma de lidiar con tres tensiones, fuentes de contradicciones: “disociaciones/identidad política, conflictos de clase/redistribución, dominación estatal/nuevo pacto social”,¹⁴⁵ que, a su vez, se manifestarían en con-

¹⁴³ Ídem.

¹⁴⁴ Marco Palacios, “La conexión venezolana y el asesinato de Gaitán”, *op. cit.*, p. 113.

¹⁴⁵ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2012, pp. 381 y ss.

tradiciones concretas entre el interior y el exterior del sistema institucional (y, añadiría yo, particularmente en el sistema de partidos): entre los términos de los reclamos políticos y su relación con la adscripción de clase social, y entre la división de la sociedad y la convocatoria estatal a unificarla. Según él, “el populismo extrae su fuerza de su aptitud para encontrar un fundamento en lo contradictorio, como si fuera insensible a ello; pero encuentra su límite en la imposibilidad de sustraerse a lo imposible que lleva dentro de sí mismo”.¹⁴⁶ Sostengo, al contrario, que esa imposibilidad no se verificó en todos los casos; al transformar el gaitanismo en diversos momentos el espacio de configuración de subjetividades, identidades y demandas políticas, cambió también los términos de lo posible en el orden colombiano, hasta que lo mataron. Por lo menos los episodios del reclamo sobre la masacre de las bananeras, su influencia incontestable en la reforma lopista, y su construcción electoral, dan cuenta de ello. (Ya decidirá el lector.)

En general, y para aportar a esta visión, en toda esta segunda parte intento dar indicios para persuadir al lector de que el gaitanismo fue un movimiento populista de corte democratizador *por lo menos* en los siguientes sentidos: 1) trasladó a las instituciones dolores, sufrimientos y reclamos de sectores sociales excluidos, que convirtió en demandas, abriendo un espacio político hasta entonces inexistente; 2) invistió de dignidad ciudadana a sectores que carecían de ella y los visibilizó; 3) fundó una estética popular que legitimó la presencia de las masas en el espacio público; 4) relegitimó la participación electoral como forma de política democrática.

¹⁴⁶ *Ibid.*, pp. 381.

III. REPRESENTANTE Y DIGNATARIO: EL CASO DE LAS BANANERAS

1. EL CRECIENTE LIMBO DENTRO DEL ORDEN

En 1930, cuando lo perdieron, los conservadores llevaban en el poder lo que iba del siglo y un poco más, cincuenta años en total. Aunque pocos lo esperaban, el conservadurismo, que era hegemónico, se dividió y sobrevino una alternancia que se presumía improbable. Desde luego, la división del conservadurismo —que presentó dos candidatos presidenciales— fue inmediatamente determinante. De hecho, el candidato del liberalismo, Enrique Olaya Herrera, obtuvo el 9 de febrero de 1930 apenas 45% de los votos, tras una campaña relámpago en ciudades como Barranquilla, Cartagena, Puerto Berrío, Medellín,¹⁴⁷ la primera campaña política con manifestaciones multitudinarias, que reflejaban el pasado más reciente de movilización del Partido Liberal.

Aunque visto por fuera ese cambio es muy significativo, Pécaut sostiene que se trataba sobre todo de continuidad, no de una alteración —el gobierno, de hecho, fue de un gabinete paritario de entrambos partidos—. Fue un cambio inesperado pero terso, producto de diversos factores que no corresponde aquí discutir profundamente. En el mediano plazo, como un flujo de toda la década, los gobiernos estuvieron desgastados por la tensión

¹⁴⁷ Jorge Orlando Melo, *Historia mínima de Colombia*, El Colegio de México/Turner, México, 2017, p. 197.

que generaba la relación con Estados Unidos, por la crisis económica surgida a raíz de la suspensión de empréstitos —causada a su vez por la crisis internacional—, y por las acusaciones de corrupción; tres aspectos que estaban relacionados.¹⁴⁸ En el plazo más corto, una crisis política del gobierno tuvo lugar desde junio de 1929.

El descontento vino a condensarse en las declaraciones del alcalde de Bogotá, Luis Augusto Cuervo, en que afirmaba que los gerentes de dos empresas públicas (el tranvía y el acueducto) eran responsables de irregularidades administrativas, lo que causó que ellos protestaran y él los despidiera, como correspondía a sus atribuciones. El cese terminó por exponer una red de complicidades. Uno de los gerentes era pariente del presidente, y además ambos tenían vínculos con ministros cuestionables, como Arturo Hernández e Ignacio Rengifo, el ministro de Guerra, un auténtico factor de poder de quien solía esperarse por esos tiempos un golpe de estado que habría contemporizado a Colombia con algunos otros países de nuestra América. Fue toda esta red, presumiblemente, la que hizo remover al alcalde de su encargo, y entonces liberales y conservadores jóvenes convocaron, en respuesta, a una manifestación para el día 6 de junio y después para el día siguiente, al mismo tiempo en que el gabinete se le partía en dos al presidente.¹⁴⁹ El 7 de junio, por la tarde, los soldados del batallón presidencial dispa-

¹⁴⁸ Durante los últimos años de la década de los 20, los liberales se destacaron por acoger la demanda de la independencia respecto a Estados Unidos, particularmente en materia petrolera, que sin mucha resistencia acogieron los gobiernos conservadores. Sus reformas de 1923, 1925 y 1928, según el *Wall Street Journal*, lo ponían cerca de una “inclinación hacia los puntos de vista radicales que han arruinado a México y a Rusia”. Ver Germán Colmenares, “Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte”, en Gloria Zea (dir.), *Nueva Historia de Colombia, vol. I. Historia Política 1886-1946*, Planeta, Bogotá, p. 263.

¹⁴⁹ Mario Latorre Rueda, “1930-1934. Olaya Herrera: un nuevo régimen”, en Gloria Zea (dir.), *op. cit.*, p. 273.

raron hacia la calle, y murió a causa de una bala un estudiante: Gonzalo Bravo Pérez. En ese momento, el gobierno de la república ha perdido ya la escaramuza política contra la heteróclita coalición de liberales y conservadores que se le opone.

Una junta de notables de ambas formaciones se entrevista al día siguiente con el presidente en el *Gun Club*. Piden la renuncia de los ministros Rengifo y Hernández, los protectores de los titulares de las empresas públicas cuyo despido ocasionó la crisis. El presidente, afectado también personalmente porque el muchacho asesinado es amigo de su familia, cede a las demandas de renuncia y los ministros tienen que irse. En esta victoria se distinguen por sus discursos Carlos Lozano, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay y Silvio Villegas. Triunfan, pero la solución es poco novedosa en comparación con los medios utilizados para precipitarla. Lo que sigue tiene aires de una normalización radical, pero en realidad es el limbo: “Las crisis económicas y políticas no parecían suficientes sin embargo para alterar el juego político tradicional, al menos en la superficie. En julio, todo el mundo parecía estar ocupado de las candidaturas conservadoras.”¹⁵⁰ Sin embargo, y pese a las inercias, una mezcla de falta de unidad en el Partido Conservador, impulsada por la creciente fuerza de quienes apoyaron la renuncia de los ministros, un proceso análogo en la Iglesia, que fue capaz de congregarse alrededor de una sola candidatura del conservadurismo, y la unidad del liberalismo alrededor de Enrique Olaya Herrera, que se presentó como un candidato de concentración nacional, derivó en la victoria de este último en febrero del año siguiente.

Esta historia suele contarse de corrido, pero quizá sea mejor idea reducir la velocidad y hacer un acercamiento a la revoltura. En el limbo hay un espacio fecundo para la discusión de los reacomodos, que no son obvios. No sólo por el relevo

¹⁵⁰ Ver Germán Colmenares, *op. cit.*, p. 267.

generacional que aparece en ambos partidos, sino también porque hay un ruido popular cada vez más grande con el que no se sabe muy bien qué hacer —los reflejos llevan a querer meterlo a los partidos existentes. La forma de hacerlo tampoco estaba clara, porque el liberalismo entonces no se veía como una alternativa antagónica sino como un complemento del conservadurismo; “el gobierno conservador era para todos un régimen consolidado y establecido, más, un orden histórico definitivo. Eso, en el fondo, lo aceptaba el único competidor posible, el Partido Liberal.”¹⁵¹ De modo que ni siquiera en el congreso había una dinámica democrática capaz de abrir un espacio a opiniones radicalmente distintas o a intereses de sectores sociales recientemente surgidos: el liberalismo estaba domesticado, se limitaba a gestos histriónicos, y aún en la oposición, como se vio en junio, iba de la mano del conservadurismo. Es el orden que Herbert Braun llamó convivialismo, un orden oligárquico heredado.

Son varias las respuestas que hay ante esa crisis del orden político de los últimos años veinte, seguramente más de las que pueden documentarse con cierta claridad. Alcanzo a identificar tres. Una que puede llamarse identitaria, y consiste en subrayar y reafirmar los lugares asignados en el orden previo. Nadie la expone de manera tan clara como Laureano Gómez en su disertación sobre el progreso social en Colombia —en un ciclo de conferencias organizado por el liberal Alfonso López Pumarejo. El argumento de Gómez, en una nuez, es el siguiente: Colombia está casi determinada, por su configuración demográfica, mestiza, india y negra, además de su geografía, a ser un país sin progreso. Casi todo determina que ha de fracasar. Es, en sus palabras, una tierra más propicia para los zancudos que para el desarrollo, aunque quedan esperanzas de salir adelante. Propone una forma, diríamos, tecnocrática:

¹⁵¹ Mario Latorre Rueda, *op. cit.*, p. 278.

Sólo una dirección inteligente, desvelada y sagaz de los negocios del Estado puede intervenir con eficacia para desviar el curso de los sucesos que parecen seguros. Sólo en la lucha de todos los minutos contra los factores adversos y en la utilización minuciosa de los favorables, a base de ciencia y de conocimiento, de trabajo y de infatigable energía, será posible acaso contrarrestar el imperativo categórico de las influencias del medio, que nos amenaza tan de cerca, que ya nos muestra el principio de su efectividad y descubre en lontananza los resultados de su desenlace fatal.¹⁵²

La opción es clara: no es incorporando al elemento popular como ha de avanzar Colombia, sino desarrollándose científica y culturalmente, pues el país entonces es, según Gómez, un desierto en esa materia. El problema principal es el subdesarrollo de las élites, nada más: la falta de buenos pensadores, periodistas, oradores. En su narrativa, el pueblo es un vociferante externo, que puede complacerse y callar, o enojarse y reclamar. Es claro en su comparación de la decadencia de Colombia con la España de Felipe III: “Cuando el pueblo daba señales de descontento, se inventaba una conspiración de los moriscos, que eran los comunistas de entonces, se emprendía la represión crudelísima, se encendían las hogueras de los quemaderos, que divertían y sosegaban al pueblo ignorante y fanatizado”.¹⁵³ ¿Cómo va a ser un pueblo ignorante y fanatizado solución a nada?

Otra respuesta es la de los socialistas, con demandas totalmente inasimilables para el régimen. Ellos, de hecho, tampoco quieren asimilarse. Me refiero no sólo a los estudiantes

¹⁵² Laureano Gómez, “Los textos históricos, interrogantes sobre el progreso de Colombia”, *Boletín Cultural y Bibliográfico Banco de la República*, núm. 1, vol. 18, 1981, p. 25.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 27.

que empezaron a reivindicarse socialistas y no conservadores ni liberales, sino sobre todo a Tomás Uribe Márquez, Ignacio Torres Giraldo y María Cano, además de otros organizadores y sus seguidores, que recorrieron el país organizando trabajadores con miras a la constitución del Partido Socialista Revolucionario —y a la revolución. Sí son asimilables, en cambio, en el sentido en que advertía Laureano Gómez: sirven de exterior constitutivo, de chivo expiatorio, y en tal sentido la represión hacia ellos no genera, de entrada, un conflicto nacional. Y veo también una tercera respuesta, gaitanista, ambigua entre el liberalismo y las “ideas socialistas”, que piensa menos la revolución en términos de quienes ven hacia Rusia en 1917 y más como una actualización de la labor de viejos liberales como Benjamín Herrera. Esta historia, lo recuerdo en este punto, se trata de esa respuesta.

2. LA MASACRE DE LAS BANANERAS

Era el mes de noviembre de 1928, y tiempo de cosechar, pero muchos de los bananos se quedaron en sus cepas en las plantaciones de toda la zona aledaña a Santa Marta, en el departamento de Magdalena, porque estalló la huelga de los trabajadores de la United Fruit Company. Eran 25 000, por lo menos, los contratados directa o indirectamente por la compañía. Antes de ser reprimida, la huelga no había durado ni siquiera un mes.

Empecemos por el final. Después de labores infructuosas de mediación del personal de la Oficina General del Trabajo en Santa Marta (que estaban por una solución pacífica a la huelga y en contra de los impulsos del Ministerio de Guerra por una salida represiva), el general Carlos Cortés Vargas, quien había sido instruido a desplegar un operativo en la zona de la huelga, mostró a dicho personal una comunicación del 2 de diciembre en que los dirigentes del Partido Socialista Revolucionario indicaban a huelguistas que destruyeran las plantaciones de ba-

nano y sabotearan las telecomunicaciones. Es imposible saber si era un telegrama auténtico, pero logró romper el disenso en el seno del gobierno para solucionar el problema de la huelga.¹⁵⁴ La violencia de los huelguistas no era una salida admisible y parecía acercarse cada vez más, por lo que era imperativo terminar la huelga lo antes posible. Lo intentaron haciendo que esquiroleros cortaran la fruta con la protección del ejército, pero los huelguistas reaccionaron rápidamente, entorpecieron la labor, destruyeron fruta y bloquearon vías de comunicación. Sin embargo, la compañía logró embarcar y cortar bananos (4000 racimos, el 4 de diciembre). La respuesta de los huelguistas fue convocar a una concentración en Ciénaga, la noche del día 5, con el objetivo de seguir a Santa Marta el día 6 para solicitar la intervención de la Oficina General del Trabajo y del gobernador, para que obligaran a la compañía frutera a pactar con ellos. El ambiente era de fiesta por el éxito de la concentración del día 5, y por el rumor de que el gobernador y el director de la United Fruit Company acudirían a firmar un acuerdo con los trabajadores. Mientras tanto, al contrario, se preparaba meticulosa, alevosamente, una represión, lo que está ya documentado en los telegramas que circularon entre funcionarios del gobierno. Ese día, el general Cortés Vargas acuarteló a 300 soldados, sólo en espera de que se declarara estado de sitio en toda el área de Santa Marta, y constató y comunicó que “toda la ciudad era patrullada por grupos amotinados que infundían el terror entre los habitantes. La ciudad estaba prácticamente en manos de un soviet de gente irresponsable”.¹⁵⁵ El decreto del estado de sitio, amparado por la Ley 69 —hija del anticomunismo y casi recién promulgada (octubre)—, llegó a las once y media de la noche; y a la una y media de la mañana las tropas marcharon a la plaza

¹⁵⁴Catherine LeGrand, “El conflicto de las bananeras”, en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva Historia de Colombia*, vol. III. *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*, Planeta, Bogotá, 1989, p. 210.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 213

donde había entre 2000 y 4000 huelguistas concentrados. Se leyó el decreto, se pidió la dispersión de la manifestación y se esperaron tres minutos, contados con toques de corneta al final de cada uno. Los huelguistas, incrédulos, gritaron vivas al ejército, a Colombia y a la huelga. Los soldados de todas formas dispararon.

El número de muertos, que puede bien contribuir a ponderar la gravedad del asunto, quedó en la oscuridad. 9 muertos y 20 heridos, decían las comunicaciones oficiales, al principio, pero después las cifras variaron. Fueron 47 muertos para Cortés Vargas, 100 para la embajada francesa, 1000 para la embajada estadounidense, 1500 para Alberto Castrillón, 3000 para Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*.¹⁵⁶

Además de producto de una serie de decisiones en el terreno, la masacre de las bananeras fue la reacción a las consecuencias de una serie de dislocaciones del orden local a raíz de la modernización económica que acompañó a la instalación de la United Fruit Company. Para 1928, la siembra y cultivo de banano era una actividad en pleno, vertiginoso, imparable ascenso. Sólo en el área de Santa Marta, pasó de exportarse 5000 racimos en 1889 (año de fundación de la United Fruit Company) a 45 000 en 1892, para saltar a 275 000 en 1900, 6.5 millones en 1915 y 10.3 millones en 1929, un poco menos de una sexta parte de las exportaciones totales de la compañía, que ascendían a 65 millones de racimos anuales provenientes de varios países. Los trabajadores, asimismo, se multiplicaron de 5000 en 1910 a 25 000 en 1925. La condición previa, necesaria para este proceso, fue la construcción de un ferrocarril al río navegable Magdalena y la ampliación de su puerto en 1887. El esquema

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 215 y 216.

laboral que permitió crecer de esa manera a la United Fruit Company fue el de la subcontratación, de mano de obra para sus campos y de campos para su producción: en los años 20, los cultivadores nacionales de Colombia contribuían con casi 57 por ciento de las exportaciones, pero siempre subordinados a la United —que tenía monopolio sobre el riego y el comercio en el área, y establecía, en consecuencia, reglas ventajosas para comprar el banano—. Quien no vendiera a la United difícilmente podría venderle a alguien más. Eso transformó, a lo largo de todo el primer tercio del siglo XX, el enclave alrededor de Santa Marta, incluyendo los municipios de Ciénaga, Aracataca, Fundación y Pivijay.¹⁵⁷

Ese modelo empresarial hizo florecer la intermediación para disminuir los costos por salarios y satisfacción de derechos laborales, y derivó en que surgieran problemas que son típicos en campos agrícolas con este esquema: demoras en el pago, desatención de los derechos laborales más básicos, pago mediante vales que pueden sólo gastarse en tiendas de la compañía y retención del salario si se renunciaba antes del tiempo al que se hubieran comprometido los trabajadores. Otro tipo de conflictos fueron los que surgieron entre colonos —proveedores del ferrocarril y de los trabajadores— y la compañía. Fueron, sobre todo, causados por la tierra y sus límites, por el espacio tomado para la extensión de las líneas ferroviarias y en general por la toma de territorios, muchas veces por la fuerza. La United Fruit Company era una máquina acaparadora de tierras, aunque mantuvieran ociosas la mitad de las que tenía.

A juzgarse por la libertad con la que decidió sobre la población y el territorio, la compañía se volvió gobierno. Cambió cauces de los ríos, sin oposición, generalizó el sistema de intermediarios, legitimó sus invasiones de tierras, ejerció mucho más que un monopolio comercial. Los primeros en advertir la

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 185.

captura del estado por parte de la compañía fueron los cultivadores nacionales, quienes pidieron al gobierno de la república que nacionalizara el ferrocarril y los canales de riego, y regulara los límites de las tierras. El gobierno —alentado por el clima nacionalista incipiente y por las propias convicciones de algunos ministros, como el de industria— creó, para tal cosa, una Comisión de Baldíos, que siempre fue retada por la United Fruit Company. Para 1928, dicha Comisión se enfrentó con la compañía, que no quería dejar de cambiar el cauce del río Tucurín para sus riegos. Más aún: cuando la comisión intentó quitar sus diques, la policía municipal —que respondía a los intereses de la United Fruit Company— ordenó el encarcelamiento de los representantes del gobierno. Es una muestra pequeña del poder territorial que la compañía alcanzó y mantuvo en contra del gobierno nacional. Además, logró que no se abriera una sucursal del Banco Agrícola que rompiera su monopolio del crédito y que el gobierno no reasumiera el control del ferrocarril, mandatado por la Corte Suprema en 1925.

Pero volvamos al punto, 1928. Alentados por la desgracia que llevó el ciclón de 1927 y la negativa de la compañía a dar créditos para la reconstrucción, los líderes de los cultivadores nacionales, Juan Calderón y Julio Charris, fundaron una cooperativa e hicieron trato para comerciar con el competidor de la United Fruit Company. Las tensiones crecían. Por si esto fuera poco, hubo un cambio de gobernador que colocó en el poder a Juan B. Cardomane, un conservador opositor a la bananera, al que terminó por destituirse para colocar a un personaje ajeno a la región (Núñez Roca), con el efecto político de dividir a los conservadores y unir a los liberales en contra suya. No era un mediador posible, sino que conjuntó en su contra el encono contra la bananera y contra el conservadurismo en su persona. Era la versión local del limbo que he descrito, de la inestabilidad de las identidades precipitada por el proceso de modernización y del papel que la relación con Estados Unidos y las empresas extranjeras jugó en la configuración de la política nacional.

No sólo los cultivadores nacionales se organizaron. También hubo destellos de organización proletaria, aunque se apagaron pronto. Se creó un Sindicato General de Obreros de la Sociedad Unión en 1921, pero fue derrotado por su inexperiencia en su primera huelga. En 1926 se formó la Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena, otro intento incipiente, impulsado en parte por migrantes europeos de convicciones anarco-sindicalistas, pero que no logró la unidad orgánica de los trabajadores, aunque sí implantara la idea de la posibilidad de una huelga. Sólo fue hasta después de esa experiencia que emergieron asociaciones entre colonos y campesinos, casi de modo espontáneo tras la difusión de las ideas huelguistas y del ideal sindicalista. De hecho, la idea de una posible huelga estaba instalada desde 1927 —así lo constató Ignacio Torres Giraldo, un activista que llegó a la zona en ese año—,¹⁵⁸ pero se atravesó lo que fue conocido como el ciclón bananero, que cambió toda la dinámica de la zona.¹⁵⁹ Para 1928, Raúl Eduardo Mahecha, un organizador del Partido Socialista Revolucionario (de la misma organización que habían fundado agitadores que estuvieron ahí antes, como Torres Giraldo y María Cano), se convirtió en secretario de la Unión Sindical del Magdalena. Era una necesidad cada vez más evidente. Se trataba de trabajadores que carecían de cualquier otra forma de representación o intermediación política.

Fue la Unión Sindical del Magdalena la que extendió un pliego petitorio a la United Fruit Company, aprobado en asamblea del 6 de octubre de 1928, y la que advirtió de que iría a huelga si no se satisfacía. Solicitaban a la compañía y a los productores nacionales: 1) seguro colectivo obligatorio; 2) reparación por accidentes de trabajo; 3) habitaciones higiénicas.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 200.

¹⁵⁹ Joaquín Viloria De la Hoz, *Empresarios del Caribe colombiano. Historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena*, Banco de la República, Bogotá, 2014, p. 115.

nicas y descanso dominical remunerado; 4) aumento en 50% de los jornales de los empleados que ganaban menos de 100 pesos mensuales; 5) supresión de comisariatos; 6) cesación de préstamos por medio de vales; 7) pago semanal; 8) abolición del sistema de contratistas, y 9) mejor servicio hospitalario.¹⁶⁰ El gerente de la compañía, Thomas Bradshaw, se negó a considerar el pliego —que se le presentó en tres ocasiones: el 7 y el 28 de octubre, y el 1 de noviembre—, alegando que los trabajadores de los contratistas —o sea que todos— no eran sus trabajadores. Al contrario, la compañía pasó a la ofensiva: se ordenó el corte de toda la fruta de la zona y su embarque. La huelga se precipitó y se declaró el 12 de noviembre. Se sumaron casi todos los trabajadores de la zona; con seguridad más de 16 000, pero hay quien ha dicho que incluso el doble.¹⁶¹

La masacre no se convirtió de inmediato, no hace falta recordarlo, en un agravio nacional. Los diarios, el medio de comunicación masiva por excelencia, dieron cuenta del suceso de modos diferentes, pero prevaleció, sin duda alguna, la versión de la United Fruit Company de que se trataba de “una extensa huelga con caracteres revolucionarios”.¹⁶² La masacre estaba en la conversación pública, por supuesto, pero no se debatía en las instituciones políticas. Para empezar, se habló de un “combate” contra “revolucionarios” donde habían muerto ocho “bandoleros”. Era el ministro de Guerra, que quería hacer pasar su saña por hazaña, quien intentaba instalar su propia narrativa

¹⁶⁰ Catherine LeGrand, *op. cit.*, p. 202.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 204.

¹⁶² Comunicado de la United Fruit Company, citado en Jorge Enrique Elías Caro, “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”, *Andes*, vol. 22, Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, Salta, enero-junio de 2011, p. 17.

de que no se trataba de una huelga, así nada más, sino de una revolución. Según *The Times*, había consistido en una serie de disturbios provocados por agitadores revolucionarios mexicanos. En este punto, es decir, el de la personalidad y carácter de los agitadores y dirigentes de la huelga, se encontraron estas versiones con las de la prensa bogotana, en general más objetiva. *El Tiempo*, recuerda Jorge Enrique Elías Caro, reconoció que las de los trabajadores eran demandas justas, pero llamaba a la cordura —en alusión a los disturbios que estaban teniendo lugar como protesta contra la masacre—, a la vez que a la sabiduría del gobierno, que no debía ser “melifluo y dócil con los agentes de la frutera”.¹⁶³ Y, sin embargo, la masacre no colonizó la conversación pública sino hasta la segunda mitad del año de 1929, revivida en parte merced a la torpe publicación de Carlos Cortés Vargas de su versión sobre aquellos “sucesos”. Antes de que el asunto de las bananeras volviera, comenzó la crisis política de junio que ya referí.

3. LA MASACRE EN LOS DISCURSOS DE GAITÁN

Jorge Eliécer Gaitán terminó su doctorado en derecho en 1927. A su examen de grado —donde obtuvo la distinción *Magna Cum Laude*— asistieron, entre otros, Benito Mussolini y Víctor Manuel, el rey.¹⁶⁴ Permaneció por un tiempo en Italia, pero pocos meses después de la masacre, Gaitán regresó a Colombia; compitió y ganó las elecciones para ser, a partir de 1929 y por el departamento de Cundinamarca, miembro de la Cámara de Representantes. Tras ello, se incorporó a las protestas de junio, para viajar después a la zona de Santa Marta y realizar

¹⁶³ *Ibid.*, p. 18.

¹⁶⁴ Lucas Caballero, “Gaitán, según Klim”, *Un Pasquín*, núm. 64, p. 9. Tomado del libro del mismo autor *Figuras políticas de Colombia*, Kelly, Bogotá, 1945.

una meticulosa investigación sobre la masacre, que parecía, para esos meses, ya un poco olvidada. Su investigación duró 10 días, a partir del 18 de julio;¹⁶⁵ lo acompañó el periodista Clemente Zabala, que contará su paso por el Magdalena y forjará con él una amistad desde entonces. Si la denuncia de la masacre se cuenta como un sólo acto, debe decirse que éste empezó al regreso de Gaitán a Bogotá. Regresó, dice Herbert Braun, lentamente, deteniéndose siempre que era posible para pronunciar discursos, para empezar a difundir sus hallazgos, para asegurar que los agravios resonarían en la capital, que hablaría en nombre de viudas, víctimas, de todos los colombianos ignorados hasta entonces por Bogotá.¹⁶⁶ Se trataba de llevar la nación a las instituciones.

Los discursos de Gaitán eran casi clases de derecho, con un gran contenido de metáforas y misticismo. Estaba interesado en difundir una idea del derecho menos plana que la que admitía una sociedad oligárquica como la colombiana. El derecho era, sí, una categoría producto de valores positivos, pero también una construcción histórica, sujeta a la fuerza de distintos factores: un asunto político. Esa idea animó toda su serie oratoria. Los discursos del representante Gaitán fueron significativos porque lograron instantáneamente su cometido: convirtió los hechos —sintomáticamente definidos por Cortés Vargas como “los sucesos de las bananeras”— en agravios que no admitían otra interpretación, los insertó en las instituciones de representación, señaló responsables políticos y lo volvió un asunto nacional de primera importancia que, según es consenso entre los historiadores, fue crucial para la caída del gobierno conservador. Hablo ahora de los

¹⁶⁵ Eduardo Posada Carbó, “La novela como historia. *Cien años de soledad* y las bananeras”, *Boletín Cultural y Bibliográfico Banco de la República*, núm. 48, vol. 35, 1998, p. 17.

¹⁶⁶ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Norma, Bogotá, 1987, p. 111.

discursos que se pronunciaron en la cámara a partir del 3 de septiembre de 1929.

Convertir los sucesos en agravios

La ley se convirtió en el principal recurso justificatorio de la compañía y del gobierno. La masacre, para ellos, habría sido el resultado de aplicarla correctamente —y la ley era irrefutable—. Quizá por eso, Gaitán toma el acontecimiento y lo extrae de esa retórica para insertarlo en la de la moral:

La ley no la respetamos porque está respaldada por la fuerza como diría Hobbes. Mil ordenamientos jurídicos han sido derribados a pesar de la fuerza que los respaldaba. Ni la ley tiene nuestro respeto porque nuestra voluntad la haya consentido. Mil leyes existen que nosotros respetamos a pesar de que nuestra voluntad no las vindicte. Ni menos la ley tiene el respeto de los hombres porque ella sintetice, como quería Merkel, las necesidades de un determinado momento histórico. Hay muchas leyes que nosotros respetamos a pesar de que esas leyes contradicen el interés social. Luego existe otro elemento que no es el de la razón sino el de la subconsciencia, el elemento moral, el elemento heredado, el hábito que nos lleva al respeto de la ley¹⁶⁷

Según lo dicho, no será la fuerza, sino la moral (o el *thymós*, quizá) la razón última de la ley, y entonces las intenciones de los actores concretos, particulares, toman mayor relevancia. Es una especie de segundo examen doctoral, porque su tesis trató precisamente del tema de la premeditación, con

¹⁶⁷ Jorge Eliécer Gaitán, *El debate sobre las bananeras*, Centro Gaitán, Bogotá, 1988, p. 22.

una evidente carga psicológica y sociológica que también replicará en estas sesiones de la Cámara con todos sus elementos. Por ejemplo, se usan los testimonios del párroco Angarita de Aracataca —además de las declaraciones de dos agentes de policía— para demostrar que una vez que hubo prisioneros por la revuelta de la zona bananera estos fueron, por orden del ejército, fusilados. Hay una distancia entre la ley y la justicia mediada por las intenciones.

La misma distancia existe entre cristianismo e iglesia. Lo dice en un momento en que el clero regular del país se enfrasca en una grilla monumental —que llega hasta Roma— para definir al candidato del conservadurismo y garantizar su unidad —sin lograrlo, como se sabe.¹⁶⁸ Es por ello que lanza la siguiente invectiva:

Cuando yo veo, señores, que ciertos misioneros de Cristo se olvidan de su deber de caridad, que se alejan del sitio donde los enfermos reclaman sus auxilios; de los inocentes muchachos de nuestra ciudad que a altas horas de la noche la atraviesan porque la injusticia social con ellos no se compadece; cuando observo que esos sacerdotes abandonan la aldea en donde mueren en tinieblas de ignorancia los míseros campesinos que piden el beso de la luz espiritual, siento entonces que todas las fibras de mi humanidad tiemblan en ritmo de ira y comprendo que aquellos misioneros de Cristo son fariseos que traicionan su doctrina, descuidan sus deberes para entrar en la palestra de las menesterosas luchas políticas, terrenas e interesadas. Pero cuando al mismo tiempo pienso que en este país mío, muy mío, porque por él siento la más honda de las devociones, hay sacerdotes del cristianismo que como el nunca olvidado padre Almanza, que como el padre Angarita y tantos otros que sería prolijo enumerar, dan en los momentos de pe-

¹⁶⁸ Mario Latorre Rueda, *op. cit.*, p. 275.

ligro y de necesidad las voces del amor y del perdón y ponen tibio beso a las dolencias humanas, bálsamo en sus heridas, no puedo menos entonces que sentir la admiración profunda por ese clero que así salva la dignidad de la Iglesia y que así nos hace bendecir un cristianismo que vive como sentimiento para bien de la humanidad.¹⁶⁹

No se agota ahí, desde luego, la denuncia de los agravios morales, sino que se suceden en cascada: se da cuenta de la ebriedad de los militares, de las orgías que organizaron después de la masacre (y de cómo violaron a mujeres lugareñas), de las ejecuciones arbitrarias —los remates con bayoneta—, de los disparos a niños, de los enterrados vivos, de la colusión de los militares con la empresa, que proveyó los cuartos en los que vivieron. Quizá el momento más dramático de toda la serie de discursos tiene lugar cuando Gaitán muestra al pleno parte del esqueleto de un niño. Y encima, se demuestran también las técnicas para engañar a la razón legal: cuando hubo que tener testimonios contra los huelguistas, la United los pagó, al tiempo que transportó y alojó a quienes debían proferirlos —además de dictarles sus declaraciones. La conclusión es lapidaria: en la zona bananera, la empresa “todo lo ha corrompido, menos el valeroso pueblo y algunas unidades destacadas” de los aparatos del gobierno.¹⁷⁰

Cualquiera diría que para ese momento Gaitán es principalmente un político imprudente: cuando todo mundo da por hecho que el conservadurismo renovará su estancia en el poder, cuando el poder reside también en la iglesia y sin más apoyo que el que ha recogido de las víctimas y los pobladores de provincia a su regreso a la capital, señala a una serie de perpetradores del agravio: son militares, son miembros de la iglesia,

¹⁶⁹ Jorge Eliécer Gaitán, *op. cit.*, p. 32.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 78.

autoridades civiles. Los agraviados, por su parte, son la ley, la moral, los menesterosos, los asesinados y sus deudos, los niños, las mujeres violadas: “el valeroso pueblo”, que no está presente, no puede estarlo —no existe—, pero es escenificado por las gradas colmadas de espectadores vociferantes, que llevan un distintivo de una calavera para identificarse, o por las decenas, quizá centenas, de personas que esperan a Gaitán afuera del recinto parlamentario, en la Plaza Bolívar, para llevarlo en hombros hasta su casa.¹⁷¹

Delinear una élite inmoral

Pero no. No hay ninguna torpeza en el comportamiento de Gaitán, que dice no referirse ni al ejército, ni al Partido Conservador, ni a los ministros de culto, sino apenas a una parte de ellos. Acaso intenta revivir el descontento bipartidista contra el régimen, el mismo que fue visible apenas unos meses antes:

No quiero decir que esta cruel tragedia sea fruto del Partido Conservador, porque no quiero hacerle el ultraje a mi país de pensar que hay una enorme cantidad de sus hijos que desconocen los elementos triviales de la humanidad. No quiero tampoco hacerle un cargo global al ejército. Cuando aquí hable de ejército debe entenderse solamente el grupo de hombres despiadados e inmisericordes que actuaron en la zona bananera. Yo tengo un gran respeto por el ejército de mi patria, y por eso pienso que su oficialidad pulcra, sus hombres incontaminados serán los primeros en protestar¹⁷²

¹⁷¹ Ver Herbert Braun, *op. cit.*, p. 113, y Richard Sharpless, *Gaitán of Colombia. A political biography*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1978, p. 58.

¹⁷² Jorge Eliécer Gaitán, *op. cit.*, p. 27.

En un momento en el que parece haberse recuperado una precaria estabilidad política, Gaitán remueve el tablero de las identidades para pasar a evaluarlas en términos morales solamente. No es el conservadurismo a quien se opone, como se presumiría de los políticos liberales, sino a la contaminación, a la falta de pulcritud moral, a la inmisericordia, a lo inhumano —y lo singulariza tanto como puede, es decir, lo individualiza: en el presidente Miguel Abadía, en el general Carlos Cortés Vargas:

Que el señor presidente de la República se levante sobre la tumba de los sacrificados para escupir su hiel y su veneno, cuando por simples sentimientos de humanidad tales vocablos estaban vedados ante la majestad de la muerte y del dolor, es cosa que causa ironía y que muestra las lacras de la mentida justicia humana. Y que no hable el presidente de la República de hechos políticos, aquí donde sólo hubo por parte de los militares *pecados contra los artículos del código penal*.¹⁷³

Herbert Braun sostiene que en el momento del debate (en realidad una serie de discursos) su estilo se encuentra ya en forma embrionaria. Yo pienso que se encuentra en plena forma, que lo embrionario será el sujeto a que dé lugar, pero ya hablaré de eso un poco más abajo.

Cuando solicitan a Gaitán que el general Carlos Cortés Vargas se presente para defenderse de las imputaciones que le ha realizado, el tribuno lo rechaza, no sólo porque el parlamento es un espacio de representantes políticos, sino porque, de hacerlo, habría que dar voz a todos los aludidos en cada uno de los testimonios que presenta. A Cortés Vargas y al presidente podría defenderlos cualquiera de los representantes de la mayoría conservadora, pero nadie lo hace: no hay forma. El

¹⁷³ *Ibid.*, p. 37. El subrayado es mío, por supuesto.

uso de la Cámara es atípico, incómodo, y eso vacía los sillones de la mayoría. Ahora Gaitán no le habla a nadie sino a sus compañeros liberales, a los pocos conservadores presentes, a la prensa, y al pueblo que ha escenificado. Su labor es, para estos espectadores, de criminalista, de historiador y de procurador de la integridad moral dañada del pueblo. No basta señalar la indolencia, sino que hay que conectarla con el sentido de agravio (y es lo que Gaitán hace). Narra el abuso de Cortés Vargas, llegado al punto de establecer impuestos caprichosos, retroactivos a 1926. Procede a generar imágenes, a contar anécdotas; por ejemplo, que, en ocasión del triunfo de un equipo de fútbol del pueblo, Cortés Vargas se hizo festejar (colocando letreros que decían “Viva la victoria del general Cortés Vargas”) y concedió, eso sí, una gracia a los miembros del equipo, quienes eligieron salvar la vida de algunos presos. De nuevo: el general no representa al ejército, ni siquiera al conservadurismo, sino a una élite inmoral de truhanes que impide el ascenso de la oficialidad joven.¹⁷⁴

En la hora de cerrar la pinza, Gaitán lee para el pleno también una carta de Cortés Vargas donde se dice que el gobierno le pidió que se hiciera cargo, después del crimen, de la policía bogotana —la misma que estuvo en el ojo público a partir de las jornadas de junio en las que se asesinó a un estudiante. La masacre de las bananeras es, entonces, una y la misma cosa que la corrupción de “la rosca” bogotana que terminó de hundir al presidente Abadía. Con las protestas de junio “ahora sí me llevó el diablo”, se lamenta Cortés. Y Gaitán contesta:

No se lo llevará el diablo, como dice, porque bajo el nivel moral de la política en que nos asfixiamos no sería extraño que mañana el señor Cortés Vargas fuera el ministro de guerra o el candidato a la presidencia de la República. Si éste no

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 56.

fuera el país de los políticos corrompidos, no sería el diablo el que se llevara al señor Cortés Vargas sino los guardias del panóptico.¹⁷⁵

Parte del país de los políticos corrompidos es, desde luego, el que quiere condenarlo al vacío parlamentario durante sus discursos. Pero Gaitán habla para la gran masa: “la masa que no calcula, que no está teñida por el peculado”. Quienes le hacen el vacío, asesta, lo hacen por envidia, por cálculo político, por el oro extranjero.

Volver nacional el agravio
—y en consecuencia al agraviado

Volviendo sobre la envidia, Gaitán dice que el mismo tema sobre el que él habla lo pudo utilizar el conservadurismo para figurar, pero prefirió no hacerlo. El vacío parlamentario, sin embargo, lo termina pagando no él, sino “un pueblo que sufre”. El pueblo, no Gaitán, de nuevo a la escena (pero esta vez es el pueblo de toda Colombia).

Yo no tengo aquí ningún fin político en esta campaña. Yo sé que los hombres políticos de uno y otro partido hoy en Colombia son inferiores a una masa cuyos grandes ideales ellos traicionan por los pequeños apetitos, por las exiguas concupiscencias de combinaciones políticas. Hay un contraste profundo entre los hombres de la política y la gran masa ciudadana. No penséis que vosotros representáis aquí los ideales de los partidos en Colombia. Esos partidos están por encima de los cananeos que fingen dirigirlos. Hay una juventud conservadora, hay una juventud liberal, hay una juventud socialista que

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 88.

mira con asco y con desprecio el triquiñuelismo actual. En realidad, una unión sagrada aglutina a las masas de uno y otro partido en un gran deseo de reacción contra lo presente. Porque esas masas aún son honradas.¹⁷⁶

No es sólo una fórmula retórica. En ese momento se prefigura una división generacional entre los políticos colombianos, sobre todo entre los conservadores con el ascenso de “los leopardos”, con destacadas figuras como Silvio Villegas, lo que será determinante para que este partido no logre la unidad. Asimismo, surge un incipiente sector socialista, sobre todo de estudiantes bogotanos, pero también de simpatizantes del Partido Socialista Revolucionario a los que Gaitán les habla (recuérdese que su tesis de grado fue sobre “las ideas socialistas”).

En un momento, la masacre se transfigura en crisis política nacional. Bastan unas cuantas frases. Gaitán habla a los políticos: “O vosotros impartís justicia, justicia plena, contra los delincuentes de esta gran tragedia, o vosotros os haréis responsables de las consecuencias graves que *para el país* puedan desprenderse [las cursivas son mías].”¹⁷⁷ “Por eso que yo dijera aquí desde un principio que la principal labor es la depuración moral. El país tiene pánico, pero no es un pánico de verdadera angustia económica o fiscal. Es que ese pueblo sabe que por muchos que sean los millones que vengan, ellos no podrán redimirnos mientras la casta de uno u otro color que actualmente impera sea la que debe administrarlos.”¹⁷⁸

La casta —políticos encumbrados, financistas, petroleros, comerciantes, todos quienes “pensarán que lo importante aquí es buscar nuevos dineros, traer nuevos recursos”—, en oposición a “el país [que] piensa de muy distinto modo”, que sabe que “lo principal es la sanificación moral del país”. Mien-

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 71.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 24.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 72.

tras no haya manos puras, dice Gaitán, ese dinero no significa redención de la “masa ciudadana” sino su “mayor miseria”. Como la prensa conservadora había llamado a defender al gobierno ante el ataque del representante contra ese partido, Gaitán machaca que no es ese partido el que gobierna, sino que

es un gobierno de casta lejos todo ideal y de toda grandeza: Andad por las calles, hablad con los conservadores, pero no con los aspirantes a las casillas del presupuesto, no con los conservadores traficantes sino con la gente de independencia y de dignidad personal. Todos tienen a flor de labio la crítica amarga y justa. Que la casta siga en sus posiciones; pero que no ignoren, como vosotros no podéis ignorarlo, que la juventud de todos los partidos, los hombres no contaminados, se sienten cruzados de un extraño anhelo, deseo profundo de reacción, fuera de los rótulos pequeños.¹⁷⁹

Hoy se vería como un populismo de manual, pero en su circunstancia tenía las bases concretas que ya he referido.

En la culminación de la serie oratoria, Gaitán se lanza contra Rengifo —el entonces ministro de Guerra— y remata el discurso con la lectura de un telegrama en que éste pedía al gerente de la United Fruit Company que le informara la situación de la huelga, lo que Gaitán hábilmente hace pasar como petición de indicaciones. Ya no se trata de las bananeras, se trata, dice, de la posición de Colombia ante el mundo. “Así proceden las autoridades colombianas cuando se trata en este país de la lucha entre la ambición desmedida de los extranjeros y de la equidad de los reclamos de los colombianos. El gobierno colombiano cierra sus oídos ante los hijos de su tierra, pero pide respetuosamente los informes de los americanos. Esto se llama respetar la dignidad del país”.¹⁸⁰

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 99.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 103.

Ante la denigración de las masas como desestabilizadoras en contra de las instituciones, Gaitán invierte la ecuación. Son las instituciones las que sirven poco. Aunque haya dicho primero que sus discursos cumplen con el deber congresual de pedir un informe motivado de causas para haber declarado el estado de sitio en Magdalena, termina por desacreditar al régimen al elegir no hacer ninguna petición al congreso, que era el obvio paso siguiente. Es decir, no pide lo que esperaban todos: una comisión de investigación.

Yo no creo en las tales comisiones de investigación. Me basta que esto vaya a la conciencia pública, a las masas estudiantiles y obreras, en cuya vitalidad yo confío. Ya tenemos ejemplo del resultado de las comisiones de investigación cuando se hacen cargos. Un representante de la mayoría no hace dos días hizo aquí graves cargos contra el exministro Rengifo y él acababa de recibir el premio de esa acusación. Se le acababa de nombrar ministro en Londres. Así se va burlando poco a poco el gran movimiento de junio. Ayer se llamó a Cortés Vargas y hoy se llama al señor Rengifo. Las dos personas a quienes el puntapié estudiantil había arrojado al asfalto.¹⁸¹

A diferencia de Laureano Gómez y de quienes apuestan por una renovación de la élite, o de los socialistas que están en busca de un proletariado revolucionario, Gaitán apela al pueblo. Lo hace durante toda la serie de discursos, a veces también con un ánimo revolucionario. Es una advertencia que cruza todos los discursos: “Temedle a esas multitudes tranquilas que parece no reaccionaran. El hombre que reacciona inmediatamente descarga su ímpetu volitivo; pero el taciturno ignorante que sufre la ofensa, la acumula, pasa al plano de su subconsciencia, hasta que un día, con cualquier motivo banal, estalla en forma

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 99.

huracanada y terrible.”¹⁸² “Hoy, mañana o pasado, esa multitud que sufre el silicio, que lo sufre en silencio, sabrá desprezarse y para ese día, ¡oh bellacos! será el crujir de dientes.”¹⁸³

4. EL SUJETO EN CIERNES

Tras los discursos de Gaitán seguirán, como ya se sabe, la elección de concejos municipales,¹⁸⁴ en la que el conservadurismo comienza a perder posiciones, y después la presidencial, en febrero siguiente: un cisma. No hay forma de evaluar el impacto de los discursos, de la nueva forma de pensar la masacre y sus responsables. Es claro, no obstante, que a partir de entonces comienza a leerse en otra clave. Es el primer eslabón de una narrativa que se nutrirá después de elementos literarios distintos: las caricaturas de Ricardo Rendón, *La casa grande* de Álvaro Cepeda y, desde luego, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Los discursos de Gaitán, los primeros en esta nueva memoria, se reprodujeron en *El Tiempo*, y después se compilaron en forma de libro.¹⁸⁵ El 4 de diciembre de 1929 se publicó un texto a propósito del aniversario de la maranza de las bananeras, en el que Gaitán volvía a acusar al presidente de ser su responsable constitucional.¹⁸⁶ Para el día 6, una vez instalado el tema como asunto de disputa política, obreros y socialistas se manifestaron y lanzaron la candidatura presidencial de Alberto Castrillón, uno de los líderes de la huelga. Es notorio que, aunque Castrillón ofreciera una salida, una representación para los mismos agraviados, no fue tan exitoso como Gaitán en la labor

¹⁸² *Ibid.*, p. 26.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 131.

¹⁸⁴ Germán Colmenares, *op. cit.*, p. 268.

¹⁸⁵ Eduardo Posada Carbó, *op. cit.*, p. 11.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 18.

de capitalizar simbólicamente la masacre para insertarla en la política.¹⁸⁷

He hablado del populismo como forma de subjetivación, y he sostenido que es mejor estudiarlo con eso en mente; pero eso no puede hacerse solamente aventurando, como han hecho los historiadores, que en la masa de votantes del Partido Liberal en 1930, el gaitanismo pesó para darle el 45 por ciento que lo llevó a la victoria. Eso seguramente es verdad, pero sería más interesante encontrar las razones de que eso haya sido así, lo que sólo puede hacerse explorando las formas de recepción de su discurso, aunque ello presente su dificultad metodológica. Creo que puede acudirse a su correspondencia para encontrar muestras de ello. Así lo he hecho. Me llama la atención una carta, fechada el 26 de septiembre de 1929, firmada cuando menos por una docena de personas del Valle del Cauca. Se dicen “ciudadanos colombianos” que “sin distinción de colores políticos, pero amantes de las ideas que hoy encarna el socialismo colombiano, enviamos a Ud. nuestra más entusiasta felicitación por sus actuaciones en la Cámara de Representantes en favor de nuestros compatriotas sacrificados”. Debe destacarse que hablen sin referirse a una identidad política partidista, conservadora o liberal, tratándose de unas tan fuertemente arraigadas en la vida pública colombiana. Es decir, o eran liberales y conservadores que ponían por delante su coincidencia con “las ideas que hoy encarna el socialismo colombiano”, o bien, eran observadores sustraídos de ese juego identitario —incluso pudieron ser conservadores que no quisieron decirlo—. En cualquier caso, la carta es reveladora de la existencia del limbo del que hablé en la primera parte y del hecho de que Gaitán re-

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 19.

presentaba una articulación posible de los elementos que quedaban desafiados en esa situación.¹⁸⁸

Desde la zona bananera, con implicaciones más inmediatas, fue claro que se tenía en Jorge Eliécer Gaitán a un representante *confiable*. Es lo que se desprende de una carta que recibió, remitida desde Aracataca, difícil de entender no sólo por estar hecha a mano, sino por las frecuentes fallas ortográficas de quien la escribió: un obrero de la zona bananera. La carta es de agosto de 1930, cuando algún tiempo ha pasado de que Enrique Olaya Herrera ha sido elegido como presidente de la república. La carta empieza con un festejo, una felicitación por el trabajo de Gaitán, conocido en toda la república, pero va metiéndose cada vez más en problemáticas particulares: la ausencia de autoridad judicial, la imposibilidad de expresar desacuerdos de los trabajadores, la imposición de multas, detenciones y castigos arbitrarios. Esa queja es buena idea del vínculo que se establece con el representante, al que se trata como si se le conociera cara a cara.

Para entonces, Gaitán se ha convertido en el campeón —es decir, quien pone su fuerza al servicio de una dignidad ajena— de algunos de los trabajadores del Magdalena que van a contarle el daño del que han sido sujetos.¹⁸⁹ Es el mismo espíritu de otras cartas que recibió de ahí en adelante, en que le comunicaban las condiciones de trabajo, los maltratos, la imposibilidad de protestar, los precios elevados de las tiendas de la compañía en las que debían comprar, las diferencias de salarios y vacaciones entre empleados extranjeros y colombianos, y muchas otras cosas. No son cartas en demanda de representación, no son exigencias o pliegos petitorios; están platicándole a alguien que ya sabrá qué hacer con esa información, y con la

¹⁸⁸ AGN Colombia, Archivos Privados, Jorge Eliécer Gaitán, Rollo 1, Agrupación documental [Correspondencia. Valle del Cauca.] - CO.AGN.AP/JEG//1.3

¹⁸⁹ *Ibid.*, [Correspondencia Magdalena.] - CO.AGN.AP/JEG//1.14

ventaja de no tener que involucrarse personalmente más allá de eso. Mario Antonio González, trabajador de la Tropical Oil Company le escribe, en agosto de 1930, desde una máquina de escribir “mientras no hay nadie en la oficina”, y por eso le pide que guarde su identidad, para que no lo despidan.¹⁹⁰

Pero no se trata sólo de representación, sino de la difusión de un vocabulario útil para comunicar agravios que son relativamente nuevos. Gaitán es también un ideólogo de los suyos — estén o no en el Partido Liberal—. Por ejemplo, en junio de 1930 Marco Espinosa Arias, de Manizalez, le solicita orientación —una lista de títulos— para la biblioteca de un centro (llamado Centro Obrero Proletario) que acaba de fundar, además de expresarle su apoyo para que sea representante por Cundinamarca.¹⁹¹ De nuevo: el liberalismo no aparece en esta carta. Años después, el debate de las bananeras sigue siendo uno de los referentes de quienes le escriben, porque han encontrado algún texto suyo o una noticia relacionada con él y desean simplemente felicitarlo o invitarlo a realizar una visita, como es el caso de Germán Viedma.¹⁹² Ya en el año de 1932, en recuerdo de la campaña del 29, Luis Carlos Reyes le escribe para quejarse del “bajo y degradado ambiente que aquí [en el Magdalena] impera en la actuación de ambos partidos. Toda mediana posición de influencia no tiene de finalidad sino la intriga y imposición de su egoísmo personal”.¹⁹³

En las cartas, la figura de Gaitán se engrandece: algunos lo proponen ya como candidato a la presidencia o lo reconocen como

jefe del liberalismo. El caudillo liberal correspondía a la confianza no sólo manteniendo su estilo público, sino contestando las comunicaciones, aunque fuera escuetamente. Esa mezcla de admiración y confianza, de inmediatez y grandeza, es lo que forja el cable que une a Gaitán con los suyos. El gaitanismo es entonces un sujeto en ciernes (los sujetos siempre están en ciernes, además), hacia adentro y hacia afuera del Partido Liberal y tanto en esas cartas, importantes también porque son un testimonio físico de la interacción directa con el líder, cuanto en los recuerdos de otras interacciones más o menos directas, comenzó a forjar su acervo de memorias, a definir el horizonte que delinearía su identidad.

¹⁹⁰ *Idem.*

¹⁹¹ *Ibid.*, Rollo 6, Agrupación documental [Correspondencia Cundinamarca 1930-1940] - CO.AGN.AP/JEG//6.5

¹⁹² Carta del 24 de enero de 1931, Rollo 5, Agrupación documental [Correspondencia Tolima.] - CO.AGN.AP/JEG//5.8

¹⁹³ Carta del 29 de septiembre de 1932, AGN Colombia, Archivos Privados, Jorge Eliécer Gaitán, Rollo 1, Agrupación documental [Correspondencia Magdalena.] - CO.AGN.AP/JEG//1.14

IV. GENERADOR DE DEMANDAS DEMOCRÁTICAS: LA REVOLUCIÓN MEXICANA DE JORGE ELIÉCER GAITÁN

Fue tan meteórico el ascenso político de Jorge Eliécer Gaitán, que encontró muy pronto los límites del sistema y chocó sonoramente contra su techo. Rápidamente alcanzó la cumbre en el Partido Liberal, a la manera de un miembro aceptado y reconocido de su élite, pero también incómodo, inasimilable, por lo que tuvo que desandar, salir del partido y volver a las bases, en el entendido de que no era posible hacer avanzar su agenda de cambios radicales sin una sólida base popular que tenía que formarse —en el sentido más amplio de la palabra. No se trataría, como en el sentido de Laclau, de articular demandas, porque no las había delineadas con claridad y precisión, y entonces no podían ponerse en juego en un bloque histórico popular que estuviera esperando a ser armado. El problema era, muy al contrario, educar políticamente a las grandes masas colombianas, en especial a su campesinado, para transformar los dolores en agravios morales y los agravios en demandas que desencadenarían la acción política de masas. Para eso creó la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), en agosto de 1933. Mientras se lograba dicha educación y movilización, la minoría progresista del Congreso debería hacer avanzar medidas necesarias para mejorar la vida de las grandes masas aún en contra de los dos aparatos de partido que eran dueños de la política.

No cabe duda de que el unirismo puede contarse como un fracaso de Gaitán, a juzgar por los objetivos que se impuso y

su claro incumplimiento. Tampoco ganó en prestigio ni en poder, y más bien perdió reconocimiento de sus partidarios, que sintonizaron con el tono de algunos críticos tradicionales de Gaitán. Pero la generación de demandas y movilización alrededor de ellas abrió un espacio en el Partido Liberal, un hueco que forzó la adopción parcial de su agenda porque era patente que, de lo contrario, perdería muchos más adeptos. Éste es uno de los factores, quizá el principal, de los que explican la agenda reformista de la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo, elegido presidente en 1934.

Puede concederse que haya sido algo involuntario (aunque, como sostengo en la introducción, no creo que sea así), pero, en este caso, la acción populista de Gaitán contribuyó a interrumpir el ciclo oligárquico de los partidos que describió Michels, al menos en el sentido de especialización y monopolización de la agenda por parte de la oligarquía partidista. Esta ruptura, y la actualización del proyecto y retórica liberales destinados a mantener la estabilidad política —una revolución pasiva en términos de Gramsci— es fundamental para mantener la legitimidad del nexo político entre representantes y representados que sostiene la democracia representativa; sin ello, se trataría de pura ficción verbal. Es en ese punto que este episodio se relaciona con mi argumento principal. Ya sea que la democracia se conciba como una agregación de intereses particulares (su versión más liberal) o como el mandato de un actor colectivo privilegiado, el pueblo, requiere, para ser creíble, intereses que representar, demandas que solventar, peticiones que atender. Y todos esos insumos para la política democrática no son un dato que debe simplemente recogerse, sino que tienen que formarse, mediante la educación política, como quería Gaitán, o mediante el acto mismo de la representación —porque ya se sabe, desde Saussure, que la representación contribuye a la formación de lo representado. En todo caso, Gaitán mismo lo dice mejor que yo en el manifiesto unirista, el documento del que se dará cuenta detalladamente en este apartado.

Lateralmente a este planteamiento, hago hincapié en la importancia de la Revolución Mexicana para la formulación de los planteamientos de Gaitán. Decir que su intención era hacer la Revolución Mexicana en Colombia es un exceso, es evidente, pero hablo de ese modo porque no se ha hecho subrayado suficientemente la influencia mexicana en el pensamiento y la acción del líder colombiano, y al mismo tiempo creo que el significado del programa gaitanista se entiende mucho mejor si se considera a la luz de ese proceso. Podría pensarse que mi idea surgió solamente de que soy mexicano (yo también lo sospeché, y en parte es claramente cierto), pero también es algo que puede argumentarse con evidencia.

A finales de 1932, Jorge Eliécer Gaitán, mientras probaba los límites del régimen político y del Partido Liberal, viajó a México, Chile, Ecuador, Argentina y Uruguay, como representante no oficial del presidente Olaya para hablar acerca del conflicto limítrofe que entonces tenía lugar entre Colombia y Perú.¹⁹⁴ A partir de su regreso, su agenda se distinguió por su precisión, contundencia, claridad y potencia disruptiva. Habló de la función social de la propiedad, del reparto de las tierras ociosas que debían ser expropiadas sin indemnización,¹⁹⁵ de “la jornada de ocho horas, seguros contra enfermedad y accidentes, vacaciones remuneradas y la protección de las mujeres y los niños incorporados a la fuerza laboral”.¹⁹⁶ Y algunas de sus propuestas se convirtieron en ley o avanzaron en el debate público, por lo menos. Esa agenda y la insistencia de Gaitán explicarían, como ya dije y repetiré, buena parte de las medidas de izquierda adoptadas tanto por Olaya Herrera cuanto por López Pumarejo.

Sí, es cierto: la agenda de Gaitán estaba, aunque no tan claramente, en el espíritu de los años treinta, en el ambiente

¹⁹⁴ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 114.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 118.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 117.

de los círculos progresistas de la época —pero no es menos cierto que en ese ambiente México ocupaba un papel protagónico. Tiraré un poco de la hebra mediante uno de los debates más representativos de ese tiempo y uno de los fracasos que le hizo probar suerte por fuera del Partido Liberal: la intención de Gaitán de incluir en la Constitución la llamada función social de la propiedad. León Duguit, su principal promotor en el mundo del derecho, había teorizado sobre el asunto desde 1911,¹⁹⁷ y la formidable formación de abogado que tenía Gaitán hace muy probable que conociera sus planteamientos. También es evidente que desde el conflicto de las bananeras y aun tiempo atrás, Gaitán estaba al tanto de los numerosos conflictos que el asunto de la propiedad de la tierra generaba, lo que también puede verse en su correspondencia y en los testimonios de personajes cercanos, como José Antonio Osorio Lizarazo.

Pero no deja de llamar la atención la propuesta de reforma agraria y la forma en que la defendió en el debate de agosto de 1933. Se planteó como una “revolución constitucional”, que recogía el espíritu de una propuesta suya planteada en 1930.¹⁹⁸ Se trataba de establecer que las tierras no cultivadas pertenecían a la nación, con el único objetivo de repartirlas después entre quienes las trabajaban. La medida fue considerada muy radical, precisamente porque la estructura oligárquica de la propiedad de la tierra no había sufrido profundas transformaciones en la historia colombiana.¹⁹⁹ El contraste con México no podía ser mayor, y es imposible que la visita al nuevo régimen revolucionario no le hubiera generado reflexiones al respecto,

¹⁹⁷ Mario Ruiz Massieu, “Propiedad con función social en la constitución mexicana”, *Derecho agrario*, IJ-UNAM, México, 1990, pp. 55 y ss.

¹⁹⁸ Jorge Eliécer Gaitán, “Función social de la propiedad”, en Jorge Villaveces (ed.), *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán. 1919-1948*, Jorvi, Bogotá, 1958, pp. 71-82.

¹⁹⁹ Jorge Eliécer Gaitán, “La revolución constitucional”, en Jorge Villaveces, *op. cit.*, pp. 138-141.

sobre todo si se toma en cuenta que apenas en el sexenio anterior, el de Plutarco Elías Calles, se habían repartido más de 37 millones de hectáreas a 297 000 minifundistas.²⁰⁰ De hecho, esas reflexiones existen y fueron publicadas por la prensa. Fue en mayo de 1933, en una entrevista con la United Press, cuando Gaitán habló en extenso de la reforma agraria mexicana que, si bien tenía “una obra apenas en gestación”, había ya “logrado sacudir el largo sueño feudal que caracteriza a las tierras indoamericanas”.²⁰¹ Según esa misma entrevista, el ejemplo de México era *fundamental*: “tendrán que estudiarlo los pueblos nuestros. Hoy o mañana nuestras jóvenes nacionalidades comprenderán la necesidad de entrar en el torrente circulatorio de la nueva civilización, entenderán que tienen que ser pueblos ricos y fuertes”. Un camino que, según él, ya había empezado México con la reforma agraria y la legislación civil.²⁰²

Como se ve, no hace falta recurrir a la especulación histórica para dar cuenta de la inspiración que México significó para Gaitán. Y hay más. Además de lo que he mencionado, ya Richard Sharpless había apuntado, siguiendo lo dicho por Luis David Peña en *Gaitán íntimo*, que la idea de fundar un movimiento propio le vino a Gaitán de la profunda impresión que dejó en él el Partido Nacional Revolucionario fundado por Calles;²⁰³ y también encontró que en el órgano del movimiento unirista participaron, a la postre, notables revolucionarios mexicanos de izquierda, como Vicente Lombardo Toledano y David Alfaro Siqueiros.²⁰⁴ Asimismo, y a pesar del propio ma-

²⁰⁰ Jesús Carlos Morett Sánchez, *Reforma agraria: del latifundio al neoliberalismo*, Plaza y Valdés, México, 2003, p. 56.

²⁰¹ “Un arte nuevo ha nacido como fruto de la Revolución”, *El Nacional*, México, 5 de mayo de 1933, pp. 1-2.

²⁰² “En México la crisis se siente menos, porque la mayoría de las masas campesinas tiene tierras”, *El Nacional*, México, 6 de mayo de 1933, p. 5.

²⁰³ Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 69.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 74.

tiz que Sharpless hace para sugerir que el APRA fue más influyente para Gaitán, en sus discursos sólo México está presente como ejemplo. En la selección más conocida de ellos, tras ese viaje, no aparecen menciones a los otros países que visitó, pero sí, repetidamente, a México, y ofrezco un par de ejemplos.

En el conflicto suscitado a raíz de la huelga ferrocarrilera en Antioquia en 1934, Gaitán evocó el “ejemplo mexicano” para demostrar que lo conocía mejor que el entonces presidente electo, López Pumarejo, quien había hecho alguna mención del espíritu de la Revolución Mexicana. Sutilmente, después de brindar su enhorabuena, Gaitán emprendió algo así como un regaño donde afirmó conocer el espíritu de la transformación mexicana:

Yo estoy en el deber de afirmar que cuando las cosas se afirman debe mediar un previo razonamiento, un previo conocimiento de los hechos y no solamente el criterio que hasta ahora ha tenido la mayoría de los políticos, o sea el de hacer promesas que más tarde no van a ser cumplidas. Está bien que sea el espíritu de la Revolución Mexicana el que llegue hasta nosotros y no sólo su forma. Porque ese espíritu, el que alentó y alienta en el gran pueblo mexicano, es un espíritu socialista, aun cuando posteriormente los políticos hayan tratado de desvirtuar las verdaderas características de esa revolución.²⁰⁵

Después, en ocasión de la violencia suscitada tras la toma de tierras de su organización, la UNIR, declaró, enardecido: “Yo no pido frases, pido la realidad escueta. Quiero saber cómo va a empezar a actuar en Colombia la Revolución Mexicana”.²⁰⁶ Esto es bastante ilustrativo para pensar la acción polí-

²⁰⁵ Jorge Eliécer Gaitán, “Estado de sitio, decretos y contratos”, en Jorge Villaveces, *op. cit.*, pp. 151. La serie de discursos corresponde a julio y agosto de 1934.

²⁰⁶ Jorge Eliécer Gaitán, “La fuerza pública al servicio del feudalismo”, en

tica de Gaitán en la UNIR, su significado y su orientación. Otras cosas podrían mencionarse. Por ejemplo, la huella imborrable de José Vasconcelos y su teoría del mestizaje en la concepción de Gaitán sobre Colombia, que comento con la mayor brevedad posible. Para entender el desequilibrio entre las facetas volitiva, intelectual y afectiva de la política colombiana, sin duda pensando en voz alta (aquella vez en una de sus conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá), Gaitán recurrió al ejemplo de la “raza mexicana”, de cómo se complementaban sus elementos toltecas con los aztecas y los mayas, en un proceso que no logró alcanzar la armonía por haber sido interrumpido por la conquista española. No es un argumento particularmente bien logrado, pero me parece transparente en cuanto a sus fuentes.²⁰⁷

Me detengo por este momento. Sólo estaba intentando justificar la elección del título de este apartado. Tengo que volver a la UNIR como ejemplo de subjetivación política y a su significado en la renovación de la idea democrática de la política.

Mientras en el mundo los años treinta parecían un momento de oportunidades abiertas, de discusión y revelación de los destinos históricos de las naciones, el caso de Colombia lucía diferente. Nada permitía pensar en la agitación que en otros sitios provocaban el ascenso de alternativas de corte fascista, de los frentes populares o de un pujante comunismo.

Jorge Villaveces, *op. cit.*, pp. 168. El discurso, del 16 de agosto de 1934, se refiere a la represión gubernamental contra la UNIR, en especial (aunque no únicamente) a los acontecimientos de la hacienda Tolima, en los que murieron 34 uniristas, según la versión de Gaitán y su movimiento, pero 17 según las autoridades.

²⁰⁷ Jorge Eliécer Gaitán, “Un tema político que no pertenece a la política”, en Jorge Villaveces, *op. cit.*, pp. 191.

Después de las elecciones de 1930, la posición de Jorge Eliécer Gaitán ante su partido era complicada. Como se narró en el debate de las bananeras, había contribuido a la caída del gobierno conservador, sin duda, pero no podía incorporarse armoniosamente en la élite del partido. No era sólo un cuadro liberal destacado que había que colocar, ni aspiraba a una carrera convencional. Gaitán tenía visibilidad, carisma y liderazgo, propios todos, un capital político que habría resultado incómodo para cualquier burocracia partidista medianamente asentada. Y, como era previsible, esos factores generaron tensiones y en consecuencia concesiones de la burocracia para él, como convertirlo en vocero de la izquierda liberal en el congreso, o cederle la presidencia de éste, aunque no se distinguiera por su disciplina partidista. Desde la campaña, Gaitán advirtió en sus discursos de las limitaciones que el Partido Liberal y el Conservador compartían,²⁰⁸ y una vez estando en su asiento de diputado, en lugar de convertirse en un oficialista, comenzó a empujar reformas sociales, casi con la candidez de presumir que un congreso es, efectivamente, para discutir e impulsar alternativas de desarrollo.

Para decirlo en resumen, en los años posteriores a 1930, Gaitán hizo una serie de proposiciones que serían rechazadas, poniéndose siempre a la izquierda del gobierno. Propuso controlar los precios de los alimentos básicos,²⁰⁹ formar consejos tripartitos en las municipalidades para negociar salarios y condiciones laborales,²¹⁰ una reforma constitucional para establecer que la propiedad conllevaba deberes —es decir, establecer en términos sencillos la “función social de la propiedad”, propuesta de la que el presidente lo disuadió y que ya mencioné un poco más arriba.

Como si se tratara de un opositor, por otro lado, en junio de 1931 emprendió una severa crítica de los contratos otorga-

²⁰⁸ Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 62.

²⁰⁹ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Norma, Bogotá, 1998, pp. 117 y 118.

²¹⁰ Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 62.

dos por el gobierno a las petroleras. Dado que el gobierno de Olaya se concebía como de concentración nacional, la enemistad que ganó Gaitán no fue sólo la del su partido, sino también la de los conservadores. Ya había hecho bastante por conquistar esa animadversión desde la campaña de 1930, pero fuera de los cargos resultaba menos amenazante. Además, antes su radicalidad había funcionado para inyectar credibilidad al Partido Liberal, y entonces era mejor tenerlo cerca que lejos, frenándolo cuando se precisara, como en el ya mencionado debate sobre la función social de la propiedad, pero también consintiéndolo donde menor daño causara. Así lo entendió Olaya cuando lo hizo enviado internacional para explicar la invasión peruana a territorio colombiano, en el viaje también ya mencionado, y segundo vicepresidente designado.²¹¹

Los ataques a su persona en la prensa vinieron de un lado y otro; el diario liberal *El Tiempo* lo acusó de respaldar al socialismo, no al liberalismo; mientras la derecha siguió criticándolo como de costumbre —descalificándolo y caricaturizándolo en parte por su evidente ascendencia indígena. Para contestar a las críticas, Gaitán argumentó insistentemente a favor de la compatibilidad de liberalismo y socialismo —sensibilidad socialista, más bien—, pero eso sólo contribuyó a subrayar la frontera con quienes se asumían liberales a secas. El más duro, desde *El Tiempo*, era *Calibán* (o sea, Enrique Santos Montejó), que lo acusaba de falso liberal, y aun de enemigo del liberalismo. Y, sin embargo, quizá no era tanto la incomodidad que ocasionaba el parto de un discurso original la que hacía que *el Negro* Gaitán tropezara con las críticas y los ataques, sino las llanas ambiciones de sus rivales políticos. A Gaitán, diríamos, lo grillaban persistentemente, quizá coordinadamente, Alfonso López Pumarejo y Laureano Gómez, ellos mismos aspirantes

²¹¹ José Antonio Osorio Lizarazo, *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979, pp. 153-154.

a líderes nacionales, con cualidades muy distintas y cercanos amigos. Se trataba de un momento en que, como se presume en la ciencia política de la normalidad, es más plausible que avancen en su carrera quienes concitan menos vetos que quienes concitan más apoyos —y Gaitán tenía mucho apoyo, pero también vetos importantes.

Los límites institucionales y políticos estaban bastante claros. Por si no fuera obvio, Gaitán comprobó durante esos años que el Congreso no era un lugar libre para la deliberación, donde avanzara el mejor argumento, la mayor finura en el razonamiento jurídico y social, campos en los que difícilmente alguien podría derrotarlo. La alternativa obvia ante esas limitaciones sistémicas fueron la tierra y la gente. Sucedió temprano. En diciembre de 1931, y enero y julio de 1932, emprendió giras para promover las reformas sociales y económicas, para argumentar a favor de la renovación socialista del liberalismo y aun del conservadurismo, que deberían, según él, dejar de ser de unos pocos para convertirse en instrumentos de las masas.

Se trataba de un reclamo democrático, pero también generacional y programático: eran los viejos los que no aceptaban programas innovadores, porque según él eran incapaces de implementarlos.²¹² Fue un éxito: como conferencista convocaba masas, sus ideas encontraban eco en diarios locales y recibía entusiastas adhesiones.²¹³ Pero la animadversión con la que lo veían sus supuestos correligionarios también arreció, hasta que el gaitanismo pareció comenzar a convertirse en una opción diferente, interna por fuerza nada más, al liberalismo, con la publicación de un manifiesto a los izquierdistas el 28 de junio. *El Tiempo* y *El País* subrayaron el peligro de división, señalando incluso que 39 representantes liberales podrían dejar el

²¹² Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 67.

²¹³ *Ibid.*, p. 68.

partido si se expulsaba a Gaitán.²¹⁴ La amenaza de ruptura, con esa claridad, llegó en agosto, una vez que el líder había dejado el directorio liberal por la sordera dedicada a sus propuestas,²¹⁵ cuando acusó en la cámara al gobierno de una masacre de campesinos y lanzó un llamado para convertir al liberalismo en un partido revolucionario.

Había crisis política, y la ruptura se antojaba plausible, pero —además de la conocida fuerza de las identidades partidistas— un realineamiento fortaleció a un presidente que no parecía firme; fue causado por el inicio del conflicto colombo-peruano en septiembre. Sin ser hegemónico, ni foco de atención debido al conflicto, la marginalidad de Gaitán se subrayó. Soy incapaz de decirlo mejor que Herbert Braun:

A fines de 1932, sabía que por más esfuerzos que hiciera, o por más éxitos que obtuviera, jamás iba a ser parte de la élite. Siempre sería mirado como inferior, y posiblemente tanto más cuanto mayores fueran sus logros; sus acciones serían consideradas fruto de la “malicia indígena”, ese rasgo nebuloso que para los criollos determina las acciones de los indios, mestizos y negros; la ambición sería interpretada como vanidad; la búsqueda de justicia como demagogia; la pasión política como inseguridad social, y la búsqueda del poder como oportunismo personalista. De manera instintiva Gaitán se dio cuenta de que la élite consideraría siempre su ascenso más como resultado de su voluntad de encontrar en la cumbre un lugar para individuos de origen modesto que como producto de su propio mérito. Despreciado, exigió de manera desafiante que lo aceptaran en sus propios términos.²¹⁶

²¹⁴ *Idem.*

²¹⁵ John W. Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Banco de la República/Fondo Editorial Universidad EAFIT, Bogotá, 2013, p. 129.

²¹⁶ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 120.

Pese a su propia capacidad política y su calidad de líder de masas, Gaitán era un invitado ocasional a la mesa del liberalismo, y un invitado incómodo. Según apunta Sharpless, para entonces y desde su persistencia en la política territorial, Gaitán sabía que había que hacer tres cosas para sembrar las condiciones del cambio social al que aspiraba y que no podría lograrse desde el congreso: generar conciencia revolucionaria entre las masas, implantar en ellas la sensibilidad y el criterio socialistas, y darles un vehículo político para movilizarse. Fue entonces cuando realizó su viaje a México, con algunas cosas ya en mente.

En México, donde llegó a inicios de diciembre,²¹⁷ Jorge Eliécer Gaitán ofreció una conferencia, en la UNAM, sobre psicología criminal y premeditación —que había sido la materia de su tesis doctoral—. ²¹⁸ Tuvo algunos debates y se reunió con intelectuales de primera línea del régimen de la revolución, como Vicente Lombardo Toledano, según registra *El Nacional* de esos meses.²¹⁹ Según Osorio Lizarazo, ambos personajes tuvieron un prolongado y áspero debate sobre el conflicto colombo-peruano en la Universidad, del que Gaitán finalmente salió triunfante, pero según la prensa no parece que el encuentro haya sido tan ríspido, pues él y su adversario compartieron una excursión unos días después.²²⁰

²¹⁷ “Un diputado de Colombia nos visitará”, *El Nacional*, México, 1 de diciembre de 1932, p. 4.

²¹⁸ “Brillante conferencia del Doctor José Elieser Gaytán en la Universidad Nacional” (sic), *El Nacional*, México, 11 de enero de 1933, p. 4.

²¹⁹ Por lo menos coincidió con Lombardo en una comida celebrada en su honor, en su papel de rector de la Universidad Libre de Colombia, el día 12 de enero en el restaurante Mitla, y en una excursión al Nevado de Toluca el día 21 del mismo mes. Ver “Banquete”, *El Nacional*, México, 13 de enero de 1933, p. 7; y “Los representantes de Colombia y de Perú, en la cumbre del Nevado”, *El Nacional*, México, 22 de enero de 1933, p. 1.

²²⁰ José Antonio Osorio Lizarazo dice “universidad central”, pero sólo puede

De vuelta a Colombia, Gaitán recuperó su frágil alianza con el presidente —fue entonces que éste lo invistió como segundo designado—. Pero, igual que siempre, la autonomía política del líder del liberalismo de izquierda lo hizo un aliado inestable, poco fiable, reacio a adoptar como propios los proyectos del presidente si no coincidía con ellos. Obviamente, eso causaría un conflicto, definitivo en esta coyuntura: Gaitán se opuso a convertir a Bogotá en una especie de distrito federal y extraerlo del departamento de Cundinamarca.²²¹ Tras esa negativa no había marcha atrás. El poder de Olaya, además, declinaba, y entonces Gaitán decidió fundar la UNIR, de la mano de algunos colegas suyos como Carlos Arango Vélez, en octubre de 1933.²²²

Si Jorge Eliécer Gaitán había vivido de manera inconexa la política popular y la política parlamentaria —cada una en su pista, salvo en el episodio del debate de las bananeras—, el unirismo fue un experimento por mezclar ambas y hacerlas compatibles. La agenda legislativa que había defendido sin éxito —en su papel de traductor de los agravios populares, con una profunda fe en los mecanismos de representación— sólo podría tener esperanzas de concretarse si las masas la hacían suya, y para eso se precisaba educarlas políticamente y organizarlas. Sin autonomía, sin una identidad propia, las clases medias y populares a quienes Gaitán hablaba estaban condenadas a parasitar un aparato de partido oligárquico que siempre iba a tener la última palabra. Esa labor se realizó con base en liderazgos

referirse a la UNAM. Allí, según él, estudiantes encabezados por uno de apellido Cox (se refería al aprista Carlos Manuel Cox), promovieron un disturbio, al que Gaitán contestó con el reto a un debate que ganó. Ver José Antonio Osorio Lizarazo, *op. cit.*, p. 155. El debate pudo haber ocurrido el día 19 de enero, si atendemos a la prensa mexicana. Ver “La controversia de esta noche en el caso Leticia”, *El Nacional*, México, 19 de enero de 1933, p. 8.

²²¹ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 119; y Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 69.

²²² John W. Green, *Gaitanismo*, *op. cit.*, p. 132.

fuertes —Arango en Tolima, Plinio Mendoza en Boyacá, Gaitán en Cundinamarca—, que recorrieron poblados convocando a conferencias, afiliando nuevos militantes y fundando casas del movimiento.²²³ Se recurrió también a la afiliación corporativa de algunas organizaciones de trabajadores fabriles, campesinos, mineros y transportistas,²²⁴ y a ciertas técnicas al parecer extraídas del fascismo: a saber, la organización de equipos de cinco personas que elegían un capitán para representarlos en asambleas de diez equipos, que además se organizaban por “legiones” sectoriales. Por lo demás, la UNIR tenía una estructura centralista democrática: un comité central, una comisión directiva, una de organización, una de defensa, una de agitación y huelgas, además de las de propaganda y educación.

En el estilo, se destacó el orden, la moral y la higiene. Los uniristas tuvieron himnos e insignias, y profesaban, en general, la moralización de la vida pública y privada. Sus formas de acción, además de la edición de un periódico (que tiraba 15 000 ejemplares para 1934²²⁵), fueron las huelgas, la invasión de tierras y su autogestión, formas disruptivas si las había. Por eso, el unirismo fue inasimilable no solamente para el sistema de partidos, sino también para los terratenientes. El caso más sonado de ese diálogo imposible fue el de Fusagasugá, el 4 de febrero de 1934, donde el unirismo se organizaba con fuerza y celebró un mitin de 2000 personas con su líder nacional, pese a la prohibición del gobernador, lo que derivó en represión policial, un zafarrancho con balacera incluida —desatada presuntamente por liberales—, cuatro muertos y el escándalo de que Gaitán estuvo a punto de ser baleado.²²⁶ Después, en agosto

²²³ Richard Sharpless, *op. cit.*, pp. 72 y 73. Sharpless cuenta, por ejemplo, que en la casa unirista de Bogotá se enseñaba a leer y a escribir a las mujeres, que tenían un espacio en la “legión feminista” de la UNIR.

²²⁴ *Ibid.*, p. 72.

²²⁵ *Ibid.*, p. 74.

²²⁶ *Ibid.*, p. 78; y John W. Green, *op. cit.*, p. 132.

del mismo año, fuerzas uniristas intentaron tomar la hacienda Tolima porque tenía una gran porción de terreno inculto. Allí hubo 17 muertos, según las autoridades.²²⁷ Se trataba de acciones para las que la política vigente no tenía rutas de interlocución diseñadas; las demandas, que antes no se habían planteado de modo organizado, y menos con similares determinación e intransigencia, no significaban una prioridad, precisamente porque eran aplazables y no amenazaban con resolverse por la fuerza.

No se trataba de una agenda coyuntural e improvisada, aunque se hubiera nutrido del momento histórico. Estaba articulada alrededor del pensamiento del líder, de sus ideas desarrolladas en su tesis de grado (“Las ideas socialistas en Colombia”, presentada en 1924) y de las que estaban en boga en la discusión internacional. Como este apartado quiere dar cuenta de ellas y de cómo se incorporaron a la política colombiana voy a presentarlas en extenso (citando de la misma forma), principalmente a partir del llamado manifiesto del unirismo.

Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria. Ese es el nombre de la formación que Gaitán emprendió en octubre de 1933. Es uno de los pocos casos en que el nombre puede decir mucho de la concepción de la organización, porque su fundador principal elaboró y planeó meticulosamente las características ideológicas que habría de tener. Intentaré desbriznar sus planteamientos ideológicos mediante el examen del nombre, pero antes es necesario dar cuenta del objetivo general planteado. Dividiendo su diagnóstico entre un programa —criterios orientadores generales— y una plataforma —una nueva organización política— necesarios, Gaitán concluyó que había que transitar del

²²⁷ Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 79.

siglo XIX al XX en el siguiente sentido: “en el siglo anterior, que aún goza de supervivencia en países como el nuestro, [...] todo tiene un poder conceptual, trascendentalista” que divide a las personas en razón de diferencias filosóficas. Eso era posible, pensable incluso, solamente en el marco de la política oligárquica del siglo XIX, que es como estaba estructurada en Colombia todavía, alrededor de los cafés y los salones, en contextos gracias a los cuales “el político no tiene que ofrecer ni está obligado a dar otra cosa que su adhesión a estos grandes principios”, dejando de lado lo mundano, lo material, lo inmediato. El sujeto de esa política sería el individuo —más bien el hombre. Pero emergían, en el nuevo siglo, necesidades y realidades inescapables y se hacía necesario un giro materialista. La justicia, la libertad y otros conceptos del vocabulario del viejo siglo “serían palabras vacías de verdad si no se las regula con el criterio de la economía respecto de los ciudadanos”.²²⁸ El sujeto de esta nueva política tendría que ser colectivo, pero estando los colombianos privados de satisfacciones materiales, lo primero era dotarlos de ellas. Ese es el principal reclamo a la democracia realmente existente.

Si atendemos el criterio verbalista de la política filosófica que aún nos nutre, de la Democracia con mayúscula que domina, mentirosa, porque olvida el hecho económico como criterio regulador, tenemos que el Estado dizque es elegido por el pueblo, representa al pueblo y vive para defensa del pueblo. Esto no es cierto. El Estado representa la fuerza poseedora, es una expresión económica de la minoría y no de la mayoría, no es síntesis de democracia, sino negación de ella. Para el comunismo el Estado debe ser la dictadura del proletariado contra la minoría poseedora. Para nosotros no. El Estado debe ser síntesis de de-

²²⁸Jorge Eliécer Gaitán, *El manifiesto del unirismo*, sin datos de edición, disponible en jorgeeliecergaitan.com, p. 11.

mocracia; es decir, de igualdad. Pero, repito, esta democracia no existe cuando se olvida el factor económico. El Estado no puede ser expresión de la minoría privilegiada que regula en alternación a sus solos intereses la vida de los intereses de la gran mayoría. [...] en Colombia los órganos del Estado: legislativo, ejecutivo, judicial, actúan únicamente de acuerdo con las necesidades, el querer y los designios de la minoría privilegiada. En el problema de la tierra, la banca, la industria, todo está polarizado. Pues bien, el criterio de actuación del Estado debe ser contrario si quiere cumplirse a cabalidad el principio democrático, que es función de mayorías.²²⁹

Y, entonces, si es el principio de la igualdad el que debe de primar, y debe hacerlo en un sentido económico, “no podrá emplear el criterio individualista, será indispensable someter la vida social a un plan de defensa del conjunto”.²³⁰ A final de cuentas “es el individualismo en la administración el reflejo del individualismo en la economía general”.²³¹ Paradójicamente, la acción política individualizada no era suficiente para el momento social que se vivía —y esto es lo que generaba una división fundamental entre individualistas y socialistas, según lo planteó Gaitán. Es el punto de partida que plantea la pregunta para la cual la respuesta es la UNIR.

Iré en orden, comenzando por “Unión”. Desde luego, era importante para Gaitán el asunto de unir, porque le parecía que había un problema en el sistema de partidos colombianos. Hoy diríamos una crisis de representación, aunque puede ser un anacronismo plantearlo en esos términos. Gaitán lo dice diferente. En primer lugar, subraya la unidad programática de las dirigencias de los partidos liberal y conservador. Ese proceso, dice, sin diferencias fundamentales sino sólo cosméticas, subrayaba los

²²⁹ *Ibid.*, p. 12.

²³⁰ *Ibid.*, p. 13.

²³¹ *Ibid.*, p. 4.

otros elementos presentes en la constitución de las identidades partidistas, los más duros y ajenos a las ideas: los elementos simbólicos y afectivos, se entiende, es decir, “los odios herenciales” al adversario político, recibidos más que regenerados en choques ideológicos concretos y “el factor temperamentamente contrario que se creó en virtud de la diversidad de principios”.²³² Se trataba ya de odios vacíos. El resultado, como lo entendía Gaitán, era perverso: había unión disimulada entre dirigencias, pero una desunión improductiva para el pueblo en las militancias de los partidos. La división, identitaria, parecía congelada porque “el proceso de la idea es proceso transitorio, en tanto que el del sentimiento tiende a ser permanente”.²³³ Era este último el que había que remediar, acabar con el remanente afectivo de la vida pasada, como le llamaba el caudillo, y abrirse al “nacimiento de nuevos grupos o partidos políticos que lleguen a su formación por discordancia ideológica con los sistemas”.²³⁴ Quiero apuntar aquí que Gaitán está emprendiendo a sabiendas un proceso de subjetivación; que quiere remover el entramado de las identidades previas para fijar un nuevo nodo. Es transparente, lo dice.

Continuemos ahora con la palabra “izquierda”. La base del planteamiento de Gaitán en el manifiesto unirista era expresamente marxista. Pero solo la base más gruesa. Su argumento al respecto comienza diciendo que hay dos clases de personas en las economías, los que tienen y los que no tienen medios de producción, y unos oprimen a otros. En Colombia, según él, se presentaba la singularidad de que sólo uno de esos tipos de personas, los propietarios, tenían conciencia de serlo, de tener intereses en común, de la necesidad de mantenerlos intocados. Los otros, trabajadores, carecían de esa conciencia. Presumo, desde luego, que su conciencia primordial se encontraba en

²³² *Ibid.*, p. 25.

²³³ *Ídem.*

²³⁴ *Ibid.*, p. 25.

sus identidades partidistas, heredadas, fijadas así por las largas guerras previas. Y sin conciencia era muy complicado pensarse como clase social, y mucho más cuesta arriba hacer efectiva la lucha de clases, e incluso la “lucha de intereses”, en la que Gaitán estaba esperanzado; en Colombia, entonces,

eso de “gobierno del pueblo” no pasa de ser una supervivencia del viejo trascendentalismo político vacío de verdad. El gobierno del pueblo en la actualidad es un valor fonético y nada más. Y quizá en países como el nuestro, cuya mayoría de habitantes da un índice bajo cero en el termómetro de la conciencia y de la cultura, no solo no hay, sino que, tal vez, no puede haber gobierno del pueblo. Puede haber un gobierno “para” el pueblo, que es distinto.²³⁵

De ahí, también, la apremiante misión de la educación política.

Según el manifiesto, que está redactado a modo de entrevista como para que no quede duda del jefe ideológico, los trabajadores tenían que luchar en colectivo por lo de todos, no ver por su salvación individual. Esta era para Gaitán la diferencia fundamental entre ser de izquierda y ser de derecha. “Cualquier denominación política estará nutrida por uno de estos dos criterios. He dicho criterios, pues en verdad el socialismo más que un partido es un criterio científico para interpretar la sociedad, como el individualismo es su contrario. La humanidad no conoce sino estos dos puntos antagónicos”.²³⁶ La izquierda era socialista, colectivista, porque, según él, tenía conciencia de que los problemas sociales deberían arreglarse sistémicamente, asumiendo la complejidad del mundo moderno. Al contrario, la derecha era símbolo de individualismo, para Gaitán el espíri-

²³⁵ *Ibid.*, p. 8.

²³⁶ *Ibid.*, p. 5.

tu natural del capitalismo: “El individualismo, en su expresión más evidente; o sea, el capitalismo, formuló su plan. Pero al fin y al cabo, un plan individualista; es decir, dio una grande estructura a la economía, pero contando nada más que con su personal interés. En la banca, en la industria, en la tierra, hubo un plan, pero un plan basado en un tipo social anterior al cambio terminado por la nueva economía y una distinta sociología”.²³⁷ De ese modo, el progreso era necesariamente socialista, aunque la inercia del viejo capitalismo intentara mantener el individualismo como eje rector. Apuntaba correctamente Gaitán que el grado de intervención del estado no era lo que definía que un gobierno fuera de izquierda o de derecha. Los nazis, decía, contaron con un estado fuerte, fortísimo, en cada aspecto de la vida social. Pero ese estado sirvió para la salvación del capitalismo, para que no consumara su tendencia autodestructiva, y al mismo tiempo para garantizar relaciones de opresión, del predominio de unas individualidades sobre otras. El Estado, visto desde la izquierda, tendría que ser intervencionista, pero a favor de los débiles.

Recurrir a la izquierda era también necesario para diferenciarse del Partido Liberal tradicional, que había triunfado en el siglo XIX, en la etapa idealista de la batalla por la libertad y logrado que el conservatismo asumiera los mismos principios que su adversario histórico —marcadamente el de libertad de comercio. El problema era que, una vez alcanzado el triunfo de la libertad como valor abstracto, el Partido Liberal no transitó a nuevas metas, más concretas, dígame la reivindicación económica de la igualdad y la libertad para la generalidad de los colombianos. Esta inmovilidad habría generado un

antagonismo entre el pensar de los dirigentes liberales y el sentir borroso de las masas, que ha tratado de expresarse en las

²³⁷ *Ibid.*, p. 6.

denominaciones de liberalismo manchesteriano y liberalismo izquierdista. Esta ha sido una diferenciación donde prelude la indispensable necesidad de un tercer partido en Colombia, una de las mayores necesidades para el avance del país, evitando su estancamiento [...] Bastará que las masas lleguen a un plano de relativa conciencia para que el rompimiento se presente y comprendan la trivial verdad de que sus intereses no pueden ser resueltos por quienes tienen intereses contrapuestos.²³⁸

En tercer lugar, y una vez estando claro lo que había que hacer (desarrollar conciencia, luchar por lo colectivo y en colectivo), queda la pregunta sobre cómo habría que hacerlo. Y la respuesta es la “Revolución”, en un sentido más bien clásico. Como lo diría Engels, una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es decir, el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte. Aunque —querría Gaitán— sin el uso de las armas ni la necesidad de la violencia. Gaitán creía que quienes hicieran la lucha por el pueblo no deberían tener esperanzas del apoyo que las masas les pudieran prestar, “nuestras masas en lo político no tienen un sentido distinto del fonético, el viva al Partido Conservador o al Partido Liberal”.²³⁹ “Por eso le hablaba de un gobierno para el pueblo; es decir, de una minoría, que no necesitándolo estrictamente, dedique su actividad —que debe tener mucho de sacrificio— a liberar a la gran mayoría, en la cual por el principio puede que no encuentra la colaboración sino antes la resistencia”.²⁴⁰ Ya he dicho que cuando Gaitán hablaba de Revolución pensaba en la Revolución Mexicana, en la medida en que lo he citado. Pero se insertaba también en un debate nacional. Por un lado, con los conservadores, que endilgaban el epíteto de revolucionario para descalificar a todo el que pro-

²³⁸ *Ibid.*, p. 16.

²³⁹ *Ibid.*, p. 8.

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 9.

pusiera cambios radicales. Pero, por otro lado, había una disputa ya abierta con Alfonso López Pumarejo, que se enfilaba a la candidatura liberal y que comenzó también a reivindicar la necesidad de grandes transformaciones revolucionarias. Desde 1933 y hasta que hubo ganado la elección del año de 1934 — emprendiendo lo que llamó Revolución en Marcha—, enarboló las banderas que Gaitán había sostenido. En su toma de protesta, por ejemplo, el discurso fue rupturista, emprendió un ataque contra la sacralidad de la propiedad para señalar que ésta debía tener una función social y, particularmente, señaló también las injusticias en la posesión de la tierra. No sólo en esos aspectos podría pensarse que recogió para su beneficio la agenda que Gaitán empujó desde 1929, pero hablaré de ello un poco más abajo.

En el manifiesto unirista, Gaitán habla sobre el ánimo reformador que para ese momento ya existía en el seno del pueblo colombiano, un ánimo difuso, pero entendido e instrumentado también por el poder liberal a modo de “deseos o actuaciones improvisadas que no corresponden a una finalidad sustantiva”, que derivó —durante el gobierno de Olaya Herrera— en “reformas que más que realizarse se anuncian, pero partiendo de la base de lo intocable o de los sistemas actuales”.²⁴¹ Es decir, una serie de dolores que difícilmente se habían entendido colectivamente como agravios morales y menos se habían formulado como demandas políticas de manera articulada.

En un discurso dedicado a defender su sitio en el espacio público, Gaitán habló del mal uso de la palabra Revolución. Continuando la disputa previa, sostuvo que, en sus primeras horas, al gobierno de López Pumarejo le interesaban medidas revolucionarias para anunciar, no para emprender, a diferencia de lo que la UNIR planteaba desde antes. En ese discurso reclamaba la ambivalencia radicada en la reivindicación de la

revolución al mismo tiempo en que se defendían instituciones que hacían imposible su realización. Decía Gaitán, “no puedo concebir que este Congreso continúe dando la espalda a todos los graves problemas nacionales, colocándose en posición de deslealtad a los intereses públicos, en medio del asombro, el desconcierto y la protesta tácita o expresa de las multitudes”.²⁴² Como si se tratara de una palabra sagrada, Gaitán detestaba que la Revolución se enunciara en vano, sobre todo de parte de quienes se habían comprometido con la moderación férrea de un gobierno. Podría ser que intuyera también que le despojaban de su valor en la política colombiana y que estuviera defendiendo la palabra, y por ello reclamaba:

Hablan de revoluciones agrarias, de soluciones al problema laboral y de transformaciones sociales que sólo han tenido vida en su imaginación de funcionarios, pero que nunca se tradujeron en iniciativas ni en providencias legales. Pero eso sí, no olvidan utilizar la sagrada palabra, el consagrado vocablo de “Revolución” para disfrazar los conflictos a los cuales no dieron solución o que solucionaron en contra de los intereses revolucionarios. Y da risa leer lo que leí en la mañana de hoy pronunciado por la boca de unos ministros que dejaron sus carteras y afirman al despedirse que sólo entienden el liberalismo sin rótulos y recordar que son los mismos que utilizan este lenguaje en la hora de la victoria, cuando el Partido Liberal se encuentra en el poder, y evidenciar el contraste de su idioma de hoy con el que usaban cuando el conservatismo detentaba el Gobierno. En ese entonces los revolucionarios ministros de la hora presente callaban como esfinges y demostraron con su silencio frente a las tropelías y las persecuciones que estaban de acuerdo con ese estado de cosas, mientras nosotros, los jó-

²⁴¹ *Ibid.*, p. 15.

²⁴² Jorge Eliécer Gaitán, “Contra el mal uso de la palabra Revolución”, en Jorge Villaveces, *op. cit.*, p. 176.

venes combatientes de la izquierda, desafiábamos en las calles la agresividad, la iniquidad y los abusos del conservatismo dominante²⁴³

La disputa por la palabra, por su legitimidad y su significado, denotaba una cierta amargura por el hecho de que “ayer, como hoy, sólo las castas económicamente fuertes podían y pueden mandar en este país”; en especial “es irritante saber que unos cuantos hombres realizamos en las calles de Bogotá la Revolución del 8 de junio y ver que al día siguiente ese movimiento victorioso fue entregado en usufructo a las mismas notabilidades caídas. Después de esa fecha el pueblo hizo una revolución que se llamó liberal y, por desventurada lógica, ésta también la están usufructuando los notables”.²⁴⁴ Y había por lo menos dos obstáculos para que estos pudieran emprender una transformación verdaderamente revolucionaria, además de sus intereses concretos. El primero era de medios normativos: “la constitución conservadora de 1886 no puede servir para hacer una revolución. [...] La revolución no es sólo una idea y un deseo, sino que tiene que ser una realidad y toda idea para imponerse necesita poseer un instrumento apropiado o fracasa”;²⁴⁵ el otro, más complicado de pensar, era la falta de pasión —cosa que a Gaitán, cabe decir, le sobraba. Sin pasión, ni la libertad ni la justicia son posibles, dice Gaitán, “todo lo que la humanidad ha rescatado como justo y bueno se elaboró en la retorta de las ideas licuadas por el fuego de la emoción pasional. Pero esta actitud indiferente nuestra sólo acusa ausencia de ideales y denuncia clamorosamente esta existencia artificial, convencional y vacua que estamos viviendo. Porque lo más grave es que una cosa pensamos en privado y otra muy distinta expresamos en público”.²⁴⁶

²⁴³ *Ibid.*, p. 177.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 178.

²⁴⁵ *Ibid.*, p. 181.

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 177.

En esa disputa es que se inscribe la elección del nombre. El líder intenta hacer claro que “Revolución”, además de poder usarse como un eslogan publicitario, puede comunicar una concepción diferente: no la de tomar el poder por las armas, necesariamente, sino la de inscribir los afanes reformistas en una estrategia de larga duración, que tenía que ser un horizonte socialista, socialista de estado, “cuya lentitud depende, a más de los factores históricos, de nuestro coraje para darle rendimiento a la obra”.²⁴⁷ Ese era el espíritu de lo que quería formar.

El programa de dicha revolución se dividiría en tres: El primero, vida económica, tenía medidas como 1. regular la economía, atendiendo a la distribución justa de la riqueza y pensando en abolir la explotación del hombre por el hombre. Los medios serían técnicos: “Estadística global del consumo con sus particularizaciones. Equilibrio entre producción y consumo, teniendo en cuenta las regiones, y, por tanto, las vías de comunicación”.²⁴⁸ 2. Expropiación de tierras no cultivadas, distribución de tierras a colonos, revisión de títulos de propiedad rural, limitación de la propiedad a mil hectáreas; es decir, una profunda reforma agraria, inspirada por el objetivo de facilitar el “reparto de tierras del Estado únicamente a quienes las trabajan”, e intervenir la producción con miras a mejorar la vida de los campesinos, “para la elevación de su condición social, intelectual y moral”,²⁴⁹ con mecanismos como cooperativas; “incremento de la agricultura, minería, ganadería e industria, también sometidas a un plan”, regulación del crédito y creación del Consejo Económico Nacional.²⁵⁰

El segundo eje, vida social, tendría como prioridad impulsar la educación, crear la universidad como entidad unitaria, dotarla de autonomía, limitar las carreras liberales, impulsar las carreras técnicas, así como establecer la

²⁴⁷ Jorge Eliécer Gaitán, *El manifiesto del unirismo*, op. cit., p. 14.

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 30.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 33.

²⁵⁰ *Ibid.*, pp. 33-37.

obligación por parte del Estado de la educación gratuita de todos los ciudadanos hasta el límite de sus capacidades, [...]. Sometimiento obligatorio de la instrucción particular al plan técnico educativo nacional. Plan de educación de las regiones de indígenas únicamente por nacionales. [...] Creación del mutualismo escolar. Creación de las universidades populares, organización de las bibliotecas populares ambulantes. Función de la escuela en forma especial hacia la capacitación agrícola o manual, según el caso.²⁵¹

Meses atrás había tenido lugar la polémica entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano en México, lo digo como anotación al margen, además de recordar la cercanía de Gaitán con el pensamiento de Vasconcelos por si algún lector de este trabajo quisiera indagar si lo que a mí me parecen ecos evidentes de ello son tal cosa (está, además, por supuesto, la innegable influencia de la república española).²⁵² Meses atrás, Gaitán se había reunido con Lombardo, con quien mantuvo comunicación, a juzgar por la invitación que le hizo para después colaborar en el periódico *Unirismo*. Pero ya me he desviado suficiente. Gaitán proponía, también, la “creación de la judicatura social con representación directa de las clases trabajadoras. Intervención de los trabajadores en las directivas de las empresas por medio de delegados”,²⁵³ y en general la reforma proletaria del mundo del trabajo. En esto llama especialmente la atención la agenda que hoy se llamaría de equidad de género —reconocer a las mujeres todas garantías que se reconocían a los hombres—, la abolición de las diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos, la fundación de un Banco de Previsión Social y el establecimiento de “un nacionalismo necesariamente

²⁵¹ *Ibid.*, p. 39.

²⁵² Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia 1915-1934*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1974, p. 273.

²⁵³ Jorge Eliécer Gaitán, *El manifiesto del unirismo*, op. cit., p. 41.

defensivo”, que debería expresarse en dos formas: “la primera nos defiende del abuso imperialista; la segunda —como sucede en México y Argentina— nos estimula a la creación de la cultura, el arte, la industria colombiana, por una ley elemental de psicología, de acuerdo con la cual ciertas fuerzas profundas de egoísmo y pundonor, encauzadas diestramente se expresan en vigorosa creación”.²⁵⁴

Finalmente, en lo que concierne a la reforma del Estado, Gaitán propone 1) que defienda a la mayoría desheredada, 2) que los órganos de representación se elijan por el voto sindical de trabajadores y patronos (y aquí el eco evidente es de la representación corporativa del fascismo), 3) una carrera administrativa rigurosa con admisión meritocrática, 4) una legislación penal violenta contra los defraudadores, que incluyera un sistema de información de bienes de los funcionarios públicos, 5) autonomía de órganos del estado y sus departamentos pero con rigidez normativa; 6) sustituir el sistema romano por una verdadera legislación civil, siguiendo el ejemplo de “códigos modernos en esta materia, como el de México”,²⁵⁵ 7) Una legislación constitucional que sustituyera a la Constitución conservadora de 1886.

Encontrar a quien militara en un movimiento así era, desde luego, una labor complicada, lo que el mismo Gaitán tenía claro; había un trecho enorme entre el malestar y la demanda de cumplimiento de un programa similar. Además, había dificultades prácticas. A la solidez de las identidades partidarias liberal y conservadora, ya mencionada, habría que sumarle el clientelismo, siempre presente en “la correspondencia que los políticos recibimos”, donde “se alegan primero los servicios a la causa y después, invariablemente, la demanda del pago: desde un simple puesto de policía hasta muchos de los minis-

²⁵⁴ *Ibid.*, p. 43.

²⁵⁵ *Ibid.*, p. 47.

terios”, ocupando esa dinámica “el 90 por ciento de nuestra política”, y resultando en un “pueblo que ha venido perdiendo las ideas para reemplazarlas por el rótulo; pueblo que, por lo mismo, no puede sentir el acicate de las hondas, vastas y pródigas pasiones”.²⁵⁶ Entonces, quizá, el cambio tendría que venir de nuevos sectores, probablemente no todavía incorporados a la política, de la educación política del pueblo y de otros factores que hacían no pensar en un cambio inmediato, sino más bien dilatado. El tribuno lo tenía claro:

Si las masas, la juventud, las generaciones nuevas quieren realizar algo, tienen que entender la vida como una batalla permanente, con el derecho a la fruición de ser derrotados, pero jamás vencidos. No basta que teorícemos, es necesario actuar. Y actuar, no con la “bohemia revolucionaria”, sino con la calidad del estratega, del hombre metódico, sin fatiga ante la fatiga. Consciente y reflexivo al concebir el plan y al escoger la meta, pero audaz y amante del peligro en la travesía. No podemos limitarnos a ser el facultativo que, libre de la dolencia, ausculta y formula. Tenemos que ser y somos más que eso. Somos el complejo de células que integran el organismo, auscultado que tiene que librar, con sus propias células, la propia batalla en frente del enemigo que avanza.²⁵⁷

Es indudable que el discurso de Gaitán logró implantar o modelar demandas a raíz de los dolores o agravios morales de diversos sectores. Por una parte, sus partidarios reprodujeron de inmediato su discurso, diferenciándose expresamente del Partido Liberal y pugnando por un sistema de pequeña pro-

²⁵⁶ *Ibid.*, pp. 52 y 53.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 54.

riedad, pero socializando las grandes empresas. Por otra parte, aunque “se esmeraba en exhibir falsas similitudes con la UNIR, esperando con ello mantener su influencia”,²⁵⁸ el liberalismo tal como era había promovido un régimen “que acababa por llevar al trabajador a la esclavitud”.²⁵⁹ Una crítica de tal modo acerba tocaba duramente las esperanzas en el liberalismo, que no podía seguir siendo pura promesa después de un período en el poder. Las alternativas de los jerarcas liberales eran hacer oídos sordos a las reivindicaciones de Gaitán y a los mismos liberales de izquierda o, bien, tomar la crítica en sus propias manos: hicieron lo segundo. En opinión de Osorio Lizarazo, escritor gaitanista, se trató directamente de un plagio del primero candidato y luego presidente Alfonso López Pumarejo, que alrededor de 1934 “decidió dar a su gobierno, por contraste con el ambiguo de concentración que lo había precedido, un sabor ásperamente revolucionario, incorporar dentro de su concepto y de su ejercicio de liberalismo todo el programa de justicia social que agitaba Gaitán, desconocer fundamentalmente a éste para que no compartiese las glorias y las gratitudes, y despojarlo de la bandera de reivindicación”.²⁶⁰

Y sí: la influencia del discurso de Gaitán y la movilización unirista en el gobierno de López Pumarejo es por lo menos notoria, así como la implementación de sus ideas fue fundamental para recobrar la estabilidad política y la vigencia del discurso reformista del liberalismo, que de otro modo se habría erosionado más rápidamente. La circunstancia que define tanto la potencia del programa unirista, cuanto la adopción de sus demandas en el discurso de López Pumarejo es la de la segunda mitad del año de 1933, en que se conjuntan tres procesos que explican el resultado. El primero, la fractura unirista del Partido Liberal —que estaba ya precedida por la formación de

²⁵⁸ John W. Green, *op. cit.*, p. 139.

²⁵⁹ *Ibid.*, pp. 139 y 140.

²⁶⁰ José Antonio Osorio Lizarazo, *op. cit.*, p. 173.

un ala de jóvenes liberales de izquierda. El segundo, la repentina inflamación del nacionalismo detonada por el conflicto con Perú, que logró la suspensión de los ataques de correligionarios y contrarios a Olaya —haciendo favorable el clima para el presidente y su partido. El tercero, la sucesión presidencial y la total debilidad con que el Partido Conservador llegó a ella. Todo eso se resolvió con cierta celeridad: los liberales de izquierda, divididos entre el Partido Liberal y la UNIR, eran incapaces de disputar la candidatura liberal a la presidencia, y quizá por lo mismo no se mostraron interesados en hacerlo; ésta tuvo un depositario casi natural, López Pumarejo —que había utilizado sus relaciones para negociar el fin del conflicto con Perú tras el asesinato de Sánchez Cerro, el presidente beligerante, ganando así gran prestigio—, y el Partido Conservador decidió no lanzar candidato ante la imposibilidad de tener el triunfo.

Podríamos, de la manera dicha, zanjar el asunto considerando que, al resolverse, cada proceso siguió por su lado y terminó su propia deriva, con un triunfador y dos perdedores: el conservatismo se reformuló, el gaitanismo fracasó en su nueva organización, y López Pumarejo logró un gobierno reformista.

Al contrario, todo puede comprenderse como un mismo proceso, al que, ya lo dije, casaría bien el concepto gramsciano de “revolución pasiva”. Esto es, a grandes rasgos, un proceso de ruptura con el pasado que tiende a restaurar la estabilidad de vínculos de dominación previos, amenazados por sectores movilizados a los que hay que devolver a la paz. Es “pasiva” porque apacigua, en una dialéctica constante entre revolución y restauración, en lugar de lo que haría una revolución a secas, que tiende a alimentar la espiral de su propia violencia. No quiero discutir el fondo del concepto, y para cualquier especialista resultará claro que no lo tomo al pie de la letra y menos creo que sea fructífero detallar el alcance de la reconfiguración y desplazamiento de los sectores hegemónicos en la clase dominante —aunque sería posible—, pero es útil porque implica la concatenación de los siguientes factores, que se presentan

en el caso que ahora presento: 1) un cúmulo de movilizaciones y demandas que amenazan la estabilidad de las relaciones de dominación vigentes —o una crisis de la hegemonía derivada de que vastas masas hayan pasado de la pasividad a la movilización—; 2) la pujanza de uno de los sectores dominantes con el fin de obtener cambios en la hegemonía del bloque histórico —o, dicho de otro modo, la merma en el reconocimiento a los dirigentes políticos por parte de algunas fracciones de la clase dominante— y 3) las mencionadas políticas de revolución y restauración para reequilibrar las relaciones fundamentales de dominación.

Sucintamente, así fue en el caso colombiano. Hubo, en primer lugar, un cambio de estilo. El 6 de noviembre de 1933 Alfonso López Pumarejo aceptó la candidatura presidencial del Partido Liberal. Estaba cosechando el prestigio que obtuvo en la solución del conflicto con Perú, para el que fue asignado por el presidente Olaya Herrera con el objetivo de negociar el acuerdo de paz final. Desde entonces y hasta el 7 de agosto de 1934, López emprendió una transformación en sus dichos y su estilo. No era un intelectual ni un movilizador de izquierdas, sino un liberal cortado con la tijera del “convivialismo”, perteneciente al mundo financiero y amigo personal del jefe de la oposición conservadora al gobierno de Olaya, Laureano Gómez, como bien y largamente cuenta Herbert Braun. Pero López entendió perfectamente el momento político que se vivía, las demandas y la conflictividad del mundo agrario y la popularidad de Gaitán, una especie de némesis suya a quien tuvo que imitar para derrotar.

De tal modo, en una operación muy similar a la de Bryan y su discurso de la “Cruz de oro”, que se refirió en el primer capítulo, López Pumarejo decidió incorporar a su discurso las demandas de Gaitán, la UNIR y su formulación populista, aunque hubieran surgido, en principio, contra el partido del que sería candidato. Una vez adoptada la agenda, reprodujo también el estilo: habló —desde la campaña— de “una falla fundamental

en las relaciones de las clases directoras del país y las masas populares. La facilidad y la costumbre de constituir gobiernos ha venido desligando a las primeras de las segundas”, conformando “una oligarquía más o menos disimulada”.²⁶¹ Había entonces que transitar a la democracia, de dos formas: con la participación real y activa del pueblo colombiano, y con una representación activa del gobierno para eliminar privilegios, para hacer reformas sociales. Ya en el poder, no dejó de hablar de revolución —así fuera de revolución de arriba hacia abajo—, se hizo llamar “camarada presidente” y fue señalado de organizar huelgas desde Palacio, a las cuales, por lo menos, dejó correr.²⁶²

Es evidente que, sin gaitanismo, liberalismo de izquierda y unirismo, las demandas no habrían sido planteadas en los mismos términos, y seguramente la movilización no habría sido la misma, ni se habría hecho tan evidente la incapacidad del sistema de procesar lo solicitado, como sucedió en las acciones de Fusagasugá y el Tolima de las que ya se dio cuenta un poco más arriba —pero en general en las regiones de Sumapaz y Viotá (de las que, dice Molina, “se encontraban en estado pre-revolucionario por la insurgencia de los campesinos contra una ignominia de siglos”).²⁶³ López mismo dio cuenta de ello al responder en septiembre de 1934 a terratenientes que le solicitaban reprimir a invasores de tierras y campesinos que protestaban. Quiero citarlo en extenso porque hace transparente el espíritu de la Revolución en Marcha. Hay, les dijo

dos causales de agitación que están removiendo las bases sobre las cuales se desarrolló la vida campesina hasta hoy. Una

²⁶¹ Alvaro Tirado Mejía, “López Pumarejo: La revolución en marcha”, en Gloria Zea, *op. cit.*, p. 305.

²⁶² José Antonio Osorio Lizarazo, *op. cit.*, p. 173.

²⁶³ Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia 1915-1934*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1974, p. 258.

es, desde luego, como ustedes lo anotan, la acción sistemática de los que quisieran subvertir el orden social y multiplicar las dificultades que debe ahora vencer el poder ejecutivo, con la esperanza de que un estado de anarquía y vacilación haga posible la derrota de los principios democráticos en la dirección del Estado. Pero existe también, autorizando y estimulando la acción subversiva, una agitación espontánea provocada por las condiciones injustas e irregulares que soportan los trabajadores de grandes empresas agrícolas o los colonos que vinculan su esfuerzo a terrenos comúnmente reputados como baldíos. Sería inútil tratar de sostener que los labriegos no tienen motivos de queja contra los patronos de ciertas fincas. [...] Están en plena vigencia legal, en todos los casos, procedimientos para someter cualquier brote de rebeldía del trabajador. [...] Pero no hay todavía ningún modo de obrar sobre los propietarios de tierras y grandes industriales para prevenir los conflictos con un criterio más humano, más liberal, más generoso, que corrija las injusticias e impida la aplicación de algunos reglamentos de trabajo, que mantienen al campesino sujeto a un régimen feudal.²⁶⁴

Este mismo espíritu sensible y promotor de la pasividad puede verse en algunas de las reformas que impulsó. La más relevante, y que sería la base de todas cuantas realizaría López Pumarejo en su mandato, fue el establecimiento de un estado que interviniera en la vida económica y social. El proyecto presentado por el nuevo presidente rezaba: “El Estado podrá intervenir por medio de leyes en la explotación de las industrias o empresas públicas y privadas, con el fin de racionalizar la producción, distribución y consumo de la riqueza, o de dar protección al trabajo”, modificando en alguna medida las bases del li-

²⁶⁴ Alvaro Tirado Mejía, *op. cit.*, p. 309.

beralismo decimonónico colombiano.²⁶⁵ Miguel Ángel Urrego Ardila da cuenta de que en el liberalismo sólo habían presentado proyectos de estado intervencionista Rafael Uribe Uribe, a principios del siglo, y luego, de 1931 en adelante, Jorge Eliécer Gaitán, incluyendo su promoción mediante la movilización en diferentes asambleas departamentales.²⁶⁶ Del mismo modo, Gerardo Molina identifica a Gaitán como promotor del sentido de esa y otras reformas constitucionales, haciendo hincapié en el carácter del intervencionismo, que debía ser a favor de los débiles (ya he citado a Gaitán arriba al respecto).²⁶⁷ El importante intelectual Alejandro López respaldaría esas posiciones en una carta enviada desde Londres, y también lo hizo todo el llamado liberalismo de izquierda, particularmente mediante la revista *Acción Liberal*.²⁶⁸ No hay duda: quien puso el tema en la agenda, quien lo formuló como una demanda asimilable por cierto liberalismo, fue Jorge Eliécer Gaitán.

En lo que concierne a la reforma agraria, también López presentó un proyecto, igualmente menos radical que el de Gaitán, del que ya se ha dado cuenta un poco más arriba, cuando se habló de los deberes que conllevaba la propiedad y de su función social. Desde los años 20 se había creado un sistema de parcelación e indemnizaciones, pero (contrariamente a lo que se pretendía) logró solamente que los campesinos se endeudaran y no resolvió el problema de la distribución de la tierra. En 1933 se presentó otra propuesta de reforma agraria, impulsada por Gaitán, pero siempre se detuvo. En julio de 1935, sin embargo, se presentó la propuesta de López al Congreso, que

²⁶⁵ Anales del Senado, serie 1, núm. 11, julio 31 de 1935, pp. 65 y ss. Citado en Miguel Ángel Urrego Ardila, *La Revolución en Marcha en Colombia, 1934-1938*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2005, p. 68.

²⁶⁶ Miguel Ángel Urrego Ardila, *op. cit.*, p. 67.

²⁶⁷ Gerardo Molina, *op. cit.*, p. 252.

²⁶⁸ *Ibid.*, p. 256.

establecía que debían demostrarse 10 años de no utilización para extinguir el dominio sobre las tierras. Era una forma de atender la demanda dando a los terratenientes la posibilidad de salvaguardarse, y fue aprobada. El liberalismo tomó la reforma como deseable pero muy limitada, por las alternativas que hasta entonces se habían planteado.²⁶⁹ En todo caso, pospuso un problema y generó la esperanza de que los campesinos poseyeran la tierra que trabajaban (apaciguó), lo que incrementó su popularidad.

No fueron éstas las únicas medidas emprendidas por López Pumarejo, pero me refiero a ellas porque son su respuesta a problemás ya planteados, a movilizaciones y reclamos en curso: a frentes abiertos; las otras reformas, más bien, abrieron nuevos: la educativa y la tributaria, principalmente, pues no se encontraban entre los pendientes más urgentes; no había grandes movilizaciones ni muertos caídos en manifestaciones para demandar una sociedad más laica ni un fuerte impuesto sobre la renta, a diferencia de lo que pasaba con el asunto agrario, o el derecho a huelga, que fue también una demanda gaitanista que la Revolución en Marcha retomó.

Pero no fue sólo en la satisfacción de ciertas demandas que la Revolución en Marcha renovó la vigencia de la idea de la democracia representativa, que hacía crisis en algunos asuntos como los mencionados. También hubo una política de reconocimiento. Por ejemplo, entre 1909 y 1930 sólo se habían aceptado 130 sindicatos en el país, pero en 1935 “el gobierno de López reconoció 84 sindicatos y en 1937 otros 159”. Esa mezcla de modificaciones en el espacio político y en los programas es quizá una de las razones de que el gobierno de López sea considerado como uno de los más incluyentes en Colombia. En alguna medida, tanto en el caso de Bryan cuanto en el de López Pumarejo, su efectividad política dependió de que

²⁶⁹ Miguel Ángel Urrego Ardila, *op. cit.*, p. 79.

estuvieran en condiciones formales de disputar el poder, a diferencia de los generadores de las demandas, pero también de su capacidad de morigerar la radicalidad de éstas, y de que nadie esperaba que tomaran dicho discurso en sus manos.

La UNIR, por su parte, no pudo refrenar su voluntad de competir electoralmente, pese a la negativa de Gaitán a hacerlo, y tampoco lo hizo bien. De algún modo, el unirismo desbordó, en esa decisión, el liderazgo de Gaitán. En las elecciones del 5 de mayo de 1935, de carácter local, obtuvo 3799 votos, mientras el Partido Liberal obtuvo 477361 —son incomparables, pero es preciso tener una aproximación de cuán minoritaria era la Unión,²⁷⁰ pese a sus 20000 afiliados, si se hace caso a Gaitán; la Revolución en Marcha le hizo mella, como también su decisión de participar en las elecciones en contra de la voluntad de su líder. Pocos días después, aunque sin irse formalmente de la UNIR, Gaitán apareció como candidato liberal a la Cámara de Representantes, desde donde, consecuentemente, defendió contra los conservadores las políticas de la Revolución en Marcha que antes impulsó el unirismo. No tardaría mucho en apagarse la llama de ese sujeto, que quiso ser un fuego prolongado pero sólo fue una serie de explosiones.

²⁷⁰ Alvaro Tirado Mejía, *op. cit.*, p. 310.

V. LA BÚSQUEDA DEL VOTO Y LA CONQUISTA DE LA HEGEMONÍA LIBERAL

En este capítulo vuelvo sobre el periodo más estudiado del gaitanismo, que es de 1944 a la muerte del caudillo. Enfoco, en realidad, la campaña de 1945, sus circunstancias, antecedentes pertinentes y resultados. No apporto nada nuevo en términos historiográficos, porque dependo de fuentes secundarias en todos los casos; además, este periodo es a menudo reconocido como de movilización populista, y los discursos de esta época son los más recordados del caudillo, por lo que hay que dar cuenta de procesos de los que ya se ha hablado, que ya se han examinado con profundidad, aunque no sea para ilustrar la utilidad de la categoría “populismo”.

Procedo de la siguiente manera: en primer lugar, doy cuenta de la organización material o de las condiciones materiales de la subjetivación, a partir de la conformación del diario *Jornada* y del llamado que se realizó al gaitanismo para acudir a la semana de la pasión, semana democrática o semana gaitanista (una especie de semana santa que culminaría con la proclamación de Gaitán como candidato del pueblo a la presidencia de Colombia). En segundo lugar, analizo los discursos de Gaitán a la luz de la definición de populismo que he propuesto, lo que significa solamente dejar hablar a Gaitán y presentar al lector algunas de las citas de sus discursos que me parecen más ilustrativas de su reclamo a la democracia, de los términos morales en los que se plantea, de la dimensión representativa que siempre piensa para el movimiento que encabeza, y de la amenaza latente de trascender los límites de la institu-

cionalidad vigente. (En realidad, Gaitán es el mejor teórico de su acción política.) Finalmente, en tercer lugar, a la luz de los resultados electorales que dan cuenta efectivamente de un nuevo sujeto político en la Colombia bipartidista, sugiero que hay, como resultado del proceso, una democratización del Partido Liberal —una transformación que por otro lado es obvia, pero que suele ser oscurecida por el periodo posterior.

El segundo periodo presidencial de Alfonso López Pumarejo fue bastante más complicado que el primero. Electo en 1942, cargó, además de con las altas expectativas que él mismo impuso para la Revolución en Marcha, con los saldos del gobierno de Eduardo Santos (1938-1942) y la pausa en el ánimo reformista que quitó credibilidad en su conjunto al Partido Liberal. Gaitán, por su parte, después de haber sido destituido como alcalde de Bogotá en 1937, fue devuelto a los márgenes de la política. Apoyó, en la elección de 1938, una candidatura de Darío Echandía para oponerse a Eduardo Santos; y en 1942 apoyó los intentos por oponerse a la reelección de López. Apoyó dos derrotas, fue derrotado a su vez como candidato a diputado, pero jamás se le borró por completo. Un poco por su independencia económica, ganada como litigante, y otro por su temperamento mismo y su arraigo territorial, que siempre se mantuvo vigente. Y que tenía fuerza propia estuvo fuera de duda. Fue convocado, por ello, a participar en ambas administraciones, a juicio de Sharpless seguramente por la crisis de legitimidad de los gobiernos, para silenciarlo y por la necesidad de unidad nacional que la Segunda Guerra Mundial inducía en diferentes países. En el gobierno de Santos —en Febrero de 1940— se le invitó a ser ministro de Educación (un nombramiento desconcertante para la prensa liberal, que ya se había hecho enemiga de “el negro”, “el indio”, líder de la “chusma”), un cargo que aceptó y en el que duró poco me-

nos de un año, por todos los conflictos que se granjeó a raíz de su intento de nacionalizar y universalizar la educación primaria (¿una asignatura pendiente de su revolución mexicana?). En la administración siguiente, se le invitó a ser ministro del Trabajo, en un breve interinato a fines de 1943 y principios de 1944.²⁷¹

Desde ambas responsabilidades y fuera de ellas, Gaitán siguió recorriendo el país. El apoyo que recibió y la división en el Partido Liberal, entre los reformistas y los partidarios de la pausa indefinida,²⁷² lo hicieron decidir lanzar de manera unilateral su campaña a la presidencia de Colombia, en una circunstancia de creciente inestabilidad por el incremento de huelgas, violencia e inflación. Si se atiende a lo dicho por Amparo Jaramillo, su esposa, Gaitán sabía que no podía ganar,²⁷³ pero realizó una campaña muy intensa, en la que no traslucía otra intención u otro discurso que no fuera el de tomar el poder. Había, eso sí, un marcado hincapié en la derrota necesaria de la oligarquía partidista liberal, una condición para transformar el panorama electoral colombiano.

La división del liberalismo para las elecciones del 46 era un hecho. En julio de 1945, Gaitán rechazó participar en la convención institucional del liberalismo, convencido de que la élite del partido no lo haría su candidato de ninguna manera. El candidato elegido fue Gabriel Turbay, un liberal convencional —y la respuesta de Gaitán fue realizar su propia convención, masiva y popular. Es importante subrayar que la pugna interna en el liberalismo sí equivalía a la batalla por la presidencia, pues no se suponía que el partido conservador presentara un candidato, porque no lo había hecho desde 1930.

Fue solamente hasta marzo de 1946 cuando apareció el candidato conservador, Mariano Ospina Pérez, cambiando los

²⁷¹ Richard Sharpless, *op. cit.*, p. 97.

²⁷² *Ibid.*, p. 98.

²⁷³ *Ibid.*, p. 103.

términos de la contienda. Gaitán y Turbay, así, tuvieron pláticas para intentar lograr una candidatura liberal de unidad que estuvo casi por concretarse. Turbay habría ofrecido a Gaitán la determinación del programa, la jefatura del partido, la vicepresidencia (ser primer designado) y la candidatura para 1950, o sea el futuro. Pronto, los grandes jefes del partido, Eduardo Santos y Alfonso López, rompieron las posibilidades de esa unidad, cuya posibilidad misma era también costosa para Gaitán, quien construyó su discurso contra la candidatura de la élite liberal. Al final, compitieron ambos y, como es sabido, ganó Mariano Ospina. Vuelvo, ahora, a la semana de la pasión democrática.

LA SEMANA DE LA PASIÓN DEMOCRÁTICA: INCLUSIÓN SIMBÓLICA DEL PUEBLO

En septiembre de 1945, Gaitán desplegó en Bogotá toda la fuerza popular que era capaz de reunir. La serie de actos llevados a cabo durante lo que se dio en llamar “la semana de la pasión” o “la semana de la democracia” requirió de todos los recursos que el gaitanismo tenía a su alcance. Recursos económicos, para empezar, porque se movilizaron militantes desde casi todos los rincones del país. Recursos culturales, estéticos, porque había que ganarse un lugar de reconocimiento en el espacio público que hasta entonces se regateaba al gaitanismo —Herbert Braun dedicó un capítulo luminoso de su *Mataron a Gaitán* a lo que él llamó “la ampliación del espacio público”. Desde luego, también el capital político —es decir, los vínculos organizativos— jugó un papel fundamental para dicha movilización; un papel, debe decirse, definitivo, porque es el capital político el que le permitió traducir parte del repertorio simbólico en recursos culturales políticamente útiles. Se trata de una fotografía del gaitanismo que vale la pena analizar con detalle, porque además fue un adelanto del futuro,

de las tácticas que Gaitán seguiría utilizando hasta hacerse del control del Partido Liberal. La relevancia del momento no es precisamente electoral, pues de todos modos Gaitán era el único candidato posible de su propio movimiento; importa más por su dimensión simbólica, política en el sentido más amplio. La llamada “semana de la democracia”, “semana gaitanista” o “semana de la pasión”, generó la mayor inclusión simbólica de que se tuviera memoria entonces en Colombia. Incorporó a la estética del espacio público un componente plebeyo y lo legitimó dotándolo de un significado distinto al peyorativo que solían tener las muchedumbres, “el chusmerío”, las masas. Esto no sucedió de un momento a otro, pero, cuando menos, se instaló en el debate un litigio sobre algo que hasta ese momento no era problemático. Como lo apuntaron sus críticos, Gaitán había visto conjugarse masas y orden, muchedumbre y elegancia, durante el tiempo en que estudió su doctorado en Italia. Ahí presenció de cerca el fascismo, movimiento del que utilizó algunas técnicas, por ejemplo en la UNIR, si bien siempre se distanció ideológicamente de él. Esta vez, se incorporó al pueblo no sólo a la movilización, sino a una puesta en escena de representación democrática en una convención popular, en el debate público, en los medios de comunicación, y dicha movilización sí se tradujo en votos. El pueblo aparecía como un ciudadano colectivo, no como una muchedumbre desorganizada.

Como recordé arriba, Jorge Eliécer Gaitán había empezado su misión de alcanzar la presidencia desde el año de 1944, en principio como un disidente en el interior del Partido Liberal. Justamente por su experiencia al formar la UNIR, Gaitán no optó por conformar un nuevo partido. Permanecer como liberal tenía varias ventajas: para empezar, disputaba una posición ya digna del reconocimiento público y, a la vez, la posibilidad de dotar de un nuevo significado a la identidad liberal, desvirtuada para muchos viejos partidarios. Como se ha dicho en múltiples ocasiones, las identidades políticas colombianas eran entonces

muy fuertes: se nacía y se moría liberal o conservador,²⁷⁴ y era acaso más factible cambiar el significado del liberalismo que la adhesión a los símbolos que configuraron los odios herenciales de los que Gaitán hablaba. Permaneció entonces como liberal, pero disputó al partido su propia representación, convocando a una convención popular del liberalismo de base, sin atención a los procesos formales que desde entonces denunció como farsa. Así nació la convocatoria a la semana de la pasión democrática.

JORNADA: EL GAITANISMO DE LA VOZ A LA PALABRA

El llamado a la semana de la pasión lo hizo la organización gaitanista, conocida como JEGA por las iniciales del líder, mediante su periódico: *Jornada*.

En la Colombia de los 40, los medios principales eran los periódicos partidistas, si bien en esos mismos años la radio se consolidó como el gran medio de masas. *El Tiempo* y *El Siglo* “se convirtieron en empresas que dominaron el mercado de los medios escritos en el país y adquirieron una infraestructura económica y de circulación suficientemente sólida para superar los inconvenientes políticos y otorgarle ganancias a sus propietarios”.²⁷⁵ Sin duda, éstos eran los medios que estructuraban la conversación y podían dar o negar existencia política a quienes

²⁷⁴ Hay, desde luego, casos límite en que esto no sucedía, pero que también pueden mostrar a lo que me refiero. Lo dice Alfredo Molano en *Los años del tropel*, Punto de lectura, Bogotá, 2013. Tras la violencia, acendrada desde el 9 de abril de 1948, ante el peligro casi inminente de muerte, algunos liberales se pasaron al conservadurismo.

²⁷⁵ Adriana Rodríguez Franco, “El Gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1948)”, en César Augusto Ayala, Oscar Javier Casillas y Henry Alberto Cruz Villalobos (eds.), *Mataron a Gaitán: 60 años*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2009, p. 107.

estaban en sus páginas. Desde luego, la relación con Gaitán era tensa, lo que llevó a que sus seguidores abrieran paso a su voz violentamente. Cuando los medios liberales, particularmente *El Tiempo*, pasaban períodos prolongados sin publicar noticias de Gaitán, sus oficinas eran apedreadas. Era claro que la existencia política de los gaitanistas quedaba en manos de otros, con quienes se tenía que negociar o a quienes se tenía que obligar a mostrarlos como actores de la vida pública.

Si el gaitanismo iba a existir rumbo a una elección presidencial tendría que tener una voz propia, que no dependiera de la voluntad de los grandes partidos, de la venia de los dueños de los medios. Eso quiso ser —y eso fue— *Jornada*, que se fundó el 24 de mayo de 1944 (también fue eso el programa de radio Últimas noticias, conducido por Rómulo Guzmán). Según su segundo director, Darío Samper, lo sostenían con acciones de un peso mozos, emboladores, prostitutas: los más marginados de la sociedad colombiana, especialmente la bogotana.²⁷⁶ Era, sí, un asunto de estilo y diferenciación, pero definitivamente encontrado en la satisfacción de una necesidad económica y política: no había inversionistas de gran poder adquisitivo o suficientes partidarios decididos a sostener un proyecto periodístico que permitiera un diario impreso y distribuido de modo similar a los grandes medios, como Gaitán pensaba que debía ser. Y, en esto, de la necesidad se hizo virtud. Todos los que habían aportado un peso comprando su acción tenían derecho a opinar en las asambleas populares de *Jornada*. Lo cuenta Adriana Rodríguez Franco en un trabajo excepcional.²⁷⁷ “La asamblea general de accionistas, más que ser un órgano administrativo, era un espacio deliberativo, generador de un vínculo entre quienes

²⁷⁶ Arturo Alape, *El bogotazo, memorias del olvido*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1985, p. 124.

²⁷⁷ Adriana Rodríguez Franco, “El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944-1949)”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. LII, núm. 94, Banco de la República, Bogotá, 2018.

antes sólo tenían en común su vínculo con Gaitán. Se trataba de reuniones ‘tumultuarias’ y se extendían por horas, ya que artesanos, obreros, ‘clase media de bajos ingresos’ y personas de la barriada se convertían en oradores espontáneos”.²⁷⁸ En ese sentido, se trató del núcleo articulador de una voz colectiva que no emitía gruñidos de aprobación o desaprobación, sino palabras escritas, razones que querían confrontar en situación de igualdad a las emitidas en los otros diarios; una voz que sabía hablar la palabra del lenguaje legítimo, en un punto medio que Gaitán supo encontrar entre la voz de los excluidos y las formas permitidas para el debate público. Pero no se trataba sólo de eso. *Jornada* fue también un espejo del pueblo, que pudo compartir en sus páginas cumpleaños, matrimonios y otros sucesos del mismo modo en que la clase política compartía los suyos en sus diarios.²⁷⁹ Sin *Jornada*, el gaitanismo no habría podido verse a sí mismo en ése y en otros sentidos, pues publicaba manifiestos, adhesiones, cartas de apoyo, anuncios de las concentraciones públicas. Y, del mismo modo, ese efecto reflexivo no habría podido concretarse con la misma fuerza sin la imagen del caudillo. Gaitán jugaba tejo mientras comía fritanga y tomaba cerveza, como el pueblo;²⁸⁰ promovió los porros —un género de música popularailable—, que le compusieron desafiando el aura de café y solemnidad usual de la política colombiana; contrarió, en resumen, seriamente la deontología estética de la política colombiana.

La nueva voz era incómoda y no podía ignorarse fácilmente. Si los sitios privilegiados para la política desde el convivialismo eran los cafés, entraban los gaitanistas a los cafés a

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 99.

²⁷⁹ *Ibid.*, p. 100.

²⁸⁰ En las páginas 33 y 51 se observa a Gaitán, de traje, jugando al tejo, alegre, con el disco metálico en la mano. Entretanto, otros lo observan. Esa imagen se convirtió en uno de los afiches de campaña. Luis Alberto Gaitán “Lunga”, *Archivo Gaitán*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2018.

vocear de un modo que a algunos les parecía vulgar, imprudente, desagradable. Desde luego, no se trataba de voceros normales, sino de militantes o accionistas, *con interés propio* en la distribución del semanario que era no sólo simbólicamente suyo.

El contenido de *Jornada* es también muy importante y merecería un análisis aparte —ya lo ha merecido por parte de otros autores—. Basta, por ahora, decir que transcribía los discursos de Gaitán, en ocasiones muy complejos como para entenderlos a la primera, además de otros contenidos, procurando siempre un lenguaje llano, dirigido a la gente común (una decisión de Gaitán que solía supervisar).²⁸¹ Más allá de lo que decía, que era principalmente lo que decía Gaitán, *Jornada* tenía una importancia organizativa, “servía para integrar las bases y a los dirigentes, los cuales, de acuerdo con sus capacidades, apoyaban a la continuidad y la difusión del periódico. También la posibilidad de que éste circulara, aunque limitadamente, en otras zonas del país [que no fueran Bogotá], le permitía a los líderes locales del movimiento preparar el recibimiento de Gaitán cuando se desplazaba.”²⁸² Así, *Jornada* se convirtió en una labor permanente y, al mismo tiempo, en la materialización por excelencia del gaitanismo.

El estado mayor de *Jornada* —“el periódico del pueblo”— estaba integrado por reconocidos miembros de la izquierda del Partido Liberal: José Antonio Osorio Lizarazo —el director—, Jorge Uribe Márquez, David Luna Serrano y Álvaro Ayala. Sus enemigos estaban definidos de antemano: la oligarquía especuladora, los ocultadores de hechos de sangre, “las máquinas de infierno y de mentira encargadas de anarquizar la conciencia moral de los hombres de este pueblo”.²⁸³ Para Gaitán, *Jornada* era un medio contrario a la oligarquía liberal, pero era también liberal

²⁸¹ Adriana Rodríguez Franco, *op. cit.*, p. 114.

²⁸² *op. cit.*, p. 110.

²⁸³ *op. cit.*, p. 112.

en el sentido de Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera. Para 1945, cuando se convocaba a la semana de la pasión democrática, *Jornada* había ya atravesado su primera época, como semanario, entre mayo, junio y julio de 1944 y, después, la censura por parte del gobierno de López Pumarejo, que estaba atrapado para entonces entre los dos fuegos de Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán, críticos de su segunda gestión desde el conservadurismo y el liberalismo, respectivamente.

La convocatoria a la Semana fue, dice Rodríguez Franco, el momento decisivo para probar el alcance de *Jornada*, que ya en su segunda época convocó a seguidores en distintas regiones del país, con un éxito innegable, saturando de gaitanistas las calles de Bogotá.

JEGA: LA PALABRA PARA LA ACCIÓN

No sólo la convocatoria y el diario delinearían a lo que hasta entonces era un público que recibía con simpatía ciertos mensajes y que podía verse reflejada mediante *Jornada*. Hubo una dimensión organizativa importante. El grupo de Gaitán, la JEGA, se reorganizó en 1944 con el propósito de impulsar su candidatura a la presidencia. Independientemente de si era por el Partido Liberal o con una candidatura sin partido, iba a presentarse en las elecciones y eso lo tenían claro sus partidarios. El país era relativamente pequeño y en plena modernización, y se presentaba la ocasión de hablar a sectores que carecían de representación política, o sea que la circunstancia era propicia.²⁸⁴ (El censo de 1938 contabilizó 8 697 000 habitantes, mientras el de 1951 contó 11 548 000.)

²⁸⁴ Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Gaitán, el gaitanismo y la efervescencia política de los años 40”, *Historia y Memoria*, núm. 14, 2017, pp. 355-386.

En sólo un año, la organización política gaitanista logró tener comités en buena parte del país —excepto en Nariño, apunta Braun, tenían una estructura que rivalizaba con los partidos tradicionales—. José María Córdoba era uno de los encargados de construir y mantener viva la organización desde las oficinas bogotanas. Todo mundo cabía, porque estaban formando algo nuevo, porque se necesitaba de todos los recursos que pudieran movilizarse y porque el movimiento estaba fincado principalmente en el carisma del caudillo, en su prestigio, en su trato, de modo que “Córdoba hizo lo que pudo desde Bogotá para alentar a los jefes locales y les escribía a todos, liberales o conservadores, cuantos ofrecían su apoyo”.²⁸⁵

Desde luego, no bastaba la intermediación de Córdoba para formar el movimiento. Era importante, fundamental, que Gaitán mismo contestara las cartas que llegaban, todas las que podía. Es necesaria una revisión de la correspondencia del líder para saberlo con precisión, pero es claro que recibir una encomienda directa de Gaitán —así fuera la de formar un comité—, tener el testimonio físico de una carta firmada por él, podía investir de autoridad y prestigio a los militantes gaitanistas, de modo que “un movimiento dirigido por un solo hombre desde arriba fue tomando forma desde abajo”.²⁸⁶ Gaitán lo sabía, y por lo mismo convocaba a las personas a escribirle directamente, contestaba telegramas, escribía cartas. Y así comenzó a planearse la convención, desde el 20 de agosto y una vez que la burocracia del partido, a la que querían someter, había elegido candidato: mediante cartas, donde se solicitaba a los comités gaitanistas que nombraran a sus delegados. Se convocó, finalmente, a mil personas. Mil militantes, representantes de las diversas regiones, que formaban el núcleo de un partido caudillista, suficientemente comprometidos como para pagar sus

²⁸⁵ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 173.

²⁸⁶ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 172.

pasajes hasta Bogotá, mil promotores que seguramente también repartían *Jornada*, el semanario gaitanista, o los audios de los discursos de *el Jefe* cuando se acercaban las fechas en que sus visitas a ciudades o pueblos estaban planeadas. Añado que, además de la correspondencia, como es obvio, el gaitanismo en esta etapa, la más potente y masiva de todas, es impensable sin el avión. Sólo por éste Gaitán era capaz de hacer recorridos nacionales y, por tanto, de consolidar su imagen, de encarnarla. Antes de que Gaitán llegara a cualquier sitio, se reproducían sus discursos en las radios, se repartían banderas, retratos del líder, cuya presencia servía para movilizar toda esa energía colectiva acumulada —más su presencia, en todo caso, que su discurso en la plaza.

La cercanía personal no fue un accesorio del liderazgo gaitanista, sino parte estructurante de su narrativa. En una circunstancia como la colombiana de entonces; es decir, cuando las instituciones no son confiables y no representan creíblemente, la confianza sólo se puede depositar en una persona. Mantener contacto personal con la gente, escribir Gaitán personalmente las cartas, hablar él personalmente en las plazas públicas, creaba un espacio de confianza que por ese sólo hecho mostraba la inanidad de las instituciones. Un individuo que da la cara, que se conduce y que *responde* contrasta, aun sin proponérselo, con la frialdad indolente de las instituciones disfuncionales que denuncia.

Mil delegados gaitanistas eran ya bastantes, pero no eran ellos lo fundamental de la convención que elegiría a Gaitán como candidato a la presidencia, sino toda la puesta en escena.

LA SUBJETIVACIÓN EN ESCENA

Herbert Braun registra actividades de la semana de la pasión democrática el domingo 16 de septiembre, y del jueves 20 al domingo 23. Ignoro si es que falta registro de los otros días o solamente Gaitán decidió tomar los más emblemáticos para hacer algo asimilable a la semana santa, y si esto fue resultaría tan transparente que una mención sería innecesaria en otros textos. Me inclino por esta segunda opción, por sus alusiones cristianas en esa campaña, y particularmente por el llamado a que “ante la jugada de los sanedrines” la clamorosa voz del pueblo lo defendiera en calles, en veredas, en pueblos y en las capitales.²⁸⁷

El domingo 16 de septiembre, la semana de la pasión empezó con un recorrido bogotano. Según Braun, “ovacionado por 70 000 bogotanos, Gaitán recorrió los barrios populares de la ciudad (su ciudad). En cada uno hacía un breve pero apasionado llamamiento”, llegando al filo de las 9 de la noche a su barrio, Egipto, donde todavía lo esperaban 15 000 personas. Fue su entrada triunfal a Jerusalén, si acaso lo pensó como he dicho.

El día jueves 20 de septiembre se hizo una gran caravana de autotransportes de todo tipo, integrada por delegados gaitanistas y representantes. Gaitán los saludaba desde un balcón encima del café El Gato. Me parece significativo —aunque estuviera cerca de su oficina— el vínculo entre el café y la calle: los cafés eran, ya lo dije mucho, los sitios típicos de la política oligárquica, de las élites cultas que discutían desde jóvenes y replicaban después estas discusiones en el parlamento. Y, aunque Gaitán nunca fue un asiduo de estas reuniones intelectua-

²⁸⁷ Jorge Eliécer Gaitán, “Gaitán cancela las conversaciones con Turbay” [discurso del 8 de abril de 1946], en Jorge Villaveces, *op. cit.*, p. 436.

les, algunas veces, en su juventud, había hecho apariciones, dado debates, pese a que no se sentía cómodo en esos espacios —prefería dar discursos, con los motivos más variados, en la plaza pública—, justamente porque era un espacio en el que había que estar. Siempre tuvo, en consecuencia, un pie en la calle y otro en la universidad, el parlamento, el gobierno, el sistema. De modo que la imagen funciona, por lo menos, metafóricamente: sin salirse del café, Gaitán estaba dispuesto al encuentro del gaitanismo, que desfilaba ordenadamente, con un símbolo de modernidad del particular gusto del líder —el automóvil—, frente a sus dirigentes, vestidos como él, con saco y sombreros de ala corta. Eran él y los suyos.

El viernes, los sindicatos de Bogotá hicieron una manifestación en la Plaza de Bolívar. ¿La organizó Gaitán pensando en esa otra que hizo para defenderse de la destitución de la alcaldía de Bogotá, que se le anunciaba en 1937, y que muchos interpretaron como su muerte política?

El sábado, como corresponde, fue un día preparatorio: poco más que la víspera del domingo. Durante la noche, se llevó a cabo una marcha de antorchas, principalmente por parte de los delegados a la convención. Fueron 5000 personas que realizaron, por lo menos, una vigilia parcial; dieron la vuelta al Capitolio y al palacio presidencial, iluminando la noche bogotana. Divididos en grupos de 600, marcharon por una ciudad que ya para entonces estaba adornada por más de 20 000 banderas. Sería un exceso decir que la marcha de antorchas fue inspirada por la tradición católica de encender velas y fuego bendecido en señal de resurrección, sobre todo porque las marchas de antorchas tienen su historia y sus propias resonancias, por ejemplo provenientes del fascismo y de otras tradiciones políticas europeas. Son grandes liturgias que conllevan, desde luego, una amenaza incendiaria no tan velada. La marcha de antorchas sí compartió, sin embargo, un elemento con el sábado de gloria: el anuncio mesiánico. Las antorchas significaban, según el documental que los gaitanistas hicieron para registrar

dicha semana, un “vivo símbolo de la luz que iluminará el porvenir de la patria”.²⁸⁸

El domingo fue el gran día de la convención. Comenzó con una muestra de luto y respeto, con la visita de una multitud a las tumbas de Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, los grandes caudillos del liberalismo histórico colombiano. Después, cuatro marchas que salieron desde distintos puntos de la Ciudad, se congregaron, al medio día, en el Circo Santamaría. 2000 delegaciones, dice el documental propagandista, “entraron en el más perfecto orden y colmaron los tendidos de la gran plaza”. Bandas provenientes de diversos sitios del país tocaron el himno nacional en el ruedo y Gaitán llegó a las 3:30 de la tarde.

Luis Alberto Gaitán registró en ese acto la presencia notoria de mujeres, que para entonces casi no ocupaban lugar en el espacio público.²⁸⁹ Pueden verse también en sus fotos los letreros de cada delegación, las banderas que los identifican. En el ruedo alcanzan sólo a verse hombres, sacos, corbatas y banderas. Es la masa, pero la masa en orden, algo bastante impresionante para una ciudad de 350 000 habitantes.²⁹⁰

En todo el despliegue, pueden distinguirse tres planos: está en primer lugar el de la movilización populista, que traduce la política en términos morales, y que por lo tanto necesita escenificaciones apropiadas para eso; está, en segundo lugar, el repertorio de significaciones que ofrece la cultura colombiana, el repertorio que se puede usar para significar algo, y en el que desde luego tiene un lugar fundamental la imaginería católica; y está, finalmente, el contexto inmediato, el conjunto de prácticas políticas del momento, los recursos de que están echando mano en otros lugares, por ejemplo, los fascistas.

²⁸⁸ Fundación Patrimonio Filmico Colombiano, “La semana de la democracia en Bogotá, 1945”, disponible en https://www.youtube.com/watch?v=f-MwNZ_GmBUg

²⁸⁹ Luis Alberto Gaitán “Lunga”, *op. cit.*, p. 58.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 52.

Como identificó Gentile en el fascismo, Gaitán tuvo su propia propaganda de la fe, y generó en la semana de la pasión la forma litúrgica del gaitanismo (a la que recurriría después, en 1947), una que implicaba no solamente a los militantes — estoy parafraseando a Gentile—, sino a todos los asistentes a la celebración del ritual y, al hacerlo, se seguía una lógica propia, consciente del papel de los símbolos y rituales en la nueva política de masas.²⁹¹ En el caso del fascismo, la puesta en escena era la consagración de la irrevocabilidad del nuevo poder y la legitimación de este nuevo actor como el único intérprete posible de un nuevo país. Gentile observó algo que bien puede decirse para el despliegue gaitanista en la circunstancia colombiana de ese tiempo : “Ses rituels sont toujours un ‘spectacle de force’ visant à terroriser les adversaires, à impressionner les indécis et en même temps, à renforcer le sentiment d’identité, de cohésion et de puissance [...] à un époque où le parti était continuellement touché par des crises internes”.²⁹² Si con ello Gaitán no legitimó del todo a las masas en el espacio público, las hizo ver ordenadas, en comunión y paz (entre otras cosas por causa de su liderazgo), hizo ver por lo menos que había dos mundos en uno y contrastó, como quería, la suya con cualquier convención partidista previa.

LOS DISCURSOS DE LA CAMPAÑA

El discurso es el punto de llegada. En él (voy a ser reiterativo) se condensa un largo proceso de convertir dolores en agravios, y agravios en demandas. Pero también puede verse en él con mayor nitidez cómo cristaliza el proceso organizativo previo, sus motivaciones, la voz que adopta; pertenece, sin embargo,

²⁹¹ Emilio Gentile, *La religion fasciste*, Perrin, Francia, 2002, p. 158.

²⁹² Ídem.

a otro género de cosas, que quiero desarrollar en conjunto y que es la construcción discursiva de la campaña presidencial. Para hacerlo tomaré tres de los discursos más emblemáticos, analizados a la luz de la definición que he propuesto: el del Circo Santamaría en ocasión de su proclamación como candidato, el 23 de septiembre de 1945 —donde estamos ahora—; el del 8 de abril de 1946, una vez que se fracturó el liberalismo al romperse las pláticas de Gaitán con Gabriel Turbay, y se hizo imposible acudir a las urnas con una sola candidatura; y el del 20 de abril, más conocido por sintetizar la tesis gaitanista de la existencia de dos países, el país político y el país nacional. Se examinaron, desde luego, otros discursos de campaña, pero de ellos se extrajo menos material y se incorporaron a este texto sólo formulaciones distintas de planteamientos que se hicieron en los otros tres. Voy a tener que citar extensamente, porque no vale la pena para el lector la paráfrasis de cosas que pueden leerse mejor directamente.

EL RECLAMO A LA DEMOCRACIA

Gaitán reclamaba al mismo tiempo a la institucionalidad colombiana y al Partido Liberal. Sólo por necesidad, y en algunas ocasiones durante la campaña, criticaba también al Partido Conservador. Ya fuera por una alianza tácita con la dirigencia conservadora, complacida con la división del liberalismo y que dio foro a Gaitán en sus periódicos, o solamente porque la batalla principal de Gaitán era por la base liberal, el hecho es que el caudillo enfocó sus baterías casi únicamente en el Partido Liberal y la forma en que se había desvirtuado en los últimos años.

Lo primero, fundamental para la restauración democrática de la república, era reconocer el envilecimiento de las instituciones, y particularmente la pérdida de su dignidad democrática en los tres poderes. Se suponía que el poder legislativo

tenía la misión de representar autónomamente al pueblo, mientras que el poder judicial, la diplomacia y la administración no tenían sino que regirse por el mérito. Y, según denunciaba, nada de esto sucedía, sino que el legislativo permanecía subordinado e indigno, el poder judicial se gobernaba por “la intriga personal o política”, y la diplomacia y la carrera administrativa se regían por “la recomendación y el capricho”, de manera que nada era como debía ser y como se decía que era.²⁹³

La razón profunda era quizá la falta de una representación partidaria que, además de digna, fuera ideológicamente consistente y preocupada por los intereses materiales de la gente. La política estaba distanciada de los dolores y las demandas del pueblo, ajena a la conquista y movilización de voluntades colectivas y reducida al tráfico de votos desprovisto de sustancia social. Había así un país político que nada tenía que ver con el país de la mayoría de los colombianos, el país nacional:

Acompañadme a sacar una conclusión patente y clara. El pueblo, meditando en sus problemas económicos, en sus problemas sociales, en la educación de sus hijos, en la defensa del parto de sus mujeres, en la curación de la sífilis, en la lucha contra el alcoholismo, en la destrucción de los parásitos, en la campaña contra el paludismo, en la defensa del hombre y la grandeza de Colombia que se asientan sobre la salud, la inteligencia y la capacidad del colombiano. Ese es vuestro sentimiento, el sentimiento de todo el pueblo que me escucha ahora. Esa su preocupación constante y trascendental. Y en parangón desesperante, hay otro grupo que no piensa en esas soluciones, que no se diferencia por esas cuestiones, que no pugna por esos motivos, que tiene como razón vital de su actividad, de su pasión, de su energía, los votos más o los votos

²⁹³ Jorge Eliécer Gaitán, “Discurso programa” [23 de septiembre de 1945], en Jorge Villaveces, *op. cit.*, p. 400.

menos; la firma de fulano o el escamoteo de zutano; la habilidad salvadora de un fraude, la promesa de una Embajada, el halago del contrato, en una palabra: el solo y simple juego de la mecánica política que todo acapara. Por eso me siento autorizado para sacar otra conclusión. En Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica, y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional. Tremendo drama en la historia de un pueblo.²⁹⁴

Este divorcio tenía, cuando menos, dos consecuencias perniciosas y antidemocráticas para la sociedad colombiana. La primera, la inversión de las jerarquías y el ninguneo del mérito. En sus palabras, no podían

tener carácter circunstancial anecdótico o personal los síntomas del ambiente que contemplamos y cuyas más visibles demostraciones son la impresionante inversión de las jerarquías intelectuales y morales en la dirección o la gerencia de la cosa pública y el desplazamiento de todos los valores por el repugnante héroe electoral. Ni el químico, ni el agricultor, ni el ingeniero, ni el mecánico, ni el electricista, ni el agrónomo, ni el médico, ni el industrial, ni el técnico, pueden ocupar por sí mismos sitio en la dirección pública del país a pesar de ser las verdaderas fuentes creadoras.²⁹⁵

Porque el proceso de selección de autoridades y candidatos estaba ya “convertido en bolsa negra de todas las concupiscencias, retrayendo de la política, o sea del servicio público, a quienes por tener profesiones y oficios no quieren arriesgarse

²⁹⁴ Jorge Eliécer Gaitán, “El país político y el país nacional” [20 de abril de 1946], en Jorge Villaveces, *op. cit.*, p. 423.

²⁹⁵ Jorge Eliécer Gaitán, “Discurso programa” *op. cit.*, p. 396.

en ajeteos para los cuales se sienten cohibidos por dignidad de su vida”.²⁹⁶ Presumiblemente, este reclamo tendía a generar más simpatías en las ciudades que en el campo, pues el proceso de modernización había hecho más visibles, cada vez, a los oficios y las profesiones liberales. Hablaba, en ese sentido, a una clase media despojada de la posibilidad de mandar, aunque por mérito lo mereciera.

La segunda consecuencia, derivada de esta primera, es que ese descarte del mérito fortalecía únicamente a estructuras sociales desiguales que podían maximizar el provecho electoral —apoyando al partido, pero también decidiendo por él— siempre que se brindaran garantías a su existencia, lo que era también quitar todo potencial emancipador a la democracia. Gaitán hablaba particularmente de los gamonales; esas figuras caciquiles del campo colombiano que sintetizaban la injusticia, la explotación y el abuso en el imaginario colectivo. La democracia debía, al contrario, entenderse como

realidad actuante y no como simulación verbal, porque los colombianos saben que la vida del municipio, base de todo desarrollo armónico, se halla bajo el imperio de los gamonalatos de cuyo dañado libre albedrío dependen los bienes municipales, sin otro propósito que el de obtener ventajas en el orden burocrático o en el orden económico para el grupo predominante de turno, o para los suyos, o para quienes les proporcionan la ayuda electoral. De ahí que los repugnantes gamonalatos, a pesar del desprecio unánime que por ellos se siente, sean tratados por el país político con todos los miramientos, en forma que de su voluntad ignara depende el nombramiento y la estabilidad de nuestros empleados y funcionarios y hasta la propia orientación de las obras públicas.²⁹⁷

²⁹⁶ *Ibid.*, p. 397.

²⁹⁷ *Ibid.*, p. 399.

El impulso resultante era, obviamente, conservador: las minorías que se adueñaban de la representación política de las localidades promovían la serenidad, de modo que “todo lo que sea la verdad parece una imprudencia contraria a las cualidades de un estadista”. Hablaba, así, también a los más oprimidos, explicando la razón de la continuidad de su condición.

LLAMADO A ENARBOLAR EL RECLAMO EN TÉRMINOS MORALES

Lo que Gaitán hacía con esas operaciones retóricas, según él mismo, no era dar una agenda a los sectores excluidos, sino apenas interpretarlos, resumir su sentir y devolverlo en forma de demandas al seno de donde salieron. Añadiría que, intencionalmente, ayudaba a darles una dimensión no sólo política, sino moral, para desnormalizar la dominación. En esto, como en casi todo en esta etapa de su carrera, Gaitán es su propio teórico, se explica por sí mismo y puede ser que también contribuya a explicar los rasgos de la compatibilidad del populismo con los liderazgos unipersonales, así como la necesidad de su imbricación con los liderazgos de interacción directa con los representados. El líder escucha a un colectivo desarticulado para, después, forjarlo como sujeto en el acto de enarbolar su representación. Aquí es suficientemente claro:

Yo no creo en el destino mesiánico o providencial de los hombres. No creo que por grandes que sean las cualidades individuales, haya nadie capaz de lograr que sus pasiones, sus pensamientos o sus determinaciones sean la pasión, la determinación y el pensamiento del alma colectiva. No creo que exista en el pretérito ni el presente un hombre capaz de actuar sobre las masas como el cincel del artista que confiere caracteres de perennidad a la materia inerte. El dirigente de los grandes movimientos populares es aquel que posee una

sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva; aquel que se convierte en antena hasta donde ascienden a buscar expresión, para luego volver metodizadas al seno de donde han salido, las demandas de lo moral, de lo justo y de lo bello.²⁹⁸

Según el discurso gaitanista, harían mal los excluidos, de las clases medias o populares, en conformarse con su exclusión. Al menos por omisión, al hacerlo se contribuiría a perpetuar la decadencia de la democracia colombiana, sostenida por esas minorías oligárquicas “sin obediencia de una conducta interior presidida por los principios inmanentes de bien, de derecho y de verdad”,²⁹⁹ que habían preferido negar la legitimidad de quienes se les oponían, tildándolos de enemigos de la paz, de gente ajena a la razón. Conocer los mecanismos del poder implicaba una responsabilidad: no se podía saber la verdad y no blandirla, a menos de que se formara parte de los indolentes:

Llaman demagogia esto que yo digo porque no pueden directamente negar la verdad y la justicia, y se sienten estadistas simplemente porque carecen de vibraciones de corazón y del espíritu; estadistas, simplemente porque nada aman, estadistas porque les falta carácter para decir lo que su corazón siente y su mente piensa, estadistas porque les falta el fuego interno para la rebeldía [...]; estadistas, porque no tienen la fuerza humana que nosotros tenemos, pues en buena hora que no nos crean estadistas, porque nosotros queremos ser cerebros, sí, pero cerebros iluminados, arditos por el fuego de nuestros corazones.³⁰⁰

²⁹⁸ *Ibid.*, p. 393.

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 396.

³⁰⁰ Jorge Eliécer Gaitán, “Gaitán cancela las conversaciones con Turbay”, *op.*

De tal modo, el derecho a hacer política, a hacerla incluso reivindicando la identidad liberal cuyo uso estaba reservado a una camarilla —que incluso pidió, en voz de Eduardo Santos, que Gaitán dejara de llamarse liberal por no obedecer a la disciplina del partido—, no debía ejercerse pidiendo permiso, sino al contrario.

Yo no sé si el Partido Liberal va a ser dirigido así, yo lo que sé es que hay un gran pueblo que no lo va a permitir y si los jefes son inferiores, si esta gente sigue cavilando, y si esta gente es incapaz de decidirse y si hay hombres dirigentes de dar la batalla de mando y de combate, puede que los dirigentes no hagan la unión entre sus sabias mentiras e hipocresías, pero el pueblo el 5 de mayo, el pueblo liberal, unionistas, turbayistas, socialistas, gaitanistas, harán la unión en las urnas contra las oligarquías conservadora y liberal.³⁰¹

Cabe reparar en que el caudillo inicia la frase aludiendo al Partido Liberal, pero termina fundiendo a su oligarquía con la del Partido Conservador. Puede ser inconsistente, pero es la fórmula que encontré, después de su fracaso unirista, para ser viable políticamente sin dejar de denunciar al régimen en su conjunto. Si la batalla es contra la mentira y la hipocresía, la victoria podía empezar por el sólo hecho de decir la verdad. Con ello, según el líder, se demostraba a los jóvenes que se puede ser bueno sin que eso sea garantía de fracaso, que se puede ser leal, honesto y justo —sin depender del patrocinio caprichoso de nadie—, que se puede ser todo eso y además ser exitoso (¿como él mismo?).

cit., p. 434.

³⁰¹ *Ibid.*, p. 433.

REPRESENTACIÓN DE UNA MAYORÍA POPULAR

Jorge Eliécer Gaitán estaba convencido no solamente de militar con el bien, sino de representar a mucha gente más que el liberalismo dominante. En primer lugar, por la diversidad de las personas que convocaba. Evocaba, como prueba, la “inmensa multitud” que “se halla aquí presente: profesionales, estudiantes, obreros, comerciantes, trabajadores de todas las clases atestan este teatro y llenan las calles vecinas. Inmensa multitud como no había sido vista nunca en este sitio” y que, sin embargo, no se traduce en modo alguno en poder político. Gaitán lo ilustra de inmediato: “si vosotros os reunís aquí y aclamáis unas ideas, un hombre o un sistema, entonces os gritarán que sois ignaros, que sois desconocidos, que vuestra decisión nada significa. ¿Por qué? Sencillamente porque no habéis entregado incondicionalmente vuestro criterio a la casta política”.³⁰²

En su opinión, la masiva afluencia a sus actos de campaña sólo era explicable por la armonía del movimiento con los sentimientos del país nacional, con deseos ampliamente compartidos, porque no había ningún otro incentivo para movilizarse y sí, al contrario, intereses partidistas que se oponían y que, contando con medios materiales —que Gaitán enlista: caciques halagados, registros electorales falsificados, apoyo financiero de especuladores, patrocinio de la prensa opulenta—, carecían, sin embargo, de un poder de convocatoria similar. La clave, en opinión de Gaitán, estaba en que, ya no él, sino el movimiento “interpreta el angustioso anhelo de mirar hacia el porvenir, con el pensamiento y la acción que agitan a la mayoría absoluta de los hombres que hemos tenido la fortuna de nacer en esta patria grande, noble e ideal”,³⁰³ o sea en que es auténticamente representativo de intereses mayoritarios. Las pruebas no se en-

³⁰² Jorge Eliécer Gaitán, “El país político y el país nacional”, *op. cit.*, p. 425.

³⁰³ Jorge Eliécer Gaitán, “Discurso programa”, *op. cit.*, p. 393.

contraban solamente en Bogotá y en su teatro, sino en todo el país. Se trataba de un fenómeno espontáneo difícil de explicar para las burocracias partidistas. Respecto de un acto de Barranquilla, por ejemplo, dice Gaitán que la burocracia liberal no consiguió explicárselo, y que se consoló difundiendo la especie de que los conservadores movilizaron a sus copartidarios a la manifestación gaitanista para sembrar la división, una excusa endeble cuando se trató de una manifestación, según Gaitán mismo, de 100 000 personas allí donde había únicamente 2000 conservadores.

Tenemos entonces a una mayoría moralmente superior, que además está integrada por personas útiles socialmente y que se manifiestan de modo visible y masivo porque representan a la mayoría del pueblo cuyo líder interpreta. Oponerse a ellos, a su avance, entonces, no sería solamente signo de vileza sino de mantenimiento intencionado de la mediocridad y, por si fuera poco, un fraude a la democracia.

EN CONTRA DE UNA ÉLITE QUE AGRAVIA Y SE OPONE A LA VOLUNTAD POPULAR

Desde luego no se trata solamente de que la élite liberal sea particularmente mala, sino que hay una explicación estructural, histórica y sociológica, que hay que develar. Para hacerlo, Gaitán parte de un principio:

En la trayectoria que han seguido todas las civilizaciones y en las tormentas donde se han cumplido transformaciones esenciales, han actuado en dramática y fecunda contraposición, dos fuerzas que culminan en dos estados psicológicos. De un lado aquellos a quienes el poder, como siempre, adormece y estanca; a quienes la embriaguez del dominio recorta y amengua en su ambición creadora; a quienes el ejercicio del mando destruye el impulso de la inconformidad; a quienes por actuar en ambien-

tes de beneficiados se les hace sordo el oído para escuchar el clamor subterráneo de que se incuba y vibra como un presagio de tempestad. De otro lado aquellos que producen este mismo clamor; los que fuera, en la escuela, en el rancho desolado del campesino, en el taller sonoro del artesano, en el alma de la madre y en el seno de la juventud; en la mente del industrial y del comerciante, van gestando un nuevo destino del vivir, una nueva ansiedad en la forma y en la organización de la sociedad”.³⁰⁴

En la circunstancia colombiana, la fuerza conservadora era obviamente el país político, que actuaba con base en la cooptación, pues

en cada uno de los municipios, sin consultar al pueblo, nombrada por los de arriba muchas veces y en otras por el terror y la persecución inicua o por la complicidad de las autoridades, una pequeña minoría se apropia la representación política de la localidad y nombra sus delegados; esos delegados forman la corporación departamental y esas corporaciones departamentales, a su turno, eligen la institución nacional.³⁰⁵

El país político y la inversión de jerarquías que ya antes se mencionó debían tener un cierto anclaje social, una estructura que les permitiera su reproducción, y eso es lo que había que buscar desmontar. El país político, según el diagnóstico de Gaitán, se valía de tres tipos de personeros: una estructura de mando compuesta por quienes aspiran al dominio político y quienes aspiran al control de las riquezas, los contratos y los negocios; una segunda estructura integrada por “los hombres de inteligencia que tengan almas de secretario. Ellos hablan, mas no por su propio albedrío sino atendiendo al soplo director de los de arriba. Son como las

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 392.

³⁰⁵ Jorge Eliécer Gaitán, “El pueblo es superior a sus dirigentes” [22 de febrero de 1946], en Jorge Villaveces, *op. cit.*, p. 415.

bridas de los caballos, que sirven para dirigir pero siempre que otros los manejen”; una tercera estructura sería la de los

brazos que penetren a todos los lugares, que vayan desde el ambiente municipal al barrio, a la asamblea, al comité; que atiendan al tinglado electoral para beneficio del país político [y] el criterio para medirlos no será su capacidad sino su habilidad electoral. Y desplazarán al médico, ahuyentarán al ingeniero, sustituirán al universitario. [...] El hombre cuanto más vil servirá mejor; cuanto más abyecto será más útil. Y necesariamente en esa situación, los hombres de personalidad, los hombres de inteligencia que no marchen, que no se dobleguen, serán puestos al margen y el país entregado a la degradación moral, [aun cuando] el pueblo colombiano desea que el hombre no pueda escalar la cima de la victoria sino por el trabajo, por el esfuerzo y por la voluntad.³⁰⁶

El nombre del agraviado por el país político es la “raza colombiana”. En esta campaña, supongo que por ser el enemigo Gabriel Turbay, de ascendencia libanesa, hubo un ligero toque xenófobo, que remarcaba el orgullo de la colombianidad.

Necesitamos el aporte de una inmigración que desarrolle actividades técnicas —decía Gaitán—, “pero en nada nos favorece la afluencia de elementos que permanezcan como extraños; que representen una simple especulación interna, diaria e improductiva; que desalojen a los connacionales de las actividades que desarrollaron con su propio esfuerzo, que utilicen medios de corrupción para su medro, o que lleguen con el solo ánimo de hacer rápida fortuna mediante la explotación de nuestros trabajadores humildes.”³⁰⁷

³⁰⁶ Jorge Eliécer Gaitán, “El país político y el país nacional”, *op. cit.*, p. 425.

³⁰⁷ Jorge Eliécer Gaitán, “Discurso programa”, *op. cit.*, p. 400.

Al final es un asunto de raza, de revertir la apelación derogatoria que solían lanzarle; de utilizarla para hermanarse con un pueblo representado por personas diferentes a él:

Nuestra campaña es campaña colombiana, que quiere restaurar la grandeza que nutrió su historia, para demostrar que aún somos una raza fuerte, altanera y batalladora. Por eso nos miran con el desdén con que fingen mirarnos. La oligarquía, el país político, no comprende que pueda ser candidato a la presidencia de la república uno de vosotros, los del país nacional, sin el previo permiso o asentimiento de ellos³⁰⁸ [...] Nos sentimos muy orgullosos de esta vieja raza indígena y odiamos a estas oligarquías que nos ignoran, y detestamos a estas gentes que odian al pueblo y creen que a la raza colombiana se le pueden volver las espaldas y que el país político puede jugar con los dados de su habilidad sobre las tónicas de nuestro patriotismo.³⁰⁹

TRASCENDER LOS LÍMITES DE LA INSTITUCIONALIDAD VIGENTE

En todos sus discursos, Gaitán ridiculizaba la política oligárquica y hacía hincapié en que el movimiento que encabezaba no era personalista, sino más bien doctrinario, porque eso lo relevaba, entre otras cosas, de la responsabilidad de asumir su parte en la división liberal o, en todo caso, de decidir sobre pactos entre personas. Así, se desembarazaba también de la persistente trampa de la negociación con la burocracia liberal. A su misión, al contrario, la dotaba de un aire de gravedad: “estamos defendiendo cosas, como ven, demasiado grandes. ¿Y

³⁰⁸ Jorge Eliécer Gaitán, “El país político y el país nacional”, *op. cit.*, p. 426.

³⁰⁹ Jorge Eliécer Gaitán, “Gaitán cancela las conversaciones con Turbay”, *op. cit.*, p. 434.

nos hablan de personalismo? No nos hablen mañana de candidatos a los cuales nos van a inventar sobre el pretexto del pánico liberal. Nada de pánico, el pánico se lo dejamos a la gente cobarde que no sabe sentir como nosotros, los de esta raza nuestra, sentimos”.³¹⁰

El llamado es, entonces, a quienes sienten, a quienes se saben importantes aunque no sean reconocidos, pero también a quienes son fuertes para dar la batalla. Una batalla que podría llegar incluso a la confrontación física; una batalla en que los adversarios no tienen oportunidad de triunfo, una batalla democrática que puede dirimirse en la calle y no en las urnas. Gaitán jugaba, como dice la expresión de Benjamín Arditi, en los bordes de la política liberal:

Ellos se creen las únicas gentes importantes, y por eso al pueblo que me escucha y que me sigue lo toman por gente ignara y sin prestigio. No invitamos a que se queden con nosotros los débiles de voluntad, los que tienen miedo a la mecánica organizada, los que sólo se adhieren a la lucha que tiene ya asegurada la victoria. Esos son frágiles y ésta es una lucha fuerte para gente fuerte. ¿Que no tenemos máquina política y que su máquina nos puede aplastar? ¡Pues nosotros aplastaremos a la máquina!³¹¹

En cierto sentido, se estaba preparando un ejército para la batalla política, un cuerpo demócrata pero ordenado, autogobernable, como se verá en el capítulo siguiente. Un cuerpo dispuesto a ganar:

Nada de desórdenes, fuerza contra el desorden. Podéis tener esta seguridad, yo os lo juro por mis mayores, y me acuerdo

³¹⁰ Ídem.

³¹¹ Jorge Eliécer Gaitán, “El país político y el país nacional”, *op. cit.*, p. 428.

ahora de cosas sagradas que amo desde lo más íntimo de mi ser y que son la razón misma de mi existencia y que ahora se atraviesan en mí como una llama profunda de iluminación, yo os juro por ellos, que no os dejaré, pero vosotros tendréis que jurar conmigo lo mismo. No estáis en unas elecciones, no. Gente de todos los órdenes, conservadores y liberales: os están engañando las oligarquías. ¡En pie vosotros, los oprimidos y engañados de siempre!, ¡en pie los burlados de todas las horas!, ¡en pie nosotros los macerados como yo, a quien la fortuna y un ser divino del cual ahora me acuerdo me dieron las fuerzas para esta batalla!, ¡En pie vosotros los que sabéis sentir y no tenéis la frialdad dolosa de los académicos!, ¡en pie vosotros, que yo os juro que en el momento de peligro, cuando la orden de batalla haya que darla, yo no me quedaré en mi biblioteca!, ¡sabed que el signo de esa batalla será mi presencia en las calles a la cabeza de vosotros!

Yo sé que los engañadores de todas las horas, los que hablan de personalismo, toda esta gente fría, toda esta gente a la cual le falta el corrido tremendo de la vida, de la historia, y de la vida de la pasión, ahora se está riendo de vosotros y de mí, y nosotros les vamos a hacer cambiar esa sonrisa, por la mueca de amargura de la derrota.³¹²

GAITÁN PIERDE, Y DESPUÉS GANA

La organización y el discurso probaron su efectividad con creces, abrieron un espacio nuevo en la política colombiana y marcaron la ruta de una estrategia ganadora, por la cual el movimiento seguiría. Gaitán quedó en tercer lugar de las

³¹² Jorge Eliécer Gaitán, “Gaitán cancela las conversaciones con Turbay”, *op. cit.*, p. 435.

elecciones del 5 de mayo, si bien ganó sólidamente los principales centros urbanos —excepto Medellín—. De un sablazo se rompió el bipartidismo y se ganó a golpe de votos el derecho a voz que el liberalismo le había negado incluso explícitamente. Los números quedaron así: Mariano Ospina Pérez, el conservador que ganó la elección, obtuvo 565 260 votos; Gabriel Turbay, 440 000; Jorge Eliécer Gaitán, 358 000. Con el voto liberal urbano fuera de las filas de la candidatura oficial, la negociación con Gaitán se hacía obvia si el Partido Liberal quería seguir siendo viable hacia el futuro más cercano. Lo entendieron así los jefes liberales, Eduardo Santos y el periódico *La Razón*, y no quedó a todos otra opción sino reconocer el peso que hasta entonces habían negado al liderazgo de Gaitán dentro del liberalismo, aunque siguiera resultando una particularidad extraña, una especie de protuberancia ajena al desarrollo histórico del partido. Turbay, entretanto, se exiliaría en Europa.

La dinámica del gaitanismo no se retrajo por la derrota, sino que, al contrario y seguramente viendo la elección como un paso más en el camino ascendente a la conquista del poder, siguió su marcha, consistente en una movilización permanente y repitiendo los repertorios que habían resultado ya efectivos. Tras la elección del 5 de mayo, la misión del gaitanismo fue ejercer su poder para hacerse con el liderazgo del liberalismo, ahora formalmente; para ello, llamó, como hizo en septiembre del 45, a una convención popular del liberalismo, desacreditando así a la burocracia del liberalismo “legítimo”, como dio en llamarse al que representaban las élites del partido. De nuevo la convención se organizó minuciosamente y Gaitán hizo mítines a lo largo del país para llamar, ahora, a la semana de la “reconquista del poder” en enero de 1947, que obviamente culminaría con la proclamación, el día 18, de Gaitán como jefe único del liberalismo, un acto que después tendrían que validar las instancias del Partido Liberal, que así lo hicieron, a falta de liderazgos aglutinantes, en una solución

también oportunista, y tras un proceso de negociación y presión popular.³¹³

En las elecciones municipales de 1947, Gaitán llamó a votar con él al pueblo liberal y conservador, obteniendo su partido —y principalmente cuadros gaitanistas— una victoria de 696 000 votos contra 521 000, además del triunfo en todas las ciudades importantes con excepción de Pasto. A finales de 1947, no sólo en voz baja y en el Partido Liberal, donde incluso se declaró oficialmente, parecía claro que Gaitán encabezaría la reconquista del poder en 1950. Había cambiado, por una vez y por esta imposición caudillista popular, la forma de elección de líderes del partido, de sus candidatos y de su cabeza misma. Pocos meses después, sin embargo, mataron a Gaitán y la violencia devoró Bogotá.

VI. CONCLUSIÓN. VIOLENCIA, REFLEXIONES SOBRE EL ANTISUJETO

La violencia, dice Wiewiorka, es el anti-sujeto, y principalmente porque equivale a negar la calidad de sujeto del otro. Respecto de quien la ejerce, por otro lado, puede hacerlo también o no. Hay toda una gama de posibilidades. Para el mismo autor, la violencia podría configurarse en hipersubjetiva —yo diría que identitaria, esto es, la que afirma al sujeto en su capacidad de realizar sus fines e incluso sobrecarga la subjetividad con nuevos significados—, en propia de un *sujeto flotante* —es decir, uno que es incapaz de realizar las acciones con el sentido social o político que pretende— o en antisubjetiva, cuando quien la ejerce está guiado por su propia satisfacción y nada más.³¹⁴ De ello se sigue que, si estuviera más cerca de lo hipersubjetivo, su intención estaría muy elaborada, como se elabora la retórica de la guerra o del conflicto identitario; si estuviera más cerca del antisujeto, la forma de elaborarla simbólicamente sería mucho más precaria. Es evidente aquí que la violencia del bogotazo no es ni identitaria ni puro sinsentido. Pertencería al caso del sujeto flotante; sería a la vez instrumental —con ánimo destructivo— y expresiva —de furia y desesperanza—, tendiendo cada vez más al segundo carácter. Este tránsito entre la violen-

³¹³ Richard Sharpless, *op. cit.*, pp. 152-154.

³¹⁴ Wiewiorka añade en realidad dos opciones más, que no me han parecido relevantes para lo que se discute. La violencia ejercida por no-sujetos, esto es actores determinados por un poder que obedecen, o la del sujeto-sobreviviente. Ver Michel Wiewiorka, *Violence. A New Approach*, Sage, Thousand Oaks, 2009, p. 149.

cia de sujeto flotante a la antisubjetiva es lo que llamaría un proceso de des-subjetivación, y sostengo que es lo que tuvo lugar durante el bogotazo. En los términos en que he hablado en esta tesis, se trata de un proceso de desidentificación colectivo. El sujeto pasó de estar elaborado en demandas políticas que modelaban dolores y agravios, a estar fundado sólo en ellos y abocado a infligirlos. Tomo dos episodios aislados del bogotazo para dar cuenta de ello: la intención de asaltar conventos y violar monjas y, también, la borrachera masiva que surgió del saqueo de alcohol de algunos almacenes.

1. EL SUJETO FLOTANTE

La frontera que divide en dos el recuento que Herbert Braun hace sobre los hechos del bogotazo es las 2:30 de la tarde. Después de que comenzara a comunicarse masivamente que Jorge Eliécer Gaitán había recibido un disparo, a la 1:05,³¹⁵ empezaron a congregarse espontáneamente sus vociferantes seguidores, azuzados por la radio, que quizá recordó la consigna de Gaitán: “si me matan, vengadme”.³¹⁶ La élite liberal acompañó los últimos momentos de vida de su líder en la Clínica Central, mientras los conservadores hicieron fuerte al presidente Ospina acompañándolo en el Palacio de la Carrera. Después de un momento de aturdimiento, el gaitanismo se reagrupó en un núcleo de 50 personas y se dirigió a Palacio.³¹⁷ Llegaron antes de las dos de la tarde, y aguardaron una explicación, sin resultado. Para des-

³¹⁵ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 258.

³¹⁶ Según lo que relata Braun, está claro que locutores de algunas estaciones de radio inflamaron los ánimos colectivos. Aunque introduce matices, registra que liberales y conservadores han difundido esa idea, y que ha sido difundida principalmente por personas como Arturo Abella. Herbert Braun, *op. cit.*, p. 259.

³¹⁷ *Ibid.*, p. 263.

concierto del presidente y sus cercanos —que incluso evitaron las ventanas intentando burlar algún posible atentado—, los gaitanistas aguardaron frente al balcón presidencial, pero los conservadores no encontraron qué hacer con ellos. Tampoco fueron capaces de encabezarlos los líderes liberales, que habían sido ya antes incapaces de calmarlos desde la clínica. Después de las dos de la tarde, no sólo “parecía que ya había pasado la hora para acciones partidistas”, sino que se emprendió una serie de acciones contra la propiedad y la vida, dice Braun, ambas antes inviolables. Es después de este momento de frontera que tienen lugar los episodios de que aquí doy cuenta.

Lo que interpreto, en general, es que una vez muerto el líder y una vez comprobada la impotencia del gaitanismo para realizar la revolución, la toma del palacio, o algo con ese valor simbólico, y careciendo de liderazgos unificadores de cualquier otra índole, los gaitanistas recurrieron a la venganza y destrucción del mundo de la élite colombiana, como ellos lo entendían. Al hacerlo, también recurrieron a formas de reconocimiento e identificaciones intersubjetivas mucho más precarias, menos elaboradas simbólicamente y menos conscientes, por lo tanto. Pero es mejor si lo expongo por partes.

2. EL ANTI SUJETO Y LA VIOLACIÓN

El contenido político manifiesto de atacar un convento con la intención de violar a las monjas es mucho menor y más elusivo que el de atacar un palacio presidencial confrontando una identidad política adversa. Es menos elaborado, pero eso no implica que carezca de significado. Eso puede parecer, más bien, una vez que éste es menos accesible. Para sortear esta barrera, comienzo aquí con la narración de Braun:

Durante la tarde y al comenzar la noche asaltaron conventos y monasterios, sin duda, tratando de realizar fantasías sexuales,

hondamente reprimidas, en monjas y en jóvenes indefensas. Los soldados defendieron algunos conventos. Ospina Pérez había dado horas antes instrucciones clarividentes a ese respecto. Pero los conventos no eran fáciles de encontrar, pues no tenían avisos que los identificaran y se encontraban en medio de grandes manzanas, o detrás de las iglesias. Treinta y dos monjas del convento de Nuestra Señora de la Concepción se dieron cuenta de que las estaban atacando a eso de las cinco. Como habían hecho voto de clausura, no podían escapar. Se prepararon en cambio para morir quemadas dentro del claustro. Pero unas horas después las salvó de las llamas un vecino, Jorge E. Rodríguez, quien saltando paredes las hizo llegar hasta su propia casa.³¹⁸

Lo primero por lo que hay que preguntarse es la violencia sexual en general, más allá del dato repetido y más o menos obvio de que la violación se utilice como fórmula de guerra o repertorio de rebelión, al cual vuelvo un poco más abajo. Una interpretación del aumento de violencia sexual en entornos poscoloniales alude al daño a la masculinidad, incluso a la castración simbólica colonial; con toda claridad, este argumento se encuentra en los estudios sobre violencia sexual postconflicto en Sudáfrica.³¹⁹ Se trata de un daño que se perpetúa y se reproduce cotidianamente por la marginación material continuada y el cambio de expectativas propio de la modernización; según asienta uno de los estudios que mejor sistematiza diversas explicaciones, “poverty and rising expectations have

³¹⁸ *Ibid.*, p. 300.

³¹⁹ Ver Helen Moffet, “‘These Women, They Force Us to Rape Them’: Rape as Narrative of Social Control in Post-apartheid South Africa”, *Journal of South-ern African Studies*, núm. 1, vol. 32, marzo de 2006, pp. 129-144. Hay otros ejemplos que recurren a una explicación del mismo tipo; puede llegarse a ellos buscando en Louise du Toit, “Shifting Meanings of Postconflict sexual violence in South Africa”, *Signs*, núm. 1, vol. 40, otoño de 2014, pp. 102 y ss.

proved a tragic mixture of fostering violent masculinities”.³²⁰ En el caso del bogotazo, la frustración de expectativas ascendentes tendría que haber sido un proceso que se activó en un instante.

Hay, desde luego, razones para pensar que los socialmente marginados vivieran esas circunstancias, que los estudios de género han explorado, y están relacionadas no sólo con la colonialidad sino con el catolicismo, pese a que a mediados del siglo xx el proceso de colonización pareciera ya un poco lejano. Voy a simplificar enormemente (sólo quiero acreditar la posibilidad de que este patrón de masculinidad dañada estuviera presente en la época que nos ocupa). En lo que ahora es Colombia, durante el proceso de colonización, algunas comunidades indígenas de costumbres sexuales que incluyeron la poligamia fueron insistentemente evangelizadas, para extirpar el mal y disuadir del pecado.³²¹ Esto, digamos, por las buenas, pero no sólo se trató de prédica moral. Durante los siguientes siglos, ya en el proceso de descolonización, la opresión sexual tomó esos y otros cauces, por ejemplo —en los siglos xix y xx— los propios también de los modos en boga de maternidad, crianza, feminidad, espacio doméstico —y otras costumbres burguesas. Una vez inculcados como válidos una serie de patrones de interacción sexual y formación familiar, heredados de la colonia y transformados por el capitalismo, no se constituyó una relación de respeto a dichas reglas, sino una relación asimétrica de cumplimiento selectivo.

En el ocaso del siglo xix, en un momento de auge conservador y fortalecimiento de la cultura católica conocido como Regeneración y según lo documenta Suzy Bermúdez, había relaciones sexuales entre varones de las élites y mujeres de los

³²⁰ Robert Morrell, citado en Louise du Toit, *op. cit.*, p. 108.

³²¹ Ana María Bidegaín, “Control sexual y catolicismo”, en Magdala Velásquez Toro (dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo II Mujeres y sociedad*, Norma, Bogotá, 1995, p. 137.

sectores dominados, por ejemplo el servicio doméstico, pero siempre en el terreno de la transgresión, a veces de la agresión pura. En entornos campesinos de Cundinamarca y Boyacá, los “varones hegemónicos no respetaban el espacio privado de los hogares subalternos, debilitaron las relaciones patriarcales que ellos habían fomentado en las familias campesinas, símbolo de una buena moral, manteniendo relaciones sexuales con mujeres solteras o casadas de tales hogares, llegando incluso a violarlas cuando ellas se resistían”.³²² “Esto no era tan fácil de aceptar para los varones, quienes no sólo se veían humillados, sino que mantenían relaciones diferentes con sus patronos. Entonces, el control patriarcal campesino no sólo se vio legitimado por sus amos, creando conflictos y celos en la pareja, sino que la representación de ese poder con sus hijos debió ser diferente a la que existía entre las familias de la élite”.³²³

Las condiciones de los dominados en entornos urbanos seguramente eran diferentes (no encontré testimonio al respecto de las mismas áreas geográficas), y habrán tenido variaciones, pero el daño a la masculinidad puede acreditarse —aunque no baste para explicar los hechos de la violencia sexual organizada, por fallida que fuera. En este sentido, la violencia como restitución de la masculinidad es cuestión de oportunidad, que se ejecutaría genéricamente. No podemos establecer, entonces, dicho daño como causa principal de la intención de atacar conventos, así se tratase de una rebelión espontánea con algunas pretensiones revolucionarias. Hay críticos de este enfoque que dicen que, de hecho, desestima la decisión de los individuos y los justifica en cierta medida, convierte a la violación en mandato de la estructura y concentra siglos en instantes sin muchas mediaciones. Es cierto, pero cuenta como una posibilidad de una cierta disposición a

³²² Suzy Bermúdez, “Familias y hogares en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX”, en Magdala Velásquez Toro, *op. cit.*, p. 259.

³²³ *Idem.*

la venganza en esos términos, como fuente de resentimiento, como motivación profunda perpetuada en patrones de interacción sexual y regímenes estéticos.

La segunda pregunta específica que debe responderse es sobre la elección de las monjas como objeto de la agresión sexual. ¿Qué puede significar la intención colectiva de violar monjas además de la que observa Braun de “realizar fantasías sexuales, hondamente reprimidas”?

En primer lugar, podría tratarse de una afirmación materialista de los gaitanistas dolientes y rebelados, una cancelación del sentido de la trascendencia depositado en la religión y particularmente en las monjas, sobre todo una vez que su propia aspiración de trascendencia, aunque fuera una trascendencia histórica en el sentido de Gaitán, hubiera sido cancelada. Explico brevísimamente. Las ramas religiosas más reacias al sexo, que más lo castigan, son el budismo y el cristianismo, particularmente el cristianismo gnóstico.³²⁴ Se trata, en todos los casos, de un desprecio por la materialidad y, en el cristianismo, de no recrear el pecado original. A menudo, lo material es diabólico, y no se trata solamente de un eco de historia de la religión, sino de un argumento doctrinario asentado que tiene sus consecuencias en el discurso público; en el colombiano de entonces, por ejemplo, hay testimonio de publicaciones en el órgano de la Liga de Damas Católicas Latinoamericanas que sostienen juicios sobre las diversas posibilidades de decisión vocacional de los hijos. Uno de ellos, el que nos interesa, sostiene: “una monja se resuelve a romper con el mundo, a retirarse a un claustro a consagrar su vida al retiro y la oración, está ya medio desprendida de la tierra; y los dolores y penas unidos a ella, ya no la tocan”.³²⁵ Como se

³²⁴ Ver Dag Øistein Endsjø, *Sex and Religion, Teachings and Taboos in the History of World Faiths*, Reaktion Books, Londres, 2011, pp. 29 y 35.

³²⁵ Cecilia Muñoz y Ximena Pachón, “Las niñas a principios de siglo”, en Magdala Velásquez Toro, *op. cit.*, p. 449.

ve, este reducto del orden social no se desplomó por completo, como observaba Braun, y por un pelo logró mantener a las monjas como salvaguarda simbólica de espiritualidad, a salvo de los dolores de la tierra, pero puede verse así algo de lo que estaba en juego.

Tanto el componente sexual, cuanto la elección de monjas, por separado y en combinación, dicen algo sobre la intención de profanar lo sagrado que tan a fondo estudió Georges Bataille. Es una veta sugerente por la que puede navegarse y que aquí sólo me interesa señalar. Todo orden social se estructura con base en prohibiciones fundamentales que dan forma a la comunidad, un sustrato de violencia y desenfreno que permanece latente y que dichas prohibiciones pausan de forma más o menos indefinida, sin eliminarlo. No hay, sin embargo, orden social que no ritualice la suspensión de dicha pausa, un espacio acotado en el tiempo y en el espacio para que esas pulsiones fundamentales se expresen. Abriendo una puerta al mundo de lo prohibido, se liberan represiones, se alivian tensiones, se renueva el orden y, dado que se regulan, se afirman sus límites. En Bataille es la función social del espacio que llama fiesta, donde hay violencia controlada, violación reglamentada y ritualizada de las reglas. El orden político de las sociedades tiene espacios que funcionan de ese modo. Es obvio: en las marchas, manifestaciones públicas de todo tipo, reuniones masivas y en general la política que se hace fuera de los espacios o las formas institucionales normadas, se presenta algún simulacro de revuelta que puede ejercer algún tipo de violencia dentro de ciertos límites, en ciertos espacios. En sus primeras horas, el bogotazo recorrió todas estas formas ritualizadas. Se marchó, se buscó a quien hablara desde un balcón, se emprendieron protestas orientadas a palacio, etcétera.

Nada garantiza, sin embargo, que la transgresión, una vez empezada, se mantenga dentro de los límites rituales. La fiesta, según apuntan Daniel Castaño y Natalia Clielia, puede

transfigurarse en revuelta,³²⁶ desbocar su inercia destructiva y la muerte prevalecer sobre la acotación que le ha reservado el orden: “la función de terapia social —servir al orden revigori-zándolo— implica, incontestablemente, un riesgo de ruptura”. En esta ruptura, sexo y muerte aparecen hermanados y, también para Bataille, como el extremo opuesto a un horizonte de trascendencia. La intención de violar monjas, así, constituye una fantasía que oscurece el resplandor religioso de la fiesta con que se cubre la actividad sexual, y también despoja a las monjas de su halo de sacralidad, destruye la acotación de la prohibición, se rebela completamente contra el orden social.³²⁷

La mezcla de violencia con sexo, además de materialista, es una afirmación presentista. Podría ser que para esto fuera válido lo que dice Rose-Marie Mariaca Fellmann sobre el erotismo según lo piensa Bataille; el desenfreno es una experiencia del instante, el “borramiento progresivo del pasado y del futuro”,³²⁸ o, en palabras de Bataille mismo, el erotismo es “la única cosa sobre la cual el porvenir no tiene control: gasta, despilfarra, produce fiebre, no sin descartar la alegría a la cual se le asocia ingenuamente y de lo que puede aportar de infinitamente penoso, de infinitamente doloroso”.³²⁹

Finalmente, la tentativa de atacar a las monjas puede leerse como el deseo de destrucción del mundo de la identidad política de las élites colombianas, particularmente las con-

³²⁶ Daniel Castaño y Natalia Clielia, “Fiesta y sacrificio. Explorando el problema de la transgresión en Georges Bataille”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 222, UNAM, México, septiembre-diciembre de 2014, p. 244.

³²⁷ Esta relación de transgresión, fiesta, sacralidad y sexo puede verse en Georges Bataille, *Las lágrimas de eros*, Titivillus, edición electrónica, especialmente en su segunda parte.

³²⁸ Rose-Marie Mariaca Fellman, *Erótica de la transgresión*, Herder, México, 2016, p. 17.

³²⁹ Entrevista otorgada por Bataille a Madeleine Chapsal para el *Express*, marzo de 1961. Citada por Rose-Marie Mariaca Fellman, *op. cit.*, p. 87.

servadoras, pero quiero volver a rodear el tema brevemente. El argumento es como sigue. La repulsión cristiana al sexo se cristalizó en el tabú de la virginidad y, este, a su vez, en la vida monástica y conventual. De hecho, “the whole of the Christian monastic system, which still exists within the Catholic and Orthodox churches, is based on the idea that sexual abstinence is part of the way to achieve closeness to God”.³³⁰

La virginidad, por otra parte, no sólo es una encomienda para un sector de la sociedad o la familia de mantenerse como reductos de pureza, sino que el colectivo participa de ella. En el cristianismo temprano, la virginidad implicaría no sólo la salvación de la virgen sino de quienes la rodearan. “Many women consequently chose to live their lives in a state of sexual abstinence or were forced to do so by their families. Such virgins seem originally to have remained living in the family but with the foundation of convents they began to live as communities”.³³¹ Así, del mismo modo que el honor de diversos grupos sociales en occidente se fundó en su capacidad para proteger la virginidad de las mujeres adscritas a él, la honorabilidad de la iglesia católica, de la sociedad católica en este caso, podía cifrarse de cierta manera en la virginidad de las monjas o, más bien, en la virginidad representada por las monjas. Esta dimensión colectiva del significado de las monjas para la tradición católica es a la que se debe la reivindicación del discurso de Jesús como *esposo divino*, proveniente del evangelio de Juan el Bautista, al que se consagran las vírgenes —y la consecuente contraparte en la tradición cristiana de las monjas vistas como novias de Cristo.

No quiero dejar de una vez el asunto del honor. En una circunstancia de hostilidad colectiva y en espacios organizados patriarcalmente, la violación a las mujeres del bando con-

³³⁰ Dag Øistein Endsjø, *Sex and Religion, Teachings and Taboos in the History of World Faiths*, Reaktion Books, Londres, 2011, pp. 37.

³³¹ *Ibid.*, pp. 36.

trario tiene una implicación sobre el honor: pretende herir a todo el grupo. El sexo y particularmente la virginidad, diría Piccato, forma parte de la adscripción de honores, en la cual las mujeres tienen un lugar pasivo; son depositarias del honor, pueden perderlo, pero no ganarlo.³³² Es más: aun si no hubiera tal objetivo, el despojo de la virginidad tendría, y esto es particularmente cierto para algunas sociedades tradicionales, la consecuencia colectiva del deshonor. En el caso que nos ocupa, la intención política es más manifiesta porque no media oportunidad evidente ni hay espacio para interpretar que se trata de una fantasía sexual individual contagiada que se manifestó en ese momento por otras consideraciones. No debe ser el único caso en que monjas toman esa relevancia, como objetivo de ataque, en una sociedad católica. *Las inocentes*, una película de Anne Fontaine, narra la historia de unas monjas violadas por el Ejército Rojo en 1945 en Polonia, en un episodio de afirmación del nuevo dominio. Es un episodio que bien podría responder a causas muy diferentes, pero que destaca también por alejarse de las formas de violencia sexual oportunista en la guerra o como táctica de la misma.

En la circunstancia del bogotazo, entonces, podría hablarse de un impulso destructor intencionado. Los aspirantes a violadores pretenden destruir el mundo de las monjas, al que pertenecen y al que representan —además de representar su honorabilidad. Si al despojar a una mujer de su virginidad se ofende a la familia, entonces la violación a las monjas habría

³³² Pablo Piccato, *The Tyranny of Opinion: Honor in the Construction of the Mexican Public Sphere*, Duke University Press, Durham, 2010, p. 35. Pablo Piccato también hace referencia al concepto de honor y honra de acuerdo con el *Diccionario de autoridades* (1734), en el que se define al primero como “honra con esplendor y publicidad”, y también como “reputación y lustre de alguna familia, acción u otra cosa”; el segundo significa “reverencia, acatamiento y veneración que se hace a la virtud, autoridad o mayoría de una persona”, aunque también incluía el “pundonor” masculino y la “integridad virginal” femenina.

implicado un acto de deshonor para la familia de ellas, familias privilegiadas y sus entornos, para la otra familia de ellas, la Iglesia Católica, y más ampliamente, para el conservadurismo, es decir, la base misma del sistema que asignaba los valores de honor y honradez como propios de una categoría social. Además, parecería una profecía autocumplida. Cuando el sector más conservador —el de Laureano Gómez— hablaba de la amenaza que significaban los liberales, y particularmente el ala popular de ese partido, decía que amenazaban “la religión católica, la familia, la propiedad privada y las sanas costumbres”.³³³ Esto, de ambos lados, concuerda con la hipótesis de Lindsay-Amm Kelland sobre la violencia sexual poscolonial, y la intención de destrucción total que entraña; un razonamiento con el que critica los iniciales citados aquí, que hablan de masculinidades dañadas que intentan restituirse mediante la agresión sexual. Por su tipo, la violencia sexual tiene un impacto particularmente destructivo sobre la idea del mundo, las relaciones de confianza, la idea de uno y los demás. Los perpetradores de violencia sexual, al tanto de eso, quizá justamente tentados por eso, aspiran a destruir el mundo de su víctima. “What I thus argue is that the thrill of raping another person lies precisely in the embodied, manifested power, indeed the sovereignty, that this act bestows on the perpetrator. The new world of the perpetrator is built on the ruins of the victims’s world”.³³⁴ Una vez robada la esperanza de un futuro, no había mucho más que perder. En el daño, además, era posible mantener, sin mucha elaboración ni sofisticación, la subjetividad que se disolvía aceleradamente.

³³³ Darío Acevedo, “La Colombia contemporánea, 1930-1990”, en Magdala Velasquez Toro, *op. cit.*, p. 459.

³³⁴ Louise du Toit, *op. cit.*, p. 120.

3 EL ANTI SUJETO Y EL DON DE ALCOHOL

Menos extenso es lo que tengo que decir del alcohol, pero creo que muestra el mismo proceso. En su relato, Herbert Braun da cuenta también de cómo el bogotazo se transformó rápidamente en una borrachera masiva una vez que se “había agotado la actividad política de la muchedumbre”. Después de robar licorerías, comenzó la tomadera, sin que los ladrones estuvieran interesados en conservar bebidas, en almacenarlas, lo que Braun explica diciendo que “la idea de pensar en el día siguiente era intolerable”. Quiero citarlo en extenso, sólo para enfocar lo que dice, sin añadir necesariamente mucho a su interpretación:

La muchedumbre bebió en un velorio masivo para conmemorar a un jefe cuyo cadáver le había sido arrebatado. Muchos bebían para ahogar la pena. Bebían para consolarse. Bebían para ahogar el miedo por las consecuencias de sus actos y el miedo por lo que les aguardaba. Bebían para tener el valor de seguir destruyendo la ciudad. Bebían para olvidar, para quedar inconscientes y ver la oscuridad que anhelaban para todo el orden social. Bebían para comunicarse, para mitigar su anonimato. El compartir de botellas se volvió un rito. Los que se rehusaban eran calificados de traidores o de representantes del viejo orden. Bebían porque esas extrañas botellas habían estado fuera de su alcance. Sin poderse dar esos lujos, los pobres de Bogotá se habían preguntado siempre a qué sabían el whisky, el bourbon, el cognac y la ginebra. ¿Se emborrachaba uno muy rápido? ¿Eran menos graves los guayabos?³³⁵

Si hemos de ceñirnos a los hechos registrados, resumiremos que después de un robo originario comenzó una borrachera masiva en que beber se constituyó en una obligación para quie-

³³⁵ Herbert Braun, *op. cit.*, p. 296.

nes quisieran formar parte del colectivo gaitanista (¿eran sólo gaitanistas, lo eran todavía?) protestando en zonas comerciales de Bogotá. De este fragmento quiero empezar diciendo que tal vez no fuera “conmemorar” el verbo que Braun buscaba. El alcohol más bien sustituyó a Gaitán en su función de propiciar el encuentro de los diversos, y esto sucedió solamente una vez que los intentos de identificación política habían terminado o se habían mostrado impotentes. Ya lo dije, pero preciso repetir: los manifestantes habían ido al hospital donde murió Gaitán, a edificios públicos emblemáticos, a palacio, y no encontraron ni una voz unificadora ni un exterior constitutivo, un enemigo o una otredad radical.

El alcohol y su consumo desmesurado, más que un problema de salud pública, es un elemento de subjetivación y funciona también para establecer una línea de demarcación entre colectivos. La diferencia se establece, desde luego, en las formas de consumo, en las cantidades, en los tipos de alcohol que se toma. Combinadas con una red de significados mucho más amplia, “drinking practices are active elements in individual and group identifications, and the sites where drinking takes place, the locales of regular and celebrated drinking, are places where meanings are made, shared, disputed and reproduced, where identities take shape, flourish and change”.³³⁶

Claudio Lomnitz ha subrayado, por ejemplo, cómo la forma en que los indígenas beben es un elemento de generación de frontera entre ellos y los mestizos.³³⁷ Una frontera precaria

³³⁶ Thomas S. Wilson, *Drinking cultures: alcohol and identity*, Berg Publishers, Oxford, 2005, p. 10.

³³⁷ El estudio de Lomnitz habla de indígenas en la Huasteca potosina, pero habla de un modo de beber indígena sobre el que discurre tomando como base a otros autores como Viqueira y Palerm que lo han identificado del mismo modo. Ver Claudio Lomnitz, “Alcohol y etnicidad en la Huasteca potosina”, en Agustín Ávila Méndez y Jesús Ruvalcaba Mercado (coords.), *La Cuexte-*

y necesaria, más urgente por ejemplo en días de plaza en que se mezclaban unos con otros. Es decir, cuando el mecanismo de distinciones se revelaba más débil, el consumo de alcohol entraba en acción como una forma sustitutiva de trazar fronteras. Lomnitz evoca, para su estudio, trabajos previos sobre los patrones de consumo de alcohol entre indígenas. Despojados de formaciones ideológicas sobre el alcohol, según observa Lomnitz, los indígenas no se distinguían especialmente de los mestizos en su consciencia sobre el acto de beber. En cambio, sí encontró una relación de reconocimiento en actos conocidos como “respetaciones”, en los que lo fundamental es la comunión. En la respetación, por ejemplo, al ser respetado se le restituye con alcohol su capacidad de dar; se trata de “una interacción con seres benignos que necesitan de reconocimiento para seguir dando”. Siendo el respeto una relación de reconocimiento y no de solidaridad, el alcohol inflama el reconocimiento mutuo entre individuos que no son reconocidos ni particular ni colectivamente por la mirada del otro. Así, su entidad colectiva se debe primordialmente al reconocimiento propio y no a la mirada del otro. Según Lomnitz, la relación de respeto supone el poder del otro y la transformación de ese poder en energía positiva. Entre los que beben conjuntamente se conjura la amenaza mutua.

De modo tal que,

cuando un borracho se acerca a alguien que no está bebiendo, su relación no es de respeto, pues no hay comunión. Por esto se dan varias opciones en el contacto. Primero, la agresión o la burla que ha sido ya descrita como la función bufonesca del borracho. Por otra parte, y frecuentemente entrelazado con lo anterior, están los perdones que pide el borracho o bien la invitación a que lo acompañen. Ambos impulsos obedecen a una

capán: lugar de bastimentos, CIESAS, México, 1991, pp. 107-116.

misma razón: la del respeto. Es irrespetuoso tomar solo en un contexto público, pero también lo es no tomar en un contexto en que se está bebiendo.³³⁸

En este caso, el don principal es la mirada, el reconocimiento que viene del colectivo y de la ingesta mismos. Retomo este caso en particular por su alusión al modo de beber indígena, pero el elemento de la comunión es constante, de forma más o menos elaborada en las más diversas culturas, del País Vasco a Hong Kong, de Francia a los Estados Unidos.³³⁹

En el caso que Braun relata es quizá más claro, el orden social se disolvía: las plazas hablaban a los balcones, lo sagrado era despreciable y las riquezas, material de destrucción. Una vez que las habían disuelto, los gaitanistas no sólo disolvieron el mecanismo de distinciones momentáneamente, poniéndose en riesgo como sujeto político. Y ante la perspectiva de la destrucción total, recurrieron a la más precaria de las formas de subjetivación, es decir, a la traza de una frontera entre ebrios y sobrios, a una comunidad de cuerpos transformados y transformadores de cultura material, igualados en la ingesta, a una comunidad emocional unida sólo por la embriaguez, a la construcción de un sujeto que destruye y que se obliga a compartir dicha destrucción —y acaso de compartir los afectos de quienes, como habría dicho Freud, se identifican en el amor por un líder. Después, pasada la frontera del sujeto flotante, quedó la pura destrucción, particularmente de los edificios públicos, pero también contra las iglesias, además del saqueo del centro comercial bogotano.

³³⁸ Claudio Lomnitz, *op. cit.*, p. 114.

³³⁹ Todo el libro colectivo editado por Wilson da elementos para pensar dicho fenómeno. Se encuentran en él los casos mencionados. Thomas S. Wilson, *op. cit.*

4. ¿QUÉ SE DISOLVIÓ? SUBJETIVACIÓN Y DESUBJETIVACIÓN: UNA INTERPRETACIÓN GENERAL

Un proceso de subjetivación está siempre inacabado, aunque pueda haber desembocado en identidades más o menos delineadas. Implica la producción de sentido de la realidad social, la invención de un pasado propio, la concepción de una capacidad de acción y un proyecto futuro. Este proceso vive siempre la tensión entre la subjetividad colectiva y la sujeción. Podríamos decir que se trata de la tensión tradicional entre la agencia y la estructura, pero no es tan sencillo.

Aun un sujeto fuerte, bastante autónomo, depende de la sujeción para serlo. Tiene sentido entre las limitaciones estructurales, reacciona ante ellas. Es, de hecho, lo que lo define: un sujeto colectivo no es tal si no es capaz de autocontrolarse. El despliegue de Jorge Eliécer Gaitán en la manifestación por la paz de febrero de 1948 se trata justamente de eso. No del control caudillista sobre un colectivo de hombres, siempre frágil cuando no están al alcance de su vista, sino de la capacidad de autocontrol: un autocontrol amenazante porque anuncia eficacia en el caso de transitar a la violencia, a la violencia hipersubjetiva en los términos que arriba dije. Una violencia, en todo caso, contenida y civilizada.

El caudillo no es tanto un general controlador como una fuente de autocontrol y la voz privilegiada del sujeto construido alrededor suyo. Gaitán es muy explícito: podría tomar el palacio si le diera la gana ir por esa vía; podría dar la orden de batalla, pero prefiere no hacerlo. El sujeto populista, el pueblo, carga con todo el desprecio de los sujetos populares conceptualizados antes (la turba, la muchedumbre, la canalla), pero se distingue por ese autocontrol. Para sus adversarios siempre evoca la canalla, la horda, la primacía del sentimiento sobre la razón, y en general todos los defectos que la teoría política clásica detestó en la democracia; los encarna, pero a diferencia de éstos siempre toma la palabra, siempre reclama moralmente,

siempre señala responsabilidades, siempre demanda la hechura de un nuevo orden y aunque amenace con la violencia siempre limita a los individuos que lo forman. Los sujetos populistas que se forman sin caudillo también se han distinguido por su autocontrol, y su disolución repentina ha derivado en expresiones violentas. Los populistas rusos terminaron como terroristas, y sólo los más organizados pudieron concebir y actuar lo suficiente como para matar al zar.

Quizá por eso, para Rancière, un sujeto político implica la capacidad de escenificar el disenso, lo que, pienso, implica también la capacidad de argumentarlo colectivamente, así sea de un modo elemental. Asimismo, “what is being called ‘subject’, writes Badiou, has to do with an *event*—in the sense of an *intervention* that interrupts the complacency of a situation (see Badiou, 2007, p. 24)—which does not occur per se, that is, objectively, but only insofar as a subjective fidelity confers a certain consistency to what has occurred, and, eventually, attests the event’s ‘truth’”.³⁴⁰

El sujeto se forja sólo en la experiencia colectiva. Si el deseo de hacerse escuchar y una expresión efectiva suceden más de una vez, si se reflejan reclamos o expectativas personales en el colectivo y en las formas en que se da cuenta de él —o incluso se le reconoce— en la mirada del otro, la concurrencia de los individuos a esos procesos de subjetivación se hace más probable, porque los caminos para hacerlo ya se han mostrado.

In actually attempting to find a listener, one must always struggle anew to be perceived, regarded, and recognized as a political subject. However, no one ever has the power to do this alone. Accordingly, self-subjectivation is not possible. One’s own attempt to appear as a political subject by oneself

³⁴⁰Andreas Oberprantacher y Andrei Siclodi, *Subjectivation in Political Theory and Contemporary Practices*, Springer, Londres, 2016, p. 9.

initially may purely count on an appeal to others to perceive what should be listened to. But in doing so, one does not simply submit oneself to the will of others, come what may, as if one’s political existence is solely dependent on their mercy. Should the concept of subjectivation imply one or the another of the above, then is phenomenologically misleading.³⁴¹

El ajuste y negociación permanente provocan que el sujeto popular, aun si es o puede ser caudillista, no sea un ejército disciplinado —en realidad, ningún sujeto político puede serlo.

La emergencia de un nuevo sujeto siempre reconfigura el campo en el que surge, pues esa transformación es una condición para que una nueva voz sea escuchable. No se trata, sin embargo, de la emergencia de un nuevo nicho estable: un proceso de subjetivación es diferente del reconocimiento de una identidad. La identidad está integrada, reconocida normativamente (de manera formal o informal), implica la interiorización de un rol y un estatus reconocidos. Por eso, cuando se daña fuertemente a un sujeto y se desdibuja, es todo el campo político que ha permitido su configuración el que se altera (y tanto más según su importancia). El proceso de subjetivación puede derivar en una identidad más o menos fuerte, pero no sucede necesariamente. Más común es, en casos como el que estudio, que el nuevo sujeto se identifique como paria en el régimen político. No promueve una identidad porque aspira a reconfigurar el campo, a subvertirlo, a cambiar el código de configuración de las identidades políticas.

El régimen, las identidades que reconoce, las instituciones políticas, más bien, facilitan el surgimiento de ciertos procesos de subjetivación y reprimen otros. Los partidos en el congreso, por ejemplo, permiten escenificar sujetos ideoló-

³⁴¹Burkhard Liebsch, “On Theories of Subjectivity and Practices of Political Subjectivation”, en Andreas Oberprantacher y Andrei Siclodi, *op. cit.*, p. 86.

gicos, intercambios razonables y libres —ciudadanos—, pero no es tampoco la norma. La subjetivación parte del juego de las identidades y a veces retorna a él, pero no es su juego. No hace falta decir que más allá del populismo hay otras formas de subjetivación, más cercanas a la politología tradicional porque están más formalizadas. Ésta es la distinción fundamental. No se trata de que sean, como se presume, organizaciones más razonables, programáticas, carentes de distorsiones emocionales, sino sólo de que todo en ellas está formalizado porque su fuerza depende muchas veces del sistema de las identidades reconocidas. Subjetividades surgidas en función de causas o coyunturas que después reclaman un reconocimiento en el régimen, como organizaciones de la sociedad civil o algunos partidos corresponderían a otro tipo que los populismos, claramente. Pero no es el momento de ensayar una tipología de formas de subjetivación política.

La narración puntillosa que hace Herbert Braun del bogotazo, entonces, da cuenta de un proceso acelerado que consiste en la disolución del autocontrol de una masa, de la alteración de un sistema que hacía descansar sobre Gaitán, el gaitanismo y su legitimidad, la esperanza de cumplir con las asignaturas pendientes de la política colombiana.

Otra forma de ver el bogotazo es como la disolución de la voz colectiva. En los primeros episodios que siguieron a la muerte de Gaitán, lo que había era un gaitanismo sin cabeza, pero que continuó buscándola, así fuera por un tiempo breve. A la espera de explicación, una parte del gaitanismo fue a palacio en busca de explicaciones sobre qué había pasado, sobre por qué habían matado al jefe.³⁴² Afuera de la clínica donde terminó de morir Gaitán, Darío Echandía observó “una turba muy distinta a cualquiera que había visto antes”, que aunque conservaba la capacidad de la voz colectiva había perdido ya la

³⁴² Herbert Braun, *op. cit.*, p. 265

de escuchar. Gritaban vivas al Partido Liberal y a él mismo — intentando encontrar un asidero sustituto— pero no lo dejaban hablar, nadie lo escuchó. Braun observa que “el ritual de la plaza pública se había invertido. Las multitudes se congregaban espontáneamente y proferían alaridos hacia el balcón”.³⁴³

Una vez llegando a palacio, la voz del colectivo que había perdido la capacidad o la voluntad de escuchar comenzó a disolverse. Si Darío Echandía no logró ser interlocutor para el gaitanismo sin cabeza, el presidente Ospina ni siquiera lo intentó. Así, la experiencia de la que he hablado, la de ser escuchable, escuchado, atendido y mirado por el otro, se cortó de tajo en un momento de extrema necesidad, y ocupó su lugar la desesperanza. Algunos consiguieron pistolas, y hubo quien sustrajo un rifle de los miembros del ejército que resguardaban el palacio. Sin interlocutores, no eran armas la palabra ni el silencio.

Sin Gaitán, no había ya ninguna esperanza de tomar el poder para el gaitanismo. Es obvio. Así que empezó a correr la idea de tomar el poder para los liberales, lo que ya es otra cosa. Desapareció, así, el objetivo de una solución radical a los dolores que se habían hecho comunicables como agravios morales y que se habían mediatizado en la lucha política de Gaitán. Y desapareciendo los objetivos que los agrupaban, desapareció también el aplazamiento de esos dolores y esos agravios. Desapareció el autocontrol y el sujeto colectivo se degradó, ahora sí, en la turba preconizada por sus adversarios.

Después de la muerte de Gaitán, afloraron lo que él llamó odios herenciales, y la violencia empezó a procesarse mediante el marco identitario liberal-conservador. Cuando murió Gaitán y se supo en la radio, “los vivas al partido [liberal] y los muertas a Laureano salían de más adentro, traían las tripas prendidas. Los vivas y los muertas fueron creciendo y andando

³⁴³ *Ibid.*, p. 270.

solos: nombrando alcalde y destituyendo policías, pidiendo armas y asaltando almacenes para tomar aguardiente”.³⁴⁴

La disolución del gaitanismo y el fortalecimiento de esos odios herenciales condicionaron la vida política colombiana posterior. Se cuenta, por ejemplo, del ambiente en que creció Manuel Marulanda, que nunca vio o conoció a Gaitán:

Un domingo como a eso de las once de la mañana, cuando la plaza de mercado hervía, se oyeron vivas al Partido Liberal y en seguida, como si se hubieran puesto de acuerdo, vivas al Partido Conservador. Vivas a Gaitán y vivas a Laureano, vivas a López y vivas a Mariano, un contrapunteo peligroso, más peligroso aún por el calor que estaba haciendo aquel día. Sin saber cómo, comenzaron a volar panela los que tenían panela, botellas los que vendían cerveza, yuca y plátano los que negociaban con bastimento. Una batalla campal. Al final de la fiesta quedaron cuatro muertos y doce heridos, todos a cuchillo. Al día siguiente comenzaron los rumores de que Lamparilla y Pájaro Azul iban a tomarse el pueblo. Pedro se fue saliendo porque su idea era hacer moneda y porque además habían matado a su tío José.³⁴⁵

Es otra historia, pero quizá también puede mirarse a la luz de ésta.

³⁴⁴ Alfredo Molano, *op. cit.* La cita puede encontrarse en el capítulo II, “Limpios y comunes”, en su apartado 1, “los Marín”.

³⁴⁵ *Ídem.*

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Vladimir, *La teoría del desarrollo capitalista en Lenin, la problemática del desarrollo capitalista ruso a fines del pasado siglo y la polémica entre marxismo y populismo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1977.
- Aibar Gaete, Julio, “La falta de Laclau: lo Imaginario”, *Identidades*, núm. 6, año 4, junio de 2014.
- Akkerman, Tjitske, “Populism and Democracy: Challenge or Pathology”, *Acta política*, núm. 38, 2003.
- Alape, Arturo, *El bogotazo, memorias del olvido*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1985.
- Aleksandrovna Tvardovskaia, Valentina, *El populismo ruso*, Siglo XXI Editores, México, 1978.
- Amaral, Samuel, “Del fascismo al movimiento nacional-popular: el peronismo y el intercambio Germani-Lipset” (1956-1961), *Documentos de Trabajo*, núm. 402, Universidad del CEMA, Buenos Aires, agosto de 2009.
- Arditi, Benjamín, “El populismo como espectro de la democracia: una respuesta a Canovan”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 191, vol. 47, 2004. Disponible en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/42453>
- _____, “Populism is hegemony is politics? On Ernesto Laclau’s on Populist Reason”, *Constellations*, vol. 17, 2010.
- _____, *La política en los bordes del liberalismo*, Gedisa, Barcelona, 2017.
- Ávila Méndez, Agustín, y Jesús Ruvalcaba Mercado (coords.), *La Cuextecapan: lugar de bastimentos*, CIESAS, México, 1991.

- Ayala, César Augusto, Oscar Javier Casillas y Henry Alberto Cruz Villalobos (eds.), *Mataron a Gaitán: 60 años*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2009.
- Bartra, Roger, “Populismo y democracia en América Latina”, *Letras Libres*, mayo de 2008. Disponible en <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/populismo-y-democracia-en-america-latina>
- Bartra, Roger, *La sombra del futuro. Reflexiones sobre la transición mexicana*, FCE, México, 2012.
- Barbano, Filippo, y Giorgio Sola, *Sociologia e scienze sociali in Italia dal 1861 al 1890*, Franco Angeli Edizioni, Milán, 1985.
- Betz, Hans-George, “The New Politics of Resentment. Radical Right-Wing Populist Parties in Western Europe”, *Comparative Politics*, núm. 4, vol. 25, julio de 1993.
- Bidegáin, Ana María, “Control sexual y catolicismo”, en Magdala Velásquez Toro (dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo II. Mujeres y sociedad, Norma, Bogotá, 1995.
- Bilbao, Francisco, “El gobierno de la libertad a los electores”, *Obras completas de Francisco Bilbao*, vol. 1, Imprenta de Buenos Aires, Buenos Aires, 1866, p. 234.
- Bloch, Ernst, *La herencia de nuestros tiempos*, Berkeley, University of California Press, (1935) 1991.
- Boldyrev, Ivan, *Ernst Bloch and his Contemporaries: Locatin Utopian Messianism*, Bloomsbury, Nueva York y Londres.
- Brands, H.W., *The Reckless Decade. America in the 1890s*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995.
- Braun, Herbert, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Norma, Bogotá, 1987.
- Caballero, Lucas, “Gaitán, según Klim”, *Un Pasquín*, núm. 64. ————, *Figuras políticas de Colombia*, Kelly, Bogotá, 1945.
- Canovan, Margaret, “Trust de People! Populism and Two Faces of Democracy”, *Political Studies*, núm. 1, vol. 47, 1999. Disponible en <https://doi.org/10.1111/1467-9248.00184>
- Castaño, Daniel, y Natalia Clielia, “Fiesta y sacrificio. Explorando el problema de la transgresión en Georges Bataille”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 222, UNAM, México, septiembre-diciembre de 2014.
- Colmenares, Germán, “Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte”, en Gloria Zea (dir.), *Nueva Historia de Colombia*, vol. I. Historia Política 1886-1946, Planeta, Bogotá.
- Dahl, Robert A., *A preface to Democratic Theory*, The University of Chicago Press, Chicago, 2006 [1956].
- De Cleen, Benjamin, “Populism and nationalism”, en Cristóbal Rovira Kaltwasser *et al.*, *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford University Press, Oxford, 2017.
- De la Torre, Carlos (ed.), *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, University Press of Kentucky, Kentucky, 2015.
- Delsol, Chantal, *Populismos. Una defensa de lo indefendible*, Planeta, Madrid, 2015.
- D’Eramo, Marco, “El populismo y la nueva oligarquía”, *New Left Review*, núm. 82, septiembre-octubre de 2013.
- Donald Hicks, John, *The Populist Revolt. A History of the Farmer’s Alliance and the People’s Party*, The University of Minnesota Press, Minneapolis, 1931.
- Dornbusch, Rudiger, y Sebastián Edwards (comp.), *Macroeconomía del populismo en América Latina*, FCE, México, 1992.
- Du Toit, Louise, “Shifting Meanings of Postconflict sexual violence in South Africa”, *Signs*, núm. 1, vol. 40, otoño de 2014.
- Elías Caro, Jorge Enrique, “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”, *Andes*, vol. 22, Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, Salta, enero-junio de 2011.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *Historia mínima del neoliberalismo*, El Colegio de México/Turner, México, 2015.

- Finchelstein, Federico, *Del fascismo al populismo en la historia*, Taurus, México, 2018.
- Flynt, Wayne, "Populist Era", en Donald T. Critchlow y Philip R. Vander Meer (eds.), *The Oxford Encyclopedia of American Political and Legal History*, Oxford University Press, Oxford, 2013.
- Frei, Raimundo, y Cristóbal Rovira Kaltwasser, "El populismo como experimento político: historia y teoría política de una ambivalencia", *Revista de Sociología*, núm. 22, Universidad de Chile, Santiago, 2008.
- Freidenberg, Flavia, "¡En tierra de caciques! Liderazgos populistas y democracia en Ecuador", *OPERA*, núm. 16, enero-junio de 2015.
- Fundación Patrimonio Filmico Colombiano, "La semana de la democracia en Bogotá, 1945", disponible en https://www.youtube.com/watch?v=fMwNZ_GmBUg
- Gaitán, Jorge Eliécer, *El debate sobre las bananeras*, Centro Gaitán, Bogotá, 1988.
- _____, Archivos Privados, AGN Colombia, Bogotá.
- _____, *El manifiesto del unirismo*, sin datos de edición, disponible en jorgeeliécergaitán.com
- Gaitán, Luis Alberto, "Lunga", *Archivo Gaitán*, FCE, Bogotá, 2018.
- García Jurado, Roberto, "Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y en Estados Unidos", *Argumentos*, UAM-X, núm. 63, vol. 23, mayo-agosto de 2010.
- _____, "Sobre el concepto de populismo", *Estudios*, núm. 103, vol. 10, invierno 2012.
- Gentile, Emilio, *La religión fascista*, Perrin, Francia, 2002.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Germani, Gino, et al., *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, ERA, México, 1972.
- Gómez, Laureano, "Los textos históricos, interrogantes sobre el progreso de Colombia", *Boletín Cultural y Bibliográfico Banco de la República*, núm. 1, vol. 18, 1981.
- Gratius, Susanne, "Reflexiones sobre izquierda y populismo en América Latina", *Colección de Estudios Internacionales*, núm. 6, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2009.
- Green, John., *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, Banco de la República/Fondo Editorial Universidad EAFIT, Bogotá, 2013.
- Greenspan, Alan, *La era de las turbulencias. Aventuras en un nuevo mundo*, Ediciones B, Barcelona, 2008.
- Hawkins, Kirk A., *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- Hermet, Guy, "Nacionalismo y populismo", *Araucaria*, núm. 1 vol. 2, 1999.
- _____, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique, XIX-XX siècle*, Fayard, 2001.
- _____, "El populismo como concepto", *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, núm. 1, 2003.
- Hermet, Guy, Soledad Loeza y Jean François Prud'homme (comp.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, El Colegio de México, México, 2001.
- Houwen, Tim, *The Non-European Roots of the Concept of Populism*, Sussex European Institute Working Paper núm. 120, junio de 2011.
- James, William, *Pragmatism in Focus*, Routledge, Londres y Nueva York, 1992.
- Jansen, Robert S., "Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism", en Carlos de la Torre (ed.), *The promise and perils of populism: global perspectives*, The University Press of Kentucky, Lexington, 2015.
- J. B. Allcock, "Populism, a brief biography", *Sociology*, vol. 5, septiembre de 1971.
- Keane, John, *Vida y muerte de la democracia*, FCE, México, 2018.
- Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1978.

- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, FCE, México, 2005.
- LeGrand, Catherine, “El conflicto de las bananeras”, en Álvaro Tirado Mejía (dir.), *Nueva Historia de Colombia*, vol. III. Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales, Planeta, Bogotá, 1989.
- Levitsky, Steven, y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die*, Crown, Nueva York, 2018.
- Lipset, Seymour Martin, *Political Man. The Social Bases of Politics*, Doubleday and Company, Garden City, 1960.
- Lomnitz, Claudio, “Alcohol y etnicidad en la Huasteca potosina”, en Agustín Ávila Méndez y Jesús Ruvalcaba Mercado (coords.), *La Cuextecapan: lugar de bastimentos*, CIESAS, México, 1991.
- Maestre, Antonio, “Podemos opta por la iconografía de Pablo Iglesias como estrategia electoral”, *La Marea*, 2014.
- Malin, James C., “Notes on the Literature of Populism”, *Kansas History*, núm. 2, vol. 1, febrero de 1932. Disponible en <https://www.kshs.org/p/notes-on-the-literature-of-populism/12539>
- Mariaca Fellman, Rose-Marie, *Erótica de la transgresión*, Herder, México, 2016.
- Marx, Karl, “Letter from Marx to Editor of the Otecestvenniye Zapisky”, *Marx and Engels Correspondence*, International Publishers, Nueva York, 1968.
- Mayer, Nonna, “From Jean-marie to Marine Le Pen: Electoral Change on the Far Right”, *Parliamentary Affairs*, núm. 66, 2013.
- Mayer, Nonna, y Pascal Perrineau, “Why do They Vote for Le Pen?”, *European Journal of Political Research*, núm. 22.
- Melo, Jorge Orlando, *Historia mínima de Colombia*, El Colegio de México/Turner, México, 2017.
- Michels, Robert, *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969.
- Miller, Fred, “Aristotle’s Political Theory”, en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2017. Disponible en <https://plato.stanford.edu/archives/win2017/entries/aristotle-politics/>
- Milyoukov, Paul, “Russia”, *The Athenaeum Journal of Literature, Science, the Fine Arts, Music and the Drama*, núm. 3532, 6 de julio de 1895.
- Moffet, Helen, “‘These Women, They Force Us to Rape Them’: Rape as Narrative of Social Control in Post-apartheid South Africa”, *Journal of South-ern African Studies*, núm. 1, vol. 32, marzo de 2006.
- Molina, Gerardo, *Las ideas liberales en Colombia 1915-1934*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1974.
- Morett Sánchez, Jesús Carlos, *Reforma agraria: del latifundio al neoliberalismo*, Plaza y Valdés, México, 2003.
- Moscoso Perea, Carlos, *El populismo en América Latina*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.
- Mounk, Yascha, *The People vs. Democracy*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2018.
- Mudde, Cas, “The populist zeitgeist”, *Government and Opposition*, núm. 39, vol. 4, 2004.
- _____, “Populism”, en Michael Freeden y Marc Stears (eds.), *The Oxford Handbook of Political Ideologies*, Oxford University Press, Oxford, 2013.
- Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?*, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.
- Nicolás Azzolini, “Diacronía, sincronía y disputa semántica: notas sobre el concepto de democracia durante el primer peronismo (1945-1955)”, *Conceptos históricos*, núm. 2, vol. 3, 2017.
- Oberprantacher, Andreas, y Andrei Siclodi, *Subjectivation in Political Theory and Contemporary Practices*, Springer, Londres, 2016.
- Oesch, D., “Explaining Workers’s Support for Right-Wing Populist Parties in Western Europe: Evidence from Austria, Belgium, France, Norway, and Switzerland”, *International Political Science Review*, núm. 29.
- Offord, Derek, *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

- Øistein Endsjø, Dag, *Sex and Religion, Teachings and Taboos in the History of World Faiths*, Reaktion Books, Londres, 2011.
- Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel, “Gaitán, el gaitanismo y la efervescencia política de los años 40”, *Historia y Memoria*, núm. 14, 2017.
- Osorio Lizarazo, José Antonio, *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1979.
- Piccato, Pablo, *The Tyranny of Opinion: Honor in the Construction of the Mexican Public Sphere*, Duke University Press, Durham, 2010.
- Palacios, Marco, “El populismo en Colombia”, *Populistas: el poder de las palabras*, Estudios de Política, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.
- Patiño Aristizábal, Luis Guillermo, “El neopopulismo en el contexto de la democracia latinoamericana”, *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, vol. 37, núm. 106, enero-junio de 2007.
- Pécaut, Daniel, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2012.
- Posada Carbó, Eduardo, “La novela como historia. Cien años de soledad y las bananeras”, *Boletín Cultural y Bibliográfico Banco de la República*, núm. 48, vol. 35, 1998.
- Ramírez, Gibrán, y Hugo Garciamarín, “Populismo no es sinónimo de antidemocracia”, *Horizontal*. Disponible en <https://horizontal.mx/populismo-no-es-sinonimo-de-anti-democracia-una-replica-a-rivera-loret-de-mola/>
- Robert Miller, Worth, “A Centennial Historiography of American Populism”, *Kansas History*, núm. 16, primavera de 1993.
- Rodríguez Franco, Adriana, “El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944-1949)”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 94, vol. LII, Banco de la República, Bogotá, 2018.
- Rodríguez Kuri, Ariel, y Renato González Mello, “El fracaso del éxito, 1970-1985”, *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, México, 2010.
- Rosanvallon, Pierre, “La historia de la palabra ‘democracia’ en la época moderna”, *Estudios Políticos*, núm. 28, Medellín, enero-junio de 2006.
- _____, *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires, 2006.
- _____, “La historia de la palabra ‘democracia’ en la época moderna”, *Estudios Políticos*, núm. 28, Medellín, enero-junio de 2006.
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal, *et al.*, *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford University Press, Oxford, 2017.
- Ruiz Massieu, Mario, “Propiedad con función social en la constitución mexicana”, *Derecho agrario*, IJ-UNAM, México, 1990.
- Runciman, David, *How Democracy Ends*, Profile Books, Londres, 2018.
- Sachs, Jeffrey, *Social Conflict and Populist Policies in Latin America*, NBER Working Paper Series, núm. 2897, Cambridge MA, 1989.
- Salustio, *Conjuración de Catilina*, Gredos, Madrid, 2013.
- Saposs, David J., “The Role of the Middle Class in Social Development. Fascism, Populism, Communism, Socialism”, *Economic Essays in Honor of Wesley Clair Mitchell*, Columbia University Press, Nueva York, 1935.
- Serbin, Andrés, y Andrei Serbin Pont, “Quince años de política exterior bolivariana. ¿Entre el *soft-balancing* y la militarización?”, *Pensamiento Propio*, núm. 39, enero-junio 2014.
- Sharpless, Richard, *Gaitán of Colombia. A political biography*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1978.
- Sheridan Allen, William, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945*, Franklin Watts, Nueva York, 1984.
- Shils, Edward, *The Torment of Secrecy. The Background and Consequences of American Security Policies*, Elephant Paperbacks, Chicago, 1996 [1956].
- Stanley, Ben, “The Thin Ideology of Populism”, *Journal of Political Ideologies*, núm. 13, vol. 1.

- Steven A. Cook, *The Struggle for Egypt. From Nasser to Tahrir Square*, Oxford University Press, Oxford, 2012.
- Taguieff, Pierre-André, *L'illusion populiste*, Berg International Éditeurs, Paris, 2002.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, “Viejos gringos: radicales norteamericanos en los años 30 y su visión de México”, *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991.
- Urbinati, Nadia, *Democracy Disfigured. Opinion, Truth, and the People*, Harvard, Cambridge MA, 2014.
- Urrego Ardila, Miguel Ángel, *La Revolución en Marcha en Colombia, 1934-1938*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2005.
- Utechin, S.V., *Russian Political Thought. A Concise History*, Frederick A. Praeger Publisher, Nueva York, 1964.
- Venturi, Franco, *El populismo ruso*, Alianza, Madrid, 1981.
- Velasquez Toro, Magdala, (dir.), *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo II. Mujeres y sociedad, Norma, Bogotá, 1995.
- Villaveces, Jorge, (ed.), *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán. 1919-1948*, Jorvi, Bogotá, 1958.
- Viloria de la Hoz, Joaquín, *Empresarios del Caribe colombiano. Historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena*, Banco de la República, Bogotá, 2014.
- Ward Reichelt, Wallace, “The Populist Challenge”, 1889-1892 (tesis de maestría), Loyola University, Chicago, 1949.
- Weyland, Kurt, “Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics*, núm. 1, vol. 34, octubre de 2001.
- _____, “Aclarando un concepto controvertido. El populismo en el estudio de la política latinoamericana”, en Virgilio Álvarez Aragón y Edmundo Urrutia (eds.), *Sobre populismo y democracia en América Latina*, FLACSO, Guatemala, 2010.
- Weyland, Kurt, *et. al., Releer los populismos*, Centro Andino de Acción Popular, Quito, 2004.
- Wieviorka, Michel, *Violence. A New Approach*, Sage, Thousand Oaks, 2009.
- _____, *Du concept de sujet à celui de subjectivation/d'e-subjectivation*, Hal Archives-Ouvertes. fr, 2012.
- Wilson, Thomas S., *Drinking cultures: alcohol and identity*, Berg Publishers, Oxford, 2005.
- Worsley, Peter, “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comp.), *Populismo. Sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.

